

GERMAIN METANMO

UN CORAZÓN PENDULAR



CON PRIVILEGIO . EN NEWYORK . IDEA . 2020

UN CORAZÓN PENDULAR

GERMAIN METANMO

INSTITUTO DE ESTUDIOS AURISECULARES (IDEA)
COLECCIÓN «PEREGRINA», 8

CONSEJO EDITOR:

DIRECTOR: VICTORIANO RONCERO (STATE UNIVERSITY OF NEW YORK-SUNY AT
STONY BROOK, ESTADOS UNIDOS)

SUBDIRECTOR: ABRAHAM MADROÑAL (CSIC-CENTRO DE CIENCIAS HUMANAS Y
SOCIALES, ESPAÑA)

SECRETARIO: CARLOS MATA INDURÁIN (GRISO-UNIVERSIDAD DE NAVARRA, ESPAÑA)

CONSEJO ASESOR:

WOLFRAM AICHINGER (UNIVERSITÄT WIEN, AUSTRIA)

TAPSIR BA (UNIVERSITÉ CHEIKH ANTA DIOP, SENEGAL)

SHOJI BANDO (KYOTO UNIVERSITY OF FOREIGN STUDIES, JAPÓN)

ENRICA CANCELLIERE (UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI PALERMO, ITALIA)

PIERRE CIVIL (UNIVERSITÉ DE LE SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)

RUTH FINE (THE HEBREW UNIVERSITY-JERUSALEM, ISRAEL)

LUCE LÓPEZ-BARALT (UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO, PUERTO RICO)

ANTÓNIO APOLINÁRIO LOURENÇO (UNIVERSIDADE DE COIMBRA, PORTUGAL)

VIBHA MAURYA (UNIVERSITY OF DELHI, INDIA)

ROSA PERELMUTER (UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA AT CHAPEL HILL, ESTADOS UNIDOS)

GONZALO PONTÓN (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)

FRANCISCO RICO (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA / REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA, ESPAÑA)

GUILLERMO SERÉS (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)

CHRISTOPH STROSETZKI (UNIVERSITÄT MÜNSTER, ALEMANIA)

HÉLÈNE TROPÉ (UNIVERSITÉ DE LE SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)

GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS (UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, ESPAÑA)

EDWIN WILLIAMSON (UNIVERSITY OF OXFORD, REINO UNIDO)

Impresión: Ulzama Digital.

© Del autor

Ilustración cubierta: SPAROW (Fredyves Takene).

ISBN: 978-1-938795-78-7

Depósito Legal: M-14639-2020

New York, IDEA/IGAS, 2020

UN CORAZÓN PENDULAR

GERMAIN METANMO

A mis nietas y nietos

(¿) *Ubi bene, ibi patria* (?)

Se ama porque se ama. No hay ninguna razón para amar.
(Paulo Coelho)

Il coraggio di lasciare andare un figlio...
(Antonio Restori, *Revista Familiarmente*)

*No penséis que yo he venido a poner
fin a la ley de Moisés y a las enseñanzas de
los profetas. No he venido a ponerles fin,
sino a darles su verdadero sentido.*
(Dt 4, 1. 5-9, Mt 5, 17-19)

*Es muy hermoso también pararse delante de los crucifijos
que hay en las encrucijadas y pedirle a Dios que te ilumine
cuando no sabes si tirar hacia la izquierda o hacia la derecha.*
(Gianmaria Polidoro, *Francisco de Asís*)

ÍNDICE

I. ESTAMPAS DEL RETROVISOR	13
2. LA TIERRA DE PROMISIÓN	43
3. UN RECADO DE LÁMELÈQUE	65
4. EL BELVEDERE	79
5. EL ENCARGO	85
6. EN BUSCA DEL CÓDIGO GENÉTICO... ..	105
7. EL ANTÍDOTO	115
8. EL COLUMPIO	139
9. ¡MENUDA EXPIACIÓN!	161
10. LÁGRIMAS ENJUGADAS	173
11. ¡ALBRICIAS! ¡SON MELLIZOS!... ..	187
GLOSARIO	205

I. ESTAMPAS DEL RETROVISOR

El artefacto le encantaba. Era a la vez bonito y útil. El color de sus bordes chapado de oro centelleaba con el sol. En la oscuridad eclipsaba las luciérnagas. Un rayo dorado de orgullo iluminaba la cara de sesentón de Mo'ôh, que solo empezaba a arrugarse. Sus reflejos hacían lucir tímidamente los cabellos en trance de encanecerse. Se dedicaba a manipular, con delicadeza y amor, su hermosa maquinilla. En lo más profundo de su ser, acariciaba con satisfacción la conciencia de que, en adelante, algo le particularizaba respecto de sus congéneres. No por nada se es padre de un “blanco”.

Estaba dando cuerda, como quien cumple con un ritual, a su nuevo reloj de pulsera, que era casi tan ancho como la palma de su mano. El antiguo, en sustitución del cual recibió este, pendía de una leontina cantarina, color de plata. Esta colgaba del cinturón que le sujetaba los pantalones, para prevenir posibles caídas y garantizar su seguridad. Cuando llevaba puesta una chaqueta, prefería meterlo en el bolsillo de la solapa, si estaba dotado de una cremallera. Entonces, no podía cerrarla enterita. La cerradura la detenía, antes del final de su carrera, la cuerda del reloj.

Lo miró con satisfacción, mientras recobraba la regularidad de su *tic-tac, tic-tac, tic-tac* testigo de una sempiterna peregrinación. Se sentía hecho un perito capacitado para restaurar con éxito ese canto onomatopéyico del latido que tanta carrera de maratón había dejado sin aliento, comprometiendo así su admirable cometido diario.

Ahora que volvía a cobrar vida, su dichoso dueño se alegraba interiormente de haber recuperado el disfrute del privilegio que le había tocado. El segundo *wáassi* de Mo'ôh —maravilla nada corriente— se había sustituido definitivamente al reloj de su cuerpo, que le daba la hora de un modo propio en cualquier momento del día; se había sustituido al de los gallos de la madrugada, al de las perdices de la tarde y al del sol de mediodía que por medio de las sombras encogidas indicaba la suya en todos los objetos expuestos a sus rayos.

Salía a la misma hora, poco más o menos, para ir a sacar el vino de rafia del que —según afirmaba todo el mundo en el pueblo— era un insuperable especialista. Los necesitados se dirigían primero a él, y solo cuando no le quedaba provisión alguna de su buen néctar iban a buscar un sucedáneo a casa de otro viñador o al mercado. Se estaban alejando,

para siempre, los tiempos en que cantaba el gallo de medianoche, y las madres que iban a viajar salían a esperar el autocar Renault en la carretera, creyendo que era el gallo de la madrugada y, engañadas por la luna, enfrentaban preocupadísimas, los peligros de la noche profunda, mucho más terrorífica a altas horas. Entonces, como si se hubiesen puesto de acuerdo para meter todavía más miedo, su zumbido tardaba más en anunciar su aproximación, y la noche oscura en ceder el paso al alba.

Desde que se lo trajo en su equipaje de regreso el hijo, con motivo de su primer viaje al extranjero, era un hombre distinto. Había entrado, de modo irreversible, en un proceso de transmutación. Le encantaba que le preguntasen qué hora era, para sacarlo con precaución, mirarlo, alejándolo al máximo de los ojos, sacando el cuello hacia atrás, y decir con una superioridad apenas disimulada y con cierta solemnidad: «*Tráquelok* anda en busca de cinco minutos» o, según el caso, «¡Caramba! ¿*Hap-pas-sik* ya? ¡Si se me hubiera preguntado, habría dicho que es *Fafaquelok* ahora!» Y, fingiendo hablarse a sí mismo, pasar a justificar su asombro: «Hay una viña llegada a su madurez, que debo ir a cortar hoy, sin falta. Si pasa de esta tarde, se estropeará irremisiblemente. ¿Es que corre demasiado este chisme, o me está engañando la claridad que despide todavía el sol?».

Luego, volvía a guardarlo cuidadosamente en el viejo chaquetón harto usado, casi harapiento, que lo acompañaba a diario, protegiéndolo contra el frío o los azotes de los vientos polvorientos. Pero muy a menudo, lo ponía por reflejo, sin detenerse a pensar previamente si hacía o no frío o calor. Tenía guardadas también, en el armario, dos botellas de whisky de la misma procedencia. Formaban parte de los regalillos que, junto con otras menudencias, acompasaban la vida de Mo'òh desde hacía cierto tiempo.

Cuando recibía la visita de un amigo, se acomodaba en el canapé del tresillo de mimbre que amueblaba sobriamente su sala de estancia. Los cojines, antaño a medio despanzurrar y recién forrados de nuevo con tela florida, daban un aire de modernidad al conjunto. Bajo sus pies, un resto de moqueta mugrienta alcanzaba justo para él y las patas del velador. En una de las paredes laterales estaban colgadas, a la izquierda, en un *cuerè-cuerè*, las fotos de todos los miembros de la familia; los difuntos venían marcados con una crucecita roja en la frente, a la derecha, se encontraba el recién fabricado armario de madera, a petición.

El amigo se sentaba respetuosamente de cara a su anfitrión, procurando marcar la diferencia —por medio del control de su peso corporal y la posición de las nalgas en el sillón— con la manera de sentarse de

Mo'ôh, que como dueño no tenía las limitaciones de ningún miramiento. Se cruzaba las piernas, y con los ojos entornados hablaba, con algo así como condescendencia, casi abstraído, parecido a un catavinos disfrutando de cada sorbo de su bebida, mientras que ambos platicaban con desigual felicidad —el uno porque se sentía todo un señorón, y el otro, muy admirativo y envidioso, porque tenía la suerte de ser amigo suyo— en torno al tema de «los tiempos que corren», como decían.

Engreído de su persona, se reservaba el derecho de verter él mismo la cantidad de la bebida que ofrecía, en consonancia con el grado de amistad del visitante, su educación, etc., no sea que, por desconocer su valor, se sirviera el vino tinto o el güisqui de circunstancia «como se sirve agua de una calabaza, pues esto no se acarrea en los bajos fondos» (eso pensaba y no podía decirlo por miedo a ser descortés y hacerse tachar de orgulloso, pues hubiera alejado a amigos y visitantes) y teniendo muy en cuenta —¡cómo no!— la probabilidad de que un día estuviera en condiciones de devolverle la cortesía, aunque fuera bajo otra forma o en menor grado. Lo demás podía compartirlo con su visitante con la mayor claridad de que era capaz:

«Todo, en adelante, va a tener que leerse en clave ajena. De ello he venido percatándome con el paso del tiempo, desde que llegó esa gente tan distinta de color. Los gallos seguirían cantando a voz en grito su *coquécocoóóoh*, pero nadie ya se fiará de su tramposo mensaje, tantas veces erróneo y engañoso. Ahí va, en adelante, y pronto al alcance de casi todos, el reloj, más fiel, más seguro, y mañana será un chisme que llaman teléfono —si no me equivoco—, que lo van a tener todos en casa. Según he oído contar, desde aquí hablas a tu gente en Mengüefuet como si la tuvieras ante ti, y cuentan que en el país de los Blancos, hay otra cosa que surte, como por arte de magia, todas las informaciones deseables»... comentaba las maravillas de la tecnología, dándoselas de muy enterado...

—Bastará con tener dinero. Eso es lo que veo yo —hace observar el amigo.

—¡Así es! —admite Mo'ôh.— Pero si no cultivas el café, si no haces algún comercio, o no tienes trabajo en una oficina de la ciudad, ¿de dónde sacarás ese dinero? ¡No se anda recogiendo por la calle!

—¿De dónde nos vendrá a los que no hacemos ninguna de esas actividades, salvo si tienes suerte de que alguien te lo ofrezca?

—¿Y cuántas personas tienen tanto que puedan pagar la escuela a los críos y comprar aceite a sus mujeres y que les quede para regalar a otra persona?

—Tienes razón. ¿Cuántas? ¿No crees que es una bendición tener un hijo que te dé las cosas que estoy viendo aquí en esta casa?

—Todo está entre las manos de Dios.

Una niña entró con un plato de cacahuets todavía humeantes, recién cocidos, e interrumpió, muy a pesar suyo, la conversación, que se desvió a otro campo, y dijo mientras lo colocaba en medio de los dos papás:

—Que comáis esto mientras se hace la comida.

No preguntaron de parte de quién, a sabiendas de que no puedes extrañarte de encontrar agua en el lecho de un río.

—Gracias, hija —contestó el amigo de Mô'ôh, manifestando su júbilo con una sonrisa que alumbró sus facciones por un instante.

A continuación, dijo, al tiempo que agarraba un nutrido puñado con la mano derecha, que pasó luego a la izquierda antes de empezar a descascarar, distraídamente, uno tras otro, los granos, y tirárselos a la boca con admirable destreza:

—Pronto, hasta estos cacahuets ya no se podrán comer sin dinero.

—Me han contado que en las ciudades venden hasta al agua.

Coincidieron en que era un escándalo: «¡una cosa que Dios ha dado gratuitamente, para el disfrute de todos!». Siguieron platicando tranquilamente, porque aquella tarde no fue a recoger el vino de rafia; dejó que fuera en su lugar un varón que vivía con él, Póoli, para su primer test de aptitud. Llevaba unos meses entrenándolo de cuando en cuando en el arte de sacar el vino con éxito.

Delante de él estaba también, colocado encima de la mesilla de bambú, en pleno centro, a la vista de los visitantes, un mechero flamante, también color de plata. Con un *tsak* o dos a lo sumo, ahorra a los niños el trabajo de ser mandados a la cocina a por un fragmento de leño incandescente, o una brasita rojiza en una hoja de maíz, que Mô'ôh rompía con el dedo mayor, y recogía el trocito que necesitaba para encender su pipa. Desde que lo adquirió, cuando se desplazaba, llevaba su mechero metido en uno de sus bolsillos laterales.

Mientras, en la cocina, Míamoh se dedicaba a otra cosa, mucho más seria. Dictaba un correo de extremada importancia, al tiempo que atizaba el fuego debajo de una olla burbujeante de cuscús de maíz, que abría de cuando en cuando para remover su contenido, controlar el nivel del agua y apreciar, de paso, el grado de su cocimiento. Cuando consideró

que el afrecho por el que había empezado estaba a punto, vertió encima la harina separada con anterioridad, y se puso a revolver el conjunto de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, lo más vigorosamente que lo permitía la fuerza de sus adiestrados, pero algo fatigados brazos. Vigilaba también que no bajase la temperatura del fuego. Atrapaba los leños por la cola, rompía las brasas por la punta que había estado ardiendo, ahuecando la ceniza con la misma ocasión, para que circulara el aire y favoreciera el flameado.

Esta labor afanosa no fue óbice para que siguiera hablando:

—¿Has escrito?

—He escrito.

—¿Qué has escrito?

—¡Pues lo que has mandado, ¿no? Maá!

—Vale. Ahora, dile que me consta que se ha olvidado de lo que le dije la última vez. Es lo mismo que le voy a repetir otra vez hoy. Dile que se estire la oreja para escucharme bien: mantengo mi postura, que no ha variado ni lo más mínimo. Dile que sigo con la esperanza de que volverá a verme con vida, que Dios no me llamará antes de que lo vea casado y con hijos. ¡Escribe!

Deja pasar un puñado de segundos, durante los cuales recapacita, y luego reanuda:

—Dile que, si recuerda que salió de mi vientre, que atienda a lo que le estoy pidiendo, y sin más demora. Si espera demasiado, puede que se le haga tarde. Nadie sabe...

Otro silencio, gravísimo... Le envolvía la mente algo así como una premonición:

—Y, sobre todo, que no se le ocurra desposarse con una blanca. ¡No faltaría más! Eso sí que no. ¡Jamás de los jamases! No vaya nadie a cargar con la maldición de precipitar mi marcha de aquí. Hay todo tipo de chicas aquí en el pueblo. Para todos los gustos. ¡Escribe!... ¿Lo has hecho?

El chico vacila, verdaderamente despistado. Pero la madre no le da tiempo a recobrar el sentido.

—Huelga decir que no basta con que su mujer sea negra. Nosotros debemos saber de dónde sale, cómo se llaman su padre y su madre, si es de buena estirpe, y que nos sea posible recoger testimonios de sus buenos modales... Una mujer no vale para él si no sabe agarrar una azada, si yo no puedo decirle «Alcánzame esa olla», y que se entere de lo que estoy diciendo. Sería igual que casarse con una sordomuda porque no puedes dirigirle la palabra. ¿Cómo podrían entenderse, entonces? Verse

obligados a comunicar con señas cuando hay tantas chicas que compar-ten nuestro modo de hablar sería una absurdidad inadmisible.

Al darse cuenta de que probablemente estaba siendo muy duro con su hijo, que siempre había sido ejemplar en su conducta, bajó el tono, y sin embargo siguió manifestando su perplejidad:

—Me pregunto lo que le habrá pasado para que quede tan mudo, tan desconectado, hasta el punto de olvidarse de sus propios padres, aquéllos que le dieron la vida. Quizá me esté ocultando algo. Espero que no...

El chaval se ha detenido, visiblemente irritado. Ha soltado el bolígrafo sobre el papel en que está redactando la carta, valiéndose de sus piernas juntadas como escritorio y de un viejo cuaderno previamente desarrugado como carpeta. Se ha puesto a mordisquear el capuchón, manía que surgía cada vez que se encontraba en apuros y tenía que reflexionar sobre lo que debía escribir, cuando los deberes en el colegio.

Al notar que pasaba algo anormal que obstaculizaba al chico, la madre se disponía a preguntar de qué se trataba; pero como iluminada de repente, adivinando la causa de su bloqueo, le ayudó: —«No sabes cómo ponerlo ¿verdad? No escribas lo último que he dicho. Déjalo. Además, no lo decía para que se lo dijeras. Deja. No has escrito ¿no? No. Vale. Yo misma acabaré descubriendo la verdad...

—No —confirmó el chico, aliviado, y aguardó la próxima secuencia, tras agarrar de nuevo su bolígrafo.

De hecho, habían sido comentarios involuntarios e intempestivos, surgidos así, espontáneamente, sin que ella lo premeditara. Había pensado en voz alta, y nada más. Ahora procuraría controlarse mejor. Tampoco era su intención herir a su hijo, sino prevenirle contra toda eventual conducta errónea, en una circunstancia tan delicada.

Muy a menudo, le costaba trabajo al joven colegial, que se asomaba ya a las puertas de la universidad, formular en esa lengua importada que han tenido que apropiarse, los recovecos de su lengua materna, sin embargo tan clara para todos. El dictado de su madre solía ponerlo nervioso, entre la dificultad de encontrar los términos adecuados, el miedo de que el destinatario le notara algún fallo de lengua —ya fuera de estilo o de ortografía—, y la preocupación por transmitir con la mayor fidelidad posible el mensaje y ser el auténtico portavoz de la madre.

Su hermano mayor llevaba ya cinco años en el extranjero, sin volver a pisar la tierra de sus antepasados. «¡Se ha pasado de la raya!» —sentenciaban todos los pueblerinos que no perdían nunca la oportunidad de comentar la ya demasiado larga ausencia de Pequèmoh. Hay quienes

hasta se preguntaban si seguía vivo. El que hacía las veces de hermano pequeño —porque solo lo era por adopción— desempeñaba también el papel de puente entre él y la familia. Para algo se va al colegio, y él se sentía orgulloso de ser útil a los mayores. Tenía que saberse el máximo de cosas. Quizás, con un poco de suerte, un día de estos —¡quién sabe!— Dios le abriría a él también el camino de ese Eldorado lejano, a donde todos los jóvenes de su edad soñaban con ir.

Por lo demás, desde allá, el *hermano mayor* le animaba todo lo que podía y, aunque no le había dicho nada claro al respecto, tenía la grata impresión de que estaba dispuesto —llegado el caso— a prestarle ayuda en ese sentido, a darle gustoso un empujón providencial. Su discreción —trataba de convencerse— se debería a que *no quería decir del animal todavía por matar que era presa del rey*. ¿Qué insinuaría, si no fuera así, repitiéndole tan a menudo que «*solo se tira agua sobre el que se está frotando él mismo*»? —razonaba Póoli, confiadísimo. La de hoy era una carta de muy especial índole y de incuestionable importancia.

—Te lo vengo diciendo desde siempre y no me cansaré hasta que entiendas y satisfagas mi solicitud —sigue dictando la madre.

—Si uno no mira bien por lo que hace —pasa a explicar —esto sí que tú tienes que escribírselo— no es imposible que se lleve a casa un escorpión pensando que es una mujer... O sea, que no hay que tomar a broma lo que estoy diciendo. ¡Díselo! Si coge la cosa *con la mano izquierda*, lamentará no haber seguido mis consejos, y entonces será demasiado tarde, por supuesto. Hay tantas cosas que quisiera comentarle cara a cara. Lo mejor sería que procurara personarse aquí. Una carta es una carta, y una persona de carne y hueso es una persona de carne y hueso. La carta no es diferente de una foto, que no puede sustituirse a la persona que enseña, porque con ella no puedes intercambiar nada.

—Pregúntale que qué le ha pasado, él que no me había desobedecido nunca, cuando estaba todavía aquí. Me extraña mucho. No llego a reconocer a mi hijo —añade, al borde de la desesperación—. Dile para terminar que los dioses de este pueblo y las calaveras de sus padres lo amparen y lo guarden celosamente.

(¡Qué final más conciliador!)

—Sí.

—¿Sí? Sí ¿quién?

El chiquillo levanta los ojos, y mirando con aire inquisitivo, hace una mueca y alza los hombros, para manifestar que no entiende la pregunta.

—Sí, ¡papá! —ordena, amenazadora, la madre, sin ninguna explicación.

—Sí, papá —repite sin convicción el crío, bajando la cabeza.

—¡Eso es!

Más adelante, cuando ya se haya marchado el visitante, la madre volverá a aleccionar al pequeñín, detenidamente, por enésima vez, pero ya serenada, si bien sin poder ocultar su enojo:

—¡Mira! ¡Así es como se tiene que contestar a una persona mayor! ¿Me entiendes? No es ningún compañero de juego tuyo para que le digas «sí», a secas —explica. ¿Cuántas veces te lo voy a decir para que entiendas? ¡Escúchame bien, la próxima vez que lo hagas, te daré un coscorrón tal, que te morderás la lengua! —agrega, enseñándole los nudillos tensos, en plan muy serio. —¿Me entiendes o no? —sigue insistiendo, agachando la cabeza cada vez más cerquita.

Vacila. ¡Pobrecillo! ¿Qué le va a contestar? ¿Que sí, por complacerla, solo por no contrariarla? ¿O decirle la verdad? Y ¿qué verdad? ¿Cuál es la verdad? ¿Es razonable lo que se le exige? Quiere saber, porque es uno de esos niños actuales que quieren saberlo todo:

—¡Mamá!

—¿Qué? —contesta, desfrunciendo la mirada.

—¡Si ya tengo un padre!

—¿Y qué?

—¿Cuántos padres tiene uno?

—¿Hein? ¿Qué? ¿Qué dices? ¡Repite!

—Que una persona, ¿cuántos padres tiene? —insiste el crío.

—¿A qué viene eso? Dime qué es lo que quieres saber exactamente. ¡Explícame!

—¿Quieres decir que es también *mi* padre, ese Mo'òh?

—¡Qué pregunta más rara! ¿De dónde sales con eso?

—¿Y por qué quieres que le diga yo *papá*, entonces?

—¿Hein?, hijo mío... ¡*Men-dzon!* —exclama la madre, acompasando sus palabras con una palmada seca, en ademán de escándalo.

Y como si se dirigiera a sí misma: «Mi hijo ha salido preguntón. Lo que todos los niños cumplen sin cuestionarlo, él quiere que yo se lo explique. ¿Qué explicaciones le voy a dar yo? ¡Venid a escuchar!» —concluye, aunque no hay nadie a la vista.

—¿Que por qué hay que llamarlo papá? ¡Pues porque sí, porque es un papá! Mira. Resulta muy descortés lo que has hecho...

Mientras, una silueta de mujer se asoma a la puerta. No ha precisado llamar porque se la podía ver desde el interior a una distancia de unos

tres metros de la única puerta que da acceso a la cocina —aunque su comadre no la ha visto. El caso es que ¡estaba preocupada con su hijo!

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué te ha hecho para que prometas *cortarle la lengua dándole un coscorrón*?

Al oírla hablar así, se había detenido un ratito para curiosear antes de pasar.

—Pasa. Pasa y siéntate enfrente —dice señalando con el índice una silla de bambú.— Ahí tienes una silla, o te sientas aquí conmigo si prefieres —añade escurriéndose a un lado del otro banco de bambú en que ella misma está sentada. —¡Bienvenida! —sigue dirigiéndose a la visitadora, como si no se hubiera enterado de la pregunta.

Esta se agacha, arrima la silla al fuego —«¡Fuera hace un frío!»—, y con el dorso de la mano derecha la limpia dos veces ida y vuelta, porque al entrar ha visto flotar y depositarse unos copos de ceniza. Mira furtivamente los rastros que se le han quedado marcados y los refriega contra la palma de la otra mano con estrépito. Luego se alisa la falda por detrás antes de sentarse. Una vez acomodadita, recoge la falda de un lado y del otro entre sus piernas, estirándola a renglón seguido por encima de las rodillas.

—¿Qué le quieres a ese niño? —reanuda, mientras mira la silla de enfrente y se da cuenta de que ofrece una ventaja: la posibilidad de apoyar la espalda en uno de los postes ennegrecidos por el humo y el uso, que sostienen el techo en que se pone a secar el maíz, no muy lejos de las paredes laterales de la cocina.

—¡Cuidado, que me levanto! ¡No vayas a caerte! —advierte. Y de un brinco salta al otro lado de la cocina.

—¿Te das cuenta? *Paá Méquiqui* le pregunta si va a la escuela, y le contesta «Sí» a secas. Eso es lo que yo le estaba reprochando.

—¡Ah! Así son todos. Déjalo en paz. Los niños son todos iguales. A mí me parece que allí aprenden a decir «*Wé missié*» y nada más. Al parecer, la cortesía es de otros tiempos.

—¿Y tú crees que los que se lo enseñan no respetan a sus propios padres?

—¡Yo qué sé!... Nunca fui a la escuela... ¿Qué le vamos a hacer? Descuida. El mundo sigue su marcha. Irá aprendiendo. Poquito a poco. Solo hay que tomarlo con paciencia. Todo se arreglará. La solución no está en increparlo tan rudamente. No sabe nada todavía.

—Su tío que está en el país de los blancos no se portaba así. Depende dónde ha crecido un niño y con quiénes. Este nació en la ciudad y si

bien no le puedes echar toda la culpa, tiene que aprender, porque si no, ¿a qué ha venido al pueblo? Y eso que los hay que ni siquiera tienen esa suerte. Además, no te puedes imaginar lo mucho que he tenido que abogar para que sus padres me lo dejen durante estos dos meses. Después de un mes, querían llevárselo ya.

—Irá aprendiendo. Dale tiempo para crecer. Solo es un niño.

Luego, volviéndose hacia el nene:

—Si una persona mayor te habla, dale el tratamiento de *nguik-áh* cuando le contestes. Y si son adultos, díles *Paá* o *Maá*, o mejor todavía *Mo'ôh* u *Hoo*. ¿Me oyes?

—Sí. —¡Sí *mamá!* —corrige la madre—. Y a continuación, comenta:

—Cuentan que curaron a un loco, y para rematar el tratamiento el curandero pitó el frasquito de la poción que le había administrado, y él se pitó la uña.

Y las dos mujeres se ríen, procurando quitarle a su risa toda malicia, y quedándose mutuamente en que hay que dar tiempo al tiempo, porque educar a un niño *no es moco de pavo*.

—¡Ven, *Mo'ogha!* ¡Ven, padrecito! —dice la madre mientras atrae al crío entre sus piernas, como lamentando haberlo contrariado. Lo aprieta contra su pecho y, metiendo su cabecita entre el hueco formado por la barbilla, el cuello y el brazo alzado, le recuerda suavemente: —Ya sabes que eres mi marido, ¿no es así? ¡Ya! ¡Ya! No volveré a regañar a mi marido nunca. Te lo prometo. ¿Queda algo de tu cachito de pan de esta mañana o te lo has comido todo ya? —Lo he comido todo —contesta el crío, apocado. —No pasa nada. Entra en mi habitación y saca del jarro de barro en que hay muchos trastos —está colocado al fondo debajo de mi cama—, y saca el bolso de plástico en que hay cacahuetes y me lo traes. —Le encantan —comenta cuando entra corriendo a por el paquetito señalado. Es que puede comérselos todos los días y no se hartará jamás. Así era yo también de pequeña.

—¡Hmm! —gruñe la madre. —Mira como está sucio.

—No me extraña. Todos los niños son parecidos. Siempre revolcándose en el polvo como puercos. No se pueden imaginar la pena que nos cuesta lavarles la ropa. Tengo uno en casa que no para ni un solo momento. Sube a una silla. ¡Baja enseguida! Baja, y he ahí que agarra el bidón de aceite que andaba rodando por la cocina. ¡Suelta, que te vas a manchar! Ya tiene los ojos puestos en el cuchillo que se ha dejado descuidadamente a su alcance. Hay que prohibírselo gentilmente para que no se corte, de sentirse brutalizado, porque además tiene una fuerza

que no veas... Lo abandona para abalanzarse sobre su primo que se acercaba tranquilamente para subirse sobre mi regazo. Trata de impedirselo, y arrancan los lloriqueos por ambas partes, porque el otro no se deja empujar impunemente. Se agita como una gallina que va a poner huevos. ¡Ya te digo que es una cosa!

—Siempre me he preguntado cómo se las arreglan las maestras con ellos en el cole, y durante un año entero. Yo sería incapaz de aguantarlos una sola jornada.

La madre lo ha cogido de nuevo entre los brazos y lo mantiene apretado contra el pecho un ratito, todavía más fuerte, antes de soltarlo con suavidad, como a regañadientes.

—Sí, come tú. ¿Por qué me los das? Dáselos a esa mamá tuya.

Él obedece, alargando el brazo pequeñito.

—Come, hijo, come. Y gracias —contesta la mamá visitadora.

Y, dirigiéndose a la madre, comenta:

—Haces bien enseñándole así a compartir desde la tierna infancia. No importa si coge con la uña lo que te dé. Lo importante es que aprenda a dar.

—Sí, claro. Habrás visto que, si tú no sabes dar, no esperes de Dios que te dé a ti, porque dirá «ya tienes, por lo tanto, no necesitas nada». Los tacaños siempre pierden en la vida.

—¡Eso! En mi casa —reanuda la amiga—, lo suyo son los caramelos y las galletas. No puedo salir y volver sin que se precipiten para registrar mi bolso de mano a ver si no traigo bizcochos, chocolate, pasteles y cosas por el estilo... Me acaba preocupando. A ese paso, me temo que un día roben para poder comprarse esas tonterías de dulces...

—No creo. Tal y como los conozco, nadie de ellos tiene pinta de alguien que vaya a cometer ese tipo de hurtos. Además, sabes también que esa forma de hacer, muy a menudo, es una cuestión de sangre. La experiencia muestra que da la impresión de mamarse en la leche. Y ni tú ni su padre la tenéis tan mala —que yo sepa— ... Sin embargo, procura no estropearlos con esos chismes; acostumar a los críos a las golosinas es muy mala educación porque los predispone a cosas que no tendrán siempre a su alcance. Además, pudren los dientes una barbaridad ¿sabes? ¿Te has fijado alguna vez en la dentadura de los niños de blancos? (Así llaman a la gente pudiente). ¡Pues la culpa es de las pastas y todas esas cosas harinosas que están siempre engullendo! Así dicen en el hospital. Ya sabes que toda exageración es perjudicial.

—Tienes razón. En nuestra época, lo que comíamos con mayor frecuencia eran las palomitas. Y es así como crecimos solidificando nuestros dientes día a día. Y no hablo de los huesos de la carne. Hoy por hoy, sigo siendo capaz de cascármelos igual que un perro. Es cuestión de acostumarlos, de ir entrenándolos, nada más.

—Peor aún, hay nuevas patologías que no ahorran a nadie en estos tiempos, debido al consumo incontrolado de bebidas de todo tipo con que los coches publicitarios abruman sin parar las mentes infantiles. Que si top naranja, top toronja, top esto, top aquello, que si leche, chocolate, mantequilla, y qué sé yo... Cosas todas que pudren la boca y los dientes lenta, segura, y sobre todo irreversiblemente.

—Oye, en la ciudad las personas mayores no están fuera de alcance: entre otras cosas comen pastas de esas que parecen lombrices intestinales.

—¡Calla! ¡Yo sé de una mamá que decía que antes que comer eso, prefería mil veces morirse de hambre! Lo decía con un gesto de repugnancia, que a mí me hizo sonreír porque me encantan los macarrones, cuando están bien aliñados.

—Las abuelas tienen gustos de otro tiempo, y es normal. Mira que, al volver del campo, lo que nos traían eran grillos o algún aguacate caído, que recogían durante el trabajo para darnos una sorpresa.

—En cambio, hoy en día, los grillos constituyen un anacronismo; ni siquiera llaman la atención de los niños, preocupados por otras cosas, aunque siguen cantando igual por las tardes detrás de las casas, y siguen colándose entre los caballones en los campos en pleno mediodía.

Fuera, empezaba a oírse el crepitar de unas gotas de lluvia sobre el techo de cinc. Los de su infancia eran de paja, y amortiguaban y suavizaban tanto gotas y granizos, que apenas si se notaban las lluvias de otra forma que por el ruido que producían al estrellarse contra el suelo.

Entraba el mes de marzo y se oteaba el cielo, con harta impaciencia, para ver si se asomaban por fin las primeras lluvias, aquellas que anuncian la vuelta de la salvadora temporada de las siembras.

—¿Maá, cuántas parcelas te quedan por cultivar?

—¿Cuántas? ¿Crees que he empezado siquiera? Ni he roturado la mitad —contesta hiperbólicamente. El viaje que yo hice me ha causado un perjuicio irreparable —y ya lo sabía— pero como no tenía más remedio que ir...

—¿Qué le ibas a hacer? ¿Cómo puedes conciliar el sueño teniendo una nigua en tu pie o tierra metida en los ojos? Como no las saques,

no puedes hacer nada, y todos tus compromisos resultan peligrando. A propósito, ¿qué tal está? ¿Qué tal lo lleva ahora tu hijo?

—Han encarcelado a los dos, en espera del juicio. Dicen que hasta que no se haya demostrado la culpabilidad de ese sinvergüenza —¡sin embargo tan evidente!—, no se puede soltar a mi hijo. Ya ves... ¿Te das cuenta? Tú estás ahí, tranquilito, y llega un malcriado y te mete en un atolladero que luego no hay manera de librarte ni de que nadie te saque de allí.

—Dime, ¿qué es lo que pasó realmente? Sabes que desde que volviste no hemos tenido la ocasión de sentarnos a hablar de eso. Por eso venía a verte.

—¿Qué te voy a contar, hermana? Es una historia muy complicada, difícil de desembrollar, porque cuando no has aprendido a mentir y de repente te encuentras tratando con gente torcida, contra tu propia voluntad, está claro que vas a meter la pata y quedar prendido en sus redes como un imbécil.

—¿Con que le tendieron una trampa? ¿Es eso?

—Mira. Figúrate que tú y yo nos concertamos para comprar —al contado, ¡por favor! un pedazo de solar. Luego resulta que os han estafado porque el terreno ya se había vendido a otras personas por el mismo vendedor.

—¡Como siempre! —comenta entre paréntesis la amiga, todavía pendiente de los labios de la narradora, quien recoge el hilo para seguir contando:

—O sea que, como yo te decía, cuentas todos tus ahorrillos en la mano tendida de un señor que se los va a comer tranquilamente mientras que vienen a agarrarte como que te han encontrado en una propiedad ajena tratando de robar. Por mucho que protestes, te llevan con esposas en los puños a la comisaría, y, al día siguiente, derecho a la cárcel. —¿Porque no habían firmado papeles, o qué?

—¿Papeles? Si tú y yo reivindicamos la posesión de este cuchillo —dice deteniéndose para blandirlo, porque entre tanto se ha puesto a cortar con mucha destreza y esmero las legumbres que va a cocinar para la comida del día —yo saco mis papeles de propietaria y tú los tuyos que demuestran que eres la primera compradora desde hace cinco años, y ambos documentos son igual de auténticos —bueno, a primera vista, vamos —¿cómo crees que no vamos a acabar sacando machetes? ¿Qué otra manera hay de solucionar el problema, humanamente hablando,

si por encima el vendedor no está dispuesto a devolver a ninguno de los dos supuestos compradores el dinero que percibió?

—¡Así es como pasaron las cosas, entonces! ¿Y quién pues andaba por ahí contando que lo habían pillado en una plantación ajena cortando un racimo de plátano y que fue por eso por lo que lo tenían encarcelado?

—¡*Wúllililili!* —grita la madre, haciendo vibrar contra los labios la palma de su mano izquierda de zurda, ajustando el volumen de su voz para corresponder a la única destinataria, que está a menos de un paso de ella, y acompañándolo todo después con una palmada seca de escandalizada.

—¿Quién de los que hablan así estaba allá para presenciarlo? ¿Ves lo mala que es la gente? ¡Los sabelotodo que colocan un cubo de agua delante de sí y ven dentro lo que pasa a miles de kilómetros! Y ¿cómo no va a estropearse el mundo de una vez y para siempre? En todo caso, si a alguien se le ocurre mentir sobre la cabeza del hijo de otra persona, que lo haga a expensas suyas, que los dioses se lo devuelvan con creces. ¡Que el trueno les parta la cabeza! Yo no digo cosas por decir, sin tener ninguna certeza, y menos aún para arruinar la honradez de un inocente.

—¡Si yo te conozco como a mí misma! No me extraña lo que dices. Hay tanta mala lengua que, si te pones a considerar lo que anda propagando la gente, o te destierras a vivir en otro planeta que no sé dónde se encuentra, o ya no volverás a saludar a nadie. Lo mejor es mirar y callar.

—Estoy de acuerdo contigo. A uno de mis primos su padre le dio como nombre *Miracosas*. Ahora entiendo; ahora veo que él hablaba con conocimiento de causa. Deja las cosas que sigan su curso, y esperemos que la verdad salga a la luz un día. Deja de escandalizarte. ¿No dijo *Jafut* que si alguien obra bien, se le mete el bien en el cuerpo, y si hace mal se le incrusta del mismo modo en la carne y en los huesos? ¡Adelante! Sigue contándomelo todo.

—Como te estaba diciendo pues, creyéndose en su pleno derecho, vuelve a ver al timador para reclamar su dinero.

—¡Claro que se negó a devolvérselo, me imagino!

—Y no solo eso. Por si fuera poco, alertó a sus amigos y juntos le pegaron a *tu* hijo hasta tal punto que volvió a su casa reptando, como un niño de pecho. Fue a quejarse a la gendarmería, pero como no tenía dinero para sobornarlos, ni a nadie para intervenir a su favor, no le atendieron, y, en vez de quedarse tranquilo y de convencerse de que el dinero se le había escurrido de entre las manos para caerse en el océa-

no, ingenuo como suele ser, hizo el matamoros, y acechando al tipo en un lugar donde estuviera solo —sin posibilidad de llamar a socorro me refiero—, se vengó de la expoliación y del mal trato que le habían infligido dándole la corrección que merecía.

—Así quedaron *bámbassi*. Empatados. Pero ¿le dio su dinero o no se lo dio? Eso es lo que me interesa saber.

—¿Dárselo, dices? ¿Tú serías capaz de ir a recuperar algo que se te ha tragado, metidito en el estómago de un elefante? ¿Con lo succulento y fácil que es comerse el dinero y especialmente en esas tierras ajenas? ¡Mira! —dice alzando tres dedos: mayor, anular y meñique reunidos, y con el pulgar y el índice formando un círculo— te juro que, a las dos semanas de cobrar el dinero, no le quedaría ni un maldito franco, tal y como cuentan que son voraces. No saben ahorrar. Así los hizo Dios. Lo suyo es despilfarrar sin medida. Es tirar la casa por la ventana y vivir después olfateando dónde podrán encontrar otras víctimas a quienes estafar...

—¡No me lo creo!... ¡No puede ser!... ¡Me parece un cuento de nunca acabar!

—Pues así es, lo creas tú o no. Lo que te digo es la pura verdad. Tendrá que olvidarse del dinero, si es que tiene la suerte de que no lo maten por encima. A esa conclusión he venido.

Los maridos de ambas mujeres habían coincidido en una de las pocas tiendas del pueblo para tomar una cerveza juntos. Mientras que bebían sentados, una niña entró para comprar unos accesorios para su madre, y pedía los precios:

—Trescientos el jabón, veinticinco las cerillas y doscientos para el medio litro de queroseno.

Alargó el brazo en que agarraba un billete de mil francos. En viéndolo el tendero, en vez de cogerlo, se puso a remover en su caja, antes de protestar: «No. No tengo cambio», refunfuñó, como si le reprochara algo a la niña.

La chiquilla estaba allí, perpleja, sin saber si marcharse o insistir. Y ¿para qué?

—«Y tú, ¿qué quieres que haga?», preguntó uno de los hombres. Su madre la está esperando.

—No voy a inventar las monedas yo. No es culpa mía si los chinos se han llevado todas las piezas sueltas de este país.

—¿Por qué no le devuelves los quinientos y te trae veinticinco francos después?

—¿Y si no me los trae?

—Yo te los pago. ¡Anda!

—Dime una cosa: ¿quién fabrica el dinero que no puede fabricar más en estos tiempos de grave penuria? ¿O es que andan escasos de materia prima?

—Yo, lo que creo es que los que nos gobiernan son unos endemoniados, unos sinvergüenzas, que encima de todo son impertinentes, y cuyas preocupaciones, en el fondo, nada tienen que ver con el bienestar del pueblo llano...

Cuando se hubo marchado la niña, la conversación se deslizó hacia el terreno de las mutaciones actuales, pero no antes de haber vilipendiado todos por turno la invasión china y deplorado la inercia del gobierno:

—¡Cómo cambia el mundo!... ¡Desde nuestra infancia hasta en mis días de colegio, ese pequeño bote de leche condensada costaba nada más que 15 francos! —dice el primero, fijando la mirada en el interior de la tienda, y enseñando con el dedo índice un punto de los anaqueles a través de la reja.

—¿Te das cuenta? Eso quiere decir que el precio se ha multiplicado ¡por veinte!

—¡Exactamente! Es increíble, ¿no? En todo caso, yo, ¿para qué iba a comprar leche cuando apenas si podía ofrecerme un buñuelo?

—¡Sí, hombre! Como te digo. Nuestros padres pagaban ciento veinticinco francos al año como gastos de escolaridad para nuestros primeros años de primaria. Y eso que para entonces ir al colegio resultaba escandalosamente costoso porque había que desembolsar —es un decir porque no había nada en la bolsa— había que encontrar como fuera, si querías estudiar en un colegio, nada menos que trece mil quinientos francos, cantidad astronómica en comparación con el liceo donde no se pagaba nada. Al menos, en teoría.

—Pero, ¿sabes cuánto le cobran hoy para mi nieto que vive en la ciudad? Ciento setenta mil francos para apenas ocho meses en la guardería infantil del barrio. ¡Ni un franco menos! Es verdad que incluye comida y no sé qué historias, pero le cuesta a mi hijo los ojos de la cara.

—Es lógico, ¿no te parece? Mira: recién reclutados, los maestros de la misión católica —que eran considerados como unos privilegiados— trabajaban un mes entero por mil quinientos francos.

—¡No me digas! ¿Mil quinientos?

—Has oído muy bien: quince veces cien francos. Insuficiente para comprar un kilo de carne con huesos hoy en días. ¡Y se daban por afortunados!

—Si te pones a hacer comparaciones, no comprarás nada ya. Cuando mi tío compró su primera motocicleta a su mujer para ir de compras al mercado, el litro de gasolina costaba sesenta y cinco francos. Ahora, como tú bien sabrás, anda por los setecientos francos... —Date cuenta que el mundo avanza. No retrocede.

—Si es para que la gente se sofoque, no merece la pena. Preferiría quedarme a la zaga...

—Es que la máquina te va arrastrando. No espera la adhesión de nadie para seguir adelante. No te pregunta si quieres o no engancharte a su locomotora. ¡No! La corriente es demasiado fuerte para oponerle la menor resistencia. Si consigues no ahogarte, es la única victoria que puedas lograr.

En otra familia, en otro barrio, otro par de amigas ha vuelto del campo donde le tocaba el turno a una de las dos; su compañera se había detenido para echar un párrafo antes de volver a casa, mientras comía su porción de comida que acababan de recalentar. El nieto de la casa se acercó a su abuela:

—No ha pegado el ojo del todo —comentó ella, porque enseguida se arrellanó entre sus brazos y cerró los ojos. —Ha sufrido retortijones durante toda la noche. Por eso le está entrando sueño ahora.

—Vete a la cama, ¿quieres? —ordena suavemente la abuela, sin quitar los ojos de encima el niño, que prefiere no darse por enterado.

Ha debido de mezclar muchas cosas anoche —pasó a explicar por iniciativa propia.

—Vete a acostar... Que te vayas a acostar. ¿Me oyes? —insiste la madre—... Díselo tú. No me atiende. Por mí no se preocupa.

—Porque si no, después todo el mundo tiene derecho al yogurt, excepto tú.

—¿Ves? Ahora que se lo ha dicho su hermana, obedece... Yo tampoco he dormido.

—¿Cómo ibas a dormir sabiendo que él no conciliaba el sueño? ¡Si son ellos nuestro sueño! Cuando no estás al tanto, la cosa cambia. Vienen de vacaciones para conocernos y conocer las cosas de su tierra. Hay que vigilarlos de cerca cuando comen.

—Solo comió un poquito de maíz fresco amasado con legumbres y aceite de palma rojo.

—¡Wuuh! Ya entiendo. Su estómago no lo ha reconocido. Está acostumbrado al pan, a los dulces, a los bizcochos, las galletas y cosas de esas que comen allá. Les gusta picar un poco de esto y un poco de eso, paseando sobre la comida como polluelos que picotean. Nada consistente pero mil cosas a la vez. Pero si transportan aquí lo de allá, ¿para qué vienen de vacaciones, entonces? Tienen que acostumbrarse a las comidas de su propia tierra.

—La culpa no es suya. Si donde viven no las hay, ¿cómo van a aprender?

—Los míos son igual de delicados, y eso que viven en el país. Con mayor razón los que vienen de tan lejos. ¡Los pobres! Quieren probar todo cuanto les cruza por los ojos, y el resultado, ¡mira! Lo que pasa es que las más de las veces, no les sienta bien.

—Si los quieres, dales golosinas y no se quejarán jamás. ¡Ah! Como es solo para unas semanas o un mes como mucho, déjalos en paz. En todo caso hay poca probabilidad de que vuelvan a vivir con nosotros un día. Definitivamente, quiero decir.

—¡Qué más da! Si están bien donde están, que se queden allá. Lo importante es que uno duerma tranquilo donde le ha tocado vivir. Si allí los padres se ganan la vida decentemente, sin molestar a nadie ni robar, es lo más importante, después de todo. ¿De qué poder disponemos para oponer resistencia a lo que ha ocurrido?

—Tienes razón. Si decimos que no, ¿qué les damos en sustitución? La marcha del mundo es un mar que ni yo ni tú ni nadie podremos detener con solo ponernos enfrente y abrir los brazos. Si descuidamos, nos lleva la corriente. Me consta que no seremos, en adelante, nada más que simples espectadores. El disentir y pasarse el tiempo lamentando no cambiará el curso de la historia.

Cuando ni el padre ni su mujer podían acompañar a sus hijos al pueblo para las vacaciones, por razones profesionales o de conveniencia personal —para quitarse de encima, durante algún tiempo, los quebraderos de cabeza y gozar de unos días de tranquilidad— el primo de Pequëñin los confiaba a un allegado o amigo mayor que viajaba al país, tras tomar todas las disposiciones financieras y administrativas necesarias para que no sufrieran ningún percance. Él también vivía en exilio en un país del continente.

A lo largo de sus vacaciones, los niños procedentes de la ciudad descubrían cosas más curiosas a sus extrañados ojos las unas que las otras. Les encantaba acompañar a la abuela al campo. No podían trabajar. No sabían hacerlo. No habían aprendido a cultivar. En su país de adopción, corría todo a cargo de las máquinas. Se afirmaba que un solo Caterpillar labraba un pueblo entero, lo plantaba, lo sembraba y cosechaba en un abrir y cerrar de ojos.

Sin embargo, los divertía pisar corriendo los caballones, abrirse paso entre las irritantes hojas de maíz, protegerse de las lloviznas o de los chaparrones de julio y agosto con hojas de banano... Pero, sobre todo, cosechar los cacahuets comiéndose unos cuantos granos sin lavar, después de frotarlos vigorosamente contra la manga de la camisa o el faldón del vestido y luego descascararlos con los dientes, pese a la protesta de la abuela (¡Que tenéis los estómagos más delicados que vuestros hermanos de aquí! —argüía inútilmente). Aunque en casa saben mejor cocidos o tostados, no había manera de esperar. Y luego volver a casa con una pequeña carga dos veces menor que la de sus compañeros de edad que vivían en el pueblo, muchísimo más avezados...

—Quiero daros la bienvenida en esta casa. No sé quiénes sois ni qué os trae aquí. No podía preguntaros nada estando vosotros de pie. Ahora que estáis cómodamente instalados, podemos hablar con tranquilidad.

Calla un ratito, y pasea la vista por la sala llena, antes de reanudar, simulando sorpresa:

—Me da miedo tantísima gente. Me parece que nos hemos visto alguna vez por ahí, pero lo que es conocernos, no nos conocemos al punto de que pueda adivinar la razón de vuestra presencia aquí ahora. Me siento angustioso. Pero como quien dice, *no se puede escupir sin antes haber visto la caca*. ¿Se puede saber el motivo de vuestra visita? Espero que no venís a echarnos de nuestra casa.

—Desde luego que no —protesta alguien desde el fondo de la sala. —Hubiéramos esperado la noche para sorprenderos —añade otra voz en plan de broma.

—Saludo a todo el mundo. —Se ha levantado el que, por lo visto, es el mayor del grupo de los visitantes—. No hay motivo de preocupación. Pero te entiendo muy bien. Vengo no con guerra, sino con una preocupación. Pero he venido aquí porque me he enterado de que era una casa de paz, donde se podía solucionar el problemilla que me da insomnios desde hace cierto tiempo.

Todos escuchan atentamente, con los ojos fijos en el hablante. De haber volado una mosca en aquel momento, se habría oído claramente su zumbido, por más tenue que fuera. Se nota que la gente está dispuesta de determinada manera, siguiendo cierta lógica: los visitantes, que rozan la quincena, están sentados del lado izquierdo según se entra, porque los anfitriones han dispuesto las sillas de tal modo que se les pueda abarcar las caras de un solo vistazo, y ellos mismos se han sentado del lado opuesto, juntos, procurando que la puerta quedé despejada. Es el primer símbolo, el de la buena acogida. Sentarlos de otra forma hubiera significado que la visita es ocasional y sin trascendencia, que los visitantes se quedarán un ratito y se marcharán.

—Me has preguntado algo —prosigue el cabeza de los visitantes— y ahora quiero contestar. Soy la boca de mi familia que veis aquí. Hablo en nombre de todos. Me llamo *Beunganzéh*. Mi padre era un príncipe que algunos, entre vosotros, sobre todo los mayores, conocerán seguramente. Venimos de *Má-ghah*, a varios ríos de aquí. Tengo familiares en este pueblo porque mi madre creció con una amiga de su madre, y la familia que la acogió se ha vuelto nuestra también. Por tanto, tenemos allegados no lejos de aquí. Ya sabéis que *las hormigas no pueden cruzar un río sino a lomo de una ramita de rafia*. Ahora, para ser más concreto, lo que me trae es que he olfateado algo que me ha llevado hasta aquí, y desearía que me lo cedierais...

Observa una pausa y espera que le pregunten aclaraciones, lo cual no tarda en hacerse:

—¿Y qué es eso? ¿Qué has olfateado en una casa tan modesta como la mía, donde apenas hay silla para sentarse?

—He visto algo. Mis ojos han visto algo. Lo que dices no me extraña porque a veces uno lleva una cosa en la mano y no lo sabe. Pero la ven los demás, a veces incluso desde lejos. Yo he visto un plátano rebosante de lozanía e, informándome, me han dirigido hacia esta casa, y me gustaría llevarme a casa un retoño...

—¡Hmmm! Si es eso, descuida... lo malo es que vienes de noche, y sabes muy bien que el campo nos pilla bastante lejos. Por lo pronto, lo que puedo hacer es dejarte el racimo que traje ayer. Tú te lo comerás asado, con salsa o en forma de *kondrè* en tu casa, como tú quieras.

—¡No! No me has comprendido.

—¿No? Entonces sé más concreto.

—No. De eso no hablo. Es otro tipo de plátano. El que me propones —y te lo agradezco— se come una vez, y luego, no queda nada. Prefiero

el vástago que me dará racimos por centuplicado, y de forma perenne; no trates de engañarme, porque sabes muy bien a qué me refiero.

—¿Cómo? Yo no soy ningún brujo para saber lo que tienes oculto en la cabeza.

—Hasta entonces, nadie más había intervenido. Para desatascar la situación, alguien, del lado de los anfitriones, se terció apoyándolo:

—Tiene razón. No te entendemos. Habla más claramente.

La atmósfera era gravísima, cargada de gran expectación. Cada concurrente sentía que se acercaba el momento clave, en que iba a resolverse el enigma.

—Sí, explicita tu demanda —reanudó otra persona. Mientras le estás dando rodeos así al asunto, puede llegar un intruso ahora y llevarse lo que, quizás, pensabas ser tuyo. Tienes que especificar más tu deseo.

—¡Bueno! Entonces, aunque dudo que no me hayáis entendido como pretendéis, voy a abrir mi corazón de par en par: he topado con una jovencita en la calle, e indagando he llegado a saber que procedía de esta casa. Os agradecería mucho que me la dejaseis llevar a mi casa, pues veo que es el tipo de mujer que andaba buscando, porque alguien me ha asegurado que me haría taró sin un solo grumo.

—¡Ahora! Así, las cosas resultan más fáciles para todos —aprueba Suuyi, el amigo del portavoz de la familia acogedora, y allí se para. No dice nada más. Agacha la cabeza, y reflexiona un largo rato, probablemente buscando la manera de salirse del aprieto. Toda la sala pende de sus labios. Por fin y para alivio a la vez de los contrincantes y de los cómplices, se levanta solemnemente y, retomando la palabra, dice:

—He oído y reconocido vuestra extirpe, creo poder acogerme a vosotros sin temor de ser traicionado. Os *daría la espalda* de buen grado, y es lo que voy a hacer, ya que lo solicitáis.

Y, volviéndose a su izquierda, se dirige en voz alta a una de sus mujeres, probablemente la de mayor edad:

—Has oído lo que pide este forastero. Vete a traer a la única hija que tengo aquí en casa. Veo por su insistencia que no se marchará si no comprueba por sí mismo su error. No quiero seguir diciéndole con mi boca que está equivocadísimo. ¡Vete!

La mencionada *mendam* (la favorita) desapareció detrás de la cortina de *cuerè-cuerè* que tapaba el pasillo. Este daba acceso a las habitaciones. Se oyeron murmullos de aprobación. Comentarios de complicidad y alguna risita sofocada. La curiosidad alcanzaba su colmo. Inicióse entonces un valse de disfraces protagonizado por la mujer y unos acólitos. Trajo

agarrada del brazo izquierdo aprisionado bajo el sobaco a una chica arropada con un pareo como un bulto móvil. Solo se le veían los pies, y nada más. Todos los concurrentes miraban con mucha atención, para tratar de identificar a la persona disfrazada con ese atavío. Pero el juego era conocido, y se sabía ya que no iba a ser la persona idónea.

—¡Ella no es! —protestaron los visitantes, casi unánimemente, y una vez quitado el velo, clamaron en coro, con todavía mayor fuerza:

—No es ella. ¡Lléváros! ¡Lléváros! ¡No podéis engañarnos!

—¿Que no es ella? Pues nada. A no ser que se trate de otra que está muy lejos de aquí, que se fue de visita a casa de su abuela.

Entonces intervino la voz cantante del lado de los visitantes, después de que la recadera se hubiera quejado de un fingido cansancio:

—Estoy consciente de que no os resulta fácil el cometido. (Sacó un sobre del bolsillo de su *gandurá*) Toma —añadió—, con una moto iréis más rápidamente a por ella.

Y se la llevaron, como cumpliendo la orden. Crecía la tensión. La atención también. Unos minutos después, se repitió el mismo guión. Se cambió de chica. Pero daba igual. No era la buena. El sobre no había surtido el efecto esperado.

—¡Lástima! ¡La motocicleta se ha averiado en camino! ¡Imposible llegar aquí con ella!

—¡¡¡Vaya!!! —lamentó una voz. Murmullos desaprobadores de otras.

—Vale. Tengo que conseguir lo que quiero para mí, cueste lo que cueste.

Y añadió en voz baja procurando que no le oyera nadie de los de enfrente: «¡Ya veremos quién sale ganando, entre vosotros y yo!» Estas últimas palabras iban acompañadas de otro sobre que el hablante deslizó subrepticamente entre las manos de la dama que lo recibió con una ligera genuflexión, al tiempo que susurraba algo para marcar su aprobación.

Una vez más, la expectación quedó defraudada. ¿Y la causa?

—¡Qué horror! —volvió a los dos minutos quejándose ¡Mientras estaba aquí perdiendo tiempo, un desconocido se la ha llevado a todo correr! Y simulando un pánico de mil demonios, añadió: «La única solución para alcanzarlos de nuevo es un helicóptero. Es lo que nos hace falta ahora, ¡y enseguida, antes de que se nos haga demasiado tarde!

Un murmullo de espanto y sobre todo de nervosidad e irritación recorrió la sala. Alguien arriesgó un aparte: «¡Pero que os estáis pasando ya de la raya, oye!» El vecino le dio un codazo discreto: «¡Cállate tú! ¡Paciencia! ¿Es que tienes diarrea, o qué?» Obedeció el concernido,

pero más adelante, en el camino de regreso, él volvería al asunto para recordarle al compañero de la metedura de pata que *el que pide nunca se enfada* —según reza el dicho. Tan a menudo tienes que tragar quina para conseguir lo que quieres. E incluso casi siempre. Tienes que saberlo».

—Por mucho que te atormenten —siguió aleccionando— a sabiendas de que lo importante es que luego te satisfagan, no tienes por qué quejarte sobremanera.

Después de este encuentro que se había iniciado bajo buenos auspicios, el padre recibió de su hijo una carta desesperante. En ella le ordenaba que parara las negociaciones con la familia de la novia que le proponían, «hasta que os diga lo que tenéis que hacer» añadía tajantemente. Y así fue como la cosa iba a quedarse en agua de borrajas para siempre...

Los que se enteraron de aquella noticia espantosa estaban escandalizados. Nadie de los concurrentes en la ceremonia de petición de mano podía entender que el joven para quien toda la familia se había movilizado así careciera hasta tal punto de cortesía, ¡pero bueno! La juventud ha perdido la cabeza. Y Mbôñin —lamentablemente—, no era ninguna excepción al respecto, concluían a modo de consuelo. «Lo que sorprendería es más bien que, hoy en días, un joven demostrase seriedad y sentido de responsabilidad en sus compromisos».

¿Qué pasó? Pues pasó que, a instancias de su madre, él había acabado por dar su visto bueno, aunque sin entusiasmo. Quería y respetaba a su madre más allá de lo que se podía esperar de un niño. Pero no había manera de quitársele de la cabeza que su hijo necesitaba casarse con una chica del pueblo, y que se estaba haciendo tarde. Non obstante su ausencia —argüía ella—, era posible entablar las negociaciones con la familia política de la chica que propuso con insistencia a su hijo hasta acabar convenciéndole. En todo se pusieron de acuerdo. Dicho y hecho. Pero, por una increíble mala suerte, cuando todo el pueblo sabía que Pequëñin tenía una novia, se la descubrieron embarazada, sin que su novio hubiera vuelto al país ni siquiera una sola vez para acercarse a ella, puesto que la luz verde del novio llegó a las dos familias por medio de carta, y el beneplácito de la novia por vuelta de correo. Así de sorprendente el mundo. El Maligno siempre acechando en un recodo del camino para saltar ante nosotros riéndose, para jorobar y tratar de aguarnos la fiesta de la vida... Como no se puede razonablemente borrar sin escribir otra cosa, la madre consiguió que se abriera otro camino. Y ¡mira!

Se han marchado. Todos. Cada uno por su lado. Unos a la ciudad, otros al extranjero, o a algún paradero desconocido. Ha pasado lo que pasa cuando se pisa una hormiguera: se instala el caos, luego es la desbandada más incontrolable. La concesión huele a desolación. Todo rezuma tristeza, e impera la nostalgia de un pasado caluroso rebosante de vida y amor. El espacio se lo disputan el espíritu de los antepasados que sigue planeando para vigilar las ruinas, y las ánimas errantes que, en su búsqueda de un refugio imposible de encontrar, asustan a los vivos.

De los techos descompuestos empiezan a descolgarse las traviesas podridas por varios años de lluvias y los estragos del tiempo. Una vegetación salvaje ha invadido el patio y da la vuelta a la casa principal y a la cocina reptando como un cinturón de miseria. Huele a abandono. Ni siquiera las gallinas de las vecinas necesitadas de un rincón seguro para poner sus huevos se atreven a abrirse paso entre tanta hierba. Se quedan allí sacando el cuello, cacareando y mirando a derecha e izquierda durante unos minutos antes de volverse para marchar, decepcionadas, cada vez más dramáticamente plañideras.

Junto con los pájaros que han fijado su domicilio en los techos y cuelgan sus nidos sin preocuparse de nada, las lagartijas son los nuevos inquilinos. Los días que sale el sol, corren para arriba y para abajo como dueños incontestados del lugar. Se pasan el tiempo retozando como corderos que dan brincos sobre unas rocas, más que agradecidas a los propietarios ausentes.

Un *quesan* contratado por el dueño guardó el recinto durante unos años a cambio de vivir ahí mismo con su reducida familia y cobrar un sueldo ridículo e inaceptable para cualquier otro prestador que no fuera de aquella tribu. Por desgracia, se murió hace un par de años a consecuencia de una enfermedad corriente mal tratada, puesto que aquí el paludismo no sorprende ni alarma a nadie: cada uno espera su cuota, que llega tarde o temprano. Pero cuando está a nuestra puerta, hay que atenderlo según un protocolo bien preciso. Si no, los riesgos, incalculables, se van multiplicando.

Antes se curaba con pócimas sencillísimas hechas a base de toronjil y luego arrimarse al fuego. Careciendo del dinero para ir al hospital, se conformó con una corteza de árbol con virtudes supuestamente terapéuticas que machacó sobre una piedra de amolar rudimentaria; después metió la corteza machacada en una vieja botella de un litro y medio de agua *Tanguí*, y bebía el líquido así obtenido tres veces al día; mascaba además otras hierbas de dudosa higiene para completar su tratamiento.

Esta vez no surtió el efecto esperado. Debió de desarrollarse alguna infección latente, pero como no tuvo la oportunidad de ir al hospital para hacerse examinar la sangre, la enfermedad se lo llevó. Desde entonces no se ha vuelto a encontrar a otro guardián.

A la viuda y los hijos no les quedaba más alternativa que continuar su nomadismo o, en el mejor de los casos, reunirse con familiares que vivían en otro lugar de la comarca. Según se supo después, esta última opción fue la que se les ofreció. Se marcharon disgustados y desanimados por el golpe. La verdad es que a nadie en el pueblo le hubiera molestado que se arraigasen para el resto de su vida, y acabaran adquiriendo el derecho de vecinos como ha sido el caso con unos paisanos suyos, cuyos hijos se escolarizaron allí y se casaron, se hicieron pastores según la tradición familiar, carniceros o taxistas, o encontraron un trabajo en la ciudad vecina gracias a sus estudios, para los más despabilados. Le dolió mucho a Míamoh ese infortunio, porque conocía muy bien a esa pobre familia, y les había regalado, a veces, un racimo de plátano o un puñado de maíz para hacer cuscús, que era su plato preferido.

El escupitajo ha salido con la brutalidad de un balazo. De una violencia inusitada, el estornudo que lo ha precedido casi lo hace saltar de su taburete, como repentinamente proyectado por una brutal palanca. Se le sueltan los músculos del cuerpo entero, que se habían contractado. Ha seguido un profundo suspiro. Sobra, sin embargo, algo del demonio que ha quedado sin expulsar. Tras aclararse la garganta otras dos o tres veces, ruidosamente, expectora una viscosa y densa sustancia amarilla, y la frente se frunce debido al consiguiente asco. Ahora experimenta una sensación de satisfacción y alivio, aunque sigue temiendo que se le reanude el cosquilleo.

Era la respuesta lógica a lo que acababa de hacer unos minutos antes. Había sacado del profundo bolsillo de su amplio *bubú* un frasquito de rapé. Abriéndolo casi amorosamente, había inclinado la botellita con mucho cuidado, y dándole golpecitos mesurados en la palma de la mano izquierda, había sacado una pequeña cantidad que recogió luego con el dorso de la uña derecha. Se la aplicó a cada nariz y aspiró dos veces antes de volver a cerrar el frasquito. Devolvió el frasquito al bolsillo y se limpió las manos palmeando de arriba abajo y viceversa.

Ahora un hilillo imaginario le corre mejillas abajo. A los hombres de pelo en pecho no se les ven las lágrimas, salvo en circunstancias extraordinarias. En un duelo, sí. Cuando ha fallecido una persona muy

querida: la mujer, el hijo..., cosas por el estilo. Entonces sí que son comprensibles, perdonables, tolerables... cuando los ojos no han sido incorregiblemente secados por los estragos de la vida. Fuera de ese marco, por muy fuerte que resulte la emoción, por muy intenso que sea el dolor, las lágrimas de los hombres fluyen al revés, corazón adentro. Más aún cuando se es ochentón.

El abuelo lleva tiempo observando las mutaciones que se operan a su alrededor. Pero últimamente las cosas han empeorado de modo todavía más preocupante. El foso entre su época y la presente generación se hace cada día más profundo. Mira las actuaciones de sus tataranietos con cierta amargura. Algo indefinible le atormenta sobremedida: una decepción que las palabras resultan impotentes para describir... Se dirige, desesperanzado, a la abuela:

—¿Y son estos a quienes vamos a tener que dejar el mundo? ¿A quién se echará la culpa? Yo he hecho todo lo que he podido; ¡y todos mis allegados han cumplido con su deber! Les he dicho siempre: «Esto no se puede hacer. He aquí lo que se hace, que hicieron nuestros padres y que hemos venido haciendo nosotros... Si adviertes la presencia de una serpiente en los parajes y previenes a alguien para que se huya, si se niega a huir, ¿qué más puedes tú hacer? ¿Llevarlo a hombros, quizá? ¿Sustituírte a él? ¿O impedirle mover de tu lado, para tenerlo bien controlado? Cuando se van fuera de su pueblo, me pregunto qué les contarán para desviarlos tan radicalmente de su camino natural...

Los adora, y no deja de agradecer en su corazón a los dioses del pueblo el habérselos regalado —porque hay conocidos suyos que no han tenido la misma suerte que él—. «Aunque no gozo de título alguno de notabilidad, un rey no me supera en nada si no es en eso de que la gente se quita el gorro ante ellos, se inclina reverenciosamente, hace como que se tapa la boca y los saluda palmeando.» Otras veces aventura otra comparación: los jefes solo le aventajan en número de mujeres y niños, pero ¡qué más da! Todo el mundo sabe que *hay grupos de edad de setenta personas que valen más que otros de trescientas*.

Pero siente en el alma una cosa: lo primero que la naturaleza proporciona al hombre al nacer se lo han quitado a sus nietos y tataranietos; por muy extraño que parezca, desconocen su idioma materno. Por completo. Ni siquiera ser capaces de farfullar algo —lo que sea— para que se diga que, andando el tiempo, llegarán a conseguir expresarse con los suyos en su cauce propio, porque «Dios ha hecho que cada uno

tenga un modo de expresión peculiar, aunque después le salgan oportunidades para hablar cien otros idiomas en la vida».

«Se ríen de mí cuando intento dirigirles la palabra —lamenta Míamôh, para confirmar las alegaciones de su marido—. Sueltan carcajadas, y cuando no, ahogan una risa que saben comprometedoras porque se tapan la boca con ambas manos, mirándose entre sí, divertidos. Luego hacen comentarios en *sus* distintos idiomas —porque no tienen ni siquiera uno solo, por vivir unos aquí, y otros ahí, en países distintos—. Yo no los entiendo, como tampoco me entienden ellos. ¿Cómo podemos vivir a base de señales como sordomudos dentro de la familia, cuando el Creador nos ha dado oídos y boca y lengua en perfecto estado? ¿Qué nos queda, entonces?

De resultas, emprende un viaje hacia el pasado, remontándose hasta unas décadas atrás. Se rememora lo orgullosa que se había sentido cuando, al volver del colegio, sus hijos empezaban a hablar «como los blancos, *sokosokofi, sokosokofi...*», y todos los vecinos y familiares quedaban admirativos ante el prodigio de tal asimilación. Pero hoy en día, los encuentra *más papistas que el papa* o, como ponen la cosa aquí, se encuentra con que sus nietos y tataranietos *lloran más que el que los llevó al duelo...* Experimenta algo parecido a la culpabilidad... Pero, ¿hasta qué punto es realmente responsable de esa situación? Lo que sí lamenta es no haber tenido la necesaria clarividencia para profetizar que tarde o temprano todo iba a acabarse de una manera nefasta, no haber sido capaz de sentir que se trataba de un cebo sospechoso. «He ahí que todo se ha echado a perder ¡Menuda calamidad!»

—¿A quién pues señalaré los límites de mis plantaciones para que detrás de mí no les vayan a tomar el pelo? ¿A quién enseñarán sus madres cómo se siembra el maíz y cómo se recogen los cacahuetes, cómo se conservan las cosechas para no padecer penuria durante los tiempos de carestía, durante al menos un año, cómo se cuida de los tíos y de los abuelos inválidos que tanto necesitan de nuestro afecto, cómo se maja el taró para que no haya grumos? ¿Cómo sabrán esas cosas si nadie los ha puesto sobre aviso? ¿Quién irá a los bajos fondos a sacar el vino de rafia? ¿Quién velará sobre los cráneos cuando hayamos fallecido? ¿Quién se hará cargo de los sacrificios cuando los pidan las calaveras de los antepasados? ¿Quién? ¿Quién? Decidme...

—Cuentan por ahí que hay cursos de lengua vernácula durante las vacaciones —le comentó un amigo suyo para tratar de tranquilizarlo.

«Está previsto que no solo se aprenderá a hablar allí, sino también a escribir» ...

—A mi modo de ver, eso no pasa de ser un disparate —había reaccionado el abuelo. Tú ¿cómo puedes dar crédito a una cosa así, amigo mío? ¿Quién los va a enseñar? ¿Tú? ¿O yo? ¿O su madre? ¿Quiénes lo harán y qué saben ellos? ¿Hen? ¿Y durante cuánto tiempo? ¡No me hagas reír! Desde niño, tú y yo aprendemos a hablar. Y distamos de afirmar que lo sepamos todo. Alguien viene hoy saliendo de no se sabe dónde y pretende que en un mes escaso va a enseñar un idioma que ni siquiera es suyo ¿y tú lo crees? ¿Te das cuenta? ¿De quiénes se están burlando? Nos tratan como a gente que no tiene cerebro. ¿Qué se creen? ¿Que saber hablar una lengua consiste solo en saberse cuatro palabras y ya está? ¿Lo justo para pedir agua de beber? ¿Quién de ellos sabe enderezar su discurso con dichos populares? Si se trata tan solo de aprender a dar los buenos días, ¡vale! Pero cualquiera puede decirlo perfectamente. Lo decía el cura blanco a los dos días de llegar aquí en el pueblo. No se aventuró más allá, ¡pero bueno! Si hablo en parábolas, ni siquiera el maestro se enterará.

Se calló, y parecía contemplar algo a centenares de kilómetros de allá.

Se sobresaltó cuando su amigo lo interpelló.

—¿Qué? ¿Qué pasa? Pareces en otro mundo. ¿Qué ocurre?

—Si ya no cabemos en este mundo, ¿dónde quieres que estemos si no es en el otro mundo? ¿O tú no ves las cosas como yo las estoy viendo? —preguntó retóricamente.

Y luego prosiguió: ¿Qué confianza se puede hacer con una lengua ajena? Luego no nos queda más que dar a luz en pleno mercado, en la plaza del pueblo, porque ya no hay secreto posible... ¿Quiénes serán los depositarios de nuestros testamentos? ¿Aquellos extranjeros que apenas si los conocemos, o esos hijos que han dejado de ser nuestros? Dime. Los más afortunados farfullarán dos o tres palabras, luego tendrán que marcharse para volver al colegio del lugar donde viven. Se les olvidará de nuevo todo. ¿A qué puede llevar parecida inconstancia? ¿Qué resultado, concretamente, puede esperarse? Todo aprendizaje necesita arraigarse y necesita seguimiento. Hace falta practicar permanentemente...

Se han sumado otros ancianos y ahora forman un buen grupito.

—Tienes tanta razón cuanto que el secreto del aprendizaje de un idioma radica en el habla y en ninguna otra parte, en la práctica cotidiana como dices. En todas partes excepto en los libros. La cosa es hablar, hablar y hablar... ¿Cuántas palabras caben en un libro? ¿Las de

un día, dos días, las de una vida entera, las que se dicen en la cocina, o en el campo entre los surcos, en el mercado, en las reuniones familiares, en las visitas a los deudos, en los recados que se confían a los niños, en los cuentos al amor de la lumbre que narran las aventuras de la liebre y de la astuta tortuga, o de la anciana desdentada al borde del camino? ¿De las pláticas entre parientes e hijos? ¿Qué? ¿Que por favor alguien me conteste! Nuestra lengua se echará a perder. No hay nada que hacer —dictaminó a modo de conclusión. Pero cada uno de los recién llegados contribuyó con su granito de sal, todos en la misma dirección de lamento y frustración...

—Una madre tenía tres cosas que ofrecer al nene como alimento: la mirada tierna, la leche nutricia relacionada con el trabajo, y su palabra educativa. De estas tres cosas, ¿cuál es la que nos queda? Acaso la primera, habiéndosele alienado hasta la leche... Da malanga triturada a uno de esos niños que vienen de vacaciones al pueblo y verás qué curiosa le resultará y no me extrañaría que frunciera la cara y acaso escupiera asqueado. Háblales una palabra de su lengua materna y, rasándose la cabeza como monos, se volverán para pedir que alguien se la traduzca. La generación de Pequẽnin fue muy suertuda. Nadie podría engañarlos tocante al tema del habla vernácula, que controlan bastante bien, por haber crecido en el pueblo. —Ahora es la decadencia moral generalizada...—Con esa palabra resumía una vez —al interceptar una conversación del mismo estilo— las quejas de los ancianos de su pueblo. Su propio hijo le contó escandalizado, a la vuelta de las vacaciones en el país, cómo los ancianos venían a su casa, comían lo que les ofrecía la abuela, y le daban las sobras en el plato donde habían comido, y él les preguntaba que para qué les tendían su plato, y se negaba a tomarlo. Êmbõnin explicó al hijo atónito que así se hacía antaño, cuando ellos eran niños, y que hubiera sido inadmisible que un papá comiera hasta limpiarse el plato, sin entregar nada a los críos presentes. A nadie le daba asco e inmediatas ganas de devolver aun sin haber tocado ni siquiera el plato, como a su hijo, según lo demostraba oyendo a su padre, cuyas explicaciones no justificaban a sus ojos tan extraña costumbre...

2. LA TIERRA DE PROMISIÓN

Émbôñin, por otros nombres Apequèñin o Apequèmoh, era hijo único. Como es sabido, las chicas tienen menor trascendencia que los varones en esta sociedad, pese a que son ellas las que dan la vida y la cuidan día y noche durante toda la existencia. A decir verdad, muchos nombres resultan intraducibles a cualquier otro idioma. Curiosos vocativos hechos nombres, esos apelativos resultaban de la prodigiosa explosión afectiva de una madre desbordante de cariño, y significaba todo lo contrario de lo que decían, ya que «el niño» ni era «un desastre» como dejaban suponer, ni era «feo» para nada. Enrollado en un paradójico subterfugio destinado a desviar la atención del mayor tesoro que poseía su madre, el resultado daba algo así como «un niño feo», «una persona fea e inútil», muy cercano a «una nimiedad», «un desecho»... En cuanto tocayo de su abuelo adoptivo —porque su madre había perdido al padre biológico muy temprano y había sido recogida por el marido de su hermana mayor, que la educó como se cría a su propia hija,— le tocó otra apelación, su verdadero apellido. Gueup'ih solo aparecía en sus papeles oficiales.

Tanto fue así que sus propios hijos no supieron hasta la edad adulta que ella no era hermana de ellos por la sangre. En reconocimiento de esa integración armoniosa dio a su hijo ese otro nombre, que era, por así decirlo, el apellido del padre putativo, pero también con la secreta esperanza de que fuera a ser un feliz presagio y que, por lo tanto, su dios personal velara sobre él sin pestañear.

Los padres habían vacilado entre aquella señal de gratitud y otro nombre: *El-que-renueva-la-casa*, *El-que-restaura-la-estirpe*. Desde un principio, estaban preocupados por la continuidad de su familia y su perpetuación. Pudieron ser dos varones a su madre, pero el primogénito salió mortinato. Sus hermanas eran mucho mayores que él, y nació cuando su madre ya desesperaba de tener nunca un varón. Llegó a punto para salvarla de la profanación del santo nombre de Dios proveedor de todo bien; llegó como un precioso don del Cielo.

Su padre contemplaba en su corazón, con legítimo orgullo, el proyecto de hacer de él el heredero de su casa. En el fondo, no tenía alternativa, ya que no se elige sino entre una cosa y otra y, por lo tanto, al no tener más que un hijo, era forzoso darle su sucesión, salvo si por razones de grave deficiencia en la conducta u otra causa perentoria, decidía de-

rogar a la regla para atribuir su casa a una chica o un nieto. De hecho, se han dado casos en la historia de chicos tan malvados que los padres casi renegaron de ellos. Así que el cargo de gobernar la familia cuando se hubiera marchado para siempre el padre recaía automáticamente en él.

Por una descomunal fortuna, no planteaba problemas particulares ni en la familia ni en el pueblo. Un niño casi perfecto. Tanto era así que daba miedo a sus padres, quienes se preguntaban si iban a seguir gozando de la suerte de tenerlo para toda la vida (A veces la Naturaleza agita a tus ojos una flor, y cuando alargas una mano para recibirla, te la quita brutalmente). Su padre lo quería mucho más de lo que un padre quiere a su hijo. Además, todo el mundo coincidía en que le parecía *como una perdiz*.

Estaba a punto de buscarse otra mujer cuando vino al mundo, para gran sorpresa y satisfacción de todos. Justo a tiempo para ahorrar a su padre los quebraderos de cabeza de pedir la mano a otra mujer, entablar los trámites con la futura familia política, ir y venir tantas veces como fuera necesario, reunir el dinero necesario para la dote, etc., y echarse encima todos los problemas de la nueva familia política... Pues cuando entras en una familia por ese canal, te comprometes implícitamente a asistir a todos los allegados si sobreviene un duelo, si se organizan funerales o ceremonias para solicitar la paz sobre unos gemelos, si surge cualquier tipo de desgracia...

Con objeto de prepararlo a tal cargo, era preciso poner en su mente la semilla del apego a la tierra, enseñarle discretamente los límites de sus plantaciones y la existencia de otras tenencias eventuales, llevarlo a las reuniones familiares, inculcarle la cultura del pueblo. Total, depositar en él, como se abona una parcela destinada a ser un criadero, la semilla de la sabiduría ancestral, insuflar en su corazón el sentido del amor paterno y de la responsabilidad...

Lo adiestraba en el arte de la diplomacia, en el manejo de los asuntos sociales, en la gestión de los pleitos en la familia, que surgen tan fácilmente entre hermanos y primos y hay que separarlos como a boxeadores rabiosos que se han enganchado encarnizadamente uno al otro. Hablaba con él día y noche, aprovechaba los escasos huecos que dejaba el colegio para llevarlo a determinadas reuniones de amigos, le enviaba a un lugar con un paquete que entregar a un familiar los fines de semana, o al volver del colegio por la tarde. A veces dejaba expresamente que oscureciera bien antes de darle el recado, para poner a prueba su hombría. Se fijaba en cómo se ocupaba de él cuando estaba con fiebre o se

quejaba de algún dolor lumbar..., y se sentía orgulloso de su sentido del servicio y de un altruismo muy aguzado.

Le contaba cosas de otro tiempo, cuando él mismo tenía su edad y militaba activamente en el *mendzon* del pueblo, o sea la categoría de la milicia generacional que le correspondía por la edad. Le narraba la historia de la creación de su pueblo, insistiendo en su leyendaria astucia. Como guerreros sabían como nadie despistarse de los enemigos, y él tenía pruebas de su valor en los combates que sacar a relucir, que refería como para decir a su hijo, «ten cuidado de no decepcionarme».

Muy a menudo, viendo el mal cariz que tomaban las cosas, había invocado, con resignación, la realidad según la cual, «*si al blanco se le muere un hijo y a ti el tuyo, tendrás que ir a enterrar al suyo primero, antes de atender al tuyo*», sin saber que le iba a tocar experimentarlo crudamente. Pero hablaba por hablar, pues nunca había querido convencerse de que, si te riñes con un blanco, va a ser él quien te hunda la espalda al suelo o se lleve lo disputado. Ignoraba que el día menos esperado, los Blancos iban a llevarse al único hijo que Dios le había dado, para quedárselo en su lejanísima e inalcanzable tierra, tan lejos que, *si se alinean cien bambúes uno detrás de otro, no se llegará allí*. Resultaba imposible saber cuántos ríos se cruzaban, cuántas colinas se subían y bajaban, ni cuántos días de camino hacían falta para alcanzarlos. Además, contaban que se tardaba *como desde que amaneció hasta ahora sobrevolando el desierto, una tierra sin vegetación ni casas ni nada*. La vaga idea que podía hacerse se limitaba a que había que coger una enorme ave para empezar el viaje, y cuando se cansaba de volar, hacía falta cambiarlo por otro, y tardaban poco menos de un día en los aires.

En la escuela, Émbôñin se singularizó muy pronto y les llamó enseguida la atención a sus maestros, cosa de la cual le llegaron noticias al padre. Al principio, era motivo de orgullo, porque distaba de imaginar qué consecuencias eso podría acarrear a la larga. Lo primero que le sorprendió fue que, al pasar de la primaria al colegio, le dijeran que no pagaría nada, mientras que los padres de todos sus compañeros sudaban para reunir más de veintitantos mil francos anuales, además de los gastos colaterales para el material escolar, de los cuales su superdotado hijo quedaba siempre exentado puesto que, según explicaban, los cubría una extraña ganga llamada «beca».

En un primer momento, le pareció todo aquello sospechoso (pues todo lo que no has merecido con el sudor de tu frente es susceptible de ser peligroso), y se preguntaba interiormente si no le estaban tendiendo

una trampa para llevar a su hijo en la brujería. No quedó serenado hasta cuando le explicaron que eso habían ideado los blancos para echar una mano a todos los hijos de pobres que sobresalían en la escuela, a fin de que las dificultades financieras no les impidieran alcanzar la cumbre de sus capacidades intelectuales, yendo lo más lejos posible. Se enteró, además, de que en cada curso hacían el mismo favor a los mejores alumnos, y solo fue entonces cuando recobró definitivamente su tranquilidad. «Si es tontería de mi parte, al menos no soy el único en ser tonto».

Al final del curso volvía a casa cargado con un montón de libros y cuadernos correspondientes al curso siguiente, que había recibido en concepto de premios. Al padre solo le quedaba comprar bolígrafos azules y rojos, así como material de matemáticas, gomas de borrar, una regla para trazar figuras geométricas, un compás, y un cartapacio para meterlo todo, que conseguía en uno de los mercados del pueblo, donde se vendían sacos de fibras de bambú bien hechos para los enseres escolares.

Pero a medida que iban pasando los años de estudios, resultaban cada vez más estrechos para la cantidad de libros y cuadernos necesarios, y por tanto cabía muy poca cosa, o se deshilachaban progresivamente. Entonces su padre tuvo que comprarle una pequeña mochila de segunda mano, pero más resistente y con mayor capacidad. El último requisito lo cumplía adquiriendo un uniforme que proporcionaba el colegio, encargado por el Padre Director a una sastrería elegida entre las mejores del lugar, y los padres solo tenían que traer la cantidad de dinero exigida, dejarse tomar las medidas el niño, y llevarse el que le quedara mejor.

Casi siempre le tocaban el primer premio de matemáticas, el primero de física-química, el primero de Ciencias Naturales, el segundo de francés e inglés y el tercero de historia-geografía. Aunque pudieran bajar un poquito las notas de estas últimas de un trimestre para otro, y por consiguiente el puesto ocupado, era difícil que no le tocaran los primeros en ciencias puras. La única asignatura que suspendía casi siempre era Deportes. Era todo un espectáculo verlo correr (parecía un pingüino), y su torpeza en gimnasia es que daba pena. Aquella resultaba la única oportunidad que dejaba a sus compañeros de clase para mofarse de él francamente, tomando así la revancha de un distanciamiento humillante entre ellos en lo puramente intelectual; claro que no se perdían parecida ocasión.

Sus nuevos profesores del Instituto Oficial al que se había transferido después de sus primeros años de colegio notaron unánimemente que era un superdotado y vaticinaron que le esperaba un porvenir radiante. El día en que llegó en segunda posición en la clasificación trimestral por

culpa de un maldito paludismo, no lo digirió y permaneció dos días sin alimentarse. Su madre estuvo multiplicando los argumentos para tranquilizarlo y convencerle de que no era el fin del mundo, y que de todas formas la vida es así, y hay que aceptar las situaciones contra las que no podemos nada, tal y como llegan.

«Una decepción en la vida, de vez en cuando, es normal y corriente. Todo el mundo sabe que, *si una casa permanece caliente todos los días, acabará quemándose*.» Hay días faustos y hay otros infaustos —argüía. «La próxima vez te recuperarás. Si alguien consigue que tu espalda toque el suelo hoy, mañana serás tú quien lo derrotes en la lucha. Así que descuida.» A fuerza de tanta súplica, acabó por darle la razón a su madre y acogerse a la realidad.

Sus compañeros lo miraban con envidia, los maestros con respeto y orgullo, los demás con casi forzada admiración. En casa era irreproachable, salvo cuando, debido a sus deberes no podía atender las solicitudes familiares. Iba a por agua al río cada tarde al volver del colegio, sin hacerse de rogar; partía la leña o iba a buscarla al monte cuando ya no quedaba bastante en casa para cocinar. Los fines de semana, ayudaba en el campo, trabajando de sol a sol con los demás. Aparte de eso daba la prioridad a todo cuanto tocaba a la escuela, mientras que sus compañeros de edad andaban olfateando los guateques para ir a bailar y pasarlo bomba.

La única verdadera desazón que amenazó con destrozar una vez para siempre la armonía familiar fue cuando habló a su padre de su deseo de entrar en el seminario.

—¿Qué es eso del *seminario*?

—Es allí donde estudian los jóvenes que se preparan para ser sacerdotes.

—Para ser ¿qué...?...

—Digo para ser «*Fala*».

—¿*Fala*, has dicho? Te refieres a esos que no se casan, ¿o no te he oído bien?

—¡Eso es!

—¿Y qué tienes que ver con ellos? No entiendo lo que tratas de decirme. ¿Quieres decir que es lo único que has visto para estudiar, de entre todos los establecimientos que se ven por ahí?

Pese a la respuesta positiva que recibió para su pregunta, esperaba haber oído mal, estar padeciendo sordera, estar teniendo una pesadilla, o algo por el estilo, y creó que el cielo se le caía encima como quien dice, cuando su hijo único confirmó su intención, lo que más había temido siempre: que un día todas sus esperanzas se desvaneciesen repentina-

mente. Era como si una lluvia de granizos se le abatiera encima cegándole la vista y produciéndole un mareo devastador. Tuvo la sensación de tambalearse y tanteó la pared para apoyarse, si bien estaba sentado. Al ver los estragos que había causado, Mbôñin se echó atrás, y pretendió, provisionalmente, que su padre lo había entendido mal y que el establecimiento no estaba reservado tan solo a los futuros sacerdotes.

La vocación sacerdotal la experimentó por primera vez al conocer a los llamados «Hermanos Canadienses». Antes, solo había visto congregaciones misioneras involucradas en la enseñanza. Pero este grupo de religiosos tenía fama de ser especialistas en el campo del magisterio. El colegio donde iba no tenía más que los cuatro primeros cursos. Después, para los alumnos que superasen las pruebas de reválida, una de dos: o bien paraban sus estudios allí para hacerse un hueco en el mundo del trabajo, o se buscaban otro colegio privado o cualquier otro establecimiento con un ciclo de bachillerato si tenían ganas de ampliar sus estudios.

En aquel entonces escaseaban todavía los institutos de enseñanza secundaria. Por fortuna, el obispo de la diócesis ofrecía la posibilidad a alumnos sin vocación de aprovechar de las enseñanzas de su seminario que los llevaba hasta las puertas de la enseñanza superior. Según se contaba, se había dado cuenta del error que consistía en mantener casi en reclusión a seminaristas llamados a mezclarse al resto de la población una vez acabada la formación, como si se preparasen para vivir en claustros o como anacoretas en un desierto.

La proximidad no tardó en surtir su efecto: a los tres meses de ingresar allí, la misa diaria —aunque no era obligatoria— los rezos al inicio de cada clase, la llamada «*lectio divina*», el impacto secreto, no confesado, de las impecables sotanas sacerdotales, las celebraciones eucarísticas en casullas inmaculadas, el canto gregoriano, el don de uno mismo a favor de los demás y sobre todo de los necesitados..., en fin, no faltaba nada para confirmar su inclinación hacia la vida religiosa...

Pronto intuyó que ese perfil era el que correspondía a la perfección a su doble vocación de religioso y de profesor a la vez. Ninguna estaba reñida con la otra. Fue a comentárselo al cura de la parroquia quien, convirtiéndose enseguida en su padre espiritual, le sugirió que esperara un poquito más, lo bastante para que se confirmara el llamamiento y que el chico tuviera el tiempo de madurar su proyecto. «En ciertos jóvenes la vocación se asoma tardíamente. No pasa nada si esperas un

poquito más, con tal que la vocación que experimentas ahora demuestre ser auténtica después.»

Atendió el consejo y esperó un año más antes de volver a avisar a sus padres. La vocación no había hecho sino consolidarse, aunque de vez en cuando, como es natural, le atravesaban la mente relámpagos de duda. La pesadumbre del padre volvió a la superficie, y él comentó que para él era una perogrullada: dicen que *es imposible que un «kah» chille en un lugar y que no acabe por brotar agua allí tarde o temprano*. Desconocía esa palabra, y después se hizo explicar que se trataba de un animal acuático que anuncia la presencia del agua bajo la tierra en un lugar.

Su madre lo tomó igual de mal que el padre, o peor aún. La decepción de los dos fue tal, que le metió a Pequeñin en un apuro enorme. Ella, por su lado, arguyó como pudo para oponerse rotundamente. Pero, al darse cuenta de que se empeñaba el hijo, optó por el más terrible de los argumentos: llorar. Las palabras, por muy cortantes que fueran, eran una caricia al lado del azote de las lágrimas. Nunca había visto nada tan desestabilizador. Diríase que, sin darse cuenta, había cometido un crimen odioso. Ella lloró tanto que el hijo acabó por contemplar la posibilidad de abandonar la lucha, desarmado como estaba siendo, porque la madre se hizo apoyar por una amiga suya y ambas le dieron a entender que iba a exponerla a la catástrofe.

La situación aparecía dramáticamente inextricable. Por un lado, no podría sentirse a gusto en ninguna otra profesión. Por otro, ni su padre ni su madre estaban dispuestos a transigir. Su padre quizás sí, porque había dado señales de poder soltar lastre. Al contrario de la mayoría de los padres, quienes opinaban que era preferible no tener hijos que tenerlos encarcelados de por vida en una mazmorra, él se dijo que, después de todo, tal y como se presentaba el mundo en adelante, cada uno iba a vivir sobre todo para sí mismo. Estaba variando su filosofía de la vida a la vista de las mutaciones por las cuales el mundo cruzaba. Por mucho que algo le doliera, estaba aprendiendo a encogerse de hombros en señal de resignación y alejarse, para no caerse inerte de golpe, a consecuencia de una crisis cardíaca. Era la enfermedad que estaba poniéndose de moda. En su opinión, el realismo debía pasar a ser el componente mayor de la sabiduría.

En cuanto a la madre, en una semana no se movió ni un milímetro de su postura. Al contrario, se hundía cada día más en el pozo de su desesperación. Harta de llorar sin que surtiera efecto alguno, resolvió marcharse de casa hacia un paradero que ella misma desconocía porque,

según afirmaba, no había razón de quedarse; la vida estaba perdiendo todo sabor para ella. No le quedaba más remedio que ir vagando hasta caerse muerta por ahí, dondequiera que fuera. «Que conste que no me he casado nunca y que no he dado a luz jamás.» Tras prevenir a los suyos en esos términos que hacían las veces de herencia a la posteridad, así como fórmula de despedida, preparó su lío de dos o tres vestidos arrugados y se disponía a marchar efectivamente.

Apequeñin solo entonces midió la gravedad de la situación. Comprendió que no debía tomarlo a cachondeo, que no se trataba en absoluto de un chantaje anodino destinado a desviarlo definitivamente de su extraño sueño. No. Era la pura verdad. La vida corría el riesgo de perder todo sentido para ella. No veía nada que pudiera recomponerla. El dilema al que se encontraba enfrentado el pobre hijo era desesperante. Y, sin embargo, se empeñaba. (Una vocación, por muy estrafalaria que pueda parecer a los ojos de los demás, es el sentimiento más testarudo que anida en el ser humano, el más difícil de extirpar).

Embõñin quería a su madre. Eso, por descontado. Sería incluso más exacto decir que la adoraba. Tanto le hubiera gustado no contrariarla jamás, aunque fuera en la circunstancia más intrascendente. Entre ella y Dios, ¿con quién iba a quedarse? Dios era el Amor sublime, el Amor puro, y su madre el Amor hecho carne y hueso. Visible. Tangible. ¿Por qué no se complementaban y tenían más bien que entrechocarse? ¿Por qué tiene el mundo que ser tan imperfecto? ¿Cómo iba a poder nadar entre dos aguas, salvarse y salvar a su adorada madre y a toda la familia? Esta contaba con él para perennizar el nombre y el linaje de su marido. No. Dios no podría dejar que los opusiera un duelo tan injusto y desigual, frente al cual el de David y Goliath resultaba una historia de enanos. ¡Él no podía autorizar una hostilidad tan improcedente entre las dos cosas más esenciales de la vida!

No que su madre fuera ninguna atea. No. Era una cristiana convencida, bautizada, confirmada y todo, que había recorrido todas las etapas previstas por la Iglesia, salvo la del matrimonio cristiano —¡y no por culpa suya sino por la de su marido, para quien no existía ninguna opción fuera de la poligamia!—. Por tanto, consideraba ilógico que Dios le retirara el regalo más precioso que se puede ofrecer a una creyente. Estaría dispuesta a soltar cualquier otro tesoro, pero aquél, jamás de los jamases. «Señor Dios, ¡déjame, te lo suplico de rodillas!» —rezaba tercamente día y noche. «No me lo quites para nada.»

En su camino del destierro, se preguntó si no estaba pudriendo más la situación. Se sentó al borde de la pista, parecida a una caminante cansada que trata de recuperar sus fuerzas para seguir adelante. Sonreía forzosamente con los transeúntes, a quienes contestaba lo más cortésmente que podía, porque de dejar transparentar su preocupación, nadie de los que la conocían la hubiera abandonado a su suerte. Y no quería que nadie indagara en el asunto. Tras caminar una hora entera, decidió desandar lo andado y, torciendo el camino fue a ver a su madre, quien se extrañó de darse cuenta de que había venido sin nada de comida para ella en el saco que, por primera vez, no abrió. Se le había ocurrido una idea extravagante en la cabeza. Se quedó con ella el resto de la jornada. Su hijo la vio volver, por la tarde, con un alivio que achacó enseguida a una intervención milagrosa de Dios. No dirigió la palabra a nadie, y su marido ni siquiera estaba al tanto de la abortada escapada.

Al día siguiente, hizo el más esmerado aseo de su vida, vistió su mejor *kapañangó* que había entregado al hijo de su vecina para que se lo planchara, se arregló, se peinó con sumo cuidado y, comparable a una novia, se fue a la Misión Católica, donde las monjas tenían implantada una comunidad. Preguntó por la superiora al jardinero que vio en el patio en términos que traicionaban su ingenuidad y sus orígenes sociales:

—¿Quién manda aquí? ¿Dónde están los moradores de esta casa? ¿o no hay nadie? —seguía preguntando en su soliloquio, incluso antes de que hablara el hombre.

Tuvo que esperar un ratito fuera, sentada en un banco de madera que vio dispuesto en la larga y nítida veranda del edificio. Al ver llegar a una hermana, se levantó y saludó con una leve reverencia, reaccionando con unos segundos de retraso a la mano que la monja le estrechaba, porque no esperaba tanta familiaridad de la santa mujer.

—¡Buenos días, mamá!

—¡Buenos días, *Maasé*!

—¿Qué es lo que te trae aquí a estas horas?

En efecto, ellas acababan de salir de la oración de los Laudes. Miró alrededor, antes de contestar:

—¿Hay un lugar para retirarnos y hablar un ratito?

—Como quieras. Si no, aquí no hay nadie más que tú y yo. Sin embargo, si prefieres, sígueme.

Se metieron por un pasillo que conducía a la sala de estancia, a la izquierda. A la derecha estaban las habitaciones por ambos lados. Unos cuadros pintados —el de Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz en-

tre otros— que colgaban de las paredes a ambos lados del pasillo enmarcando las catorce estaciones del viacrucis. Lo que llamaba la atención era la sobriedad de la sala: una mesa de comedor bastante amplia para sentarse alrededor toda la comunidad; en un rincón, una mesilla con cuatro sillas de mimbre y unas revistas religiosas encima de un pequeño velador cubierto de un mantel florido cuidadosamente bordado por las propias monjas. Estas cosas no tenían significado alguno para ella. No sabía leer ni escribir, menos aún interpretarlas. En cambio, el mueble adosado contra la pared le hizo pensar en sus utensilios de cocina, aunque los suyos nada tenían que ver con el aspecto impecable de lo que veía. Encima estaba colocada una maceta de flores recién cortadas, en espera de ser sustituidas por unas nuevas, aunque no daban la impresión de querer marchitarse ya. Otra hermana pasó y le dirigió una sonrisa que quería decir «¡Hola, buenos días!» y «Perdonadme, que no quería molestar», a modo de disculpa.

—Quisiera venir a vivir aquí con vosotras —lanzó Míamoh ex abrupto.

—¿Cómo? —preguntó la monja al tiempo que desviaba la cabeza para mirar furtivamente a una compañera suya, que había salido a atender una llamada al timbre fuera. Luego, volvió a preguntar:

—¿Qué has dicho? —antes de pasar a pedir excusas porque la había distraído, inmediatamente después, un gato que se acercó gruñendo y le rozó la pierna a la visitante con el costado y la punta de la cola; ella se había estremecido, como miedosa.

—Es que es muy cariñoso ¿sabes? No tengas miedo. No te va a hacer ningún daño.

—No. No tengo miedo. ¡Si tenemos uno en casa! Son muy serviciales, sobre todo ahora que los ratones se han convertido en una verdadera peste. Han proliferado mucho últimamente porque es la temporada del maíz.

—¿Me estabas diciendo...?

—Mmmm... sí, que quería venir a vivir aquí, a compartir vuestra vida, para dedicarme al servicio de Dios como lo hacéis vosotras.

La superiora del convento se quedó estupefacta. Volvió a mirarla de pies a cabeza, tratando de adivinar su edad, que enseguida veía como el primer impedimento a esa extraña vocación. «Tendrá algo así como cincuenta años», calculó mentalmente. No andaba muy lejos de la cuenta.

Quiso confirmar su apreciación.

—¿Qué edad tienes?

—No lo sé. Pero las mujeres de mi generación ya tienen biznietos y biznietas en el colegio. Acabo de tener la mía. Yo tardé mucho en dar a luz.

Se puso a echar rápidas cuentas para sí misma: «Si se casó, pongamos por caso, a los quince o dieciséis años de edad, y tuvo su primera hija a los veinticinco —teniendo en cuenta el retraso—, las dos sumarían alrededor de treinta y tantos años. Hay familias en que las hijas se casan un poco más tarde. Con todo andamos alrededor de los cuarenta».

Lo que la monja ignoraba era el número de abortos naturales por los que transitó antes de tener a su primer varón que no sobrevivió a una diarrea persistente. A todo esto, había que añadir los estragos de sus años reales sobre su semblante, los duros trabajos campestres y la vida de sacrificio que era la suya. Por todas estas razones tenía efectivamente cara de quincuagenaria.

Resuelta la pega —aunque a medias—, preguntó a la extraña aspirante:

—¿Y qué te ha inspirado esto? ¿Quién te ha dicho que lo hagas?

Viendo su perplejidad que traducía rascándose el pelo por detrás con nerviosidad, la ayudó con otras preguntas:

—Has dicho que tenías familia.

—Sí. —contestó bajando los ojos.

—¿Y no estás casada?

—Sí.

—Y tu marido, ¿dónde está entonces?

—En casa.

—¿Te has divorciado de él, o qué?

—No. Es que... quiero sustituirme a mi hijo único.

—¿Qué significa eso?

—El dice que quiere hacerse sacerdote, pero he dicho a Dios que lo deje y me tome a mí.

La monja la miró, todavía más asombrada que al principio. Pensó, sin saber por qué, en Abrahán, que iba a sacrificar a su hijo Isaac, y Dios detuvo su mano alzada y le enseñó una cabra en sustitución del hijo.

—¿Y lo has dicho a tu marido? —preguntó la monja después de unos segundos de gran perplejidad.

—No, porque todavía no sé cómo decírselo. Pero no tendrá más remedio que entender.

Hubo un largo tiempo de silencio entre las dos mujeres. Una trataba de penetrar el enigma de una situación estrambótica y la otra esperaba, ansiosa, el veredicto de su jueza. ¿Qué credibilidad se podía atribuir a

una cosa así? ¿Hasta qué punto podía Dios manifestarse en tales circunstancias? ¿Cuál de las dos sería la más ridícula si ella narrara —dándole algún crédito— parecida historia a sus hermanas de la comunidad o a su jerarquía: ella o la postuladora? Dada su poca preparación intelectual, ¿cómo argumentar su negativa? Un no rotundo, un rechazo humillante... — ¡desde luego que no! — ¡ella parecía tan seria! — ¿no equivaldría a un pecado, además? La conmovía su ingenuidad.

—¡Mira, mamá! —resolvió aventurarse, tras reflexionar, rezar y persignarse mentalmente, todo en un minuto—. Las cosas no son tan fáciles como parecen. Hay muchas condiciones que respetar, hay muchas etapas que cruzar. Y, para empezar, tú estás casada y tienes a tu marido en casa. Aunque sea para servir al Señor, no le puede gustar que abandones a tu marido, así como así...

Se detuvo, otra vez pensativa. Contemplaba fijamente un crucifijo colgado en la pared de enfrente, como buscando la clave del misterio.

—Dime una cosa, ¿dónde está tu hijo?

—¡Por ahí! Supongo que en casa —contestó, evasiva, con un gesto de irritación de la mano.

—Escúchame bien. Vuélvete a casa enseguida, y dile que quiero verlo. Que por favor le espero aquí.

En muy poco tiempo le había cobrado mucho afecto. También le inspiraba una especie de lástima. Se levantó para acompañarla fuera, tras ofrecerle un paquetito de bizcochos que fue a buscar en un armario en la cocina. Se despidió con un abrazo impregnado de ternura. Míamoh marcó su agradecimiento con una leve genuflexión. El sol empezaba a subir en el cielo, despejando las nubes como un brazo que aparta la cortina de la puerta que da al patio de la casa.

Apequëñin fue a discutir con ella al día siguiente, porque cuando volvió su madre, se disponía a salir para hacer unos recados mandados por su padre. La superiora le felicitó por su obstinación, señal de la seriedad de su llamamiento, pero sacó a relucir los argumentos más contundentes que podía encontrar en su repertorio de guía de las conciencias y consejera de vocaciones para las muchachas.

«Dios te quiere mucho y quiere a tu madre igual. Estoy segura de que te agradece tu voluntad de ponerte a su servicio para toda tu vida. Si tu vocación viene de él, lo que a nosotros nos parece irrealizable es perfectamente hacedero; no tienes razones de preocuparte. Sus caminos son insondables. Puede también que te haya reservado otra cosa. Es importante cerciorarte de que tienes el discernimiento necesario. La

actitud de tu madre me ha asustado. El grado de afecto que atestigua para contigo rebasa todos los límites de lo que he conocido en mi vida. Yo personalmente te aconsejo que abandones el proyecto y busques una carrera diferente que no comprometerá la existencia de tu mamá. Elige el oficio que mejor se ajuste a tu admirable carácter y a tu gran inteligencia. Dios espera de nosotros que nos pongamos a su servicio siguiendo el camino que ha trazado para cada uno de nosotros: que invirtamos nuestro capital de amor íntegramente en los talentos que ha puesto en nosotros».

La argumentación sonaba indiscutiblemente atinada, y las palabras escogidas eran de una pertinencia admirable. Sin embargo, Emboôñín no encontraba todavía en ellas nada que disipara de forma contundente su malestar, ya que, pese a su veracidad, no eran palabras de evangelio, sino una especie de jurisprudencia. Él se sentía un caso específico, y por lo tanto básicamente insatisfecho.

En conclusión, la monja proponía que el chico fuera a hablar también —si le parecía—, con el cura de la parroquia, que vivía a un tiro de piedra de allí, para cotejar su opinión con la suya, porque afirmó con toda modestia que su opinión era la de la monja que era y que quizás un hombre vería las cosas con un ojo distinto.

Apequëñin no sabía qué pensar. Sentía una profunda decepción al mismo tiempo que experimentaba una vaga gratitud y cierto alivio. La procedencia de esa recomendación le prohibía achacarla al diablo disfrazado. Tenía una resonancia justa, llena de sabiduría y realismo. ¿Para qué serviría que se obstinara en ir y al día siguiente le llamaran para regresar a enterrar a su querida madre muerta de un infarto? Había rezado la noche anterior cuando su madre le trajo el recado de parte de la Superiora del convento, como rezó un rosario a la Virgen de los Dolores después de marcharse ella de casa.

Ahora era forzoso que reconociera sus límites humanos. Se preguntó si no había pecado más bien de orgulloso. La actitud cristiana hubiera sido, quizás, rezar y esperar que Dios le manifestara claramente lo que esperaba de él, en vez de contar solo con sus propias fuerzas con tanto ahínco.

La Superiora no era del pueblo, pero era de la región, a poca distancia de allí, a tan solo dos horas de coche por una carretera desastrosa. Sabía que *no se saca la presa de las fauces de un tigre sin meterle en su lugar una broza de engaño*, por lo cual, más tarde, propuso a la madre de Pequëñin que las ayudara en el vergel de la comunidad. Un terreno de aproximadamente mil metros cuadrados yacía detrás de su casa, rodeado

por un cerco de alambrados que lo protegía de las cabras y de ladrones enterados de que las monjas no eran gente para llevar a nadie a la cárcel por motivo de robo. Venía de cuando en cuando, junto con otra mamá que ya trabajaba allí antes. Trabajaban a su propio ritmo; no sufrían ninguna presión por parte de sus patronas. Un regadero les permitía producir frutas incluso a contra temporada, en espera del cultivo de maíz y cacahuets. Unos bananos altos parcelaban el terreno a ángulos rectos, en razonada geometría, al contrario de la anarquía que caracterizaba los sembrados por el pueblo.

No les pagaban sueldo. En cambio, les regalaban unos kilos de arroz, alguna botella de aceite de cacahuete, jabón y vestidos, sobre todo vestidos, así como objetos de piedad para regalar también a otros, y eso las encantaba. De su nueva vida se desprendía algo así como un aroma de paraíso en la tierra. Animaron a la recién llegada a ir a misa sin saltarse un domingo, pues por lo normal invocaba razones diversas para ir un domingo sí y otro no. Cuando iba sistemáticamente era por Navidad, el domingo de Ramos y Pascua de Resurrección. La Asunción, o *Bigdé Maliah*, era su fiesta preferida, en la que la Iglesia exaltaba la maternidad de la Virgen Madre y, a través de ella, la maternidad a secas. Fue ella, según estaba convencida, la que intervino para que Dios le concediera un hijo, y verosímilmente para que abandonara la vía del sacerdocio abortado.

—¿A qué hora sale tu vuelo mañana?

—Creo que casi a la una de la madrugada.

—Y ¿cómo te acompañamos a una hora tan tardía?

—Hombre, para eso están los taxis —le ayuda a contestar una voz.

Además, tío Pequémoh ha requisado a un hijo adoptivo de su padre que tiene un *pick-up* para echar una mano. La familia no va a sufrir para desplazarse.

—¡Menos mal! Estaba echando cálculos insolubles precisamente para encontrar el dinero y poder acercarme yo también al aeropuerto por primera vez. Una ocasión así no se pierde. Me daba una envidia que me avergonzaba cada vez que alguien contaba su propia experiencia de lo que ha visto y oído en el aeropuerto.

Apequémoh voló a Lámèlèque gracias a su inteligencia fuera de serie, en el vientre de un impresionante pájaro llamado Boeing 747 de la compañía aérea Air Afrique, con una beca de estudios que le propusieron. No la pidió. Había obtenido su bachillerato científico con la calificación «*Sobresaliente*». Nada de todo aquello extrañó a los que lo

conocían. Pertenecía a la categoría de personas ante las cuales las malas sorpresas suelen torcer su trayectoria, para ir a estrellarse en la selva. Su destino era excepcional. Recibió antes de marcharse la bendición de sus ancestros que velarían sobre él en todo momento mientras durara su ausencia. Se alejaba físicamente de ellos y del territorio, pero quedaban estrechamente unidos y ellos se encargarían de despejarle el camino. Es la misión que les confió, solemnemente, el sucesor del abuelo paterno, el día de la despedida. La ceremonia se celebró en el Gólgota de la familia congregada en torno al hijo a punto de viajar:

«Que te abran los ojos. No tropieces en nada. Si se te tiende alguna trampa, salta por encima como un gato y sigue tu camino. Es tu lápiz lo que te lo ha abierto. Si solo fuera por nosotros, ¿qué somos? ¿quiénes somos? Si alguien —sea quien sea— te miente que hay otro camino, dale las gracias y dile que te lo vas a pensar, vete y no vuelvas a pasar por donde puedas topar con él. Y no nos olvides. Nosotros tampoco te vamos a olvidar. Si nos dices que te llevas bien, dormiremos tranquilos. Tu dios solo sabe a dónde vas a parar y, por lo tanto, ni yo ni tu padre ni tu madre podremos preparar un saco y salir de viaje para ir a verte. Pero estamos contigo. No temas nada. *Si alguien no come habichuelas, no puede henchírsele la barriga* —como reza el dicho. Conociéndote como te conozco, puedo apostar que no nos decepcionarás.»

Se marchó en paz y reconciliado con toda su familia y con Dios, cautivado por la ilusión de descubrir los tesoros del horizonte, y ser los ojos de los suyos y el digno representante de su terruño...

Los primeros meses de Mbôñin en Lámelèque no fueron nada fáciles. Había llegado por la vía normal, con visado de estudiante, dirección de acogida y todo en orden, pero sobre todo con una beca lo bastante sustanciosa como para guarecerse del infierno de la precariedad. Con solo pensar en los jóvenes aventureros que cruzaban el desierto y el Mediterráneo a todo precio corriendo riesgos increíbles, sin saber ni siquiera cuál sería su destino final ni cómo iban a sobrevivir, le daba carne de gallina.

Se rememoraba con bastante precisión la odisea de un primo suyo que fue y volvió a manos de la policía dos veces y sin embargo se empeñó hasta conseguir pasar a través de las mallas de sus intrincadas redes, en la tercera tentativa. Una vez tuvo que esperar la noche para escarbar en la basura con el fin de recoger sobras de comida en una ciudad del África del Oeste, mendigar en otra y hacer de cargador en un puerto durante dos meses en una tercera para trabar amistades que le permiti-

rían seguir el camino. Dos o tres veces escapó por los pelos a la cárcel en un país del Magreb por donde tuvo que transitar. Le contaron que otros candidatos al exilio cruzaban la frontera y se hacían considerar como víctimas de la guerra para conseguir sus papeles. Gracias a Dios y a las calaveras de sus antepasados, Émbôñin no tuvo nunca que regatear, y estaba muy limpio a ese respecto. La beca le garantizaba la tranquilidad moral y material que necesitaba para dedicarse a fondo a sus estudios.

A su llegada, el negociado encargado de gestionar los problemas de los becarios le tramitó una habitación en un Colegio Mayor, que aceptó con agradecimiento, sin sospechar que iba a revelarse un regalo envenenado. Allí le tocó convivir con jóvenes de mala vida, que armaban todo el rato jaleos intempestivos con música *pop*, bebían y fumaban, y no le dejaban concentrarse en sus estudios. Lo peor de todo eran las obscenidades que se permitían bajo el falso e insano pretexto del humor, sin la menor consideración por los demás. No pudo aguantar más de una semana, que le pareció un siglo.

Junto con un compañero cristiano como él, que tampoco se sentía a gusto, fueron a buscar un alojamiento bastante lejos, en un barrio situado a ocho estaciones de metro de allí. Estaban más tranquilos y podían estudiar serenamente. Las cosas se estropearon el día que los ladrones le quitaron su bolsa con la beca recién cobrada. Estaba anocheciendo. Trató desesperadamente de perseguirlos durante unos minutos antes de darse cuenta del riesgo que corría de ser agredido además de espoliado, y se detuvo. Fue a poner una denuncia a la policía, pero no lograron prenderlos, pero habían intentado todo lo que pudieron.

Fue entonces cuando comprendió que en el fondo siempre había sido un inquilino indeseable. Sus arrendadores rechazaron la historia de su agresión como siendo un pretexto de delincuente, y lo echaron a la calle supuestamente por no pagar el alquiler del mes que entraba como acostumbraba hacer, tras haber pagado seis meses por adelantado de un golpe, y pagar sin fallar otros tres meses seguidos. La agresión tuvo lugar los días en que iniciaba el cuarto mes suelto. Lo que no sabía era que lo admitieron solo porque venía acompañado de su amigo latinoamericano, y que, aun así, la mujer que firmó el contrato del alquiler con ellos lo hizo a espaldas de su marido, quien había viajado para varios días.

Cuando se enteró a su regreso de que un negro compartía la casa con él porque le vio entrar dos veces como en terreno conquistado, le sacudió el dramático pánico de quien ha descubierto de repente una serpiente entre sus piernas. Luego, estuvo despotricando contra la mu-

jer durante la noche entera, y no se calmó hasta que la hubo pegado como un salvaje. Le dolió a Mbôñin como si lo hubiera pegado a él, por lo que quedó moralmente destrozado. Pero no tenía más remedio que aguantarse.

Al principio, la mujer había tratado de pedir disculpas, pero la cólera de su marido no encontraba salida y más que exasperada, la pobre, sin medir la gravedad de sus propósitos, había definitivamente pasado la raya al afirmar perentoriamente que ella no veía ninguna diferencia entre un negro y un blanco, puesto aparte el color de la piel. El hombre sintió algo así como una traición insoportable por parte de la que era la carne de su carne y el hueso de sus huesos, según rezaba un pasaje de la Biblia que gustan de blandir los machistas a sus mujeres cuando quieren incordiarlas. «¡La madre que me parió!... ¡Has introducido la peste en mi casa y me hablas, además, con ese tono!» —se escandalizó.

Por supuesto que le fue negado a Pequémoh la posibilidad de quedarse a dormir en un colchón en el suelo de la habitación de su compañero latino, aunque fuera una sola noche más. Antes de ser recogido por una comunidad religiosa en espera de la próxima beca, durmió sentado en el asiento trasero de autobuses nocturnos durante tres noches seguidas, pues se había dado cuenta de que a ciertas horas dejaban de aparecer los controladores. Rechazó muy hábilmente la propuesta de unos chicos negros que pretendían apiadarse de él, porque tenían pinta de drogadictos, y temía *quitar un mal de su pie y meterlo en el ojo*, o sea, empeorar la situación.

En la primera carta que escribió a su familia a través de su madre, contó sus primeras experiencias en el país de acogida, procurando ocultar los aspectos que pudieran alarmarlos:

«He esperado, antes de escribiros, haberme instalado bien, y ahora el curso ha empezado. Estoy bien. Hace mucho frío, lo que se llama frío, no aquello que llamamos nosotros frío y que es caricia al lado de lo que se vive aquí. Pero no os preocupéis, me iré acostumbrando. Hay vestidos especiales para protegerse. La ciudad es bella, los edificios imponentes, las calles todas asfaltadas. No hay baches. No se pisa barro por todas partes como en nuestro pueblo. No se ven cacharros viejos. No hay barrios de lata por ningún lado. Las ciudades se parecen mucho unas a otras. Se ven más coches que personas por las calles.

La gente es muy rara aquí. No se saluda a nadie. Hasta los que comparten vivienda contigo no te dirigen la palabra. ¿Os dais cuenta? Que te cruce con una persona todos los días y que ni siquiera te dirija una mirada. ¡Qué raro,

verdad! Me parecía como si me tuvieran miedo. Pero luego me he dado cuenta de que entre sí mismos pasa igual. Al principio yo saludaba a los que cruzaba en la escalera y aquellos que eran vecinos del barrio. No contestaban y me miraban extrañados, hasta que entendí que era su modo de comportarse.

Menos mal que en la universidad los compañeros son más afables. Algunos son francamente amables, aunque no quita para que la mayoría te miren de reojo. Más vale saber si tienes un problema con alguien para decidir cómo portarte. Pero ¿cómo vas a saberlo con alguien que no es mudo y sin embargo no se digna hablar contigo?

Estoy contento con mis profesores y nos llevamos muy bien. Ellos parecen más acostumbrados a la gente de color. Será porque viajan mucho a través del mundo, me imagino. Voy a clase todos los días, pero paso mucho tiempo en la biblioteca y en el laboratorio también. Aquí amanece tarde. La claridad del día se nota cuando ya son las siete y media, a veces incluso más tarde. Como consecuencia anochece también tarde. Ciertos días, sobre todo en verano, si se te cae una aguja al suelo a las nueve de la noche, la recoges sin necesidad de una lámpara o de gafas.

Hoo, saluda a todo el mundo de mi parte. Diles que pienso en ellos. Di a mis hermanas que les escribiré próximamente. La postal que inserto es para papá. Que la coloque encima de su armario en el salón. Es uno de los edificios de mi universidad. Es muy bonito. Espero que le gustará. Os echo mucho de menos, pero me acompaña y ayuda a diario el teneros presentes en mi memoria constantemente. La foto de familia que sacamos en el aeropuerto la tengo colocada frente a mí, en el despacho.

Muchos abrazos de parte de vuestro hijo que os quiere mucho. ¡Hasta la próxima!

Émbôñin».

En la respuesta que hizo redactar más adelante, la madre inquirió sobre un detalle de suma importancia que el hijo había omitido:

«No me has dicho si tienes qué comer. ¿Qué te queda de las comidas que llevaste de aquí? ¿Qué harás cuando se acaben tus pocos bobolós y cacahuets y tapioca, ya que dicen que la única comida de los blancos es el pan? ¿Puede uno saciarse con pan solo? Carece de consistencia. Si al menos encuentras también arroz, está bien. Si te proporcionan un poco de dinero, por favor no lo despilfarres. Lo digo por decir. Ya sé que no sueles hacerlo y no juegas con tus cosas. Cuídate, y ¡que los cráneos de tus padres te amparen!»

Se carteaban tan a menudo como fuera posible, por supuesto a intervalos muy irregulares, dependiendo de la circunstancia y de la disponibilidad de Póoli que hacía de secretario. Por vuelta de correo, iba a explicar a su madre que allí no se conocía la malanga, que plátanos sí se podía encontrar alguna —de calidad aproximada— acercándose a las tiendas de sudamericanos. En cambio, abundaban las patatas y había frutas de todo tipo, de los cuales no había visto algunas nunca. En cuanto al arroz, se encontraba en todas las tiendas, en todas las esquinas de todos los barrios.

A los tres meses de llegar allí, empezó a echar de menos el calor de su tierra y de su casa en particular, el afecto de los suyos, la sinuosidad de las pistas tortuosas que serpenteaban el pueblo, las calles sin asfaltar, los baches que mantienen despierta la vigilancia de los caminantes, la hierba salvaje que bordea los caminos, los saludos profundos impregnados de cortesía, los pajaritos que gorjean entre las ramas de los árboles en todo momento, los grillos fieles en su tarea de introducir a la gente en la antecámara de las noches, los comadreos de los pueblerinos que meten la nariz en lo que no los concierne ni siquiera de lejos, las gallinas que cacarean todo el santo día por los patios, los corderos que llaman con su joven balido a sus madres brincando y ladeando la cabeza como futbolistas que dan un cabezazo a una pelota invisible para intentar un golazo, los millares de bananos anárquicos, los campos a lo largo y ancho de la comarca, que hacen pensar en una república bananera, los *sesongós* que crecen salvajemente, disputándose el protagonismo del espectáculo con la multitud de árboles circundantes y, sobre todo, los eucaliptos, flechas verticales parecidas a jirafas solitarias entre rebaños de cabras...

Cuando preparaba su equipaje, su madre le puso una buena cantidad de maíz desgranado, de la mejor calidad que aparecía en su granero, por si acaso: «Si un día, ves que vas a morirte de hambre, saca un puñado y lo tuestas con otro puñado, de cacahuetes, te lo comes y bebes un vaso de agua. Con esto te agarras los intestinos para ir a clase.»

Apequèmoh no lo tomó a broma. Siempre pensaba con mucha emoción en esas recomendaciones que empezaron en sus primeros años de primaria, cuando su madre les aconsejaba que bajaran a sentarse al lado del río al mediodía, para poder rematar su comida —enrollada en una hoja de banano hecha flexible por un flameo—, con un sorbo de agua recogida en el hueco de la mano, y que lo acompañaban hasta entonces, de mayor. Pero, llegado allí, las pocas veces que le dio ganas de hacerlo

fue más por respirar el olor de su tierra y de los suyos a través de una comida muy emblemática que por razones de hambruna.

La madre incluyó prioritariamente tres diminutos *tso'ôh-ndédeu*, de los que tendría que comer unos granitos de cuando en cuando, según explicó. «¿Para qué?» —quiso saber. «Cómetelos» —le fue contestado. «¡Siempre haciendo preguntas! Todo el mundo lo hace. Aleja a los espíritus malévolos, si quieres saber. ¿Vas a decirme que no has visto que cuando un nene molestaba, su madre masticaba unos granos para espurrrarlo? No es nada malo. Las *mênísí* lo recogen en la selva. No es privativo de nadie. Se compra en el mercado. Pero encierra un poder muy benéfico. Las personas malintencionadas huyen de su olor. Es una cosa natural, que Dios enseñó a los que han recibido el encargo de ayudar a la gente necesitada».

Desde entonces, los guardaba celosamente, como materialización del incomparable cariño de su madre, quien lo vigilaba a distancia igual que un ángel custodio, cuya sombra no lo soltaba ni un segundo, siempre dispuesta a todo por él. No había precaución que sobrara y que ella no tomara para amparar a la única cosa que le daba sentido a su vida. A la hora de consumir unos granos de acuerdo con la recomendación de su madre, adoptaba una actitud casi religiosa de oración, cerraba los ojos, sentado al borde de su cama cuando se disponía a dormir, se transportaba por la mente a su terruño, y comulgaba con toda su comunidad en lo que podía tener de más puro y trascendental. Nada tenía que ver con la brujería. Era el símbolo de una mística de amor llevado a su colmo, de paz y unidad de espíritu entre gente cuyo ombligo estaba sepultado en la misma tierra, aunque la probabilidad de que las circunstancias de la vida los mantuviera alejados uno de otros crecía cada día más.

Reflexionaba en torno a cuanto hacía o emprendía, tratando de razonar ante todo la actitud que adoptar. Meditaba las enseñanzas religiosas recibidas, las cotejaba con la praxis cultural de su pueblo, y se quedaba con la postura a su juicio menos conflictual. Le parecía injusto que se rechazara en bloque aquello que no se ajustara a la doctrina de la Iglesia Católica, e incluso llegaba a pensar que la actitud más cristiana consistiría precisamente, no en aceptar a todo precio lo ajeno, sino, al menos, en tratar de entenderlo en vez de condenar sin apelación. Todo necesitaba sortearse, hacía falta discernir, pero todo con «*caritas*» ...

Quizás el eclecticismo no fuera la fórmula mágica idónea para conciliar perspectivas tan divergentes, pero tampoco estaba tan distante de lo que se podía desear. Todo cuanto no chocara frontalmente con la

ley fundacional del amor merecía considerarse con cierto respeto y la debida atención. Si algo no dañaba intencionalmente al prójimo, habría que considerarlo con detenimiento, tenerlo en cuenta de alguna manera —Apequèmoh pensaba. «En todo caso, el día del juicio final, me extrañaría que Dios, el único Justo, nos ponga un examen de biología molecular tras habernos dado durante todo el curso clases de latín y griego» —le gustaba convencerse, con sonrisa y sobrada esperanza, pensando en la cultura de su pueblo y su entorno natural. «Me cuesta creer que Dios sea un trampero para ponernos pegas y luego reírse de nuestra caída. Nos examinará de las asignaturas que nos ha dado en la vida, tomando como base los libros que nos ha tocado utilizar y las condiciones específicas de nuestra aula».

«Lo que pasa es que, si has sido feliz, y que no hayas compartido tu felicidad con la gente de tu entorno de alguna manera, entonces eres punible de maldición, y tarde o temprano lo pagarás. Pero *más vale prevenir que curar* haciendo el bien a los cuatro vientos. De lo contrario, ahí están los *sarakas* para corregir todos los fallos por ignorancia o insospechados. Dar de comer y beber, ofrecer aceite y sal, para regocijo de todos. E, infaliblemente —ya que se los asimila con divinidades menores—, caramelos a los críos del vecindario. O, mejor aún, si viene el caso, repartirles a los escolares cuadernos para *enseñarles a pescar antes que ofrecerles pescado para un día*. Los que nos condenan sin entendernos lo hacen equivocadamente, porque nadie es más creyente en Dios que nuestra raza. Y andan rastreando sus pasos desde que pisaron el suelo del mundo. En buena lid rechazan los detractores la idea de verter sal y aceite supuestamente destinada a nutrir a los cráneos. Pero lo demás, hay que pensarlo primero.» Así argüían los intelectuales cristianos del pueblo, en sus múltiples discusiones espontáneas, a favor del sincretismo.

Cuando escribía a su madre o a cualquiera de los suyos, Apequèñin procuraba ser muy cauteloso en lo que revelara. Evitaba la menor alusión a verdades demasiado crudas, como algunas de las experiencias por las que pasaban todos sus paisanos, por miedo a que se preocuparan en demasía. En cambio, quedaba tan impresionado por ciertas realidades que, para aliviarse del peso del egoísmo de no compartir, pensó en apuntar en su diario.

«La monotonía, una terrible enfermedad. Una vida de autómatas. Entorno demasiado geométrico. Todo cuadriculado. El consiguiente aburrimiento. Calles sin espectáculos. Nada que sorprenda. Gente siempre apresurada, y sin embargo amorfa; al parecer, de esencia apática. De

vez en cuando, una sirena de ambulancia o de policía. Y, de nuevo, la banalidad cotidiana. Te sientas en un banco público dejando un puesto de respeto entre tú y tu vecino. Él se aparta tres puestos más (¡y no solo las mujeres, que eso se entendería hasta cierto punto!), distancia mínima de seguridad. (Tú mismo tienes que sacar esas conclusiones). Es difícil no acordarse del apartheid en una forma larvada, o de la segregación racial en la lejana América de la esclavitud). Temas tabúes. Con todo no tan anacrónicos, como se supone. Comidas inconsistentes, a pesar de ser muy variadas. Por dondequiera que te muevas, notas extraño que nadie te necesita. No haces falta. Jollín. Vaya sociedad... Ambiente más esperanzador en la Universidad. Mayor tolerancia. Menos mal.»

A los pocos días soltó la idea del diario, al darse cuenta de que iba a quitarle un tiempo precioso para estudiar si lo convertía en necesidad. No hacía falta. Contar, contaría cosas a su regreso. Las había sobradamente, y con la palabra hablada, la que le resultaba más congénita, tendría más que bastante material a su disposición.

3. UN RECADO DE LÁMELÈQUE

Apenas si mide un metro cuadrado. Para una divinidad no es ni mucho ni demasiado poco. Es más que suficiente para alojar a un ser incorpóreo. Aunque tiene una puertecilla, no hay necesidad de acceder a la única habitación de que consta. Nadie lo puede. Desde fuera se hace todo, agachándose. Las hormigas sí que entran, junto con los ratones, de noche, y los cuervos, de día; son los únicos inquilinos visibles con los ojos. Las ceremonias se desarrollan al exterior, pura y simplemente. La casita está ubicada debajo de una enorme ceiba frondosa que ofrece a los transeúntes una sombra bienhechora en los mediodías de estación seca y un frescor que sobra en la lúgubre temporada de las lluvias.

Una anciana canosa estaba agachada y esparcía el tercer puñado de sal por el espacio que servía de patio. Acto seguido, roció el suelo con un litro de aceite de palma, siguiendo inconscientemente el mismo trazado que con la sal. A su alrededor estaban, de pie, otras dos mujeres, más jóvenes, junto con dos chavales de quince y dieciocho años, y una chiquilla de diez, muy atentos, en actitud de profundo respeto y de curiosidad.

—*Hoo*, ¿Qué estáis haciendo allí? Pidiendo a los dioses que amparen a esos polluelos, me imagino.

La abuela no le hizo caso hasta que hubo acabado su sagrado cometido. Luego se irguió a duras penas. Ni es fácil agacharse ni conseguir lo contrario llegado el momento. Con los dos puños plantados en los costados y tras enderezarse dificultosamente los riñones, explicó:

—*Méghoomôh*, si los niños no duermen, ¿quién puede quedarse sentada en casa? ¿Quién puede dormir teniendo *tierra incrustada en el ojo*?

—Nadie, Maá —reconoció la transeúnte.

Y la abuela contó cómo el mayor de sus biznietos, el quinceañero, durante el curso escolar, se encontraba siempre entre los cinco mejores alumnos de su clase. «Pero llegado el día del examen, se le ensombrecen los ojos en el aula, y las cosas que explicaba a sus compañeros menos dotados se convierten en pegas para él, o se le escapan por completo. Tiene repentinos dolores de cabeza. Me gustaría saber qué le ocurre en esa circunstancia. Nada más salir del aula del examen, los ojos se despejan por sí solos, vuelven a esclarecerse sin que se haya hecho nada. ¿Tú me puedes decir qué es eso? Déjame que sufra así, a ver si los dioses

intervienen y confundan al individuo responsable de parecida fechoría —si es que un hombre con dientes en la boca puede causar un daño tan grave al hijo de otra persona, gratuitamente, además. ¿Qué más quieres que te diga?»

Desesperada, se volvió hacia los videntes, quienes le revelaron que tenía pendientes unos sacrificios sin cumplir para con el padre del padre de su abuela materna. Por otra parte, una hermana que se murió sin tener hijos reclamaba atención por parte de la familia. Se lo habían dicho en dos o tres ocasiones, pero cada vez había desatendido la petición, o la había aplazado *sine die*. Ahora resultaba más apremiante que nunca, a la víspera de otro examen que iba a repetir por segunda vez, tras repetir una vez también el examen de reválida.

«Después de publicarse los últimos resultados —prosiguió la abuela—, se negó a volver a casa. No sabía cómo anunciar la noticia de su suspensión repetitiva a sus padres, y prefirió quedarse a dormir en casa de un amigo suyo. Fue la madre de este quien mandó avisar a su madre, suplicándola que se tranquilizara y que no se preocupase al no verlo. Decidió antes de llegar a casa, al día siguiente, que no volvería a pisar el suelo de un aula. «Ya es demasiado» —venía repitiéndose a sí mismo.

Le daba lástima su pobre madre, cuando consideraba el número de tinajas de maíz y sacos de judías negras y rojas que tenía que vender los días de mercado cada año para pagarle el colegio, y sus propios esfuerzos vanos. Durante los más de dos meses que duraban las llamadas «grandes vacaciones», correspondientes a los meses de julio-agosto, él mismo se convertía en vendedor ambulante.

Su padre pedía prestada una modesta cantidad de dinero que le entregaba. Iba al mercado, compraba un saco de *mbitakola* y salía de casa a las siete, para ir a venderlo al por menor, en puñaditos de a cien francos o por unidades de a veinticinco o cincuenta según el tamaño. A menudo recorría diariamente la ciudad en un sentido, y al día siguiente en otro recorrido distinto, porque se dio cuenta de que resultaba más rentable que quedarse a esperar a los clientes de coches que se paraban en los semáforos. La suya era una fórmula más arriesgada, pero todo el mundo sabe que *quien no se arriesga no pasa la mar*. Así pagaba lo necesario para sus estudios, y el resto de sus ahorros le servía como dinero de bolsillo para al menos un trimestre.

Aunque pudo ser una oportunidad para empezar a tener un dinero propio y organizarse la vida con ahorros sustanciosos, le dolía mucho el verse siempre abandonado en la misma clase por compañeros que no

le superaban en nada, como —con razón o sin ella— veía la cosa. Una humillación que se repite acaba por sublevarle a uno, por muy paciente que sea. A ese punto había llegado. Trató inútilmente de convencer a su madre. Se empeñaba, contando con él para tener «su blanco» en la familia, es decir un hijo con estudios, con carrera, puesto que, si diez años antes se daba el «*BEPC*» —la famosa reválida— por un gran diploma, ahora hacía falta alcanzar al menos el bachillerato para merecer algún respeto.

Cuando, en el mes de agosto que seguía, Míamoh recibió a sus nietos, aparte lo que hizo oficialmente, fue sola, a escondidas, a hacer ceremonias parecidas para rogar a los cráneos ancestrales para que protegieran a su hijo, junto con su familia, pero sobre todo para que intervinieran a favor de sus hijos, a fin de que no imitaran a su padre tomando mujer fuera del pueblo. No debía repetirse tal error a despecho de todo el mundo. La razón se remontaba a dos semanas antes.

—No me gusta la pinta que tienes.

No contesta. Salta a la vista que pone mala cara. Algo la preocupa en extremo.

—Dime qué te pasa —insiste.

—Yo misma no sé lo que me ocurre.

Transcurren unos segundos de un grave silencio. No es costumbre que Maá se quede tan taciturna, aunque tampoco es una cotorra. Habla dentro de las justas proporciones. En todo es muy comedida. Procura no irritar a nadie. Sabe esperar el momento oportuno para intervenir en la conversación. Sus palabras siempre están impregnadas de respeto y de cariño.

—¿Estarás enferma? ¿No te sientes bien?

—Mira: efectivamente estoy como invadida por un malestar cuyo origen me escapa. No me lo explico. Es como si mi cuerpo no estuviera en su sitio. Quizá sea debido a unos sueños que he tenido esta noche y me han dejado muy preocupada.

—¿De qué se trata? A ver, cuéntame.

—No sabré decirte dónde me encontraba. Solo recuerdo netamente que una persona que no llegué a identificar se me ha acercado con una mujer que hablaba una lengua rara, indescifrable. Parecía una albina, pero tenía el pelo muy largo que le caía por detrás de la cabeza. Lo que más me extraña es que el color de su piel no era ni negro ni blanco. Me suena a premonición. Hace tiempo que no he recibido noticias de él.

—Estará pensando en ti nada más. Yo no veo ningún motivo de preocupación. Un sueño es un sueño.

—No para todo el mundo.

—Por lo poco que yo sé de él, es un chico muy bueno y modoso.

—No te puedo decir por qué, pero me da miedo.

—No te preocupes. Muy a menudo, por la experiencia que yo misma tengo y por lo que cuenta mucha gente, los sueños suelen significar lo contrario de la realidad. Lo he experimentado. Confío en que sea así. Como si no se hubiera dirigido a ella, pasó a confesar:

—Y, sin embargo, cuando se marchaba, sabiendo los riesgos que correría al alejarse de ellos, su padre lo había llamado y le había dicho sin rodeos: «Tú ten cuidado allí. No vas allí para buscar a las mujeres. Dios no era tonto cuando hizo a unos blancos, y a otros, negros. Si cada uno se queda en su casa con su gente, y que luego todos se junten en la plaza pública para tratar de asuntos comunes, nos ahorramos incomprensiones y muchos quebraderos de cabeza».

—¿Estás oyendo lo que dice tu padre? —había apoyado la madre. —Estírate las orejas para escucharlo bien.

—Sí —había contestado, casi a regañadientes y como apocado, porque no comprendía nada a la insistencia de sus padres.

Y su padre prosiguió sus advertencias puntualizando:

—No me traigas una blanca. No te digo que no saludes a la gente. Hazlo, pero sabiendo hasta dónde puedes ir para no comprometerte.

Se asomaba la sequía y, junto con ella, la temporada de los funerales. Debido a la peste del polvo, la epidemia de gripazos daba también su comienzo. En muchos casos se trataba más bien de recrudescencia. Todo cobraba proporciones impresionantes: el calor, las enfermedades palúdicas, la circulación rodada a través del pueblo, el hormigueo de la gente.

La intensidad del calor era sofocante, y uno tenía la sensación de verla con los ojos. Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, ciudadanos recién llegados de la ciudad para los acontecimientos de fin de semana y pueblerinos, todos se movían en todas las direcciones, ataviados los unos y los otros con los uniformes de circunstancia, ya que a cada acontecimiento (entierros, funerales, eventos gozosos como las bodas, los bautizos y tal) correspondía un uniforme particular, y adquirirse uno era señal inequívoca de querer testimoniar la cercanía sentimental o moral con la familia concernida.

No había un barrio en que no se organizaran funerales. Algunos se habían venido aplazando desde hacía treinta o cuarenta años. La razón aducida era que los padres se murieron estando los niños todavía de-

masiado pequeños. Entonces se esperaba que llegasen a mayores, que formasen familia y tuvieran medios financieros para organizar acontecimientos tan trascendentes e insoslayables en honor y memoria de sus padres. Últimamente, los progresos sociales de todo tipo permiten matar dos pájaros de un tiro: junto con el entierro se celebran los funerales para quedar libres de una vez de una obligación cultural tan vital.

Pero en cuanto a los duelos, imprevisibles por esencia, ya que no avisan, dan poco tiempo para prepararse. Por lo tanto, haya o no funerales —que se han tornado más que nada ocasiones festivas— los entierros pueden colarse en todo momento para complicar la vida a los afectados. El número de esos acontecimientos era tan importante que no poca gente se despistaba en el camino de los funerales a que iban invitados por no poder orientarse por sí solos, incluso llevando entre las manos la esquila de defunción editada como recordatorio, o el correspondiente plan de localización.

—Mira. Pregúntaselo a los *bénsiquín*. Es lo más fácil. Ellos lo saben todo. Recorren el pueblo a lo largo y a ancho diariamente. Si ignoran algo, es que nadie lo sabe.

—No hay necesidad —clama una voz desde el lado, que ha estado escuchando un rato —Ya sé a dónde quiere ir. Yo también voy al mismo funeral. Es la familia política de un amigo mío... Además, no nos pilla tan lejos. Podemos ir andando. Ven.

Desde el cruce en donde se encontraban, tomaron por un atajo que salvaba un riachuelo a doscientos metros, luego subía una cuesta muy empinada y llena de baches excavados por las lluvias diluvianas de varias temporadas anteriores, para evitar la carretera, cada día más peligrosa debido a la densidad de la circulación rodada, y sus otros inconvenientes, como, por ejemplo, el tener que dar más vueltas de lo necesario. Luego se metieron a campo travieso por entre los surcos que empezaban a labrarse para los próximos cultivos. Cruzaron otro río y torcieron a la izquierda para costearlo siguiendo la pista. Antes de subir de nuevo, esta cortaba por en medio una selva sagrada muy umbrosa y rebosante de fresco. A unos pasos tan solo estaba una casita enana, de apenas un metro de altura, techo de cinc, en cuya veranda todavía podían verse sobras de comida y huellas frescas de sal y aceite de palma recién desparramados allí para algún sacrificio a la divinidad protectora del barrio o de alguna familia importante.

Según iban subiendo penosamente cuesta arriba, se avecinaban los antes lejanos ruidos de instrumentos de música tradicional, mezclados al

retumbar del bajo de unos poderosos aparatos modernos. Los estruendos se hacían cada vez más envolventes. El ajetreo que notaron pronto en torno a las casas de la concesión mostraba que ya habían llegado.

—¿No te dije que coger una moto iba a ser un gasto inútil?

—Tenías razón, pero es que ahora estamos tan acostumbrados a esos chismes que para salir a hacer pis una se cree obligada a coger un taxi. ¡Nos da una pereza, que da vergüenza!

—Y eso que la marcha es muy beneficiosa para la salud. Creo que nuestros padres vivían tantos años porque no se fragilizaban abandonándose a la facilidad en todo como es la regla ahora. Hoy todo se te mastica y el único esfuerzo que tienes que hacer es para tragarlo. Nosotros, de niños, recorríamos fácilmente diez kilómetros diarios para ir a trabajar en el campo, y la misma distancia para volver cargados de sacos de alimentos. ¡Vete a pedirselo a un chico hoy en día y ya verás cómo se ríe de ti!

—Los del pueblo sí que siguen haciéndolo un poquito todavía. Pero en las ciudades, ¡ni hablar! El presupuesto que inviertes en un solo niño es escandaloso. Por eso y por otras razones los dineros de la ciudad no valen nada. Lo que ganas lo dejas ahí todo para volver al pueblo con las manos vacías...

Al otro lado, en los confines del pueblo, el marido de una de las mujeres que caminaban juntas vivía una experiencia distinta. Habían decidido ir cada uno por un lado porque ambos no podían atender todos sus compromisos del día estando juntos. Amigos o amigas acá, vecinos o vecinas allá, conocidos de conocidos acullá, podía faltar de todo salvo las solicitudes... Con un coche o una moto hubieran podido ir a los tres funerales y un entierro que coincidieron aquel día y no podían —en conciencia— faltar a ninguno. Pero había que contar, sobre todo, con el medio de locomoción que trajeron al mundo: sus dos pies.

Agarrado como todos los ocupantes al borde del volquete, estaba de pie en una camioneta que bailaba con ellos una danza guerrera de todos los instantes. No podían recorrerse diez metros sin encontrarse a la fuerza en un bache, porque al evitar el de en medio o el de la derecha te caías en el de la izquierda. La demanda de los pasajeros que solicitaban los servicios de taxistas y *bénsiquín* se veía quintuplicada los fines de semana. Los pueblerinos y los ciudadanos que no podían ir andando daban gracias a Dios por el paso de cualquier vehículo que se dignara recogerlos, por una cantidad más razonable de dinero que los turismos destinados al transporte de las personas.

Ya dejaron el corte tramo de asfalto. Y ahora se meten por la pista. Casi todos los ocupantes —hombres y mujeres— llevan pañuelos anudados en la cabeza como un albornoz para protegerse del terrible polvo estival. Los que no, tienen el pelo y los párpados teñidos de un color amarillento que los hace parecer a demonios.

—¡Son preferibles la lluvia y el barro a este maldito polvo! se queja alguien.

—¡La verdad es que, entre el calor y el polvo, no se puede elegir, porque son peste y cólera! ¡Qué horror!

—¿Qué queréis que haga Dios, al fin y al cabo? Cuando hace calor, rezáis para que vuelva la lluvia; cuando llega la lluvia, decís que ha llovido más de la cuenta, que el barro fastidia y que lo mancha todo, y empezáis a echar de menos el calor y a maldecir la naturaleza. Decidme: ¿Qué queréis, realmente?

—Que el mundo se pare, quizás —comenta con guasa otro pasajero tapándose la boca con la solapa de su chaqueta, porque el denso polvo se cuela incontrolablemente por la boca, por las narices y por las orejas, cuando se cruzan con otro vehículo.

—De hecho, todo se soluciona por sí mismo únicamente cuando desapareces de la tierra y no antes. El que busque satisfacción en este bajo mundo, que se prepare para quedar siempre defraudado.

No se han necesitado más de dos semanas de sequía para que los guijarros se yergan como clavos fuera de la tierra por toda la superficie de la carretera. Por muy despacio que circulen, los coches dan tumbos espectaculares, tambaleándose a veces de forma alarmante. Solo los poderosos vehículos con reductor saltan inconsideradamente los baches y adelantan las camionetas —forzosamente más lentas—, con una velocidad alucinante, que arrancan comentarios quejumbrosos a los pasajeros, nunca satisfechos. Los *taxis de brousse*, por ser muy bajos e ir cargadísimos, así como los turismos, tienen que ir más cuidadosos. Frenan cada dos por tres, cambian la marcha una y otra vez, ya retrocediendo ya acelerando suavemente, según el obstáculo o el grado de verticalidad de la pendiente.

Míamoh venía a aquellos funerales para traer asistencia moral, por su presencia física, así como un poco de comida, para apoyar a una amiga suya, cuyo hijo procedente de Lámelèque estaba cumpliendo con su deber de hijo político allí. El padre de su mujer había fallecido cuando ella y sus hermanos pequeños no disponían de medios financieros para

las festividades que suponen los funerales, y esperaron que unos cuantos llegasen a mayor para hacerlo. Pero, independientemente de esas circunstancias, la madre de Pequèmoh tenía la obligación de personarse allí porque tenía que recoger la carta que su hijo había mandado con su amigo *Tsiaz'éh*. Acompañaba la carta un sobre con una cantidad de dinero que, por expresa recomendación de su amigo, había cambiado en moneda local antes, porque entregarle a la madre los euros que traía hubiera sido como *regalar pistacho a una que no tiene uñas para descascarlo*. (Su beca, comparada con el poder adquisitivo de su país, era una fortuna. Equivalía al salario mensual de muchos funcionarios, y además trabajaba unas horas diarias por la tarde para redondearla). La carta la metió en su seno izquierdo, tras doblarla con sumo cuidado, con una rapidez que significaba que nadie debía verla, para no hacer preguntas indiscretas respecto al contenido. Se la hizo leer por Póoli, una vez en casa, metida en su habitación. Vería más adelante si era oportuno que su marido se enterara de su contenido. Rezaba:

«Queridísima madre:

Bien recibí tu carta. Y ya sé que andas muy enfadada conmigo. Pero sabes dónde está la verdad de mi situación actual. No he dormido desde que me marché del país, y si no vuelvo no es por falta de voluntad ni por haber elegido una tierra ajena en sustitución de la mía. Al contrario, pienso con mucha emoción en el día en que volveré a pisar de nuevo la tierra de mis ancestros, abrazaros a todos y probar otra vez las comidas típicas de mi tierra.

La vida en el país de los Blancos es menos fácil de lo que puede parecer a primera vista. La gente piensa erróneamente que aquí se mueve dinero a palos. Dinero sí que hay. Pero no se recoge por la calle como granos de cacahuetes que se han tirado a puñados desde cestas y cualquier transeúnte puede rellenarse los bolsillos de pantalones o del faldón del vestido a su gusto. No. Así no es. Aquí nada se da regalado.

Los que tienen fuerza e inteligencia pueden ganarse dinero, y desde luego es mucho comparado con lo que tenemos allá en nuestro país. Pero lo malo es que se escurre entre los dedos como agua que acarreas con las manos para beber y antes de llevártela hasta la boca se te han ido las cuatro quintas partes en camino. Mira: aquí resulta muy difícil tener casa propia como nosotros. Tienes que alquilar un piso para vivir; y la mayoría, por tener escasos medios, debe contentarse con una sola habitación, con baño y cocina dentro. Y, aun así, te cuesta los ojos de la cara. Prefiero no daros detalles porque lo encontraríais todo fuera de proporciones.

Luego hay que pagar las letras bancarias para el coche si quieres tener uno propio, pagar las facturas de esto o de aquello, los impuestos —siempre escandalosamente altos— cantidades increíbles para cualquier tipo de servicio. No hablo de la salud porque si no hubieran tomado medidas especiales para ayudar a la gente a curarse, todos moriríamos por falta de atención, ya que, bien mirado, el salario no alcanzaría ni siquiera para sanearse de un simple paludismo (Es un decir porque aquí desconocen el paludismo) ... O sea que el dinero que ganas lo dejas todo ahí. He acabado mis estudios y estoy buscando mi primer empleo y, Dios mediante, encontraré uno pronto.

Así y todo, estoy pugnando con la vida como me aprendisteis a hacer, para merecer mi pan de cada día y vivir decentemente, mientras preparo un mañana digno para mí y para la familia, sin tener que contar con la caridad de otros. Pero, naturalmente, hay decepciones ligadas a la existencia, y lo he aprendido a mis propias expensas. Pero no tenéis por qué preocuparos por lo que sea tocante a mí. La vida, afortunadamente, está por delante y no por detrás. Hay cosas que no se pueden explicar en una carta. Si Dios quiere, cuando venga a veros, podré contaros más historias. Lo que quiero que sepas ahora es que he hecho y seguiré haciendo todo cuanto está en mi poder para no decepcionaros. De salud, me encuentro estupendamente, gracias a Dios, a pesar del frío mortal que hace aquí en esta temporada. Menos mal que todo está a disposición para que lo pasemos bien: calefacción en casa, ropa apropiada, café caliente y todo.

Saluda a todo el mundo de mi parte. Dile a papá que pienso en él y que le escribiré en la próxima ocasión. ¡Ay! Se me olvidaba: dile que recibirá de aquí a unos días un paquete de medicamentos que le he enviado con la hermana de un amigo mío; son tabletas analgésicas para aliviar sus dolores de huesos, junto con unos fortificantes. Ya sé que no le gustan nada las cosas dulces, pero le aconsejo que procure beber los diez tubos de calcio y magnesio que adjunto. Que vaya a ver a la enfermera jubilada que vive cerca del dispensario del pueblo de mi parte con los medicamentos para que lea la posología y le explique cómo debe tomarlos. Que, por favor, tenga cuidado de no tomar nada por iniciativa propia o si tiene alguna duda, porque hay pastillas que se chupan, otras que se tragan, algunas otras que, por ser efervescentes, deben diluirse primero en un vaso de agua antes de beberse, etc., y que nadie le convenza de compartir con él, diciéndole, «déjame probar un poquillo»; la prescripción médica es rigurosamente personal, y es peligroso actuar fuera de ese esquema. Recuérdaoselo, porque creo que una vez se lo comenté.

Cuídate, mamá, y no sigas trabajando en el campo como cuando eras joven. Ahórrate las pocas fuerzas que te quedan. Seguimos necesitándote. No te voy a pedir que te quedes en casa, porque sé de sobra que de nada serviría. No lo puedes

aceptar. Pues al menos dile a Maá Méfô que te busque mano de obra femenina para cultivar para ti, y yo daré con qué pagarlas. ¿Me entiendes, mamá? Diles a mis hermanas que no las olvido. Conozco muy bien su situación. Si Dios quiere, atenderé a cada una en su debido momento, quiero decir tan pronto como tenga algo. Confío en que sus maridos las traten con respeto. ¿Qué tal está el primito que padecía alucinaciones nocturnas y se pasaba las noches gritando? Espero que haya mejorado, pero mis hermanas tienen que aprender a llevar los críos al hospital cuando hay problemas de salud. Lo demás viene después. Pásales el mensaje de mi parte.

Muchos abrazos, Tu hijo, Apequëñin».

Pese a la promesa hecha a su madre, no podía contarle toda la verdad de sus aprietos en Lámèlêque, de contrariedades de todo tipo, de decepciones amorosas y de pegas injustificadas con la policía (por sospechas debidas simplemente al color) y del papeleo exigido por el Ministerio del Interior... Pero a una prima suya con quien se llevaba particularmente bien le había narrado una muestra en una carta al final del invierno precedente. Ella la tenía guardada en sus papeles, sin saber por qué, pero creía que pudiera valer como argumento disuasivo para desanimar a los jóvenes que estaban dispuestos a todo para exiliarse. En la carta a medio redactar, ya que se quedó sin concluir por falta de tiempo —(Cree acordarse de que alguien llamó a la puerta, a consecuencia de lo cual tuvieron que salir corriendo con el visitante a atender a otro amigo que estaba de malas con la policía...)—, abría su corazón con las siguientes confidencias:

«Querida hermana:

(Conste que lo de hermana no era ningún lapsus. Se consideraba en su tierra que en la familia todos los niños eran hermanos y hermanas, antes que primos hermanos o segundos, exactamente como para los padres todos los nietos y nietas eran hijos e hijas. Las precisiones que suponían las palabras adecuadas en los idiomas extranjeros eran ni más ni menos que discriminaciones lamentables y contraproducentes.)

Tanto tiempo hace que no intercambiamos noticias, ¿verdad que sí? Si alguien les dice a nuestros padres que no nos vemos todos los días, no se lo pueden creer. Además, les cuesta entender que de un país a otro se pueda tardar media jornada aun viajando con un TGV. Para ellos estamos en el país de los Blancos, y punto. No es que yo te haya olvidado. No. A ti no te voy a explicar cómo anda-

mos liados en estos malditos países. Lo sabes tanto como yo, o seguramente más. Tú llevas un poquito más tiempo que yo en esta trampa adonde hemos corrido a caernos a pies juntillas, tras soñar y rezar y perder el sueño. Nada te impide volver atrás, y sin embargo es sencillamente imposible dar el paso. Te preguntas ¿por qué? y sobre todo ¿para qué? ¿pues qué pinta tendrías de volver con las manos vacías, más desamparado que cuando te marchaste?

No he querido llamarte. El teléfono es para dar los buenos días, ¿qué tal vas? ¿y los críos? ¿y tu esposo? Tengo que contarte la verdad de mi vida, porque eres la única persona de la familia que puedas comprenderme. Eres más que una prima para mí, no solo porque crecimos juntos, sino también porque estás al tanto de algunas de las tribulaciones y peripecias por las que he pasado. Eres comprensiva, y sé que no me condenarás en bloque como los demás. Tú podrías abogar en mi favor cuando veas a mi madre. No puedo contarle toda la verdad. A ti sí.

Se empeña en que yo vuelva. Ya sé por qué y tiene razón. La entiendo. Pero, entre otras cosas, la última decepción que acabo de sufrir me ha aterrado. Fíjate que mandé dinero para que mi primo Kuna me comprara un solar porque ya es hora que yo piense en tener casa propia. Lo hizo casi por cumplir, puesto que no respetó las condiciones que le había especificado. Alguien me ha comentado que he tenido suerte porque pudo desaparecer con todo el dinero. Y en materia de fechorías de las que tienen curso en la actualidad en el país, me ha contado el caso del cajero de una empresa gigantesca del país que se llevó cerca de cuarenta millones y estaba a punto de pasar al país vecino, cuando fue detenido por los pelos por la policía fronteriza, delatado por un cómplice suyo acorralado. En espera de que llegase este, se alojaba en casa de un curandero donde, según pretendía, se hacía tratar de una enfermedad que nadie había podido curar en el país. (Tiraba a escondidas todas las composiciones medicamentosas que le daban a ingurgitar).

Para empezar, de los seis millones que le mandé al primo Kuna, sustrajo dos. Al parecer ha emprendido un negocio paralelo con una prostituta con quien mantiene relaciones culpables a la vista y conocimiento de toda la ciudad. Le ha abierto un comercio con mi dinero, y como si fuera poco, están renovando su casa de ella para hacerla más moderna. En su propia casa solo ha cambiado los muebles. Lo sé con detalles porque lo ha denunciado un amigo suyo a quien debía dinero desde hacía varios años, y ha investigado la procedencia de los fondos que le permitiera realizar tales obras. Así llegó a descubrir que le mandaban dinero desde fuera, e inició una querrela con él.

No lo había comentado a nadie. Mi intención era dar una buena sorpresa a mi madre. No quería volver con la cola entre las patas, con la vergüenza como equipaje, sino como quien ha desaparecido de la circulación por razones valederas. Mi primo no se ha conformado con robarme la mitad del dinero: en vez de los

quinientos metros cuadrados que le había pedido, compró trescientos en un barrio de las afueras, bastante lejos de la ciudad, una porción de selva todavía sin acondicionar. Y ¿qué ha hecho del balance del dinero? ¡Se lo ha devorado como uno que come su plato preferido, es decir, glotonamente, lamiéndose las dos caras de la mano y los dedos uno tras otro...»

Estas confidencias venían en concepto de respuesta a la carta que la prima le había enviado una semana antes, en la que decía, entre otras cosas:

«Dime una cosa: sigo sin entender por qué no vas a ver a Hoo —así se refería siempre a su tía— para que se quede un poco serenada. Con lo mucho que insiste para que vayas a verla, tengo la corazonada de que ella también te prepara una sorpresa. A mí no me extrañaría».

No andaba desatinada. Su madre había concertado una boda para él en el pueblo. Sus ojos se habían detenido sobre una chica modosa, respetuosa y trabajadora. Podría ser una buena mujer para su hijo, obediente y solícita. Una haragana, por muy guapa que fuera, por muchas que fueran sus otras virtudes, no cabría en su familia. Como los intentos fallados con el hijo habían quedado como un corte en su corazón, había que buscarle un apósito cuanto antes. Tirar la toalla era impensable.

Por encima de todo, decían que la chica era inteligente. Maá supo por persona interpuesta que un rico, pero muy mal señor, había intentado cebarla con promesas de dinero y no sé qué otras historias falaces. Regateó valiente y astutamente la trampa. Pretendió que su padre ya había cobrado el dinero correspondiente a su dote y que ella había compartido vino del mismo vaso con su novio para sellar su futura unión. No estaba dispuesta —siguió arguyendo— a comprometerse, a exponerse a la maldición antes de haber iniciado su vida matrimonial. Pensó sin decirlo que, con un marido sano y amante, que le diera hijos, tendría lo suficiente. Un *fôhmekuk'uh* era preferible a esa clase de personas sospechosas.

Los padres de la elegida estaban encantados de saber que con un poco de suerte podrían tener un suegro en tierra de los Blancos. La otra vertiente de la verdad la ignoraba la prima de Pequêmoh: a este un amigo lo había confortado en su elección cuando se quemaba la sangre por haberse enamorado de una mestiza:

«Yo no veo dónde está el problema. Tu vida es tu vida. El primer responsable, antes que tus padres o tu familia, eres tú mismo. Mira el número de paisanos tuyos que se han casado con Blancos para hacerse

arreglar los papeles. En tu caso, creo entender que tus móviles radican en el amor y no la fullería. No te apures inútilmente. Muchos lo han hecho y otros muchos lo harán todavía. Nada sobra cuando se trata de sobrevivir. No te cargues la conciencia por una cosa más bien natural. La solución a tu problema la tienes tú entre las manos. No vendrá de otra persona, aunque sean tu madre o tu padre. Los sentimientos son una cosa, el color de la piel otra totalmente distinta. Si alguien quiere tu bien, no te puede censurar por seguir la pendiente de tu corazón. Aunque sí se debe atender a ciertas consideraciones sociales, para tu equilibrio puedes concederte alguna libertad sobre un punto cardinal. ¿Qué es más grave entre valerse de un ardid para salvarse de la humillación y volver al país cubierto de vergüenza? Dímelo. Además, lo tuyo no es una historia de papeles. Cásate con quien te dé la gana.»

El consejo no cayó en oídos de sordo, y se sintió tranquilizado y confortado en la opción que le convenía mejor. Émbôñin tenía amigas de todos los colores: negras, blancas, mestizas, etc. porque la universidad es un incomparable crisol. Habría que contemplar la propuesta con mucho detenimiento y sangre fría. Pero, en todo caso, no descartarla con un escupitajo.

Una vez más, le dio un respingo la idea de tener que contrariar a su madre un día. Se estaba reanudando una dolorosa experiencia de su juventud, cuando se encontraba en la encrucijada de su vocación. Pero la vida no siempre nos obedece. No en todo momento, si es que lo hace alguna vez. Las cosas no se arreglan siempre como por arte de magia. Aunque no le dijera la verdad, acabaría por enterarse y le sabría la mar de amarga. Eso segurísimo. ¿Qué hacer pues? ¿Tirársele la noticia a la cara enseguida, para que le doliera y acaso le pasara? No. Desde luego que no. Nunca le pasaría en lo que le quedara de vida. Tal llaga era demasiado profunda para curarse jamás. Él la conocía más que nadie. Había vivido en su regazo hasta la edad de dieciocho años antes de serle quitado por los estudios, y ahora la vida y la distancia. Conocía su fragilidad. Cuanto mayor la decepción, mayores el riesgo y las consecuencias. Eso era lo más temible.

Su tormento iba cobrando proporciones alucinantes. Luchaba día y noche con su conciencia, dándoles vueltas a todos los sacrificios que su madre había consentido por él y al caudal de cariño y confianza que había invertido en él, de modo tan especial. Él era un varón. En sus hombros descansaba la continuidad de la familia. Las chicas se marchaban y sus hijos eran, ante todo, de otros, y solo subsidiariamente suyos.

El golpe sería insoportable. Incluso no se podía descartar la posibilidad de que fuera fatal para ella. «¿Ser yo responsable de la más desastrosa catástrofe de mi vida»? Tales consideraciones le espantaban y desesperaban de un modo muy singular.

Se cansaba, y solo el golpe del sueño, que es una enfermedad incurable, un enemigo invencible, lo sustraía a esos pensamientos funestos. Esperaba dar, a fuerza de reflexionar, con alguna receta mágica, que le satisficiera al mismo tiempo que le impidiera originar un ataque de corazón en su pobre madre.

«Han cundido estos últimos años nuevos tipos de enfermedades en el país, que hace poco se consideraban exóticas» —pensaba. Le asustaba el impresionante número de personas de todas las edades que padecían diabetes e hipertensión arterial, y decían los médicos que muchas se debían a excesivas preocupaciones, y recomendaban que la gente tratase de controlarlas al máximo, y a todo precio. «Y lo que estoy haciendo es precisamente lo contrario: provocarlas». Entonces le entraba un temblor que a duras penas llegaba a sobrepasar. «Y ¿cómo viviría yo sabiendo que he causado la ruina de la persona que más quiero en el mundo, quizá incluso aún más que a mi esposa? ¡Dios no querrá que me vuelva asesino (¡y de quién!) Por su lado, su pobre madre estaba aprendiendo a soltar lastre, pero sin llegar a convencerse del todo que los tiempos habían cambiado y seguirían cambiando...

4. EL BELVEDERE

La casa excedía las normas corrientes a todos los respectos. Las dimensiones, el plan, las aberturas, los colores, todo parecía extraño. El grueso de los materiales se había traído de la ciudad. Empezando por la arena local, de calidad francamente peligrosa por razones de impureza, nada de lo que encontró dispuesto para arrancar las obras había merecido el visto bueno del arquitecto —él mismo era un forastero que llegaba al pueblo por primera vez—. Hubo que ir a treinta kilómetros de allí para transportar el que juzgaba de mejor calidad, y por tanto de menor riesgo, en camiones de veinte toneladas. Cogía un puñado que apretaba fuerte en la mano derecha, luego lo soltaba para examinar la cantidad de barro que se le había quedado pegada en la palma de la mano. Así era cómo apreciaba la calidad y la consiguiente aceptabilidad o rechazo de aquella materia básica en las construcciones.

Llegó con un equipo completo de obreros procedentes de la ciudad, elegidos en base de su experiencia en el trabajo y de su competencia, pero también de disponibilidad. Un amigo suyo de infancia, quien tuvo que hacer una experiencia desastrosa al respecto, se lo había aconsejado, aduciendo que, «en el pueblo, aun cuando un técnico puede hacer un trabajo aceptable, se compromete con cien personas al mismo tiempo. Por tanto, viene dos días seguidos al principio, para ganarte la confianza, luego se marcha a otro lugar el resto de la semana. Resultado: te encuentras con que un trabajo previsto para hacerse en un mes lo haces en dos o tres meses. Hoy es un pariente quien ha muerto. Mañana, es el funeral del padre político. Se las compone para trabajar los tercer y cuarto días. Al siguiente viene a las diez y te dice que una vecina suya ha fallecido y no podía faltar al duelo. Después, con la excusa de agujetas, se toma dos días para ir a iniciar la construcción de la cocina de una mujer (¡después de todo son ellas las que comparten nuestra vida diaria y no hay que defraudarlas, oye! Otros vienen unos días y luego se marchan para siempre, y hay que volver a empezar...) En fin, cuentos de nunca acabar. Lo mejor es traerte a la gente que necesitas de la ciudad, y estás tranquilo para el tiempo que durarán las obras. Gente que no conoce a nadie en el pueblo, que no tiene familiares, que se dedicará a su cometido a tiempo completo, trabajando de sol a sol, y se conformará con beberse una o dos cervezas por la tarde antes de ir a descansar».

El alegato había sido tan elocuente que Mbôñin se dejó convencer enseguida. Llegado el momento, confiaría la supervisión de las obras que él mismo se disponía a entablar al aludido amigo.

—A lo sumo, reclutas a dos o tres personas del pueblo para acarrear agua y dar los ladrillos a los albañiles cuando hace falta. Para que no digan que eres tacaño, que no quieres que tus hermanos se aprovechen de tu dinero.

—Tienes sobrada razón. Prefiero que mi trabajo quede bien hecho y a tiempo. Así me quito de encima los enredos y me dedico a otra cosa.

—Lo que tienes que hacer sin falta, cuando todo esté acabado, es convocar a todo el barrio para darles de comer hasta que les salga la comida por las narices, y bebida por arrobas. Dirán bendiciones que ni siquiera podrías sospechar. Hazlo y verás.

—¡Buen consejo! Eso hay que saberlo. —se terció un antiguo compañero de colegio que detuvo sus estudios después del Certificado de Estudios Primarios y desde entonces vivía en el pueblo. —He observado una cosa: en vez de esperar que los videntes te cuenten que las calaveras de tus ascendentes te piden esto o aquello, que si quieres medrar en tus negocios hay que reunir a los críos del pueblo para repartirles dulces, cosas por el estilo, aprovecha la menor oportunidad para dar de comer a los pueblerinos. Eso soluciona muchas cosas con antelación. Y no es imposible que de hecho el hacerlo te abra puertas, créeme.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —admite otro de los amigos presentes alrededor de la damajuana de vino de rafia que están compartiendo, muy felices.

Aunque no tuvieran nada concreto que hacer allí, los vecinos del barrio se acercaban al día a admirar la pericia de los técnicos y la complejidad de la arquitectura de la casa, y apreciaban a su justo precio la rapidez de la evolución en las obras. Era una maravilla humana que salía de tierra. Unos camiones *Benne* traían piedras procedentes de la imponente cantera de *Lekuét-Sesa'h*, visiblemente inagotable, grava y arena de otra parte. Un *pick-up* requisado para el tiempo que duraran las obras estaba encargado del enlace con la ciudad vecina, transportando cemento, hierro o cuanto material menudo se necesitara diariamente. El ajetreo observado ofrecía el espectáculo de una colmena humana.

Al titánico buldócer que el arquitecto alquiló para media jornada le había hecho falta menos de dos horas de trabajo para derribar el viejo caserón al que se sustituía la nueva construcción, y limpiar el espacio de los escombros de aquello que fue en su tiempo una joya. El puñado de

ancianos con que contaba todavía el pueblo no podía menos de arriesgar comparaciones:

«—En nuestra época, el pueblo entero salía. Unos hombres transportaban los bambúes, otros los cortaban, otro grupo preparaba las lianas. Los que fijaban las estacas en el suelo tras sacarles punta a machetazos no hacían otra cosa. Por eso decían que *es entre muchos cómo mejor se canta*.

—Así es. *Una sola mano no ata un paquete*. Mientras que con la mano izquierda lo agarras, con la derecha pasas el cordel.

—¡O con la izquierda si es zurdo! —comenta alguien, parco en palabras, que no había intervenido en la conversación hasta entonces.

—Da lo mismo —sentencia recuperando la palabra raptada el que la tenía antes.

—¿A cuántos zurdos conoces en el pueblo?

—Hoy en días, con cuatro personas se tiene bastante para construir un barrio entero —sigue su razonamiento, haciendo caso omiso de la pregunta del intruso.

—¿Cómo vas a compararte con el hombre blanco? Dicen que ya no hay azadas en su país; son las máquinas las que cultivan, siembran y cosechan. Y nada ya se transporta en la cabeza.

—Dios les dio la inteligencia, y entre sí la desarrollan con gran conocimiento de causa, para bien de todos. Nadie guarda nada para sí solo. Ese es el papel que desempeña la escuela: difundir los conocimientos sin discriminar. Basta con que tengas dinero para ir. Lo mismo pasa con las máquinas. Si te presentas con tu dinero, no te preguntarán de quién eres el hijo ni de dónde sales, para vendértela.

—No te creas, hombre. Si el dinero es demasiado cuantioso, invéstigan para saber cuál es su procedencia. Y una de esas máquinas vale más de lo que tú y yo somos capaces de imaginar. El *famla'h* y la prevaricación de fondos son las fuentes de muchos de esos dineros que ves a la gente despilfarrando por ahí sin contar, en las discotecas, los bares y los hoteles y los viajes a Europa, porque no les costó ningún esfuerzo particular. Quiso decir «y para construir castillos», pero se retuvo justo a tiempo.

A veinte metros del suelo subiendo en dirección al cielo, un balcón que servirá de mirador dominaba el conjunto. Desde allí, el propietario y su familia tendrían el envidiable privilegio de gozar del espectáculo de la naturaleza. Enfrente se erguían las bellas montañas con que Dios gratificó la región. A sus pies yacía gente que no había aprendido a disfrutar de los tesoros de la creación ya que, por haber nacido y haberse criado allí, sus ojos no estaban entrenados para ver y contemplar el to-

pacio que tenían entre las manos; sus narices estaban acostumbradas al aire que respiraban, y por lo tanto era igual que tener joyas gratis para sí y no darse cuenta.

—*Hó-oh*, miras esta casa desde aquí y ves un techo. Miras por otro lado y crees que son dos casas superpuestas. Das la vuelta y tienes la impresión de ver tres casas una encima de la otra. O ¿no lo veis como yo? Que alguien me diga, por favor, cuántas habitaciones tendrá por dentro...

Al principio les fue autorizado curiosear hasta cierto punto, por ejemplo, cruzar el umbral y contemplar a los albañiles colocando los ladrillos con mucho esmero para separar las habitaciones de la inmensa sala de estancia. Pero según iban avanzando las obras, los obreros se mostraron más rigurosos y ya no dejaban entrar a nadie que no formara parte de su equipo. Al parecer era por orden expresa del propietario.

El presupuesto de la comida se calculaba teniendo muy en cuenta a los parásitos que venían a merodear todos los días, preferentemente al mediodía. La sabiduría popular afirmaba que los ancianos que han perdido la capacidad de armar un cercado con todas las reglas del arte, pero que se sientan al fondo del patio para contemplar a los que cumplen la tarea, forman también parte de la mano de obra.

Una mujer pagada para hacerlo traía cada día la comida en una gran jofaina. El supervisor de las obras le daba el dinero correspondiente a la ración la víspera. Con respecto al presupuesto que había presentado al propietario, él se las arreglaba para quedarse con la mitad del dinero. En el pueblo, el coste de la comida no era el mismo que en la ciudad, pero facturaba igual, y por consiguiente sacaba un provecho sustancioso, con la conciencia limpia, a sabiendas de que lo gastado era ridículo a los ojos del propietario, quien se preguntaba en el fondo de su corazón cómo podía la gente ser feliz con tan poca cosa. Además, todo el mundo sabe que *no se le miran los dedos al que reparte la comida*. Que se los chupe, nada más natural —seguía justificándose interiormente.

Los obreros hacían pedidos especiales de cuscús con salsa de cacahuete o de pistacho, pero dejaban la iniciativa a la cocinera para proponer otros platos los días siguientes. Las patatas y la malanga constituían los otros productos alimenticios básicos en el pueblo. Para las tardes, se apañaban solos. Compraban en el mercado del pueblo un racimo de llantén que dejaban madurar y se hacían fritas en una sartén grande como tres veces las palmas juntadas de las manos. Ciertos días se hacían un poco de arroz salteado para no beber sin echarse algo en el estómago.

Luego bajaban al bar del cruce de la carretera cercana a matar el tiempo bebiéndose una cerveza, y cuando había concursos, mirar la cápsula para ver si les tocaba un premio o, en el peor de los casos, una botella gratuita al menos. Mientras, hablaban del Barça, del Real Madrid, del Inter de Milano, del Paris Saint-Germain, del Manchester United o del Dortmund, rivalizando de precisión en el reportaje a posteriori de los partidos y en el conocimiento de los talentos de los jugadores más cotizados en el plano internacional. Daba la circunstancia de que todos eran hinchas de algún club de fútbol europeo y no pocos se enorgullecían de serlo.

Los domingos, si no viajaban a su pueblo o a la ciudad para solucionar un problema puntual, se quedaban allí a beber y fijarse en todas las jóvenes del pueblo que pasaban por allí, y hacían conjeturas y planes para ver en qué medida podían «probar suerte» —no se sabe nunca— «echando granos a las gallinas», como decían riéndose entre sí. Menos mal que las madres estaban ojo avizor, recelosas como estaban de aquellos forasteros forzosamente sospechosos. Así y todo, cabía todavía la posibilidad de una grata sorpresa.

Cinco meses después del inicio de las obras, el castillo estaba en pie, casi listo para entregarse al propietario. Una barrera infranqueable, concebida para mantener fuera a cualquier indeseable y alejar a los importunos y parásitos que pululaban en el pueblo, completaba el cuadro, insolentemente magnífico.

Los tres pintores que se contrataron pidieron un mes más para acabar esa fase final de revestimiento con un *design* particular en cada pared exterior. Las aberturas habían llegado de la capital, dos meses después de que el patrono viniera a tomar las medidas. El mobiliario procedente de Europa fue disimulado en un barco de mercancías.

Émbôñin tenía que pensar en afincarse verdaderamente en su pueblo para tomar el relevo de los padres. Allí tenía un ejemplo de cómo se vuelve a las raíces. Pero para un modelo, aquel no le convenía, pareciéndole nada menos que extravagante e inapropiado. Buscaría una fórmula sencilla, pero original, razonablemente nueva y moderna, que tomara en cuenta la originalidad de su pueblo. Le parecía anormal y por tanto ridículo algo que se aparentaba con trasplantar Roma o Berlín en un pueblo de los trópicos. Si él tuviera que construirse una casa en el pueblo, trataría de salvaguardar su alma: cariñosa, afable, abierta a todos, acogedora. Era fácil notar que simbolizaba el orgullo del propietario...

Le gustaría hacer una casa menos egoísta, menos nimbada de misterio, concebida para reunir a la familia, a los allegados y visitantes sin discriminación, aunque salvando el necesario equilibrio entre una sana convivencia social y la indispensable dosis de intimidad de la que hay que disfrutar a todo precio. Recordaba cuando el pueblo congregado se despedía de él por primera vez, cuando le concedieron su primera beca para ir a estudiar en el extranjero. Un anciano avisado tomó la palabra para prodigarle unos preciosos consejos; le recordó que cuando un niño sube a un aguacatero, todos cuantos aguacates alcanza con los brazos tendidos o sacudiendo las ramas los tira al suelo, en dirección a los suyos que esperan al pie del árbol. Es una vez bajado, cuando él mismo puede sentarse confortablemente para comerse lo que en rigor le toca como cosechador.

Otro *paá* un poco más joven se apresuró a pisarle los talones y se encargó de traducirle el mensaje en lenguaje más prosaico, aprovechando para deslizar su propia aportación. «Es decir —decía en sustancia— que si topas algún día en tu camino con eso que se llama dinero (porque si no me equivoco, es lo que todos abandonan su pueblo para perseguir), piensa en los que vamos a quedarnos atrás. Pero, sobre todo, no te dejes esclavizar. No permitas que te vuelva la cabeza hasta el punto de creer que puedas tutear a un rey o hablarle sin agacharte ni sin taparte la boca. Ese es el peligro que estamos viendo ahora con los nuevos ricos. Tu dignidad dependerá de cómo te llesves con los demás, y en especial con la gente humilde. La riqueza, el dinero sobre todo es como un buen vino, que puede emborrachar muy fácilmente si se bebe descontroladamente. Es una cosa que no debe dispensar a nadie de la cortesía ni del respeto del otro. A mí, si me tiras todo el dinero de este mundo como se tira limosna a un leproso en la calle, no lo aceptaré». Los concurrentes se turnaban o se atropellaban verbalmente para marcar su adhesión.

Émbônin fue chocado en lo más profundo de su ser cuando se enteró de que el propietario de aquella joya era un funcionario de Aduanas, y que lo que se veía en el pueblo era una cocina en comparación con los múltiples castillos que había construido, diseminados en varias ciudades a través del país. Le indignó asimismo el pensar que se había enriquecido así no solo a costa ajena, sino también a la vista y conocimiento de todos y, peor aún, con la complicidad de los que pudieron alzarse contra una prebenda tan espectacular.

5. EL ENCARGO

Era un anciano sentado en un escabel —Émbôñin cuenta a su mujer la víspera de su salida. —Con su bastón encorvado apoyado contra el cuello, con pipa en la mano y humo flotando a su alrededor como una nube que lo envolvía por todos lados, me decía: «Vayas adonde fueras —me decía— sea lo que fuere, debes permanecer distinto; tú mismo; lo que naciste para ser. En la diferencia radica el secreto del goce de la vida. Te veo muy lejos de tu terruño. No sé dónde te encuentras, pero no te olvides: llevas en los hombros una carga muy pesada. Ten cuidado de no dejarte abrumar. Tus padres tienen los ojos puestos en ti. ¿Con qué colores te has pintado así que pareces un demonio?... Recuerda: *«En la corte de un jefe, cada hijo debe luchar en beneficio de la casa de su madre.»*»

Dicho lo cual se levantó, se alejó unos pasos, se volvió hacia mí, y con la punta de su bastón me señaló con un gesto de insistencia la tarima en donde había estado sentado, antes de desaparecer por completo, tras tirar el bastón en mi dirección. Me daba la extraña sensación de conocer, y de no conocerlo, al mismo tiempo...

Fue cuando me disponía a pedirle aclaraciones sobre qué era preciso hacer, cuando me fue quitado de la vista en un abrir y cerrar de ojos. Miré por delante y por detrás, y ya no había nadie. De súbito me vi en medio de un mar, sobre una balsa tambaleando peligrosamente, amenazado con hundirme y llamando a socorro. Lo más curioso es que me mantenía en pie, casi de milagro. Me dio un susto tremendo cuando desperté, y estaba sudando.

No dejaba de dudar si había hecho bien en abandonar a los suyos y perseguir el viento. De hecho, su vida allá resultaba ser siempre un perpetuo *dormir sin dormir*, tener sin tener, porque dinero sí se conseguía, a veces a palos con respecto a lo que se podía alcanzar atrás en su país, sobre todo cuando uno tenía la suerte de contar con buenos estudios en alguna ingeniería, pero se esfumaba como chupado por un brujo maléfico. Si no fuera porque se trataba de sí mismo, y sobre todo porque todos sus paisanos se quejaban del mismo fenómeno, pensaría que se metió sin saberlo en el misterioso círculo de un *mukuañe* blanco. En todo caso no faltaba un sabelotodo para afirmar como una verdad indiscutible que existía una versión blanca de dicha sociedad secreta. Los socios de los círculos esotéricos tenían fama de poseer muchísimo

dinero, pero que no se podía gastar libremente. La llamada “condición” era que se esfumara como vapores de cuscús. «¿Para qué tenerlo, entonces?» A veces sacaba un bolígrafo y cogía un papel, se sentaba para hacer las cuentas, tanteaba sus bolsillos, o registraba su bolso la mujer una y otra vez, antes de convencerse de que ellos no habían extraviado dinero.

Allí, las facturas y el transporte se tragaban la mitad de lo ganado, el alquiler el tercio del resto, sin hablar del colegio de los críos, y lo que sobraba se iba cual agua vertida en un cesto en menudencias que se alardeaban con irresistible tentación en los supermercados. Pensándolo, uno se lleva las manos a la cabeza y se pregunta si ese dinero lo había tenido de verdad, antes de que se volatilizase. Lo que entraba por el bolsillo derecho salía por el izquierdo. Ahorrar parecía una probabilidad muy incierta. ¿Para qué darse tanta pena, entonces? ¿Para qué haber abandonado a tanta gente necesitada? ¿Para qué tantos sacrificios?

La noche anterior, el sueño y la muerte se habían acostado en dormitorios contiguos, debido a la cantidad de alcohol que Pequémoh y sus compañeros habían ingurgitado, y lo mucho que habían bailado. Por suerte el frágil tabique que los separaba resistió la prueba. No era frecuente que se dejara ir en aquellas parrandas ruidosas y un poco exageradas desde todos los puntos de vista, en que mezclaban comidas a base de géneros alimenticios procedentes de África con todo tipo de alimentos europeos e incluso asiáticos, junto con cerveza alemana, los mejores Bordeaux, sin contar unos caldos españoles. Pero aquella noche la diabólica fiebre se apoderó hasta de los corderos. Volvió tambaleando a casa y se fue a la cama a la madrugada hecho añicos.

La primera en despertar fue su mujer, ya que le tocaba ocuparse de los críos. Tras desperezarse y cepillar los dientes, empezó a organizarse para despachar las labores diarias de la casa. Bajó a vaciar la basura en el cubo de la calle. Al volver, vio que el cartero había dejado unos sobres en el buzón del portal de su edificio. Los sorteó y retiró los que parecían de interés, apartando con un gesto de desdén y rechazo las publicidades, y subió a su piso. Una de las cartas procedía del país de su marido, pero al contrario de otras veces no se apresuró a abrirla. El remitente era su suegra. La dejó tirada sobre el velador, debajo del cual estaban amontonados noticiarios y revistas científicas.

Cuando al mediodía el marido pudo por fin arrastrarse fuera de la cama, se sentía como molido a palos. Luego fue a dejarse caer sobre el canapé en la sala de estancia, y bostezaba produciendo un ruido de león

hambriento cada dos o tres minutos, rascándose la cabeza, los brazos desnudos y los sobacos como un mono que hace muecas.

De paso por allí, Khadija preguntó a su marido:

—¿Has visto las cartas?

Estaba bostezando por enésima vez y no contestó. Ella fue y volvió, y al darse cuenta de que no reaccionaba, insistió:

—¿No te enteras? Han llegado cartas y creo que hay una del país y no me ha dado tiempo a abrirla. ¡Mira a ver!

Tardó otro rato más en decidirse, como si temiera su contenido. De hecho, la noticia que traía era la ducha fría que necesitaba para despertar por completo. Tras leerla, se estremeció violentamente, pero quedándose boquiabierto, anonadado, durante varios minutos. Mantuvo la cabeza cogida entre las dos manos, con los codos plantados en las rodillas, pensativo. Luego, apretando los dientes como quien está siendo pinchado en la parte más sensible de su muslo, asestó un golpe de condenado a la mesa, acompañado de un ruido oral parecido a un bramido. Un poco más tarde, al pensar en ello le dio vergüenza porque su reacción había sido precisamente una herencia espontánea de la tele. En su tierra no se traducían de aquel modo la furia. Su sociedad ofrecía incontables tubos de escape capaces de desactivar la bomba del ahogo. La palabra hablada acechaba para salvar, en cada persona encontrada por la calle, ya fuera o no conocida, aguardaba en las visitas inopinadas de allegados o personas nunca vistas, aguardaba en caminantes descarriados preguntando por su camino... Lo que debió de haber hecho era gritar, gritar como si le estuvieran cortando la garganta, vociferar a su mujer inocente o iniciar un soliloquio. Sentía cada día más ese terrible enajenamiento en la carne profunda, ese ir vaciándose de su propia sustancia, lenta e ineludiblemente.

—¿Qué pasa? —se alarmó la mujer acercándose y arrimándose a él en el sillón de cuero. ¿Qué ocurre, amor mío? Dime.

Él no contestaba. Permanecía silencioso. Se apretaba los labios, y unas finas lágrimas asomaban en sus ojos y corrían, perezosas, mejillas abajo.

—¡Parece mentira! —fue lo único que susurró entre los dientes, por toda respuesta.

La mujer cogió la carta y leyó con los ojos, sin abrir la boca. Rezaba:

«Querido hijo:

Eres un hombre. Sujétate bien el corazón y escucha lo que te voy a decir: tu padre acaba de exhalar el último suspiro en el Hospital público de la ciudad a

donde —según mandaste, lo llevaron—. Hoy es el día Ngán. Mañana iba a hacer dos semanas desde que estábamos allí con él. Los médicos han hecho cuanto han podido. Pero la hora de Dios había dado ya.

Escúchame bien. Estás a no sé cuántos días de marcha de aquí. No vamos a poder esperarte para guardarlo. Y, de todas formas, no hay dónde tenerlo guardado tanto tiempo. Vámonos a hacer lo que se suele hacer en estos casos, para despedirle en nombre de todos con dignidad. El día que Dios abra el camino y puedas acercarte, verás su tumba, donde podrás recogerte tranquilamente. Entonces darás de comer a la gente que lo ha hecho todo en tu ausencia. Aparte de eso, ¿qué más voy a decirte?

Pórtate como el hombre que eres. Si te pones a llorar allí ahora, ¿hasta cuándo llorarás? Tú también has hecho lo que debe hacer un hijo. El dinero que enviaste ha servido mucho. Creo que es lo que le ha mantenido hasta esta fecha. Se ha marchado orgulloso de ti. Claro que a mí me hubiera encantado que estuvieses aquí en este momento para despedirle tú también. Pero, es imposible esperar.

Tus hermanas están todas conmigo, y sus maridos ya han acudido y están atareándose para organizar el duelo y el entierro. No juegues con tu trabajo. Tómame todo el tiempo necesario para prepararte. Ya sé lo muy sensible que eres, por eso no voy a perder mi tiempo diciendo que no vengas del todo. Pero hazlo sin comprometer tu empleo. Para nada quisiera que pusieras en peligro tu situación. Insisto en eso. Pide permiso, a ver si el Blanco entiende y te deja venir. Si dice que no, quiero que sepas que tu padre no te echará la culpa, y en cuyo caso siéntate y espera las vacaciones. No te pierdas al padre y a lo que os da de comer a la vez, porque sé que el Blanco es una persona muy estricta. Cuando ha trazado su línea, nadie cruza. ¡Que Messiff'úh os amparen a ti y a los críos y no dejen que nada os perjudique! Creo haberte dicho lo necesario.

Méwu (Tu madre).

P.S. ¡Eh! ¡Se me olvidaba! Todo el mundo te saluda. Tu tío Manplá también está muy enfermo. Se niega a que le lleven al hospital. No lo dice, pero se nota que está harto de vivir. Ha afirmado que cada proceso alcanza, algún día, su punto de saturación. Quizás vaya a agarrarse a su hermano para marcharse también enseguida. Aquí estamos, dispuestos a arrostrar cualquier situación. No se le ha dado la noticia todavía de la muerte de su hermano. Pero será preciso hacerlo, salga como salga. Estamos tratando de ver cómo hacerlo».

La carta había tardado una semana exactamente en llegar. Nada más enterarse, Apequëñin empezó a echar de menos a su padre. De un modo muy peculiar. Pensó en lo poco que hizo por él y en lo mucho que le hubiera gustado haber hecho. Antes de recibir la noticia de su ingreso en

el hospital, había empezado a hacer planes para hacerle venir a descubrir el mítico país de los Blancos. Le había traído regalos al país, le había dado dinero para comprarse vino de rafia cada vez que le apeteciera, una botella de buen vino en varias ocasiones, pero quería hacer de su sueño una realidad, y demostrar que cuando tu hijo ha cruzado el océano, de alguna forma eres tú quien lo has hecho.

La mujer ahogaba sus lloriqueos en un rincón de la casa. A los ojos de una mujer hija auténtica del país, hubiera sido ridícula. Lloraba como en el cine, como si desempeñara su papel en el tablado de una tragedia. Una mujer del país de su marido hubiera volado el techo de la casa con los gritos, hubiera despertado el barrio entero con los sollozos venidos de las vísceras de su cultura, desde su postura de pulmón de la casa, estaría tarareando, inconsolable, la melopea más emocionante de su repertorio, y dando vueltas como una peonza, sentada por el mismo suelo...

De su dormitorio, los hijos soltaron en catástrofe sus apasionantes juegos en los micro-ordenadores regalos de cumpleaños —que se habían convertido en un tipo moderno de jugadores de damas, que cuando están jugando les puedes quitar cualquier cosa sin que se den cuenta, y les diriges la palabra y dicen, evasivos, ¿hein? sin preocuparse de ti— y fueron a ver lo que estaba pasando. Tuvieron que dar la lata a su madre preguntando repetidamente qué ocurría hasta que contestó, como exasperada, mucho más para quitárselos de encima que porque les concernía lo ocurrido también en primer lugar.

—Dicen que vuestro abuelo falleció la semana pasada —confesó al fin—, abrazándose a ellos juntos, ahogada en sollozos imaginarios.

El padre no había contestado a sus hijos. Tras las primeras, otras lágrimas que estancaban, rebeldes, en sus ojos, fueron inducidas con el esfuerzo de un enfermo de estreñimiento. El dolor lo había enmudecido. De golpe, su situación se le apareció como desplegada en una pantalla gigantesca. Los planteamientos que nunca se había hecho surgieron con una claridad insospechada. Tras tantos años, se percataba repentinamente de que no se había preguntado en su tiempo si debía marcharse o no. Actuó como un robot, como empujado por una fuerza irresistible. No se había detenido a preguntarse a cambio de qué pérdida le arrancó de cuajo el huracán de los estudios, a preguntarse qué se estaba jugando.

Ahora se sentía una víctima despiadada de la historia. La escuela llegó, se abrió paso, se impuso, arrasándolo todo, cerrando los ojos a los más espabilados so pretexto de abrírseles a todos. Ella dictaminaba sobre

la validez o inutilidad de un joven. No le dejaba tiempo a nadie a pensar por sí mismo sobre los valores propuestos.

En todo caso, de haber podido elegir, ¿con qué opción se hubiera quedado? ¿Rechazar la oportunidad de ir a la aventura del mundo? ¿Dónde se ha visto que alguien, a no ser un auténtico *búshiman*, un tonto de remate, hubiera atrapado un pez y corrido el riesgo de volver a meterlo en el agua para ver de enjuagarlo? ¿Qué esperar, sino que se le escurra entre los dedos y se largue para siempre?

«¿Haberme quedado? ¿Para complacer a quién? ¿A los padres, quizás, para que luego, a la primera ocasión, te escupieran a la faz que «tus amigos se han marchado todos a buscarse la vida en la ciudad y tú te has quedado atrás como un inútil para estorbar a la gente»? ¿Ir a prestarse a las burlas mortíferas de los vecinos, a darse en pasto a las humillaciones de la gente, esa gente con quien hay que compartir la vida todos los días?

«Marchándome no decepcioné a mi padre ni a nadie, ni mucho menos a mi madre. Yo era *Todo* para ella, a su gran satisfacción. El país entero me envidiaba y envidiaba a mis padres. Yo iba a sentarme a comer en la misma mesa con los Blancos, a respirar el mismo aire que ellos, compartir sus bebidas, hablar con ellos, competir con sus hijos en la universidad. Yo era el orgullo de todos los allegados, e incluso de los meros conocidos. Pero ¿quién de nosotros tenía entonces instrumentos para evaluar el alcance de todo eso, y saber enseguida que peligraba mi identidad?» Y, llegado el caso, ¿qué posibilidad de retroceder habría cabido, dadas las circunstancias?

Aquí, aparte los amigos —¿y cuántos son sino una gotita de agua de mar, una pizca de esperanza en el purgatorio de esa vida infernal de encierro que conduce a un cielo incierto?— todas las miradas ajenas te machacan que «no eres más que un intruso. ¡Deberías haber regresado ya a tu guarida, a tu selva o a tu desierto, lo que sea, para dejarnos en paz! ¿Qué pintas aquí? —¡me gustaría saber! ¿Quién te dijo que todos los hombres eran iguales? ¿Y esa piel negra? ¿A que es espeluznante? ¡A ver, demuestra que no eres el bárbaro del Siglo Veintiuno! ...»

—Y tienen razón, fíjate. Es que el negro dista de ser el mejor color del mundo. Además, entre nosotros los hay que son *más negros que el hígado de la serpiente*, tan negros como el ébano de sus densas selvas, con pelo grasiento y nariz extrañamente chata. A unos cuantos los salvan los ojos y la blancura inmaculada de los dientes. Pero la mayoría, ¿a quién no le darían miedo, aunque sea tan solo al principio? Igual que dan miedo los secuaces de Bob Marley con esos pelos rarísimos, repelentes...

¿Será que carecen de jabón, no tienen peines y no van nunca al barbero? Ahora, ¿qué piensan de su música? El reggae lo encuentra la gente tan bonito. ¿Ustedes no? Digan la verdad. Dejen que hable su corazón, sin reprimirlo. ¿O prefiere a Jimmy Cliff? Él es más correcto, menos extravagante. El hombre del gueto. Su historia es conmovedora. Si alguien les proporcionara a Vds. un espejo para mirarse y gafas para mirarnos, verían que somos muy parecidos. No crean que me las quiera dar de listillo... ¡Perdonen los despropósitos! Verán por ahí, si se fijan un poco, negros muy correctos y todo...

—Lo reconfortante —de eso al menos estoy segurísimo— es que no tiene el mismo color que su piel todo lo relacionado con él. Ese negro, o «moreno» —para amortiguar la brutalidad o la mala intención— puede tener un corazón negro, pero accidentalmente, no por naturaleza. Quizás lo diga yo nada más porque es mi color. ¡Quién sabe! Acérquense ustedes a ellos a averiguar... No llevan la etiqueta «Cuidado con el perro». Les ruego no confundan la excepción con la regla. ¿Cómo puede apreciarse el sabor de una fruta sin probarla? Hablen con él. Verán que no quema. No devora. No soy ningún puerco espín para llevar espinas en la piel. ¡Verdad que no! Pícaro no soy. Esclavo nato, desde luego que no. Pero servidor de usted, eso sí. Gustoso. Sin coacción. Y si le invitara a conocer mi tierra, ¿qué? ¡Que no, que no, gracias! ¡Mejor que te vayas!

Vale. Volveré a casa de mi padre y le diré: «Padre, he pecado contra ti y contra el Cielo...» ¡Pero si acaba de fallecer mi padre! ¿A qué casa voy a volver, si en la mía soy un extranjero, en adelante, desde que me marché? Aquí me rechazan, allí me miran como un traidor cultural. ¿A qué santo voy a encomendarme? A no ser que vaya de veraneo en mi propia casa, que mi casa natal se convierta en un apeadero, en casa de campo, para pasar algún fin de semana o, a lo sumo, unas semanas de vacación...

¿Qué podría haber hecho realmente ante la racha de mutaciones que el mundo atravesaba y que la escuela y los horizontes ilimitados que prometía plasmaban? En el fondo, hice lo que hacían todos, dejarse arrastrar por la corriente hacia el valle, hacia el llano donde sus aguas volverían cultivables a las tierras más desérticas, para transformarlas en huertas de pan llevar...»

Apequèmoh se preparaba para viajar al pueblo. Fue a sacar un billete de avión ida y vuelta. Al principio pensó en el próximo vuelo directo con destino a su país en el que encontrase una plaza disponible. Pero si fuera necesario, cogería una correspondencia para hacer escala en cual-

quier aeropuerto con tal de llegar cuanto antes. Luego cambió de opinión al recordar que la precipitación no iba a servir de nada —lo había advertido Maá, su mamá—, que no iba a despertar al difunto que, como rezaba el precioso eufemismo que utilizó, ya había sido «guardado». Calculó que lo mejor sería pedir un permiso bastante largo como para darle tiempo a organizar los funerales antes de volver, y ahorrarse así los incordios que supondría otro viaje, en términos de trámites y gastos.

Corría el mes de diciembre. La temporada de los funerales ya había empezado desde octubre, pero no quería empañar las fiestas navideñas y de fin del año de los lugareños. Hasta los paganos aprovechaban para comer el tradicional arroz con pollo y emborracharse de cerveza. Así que eligió un fin de semana a mediados de febrero para las manifestaciones. Escribió a su madre para informarla, y le pidió que avisara al resto de la familia, a fin de que se tomaran las disposiciones adecuadas.

Una de las primeras resoluciones que tomó a consecuencia de la desaparición de su padre consistió en tratar de interceptar el expediente que había cursado para solicitar la ciudadanía en su país de acogida. Al finalizar sus estudios muy brillantemente, el centralista había encontrado empleo con una inusitada facilidad. Muchas propuestas lo esperaban en su país. Vaciló durante algún tiempo, pero su patriotismo abogó por su retorno. Quiso traer «su *modesta piedra*» —según la fórmula consagrada— *a la construcción de la nación*, que tanta necesidad tenía de materias grises para pensar y concretar su apremiante desarrollo. Pero la experiencia de un amigo suyo lo desanimó. Había durado poco tiempo. Apenas un año. Debido a las intrigas originadas en la incompetencia de unos colegas impuestos a la empresa por personalidades políticas de alto rango, se vio obligado a dimitir y volvió a Lámelèque, y entre las empresas que lo habían cortejado esgrimiendo salarios más que sustanciosos, escogió la que le parecía ajustarse más a sus preferencias y su temperamento. Iba a encontrarse frente a otro tipo de problemas (¡la naturaleza humana es radicalmente imperfecta!), pero podía trabajar en toda serenidad. Por eso Mbôñin había renunciado a volver enseguida.

No había sumado dos años de trabajo en su nuevo país cuando, a la vista de sus pingües ingresos, su banco le ofreció la posibilidad de un crédito. No pudo resistir la tentación y aceptó la propuesta para comprarse un piso al contado. Tenía veinte años para reembolsarlo. Era flamante, pero había que amueblarlo. Lo hizo con sus ahorros. Sabía muy bien que hasta que se construyera una casa en su país, no iba a merecer

el respeto de su gente, y sin embargo dio la prioridad a su propio bienestar y al de su familia nuclear, aplazando el proyecto para más tarde.

Varios años habían transcurrido. Los problemas habían surgido, inesperados la mayoría, y se habían ido multiplicando de un año para otro. Había tenido que casarse, los niños habían nacido, la mujer había perdido su empleo, se le había enfermado la madre y se había vuelto irremisiblemente dependiente, y entretanto hacía falta vivir decentemente, pagar las facturas siempre opíparas e indiscutibles, tomarse vacaciones dignas en otros países donde no conocían a nadie y vivir en hoteles a la altura de su rango social y de sus ingresos. De cuando en cuando enviaba dinero a su padre, a su madre y sus hermanas, así como a algún que otro allegado, para solucionar problemas puntuales. Ocurría que experimentara una sensación como de vacío, de inutilidad, de no servir para nada viviendo así para sí mismo, teniendo a su alcance cuanto podía hacerle falta, materialmente hablando, pero por desgracia lejos de todos los suyos, que lo necesitaban, a veces dramáticamente. Esperaba que la vida le diera tiempo a realizar cosas de mayor trascendencia para los suyos.

Estos pensamientos le refluieron masivamente a la mente. Fue al negociado del Ministerio de Hacienda encargado de su expediente. El funcionario que lo recibió no lo pudo localizar enseguida, y le dio una cita. Su colega que lo administraba estaba de vacaciones, y solo él podía satisfacerlo. Insistió inútilmente. «Lo siento, señor, pero así está organizado el trabajo aquí. Le ruego que vuelva la semana próxima.» — fueron las palabras con las que fue despedido. «Le atenderá sin falta», se oyó confortar cuando se marchaba.

Aquella era la semana de su viaje. No podría acudir a la cita, y nadie más que él sería recibido para el caso. A finales de febrero, a su vuelta del país, recibió una carta felicitándole por el final feliz de su petición. En adelante contaba entre los ciudadanos de su nuevo país. «Sírvasse usted pasar a recoger sus nuevos papeles en cuanto pueda, en nuestras oficinas. Atentamente.» —concluía. Estaba atolondrado. ¿Qué le estaba pasando con esa avalancha de contratiempos de todo tipo? Volvía preparado para recoger en dos años sus bártulos y volver a recomponerse la vida en su país, dejando a su familia allí mientras viera cómo organizarse con los críos que estudiaban todavía en la universidad y la mujer que nunca había considerado la posibilidad de ir a vivir en el país de su marido. «¡Vaya un estropicio!» —pensó, anonadado por la perplejidad—. Tras una semana de vacilación, decidió tramitar con su abogado la anulación de todo el proceso. Le daba vergüenza. Sabía que iba a sonar indigno

para el intelectual que era. Pero en realidad no tenía opción. La nueva responsabilidad familiar de gobernar a los suyos según la voluntad de su padre, que llevaba ahora en sus hombros, era demasiado importante para tomarse a broma.

Los funerales se estaban preparando activamente. Cada miembro de la familia, cada allegado, cada amigo cercano trataba de contribuir en algo: acompañar al mercado a comprar un puerco o los racimos de plátano necesarios, echar una mano para la limpieza del patio y de los alrededores de la concesión, planear la instalación de los invitados y su recepción, pedir las sillas e ir disponiéndolas, discutir en torno a la organización de las ceremonias con los dirigentes de las reuniones esperadas con ese motivo, recuperar las ayudas eventuales, acechar los posibles fallos y tratar de colmarlos, etc.

La madre de Pequëñin le llamó aparte y le habló en estos términos: «Padre mío, la pesadumbre me ha impedido preguntar por los críos. ¿Qué tal se encuentran? *Nt'séah* y sus hermanos ¿cómo acogieron la noticia de la muerte de su abuelo? ¿O no saben lo que significa? ¡Pobrecitos! Como lo han visto muy poco, igual no les mueva mucho. La densidad del dolor es proporcional al afecto que se había granjeado con alguien. Me imagino que se figuran al menos lo que significa dejar de ver a una persona para siempre.»

—Están bien, Maá. Con ellos no hay problema. Querían venir conmigo, pero era imposible; cuesta los ojos de la cara; pero, si solo fuera por eso, me hubiera apañado para que viajaran conmigo. La razón principal es que el curso escolar, que está todavía en su pleno desarrollo, no podía permitírselo. La que debía venir conmigo y que no ha podido a causa de un problema de papeles es su madre. Sabes que cuando entras en esos países, los Blancos te dicen: «Tienes derecho a quedarte hasta tal o cual fecha.» Para ir más allá, tienes que pedirles otro permiso, de tal modo que, si los engañas, acabarán sabiéndolo, y tarde o temprano te expulsarán por fuerza y sin remisión. Si saliera a escondidas, no podría volver a entrar porque lo controlan todo con sus máquinas. No hay quien les escape. Hemos visto que lo mejor era que yo viajara solo. No se podían aplazar los funerales más tiempo. Ella vendrá más tarde, probablemente durante las vacaciones, junto con los niños, si Dios quiere» —había explicado.

Aquella era una manera muy gráfica y por lo tanto más asequible de dar a entender a la madre que su nuera no pudo viajar porque su tarjeta de residencia había caducado y necesitaba solicitar una prórroga.

Los pueblerinos tomaron muy a mal esa ausencia a los funerales del padre político. A sus ojos, no había excusa que cupiera para justificarla. No podían entender, porque no querían entender. No estaban preparados para ello. Achacaron el fallo al hecho de que ella no era natural del país. Los comentarios que hacían eran más duros los unos que los otros. «Ahí va el beneficio de desposar chicas de cualquier procedencia. Es como si él no estuviera casado». «¿Cómo es posible que fallezca tu suegro y que tú no vayas al entierro? ¿Para que quién lo haga en tu lugar?» —se escandalizaban entre sí. «Si alguien les dice a los jóvenes que se fijen bien en dónde ponen los pies, dirán que no se les quiere. ¡Mira ahora!» —concluían.

La lectura de la situación no era distinta por parte de la suegra, salvo que ella no podía echárselo en cara al marido de Khadija, por miedo a herir a su hijo indebida e inútilmente. Se mostró más diplomática:

«¿Ves ahora que tu padre tenía razón o no de preocuparse? Si yo misma me muero hoy, se quedará la casa abandonada. No habrá nadie para cuidarla. Una casa es casa solo cuando hay alguien para barrerla, encender el fuego para calentarla y alejar a los malos espíritus, limpiar los alrededores y cultivar las cercanías. Solo la presencia humana le da ánimo a una casa... La mía se va a vaciar un día para siempre si no...»

«Siempre la misma cantinela... Una ocasión áurea para mamá...» —pensó Pequëñin para sus adentros, un poco despechado por la reapertura de esa llaga mal cicatrizada.

Después salió a atender a una vecina que la llamaba con insistencia, y cuchichearon durante unos instantes, oyéndose unas palabras indescifrables. Luego regresó a su madre, para reanudar la charla suspendida: «Te lo ruego —volvió a la carga—. Ya no voy a tener con quién hablar. Dame el permiso de buscarte otra mujer. Se quedará conmigo en el pueblo. Tú vendrás a verla periódicamente. No digo que eches a tu mujer. No te puedo pedir que hagas lo que yo tampoco haría. Es la madre de tus hijos. Ella vive donde vive, está tranquila. Tú bien sabes que la mujer es la mujer de toda la familia. Pero si no se ve, ¿quién la reconocerá como tal? De aquí a que te marches, yo haría lo necesario para que las cosas se pongan en camino... ¡Si te parece, claro!» —matizó suavemente, a modo de conclusión.

En el fondo, ya había iniciado trámites con dos novias potenciales (para que, llegado el caso como esperaba, él mismo pudiera elegir). Pero lo hizo de modo tan sutil que ni las concernidas sospecharon la duplicidad. Solo habrían notado una desacostumbrada atención repentina. Pero

el terreno estaba preparado. Dejó pasar la tarde, y al día siguiente, volvió a concertar una conversación con su hijo: «Te hablé ayer de algo, y hasta ahora no me has contestado. No te voy a forzar. Ya no eres un niño. Cada uno sabe cómo se siente. Pero es el último favor que te pido».

La actitud conciliadora de su madre —que apenas si no se puso de rodillas— conmovió profundamente a Pequênin. No sabía qué hacer, si herirla de gravedad —cosa que nunca había querido hacer en ninguna de las contadas circunstancias conflictivas que hubo en su vida— como hubiera sido el caso, diciéndole que era absolutamente imposible, o reconsiderar serenamente una opción que siempre había rechazado. De verdad, no sabía qué partido tomar. Prometió que iba a pensárselo y darle una respuesta antes de marcharse. Y fue entonces cuando la madre le habló concretamente de las dos chicas sobre las que tenía puestos los ojos desde hacía cierto tiempo, y le dijo que se sintiera libre de elegir la que más le gustaría. Esto último no hizo más que acrecentar su confusión, porque su madre había hablado como si ya hubiera marcado su aprobación.

—Despósala por tu padre, ahora que ya no está —volvió a insistir con el mismo tono suplicante.

Había soltado la promesa un poco a pesar suyo, para complacerla o, mejor dicho, para no tenerla pendiente de sus labios indefinidamente, con la terca esperanza de sonsacar una respuesta que no conseguía encontrar. Inmediatamente después le asedió algo parecido al arrepentimiento, cuando pensó en el peso agobiante de la responsabilidad que acababa de contraer. ¿Qué respuesta iba a darle, así fuera después de una semana o de un siglo? ¿Para engañarla engañándose a sí mismo? ¿O no contestarle del todo, y hacer como si no se hubiera planteado nunca la cuestión, y dejarla que se fuera consumando a fuego lento, corroyéndose de pena y desesperación? ¿Durante cuánto tiempo iba a andar así atolondrado, buscando una salida que estaba seguro de no encontrar nunca, ya que en vez de acercarse no hacía más que adentrarse cada día más en un sombrío túnel, atormentado por las fuerzas contrarias e inhibitorias de la tradición cultural y de sus nuevas convicciones?

La respuesta que carecía de ánimo para dar a su madre era que «una mujer no es para custodiar una casa y cultivar las plantaciones y vigilar los bienes, sino para vivir, para convivir, para compartir la vida con la pareja, día y noche, bajo el espléndido sol y bajo la lluvia torrencial, las cuitas cotidianas y las alegrías, sufriendo juntos los percances, capeando al alimón las dificultades, para hacerlo todo, absolutamente todo. Si luego, por razones imprevistas de supervivencia, en estrictos casos de fuerza

mayor, uno se ve en la obligación de alejarse por un tiempo, eso sí podría entenderse. Pero que, desde un principio, uno se case con una chica sabiendo perfectamente que es para vivir separados por regla general, esa es una absurdidad. ¡Se parece a una estafa recíproca!»

«Ahora, ¿cómo hacérselo entender a mi madre? ¿Cómo convencerla? Por lo visto, no está para raciocinios. Como tampoco lo estaba mi padre —¡que en paz descanse!— como tampoco lo está nadie en este pueblo querido. Aquí, cuando se ama a uno, la gente corta el patrón de su felicidad para él, en nombre de la cultura... No se detiene mi madre a preguntarse si me gusta lo que le gusta a ella o a mi padre, que seguirá controlando la vida de su familia desde el más allá, donde se ha reunido con sus padres y los padres de sus padres...»

Émbôñin cavilaba tumbado en su cama, en la mejor habitación de la casa de su padre, quien se la atribuyó provisionalmente para cuando volviera al pueblo, en espera de que se construyera una casa propia, digna de su rango social de «blanco». De hecho, la había arreglado como es debido, disponiendo la cama, la mesa y el ropero (cosas todas que mandó hacer en la ciudad por el mejor artesano que le indicaron) dentro de las normas de una geometría inmejorable. Olía a perfume, como corresponde a la intimidad de un marido cuya mujer es exigente en materia de aseo y le había definitivamente contagiado parte de sus caprichos. Aunque ella no solía venir allí, le había inoculado el virus de la elegancia, y se había acostumbrado a ir vestido de punta en blanco en todo momento. Los movimientos de su cuerpo que se retorció una y otra vez buscando la postura menos incómoda acompañaban sus reflexiones que no acertaban a dar con un cauce satisfactorio.

«Mi fe católica me prohíbe tajantemente la poligamia. La honestidad también y, por último, el realismo. Si la finalidad del matrimonio es la felicidad, ¿qué probabilidad hay de conseguirla en tales condiciones? Luego, si me llevara a otra mujer más allá de los mares y de los desiertos, ¿dónde la dejaría escondida? ¿O desembarcaría con ella en mi casa para presentarla diciendo «Ahí va mi segunda esposa» esperando que mi mujer la acogiera pegando saltos de alegría y organizara un grandioso festejo? ¿No sería igual que *almacenar maíz y cacahuets cultivados a duras penas en un granero y tirar uno mismo encima un puñado de gorgojos?*... Y si por una casualidad milagrosa se abrazasen y procurasen aguantarse, haciéndose concesiones una a otra, no faltaría, tarde o temprano, alguien para decir a la recién llegada:

«Una de dos: o eres mujer, o no lo eres. Tienes absolutamente los mismos derechos que ella. Y si no lo eres, dime qué pintas allí. Recoge tus cosas y lárgate. Bueno, haz lo que te dé la gana. Pero yo te digo lo que yo haría en esa situación. Yo veo que no conoces a los hombres...» Consejos explosivos, destructores, de buena o de mala fe, que esperan las mujeres con escasa personalidad para legitimar sus actuaciones posteriores y tener la conciencia limpia, cuando se ven en apuros en su hogar.

Tras aguantarse un mes, dos, tres, al cuarto la primera mujer diría: «Ya es demasiado. No sabía que era una víbora la que albergaba en mi casa. Entiendo por qué dicen en el pueblo que cuando uno dice *«Córrete un poco para allá que me sienta»*, es que se prepara para pedir la cama después, para acostarse. ¡Claro que no sabes los sacrificios que he sufrido para tener esta casa, para que tú vengas hoy a desafiarme en voz alta dándotelas de señora y sin ningún reparo! El agua y el fuego son incompatibles, para que te enteres. ¡O te vas, o me voy yo!»

Entonces es cuando lamentaría amargamente el no haber previsto tan mal cariz, porque la respuesta inesperada caería como una cuchilla «Vete, me entiendes, vete. No haces falta aquí. *Cuando menos bulto, más claridad*». Y las dos prenderán fuego a la casa, sin tener la menor cuenta de su marido. «Y me sentiré ridiculizado, y no tendré dónde esconderme de vergüenza. Yo mismo habré organizado una indeseable riña de gallos —o de gallinas ¡que para el caso da lo mismo!— con la certeza de salir perdedor...» Tampoco sería una solución a largo plazo el tener otra casa paralela, porque se trataría de un descuartizamiento programado...» Dos días después de la llegada de Pequèñin, cuando ya había disminuido considerablemente el número de visitantes que venían a verle para darle el pésame, su madre se presentó por la mañana delante de su habitación y llamó, pegando respetuosamente el oído a la puerta:

—El amigo de tu padre desea hablar contigo.

—Dile que pase y se siente, Hoo. Voy enseguida.

El anciano entró; al llegar Mbôñin, hizo el gesto de levantarse y querer quitarse el gorro que cubría su pelo teñido con «black», un líquido negro destinado a darle un aspecto de rejuvenecimiento. Émbôñin esbozó en su dirección una señal de protesta y desacuerdo.

—Moho, ¿qué quieres hacer? ¿qué te pasa que llegas a casa de tu hijo y pides permiso para entrar? Siéntate —dice señalando una silla arrimada a la mesa de comedor.

—Nada. Aunque eres hijo mío, te debo respeto.

—Hasta tal punto, no.

—Quisiera que estuviéramos solos.

Émbôñin quiso decir a la mamá que le había traído un plato de cahuetes frescos cuidadosamente sorteados que esperara un poco fuera, pero cambió enseguida de opinión invitando al anciano a apartarse con él en el locutorio de al lado.

—Maá, no te estoy echando. Quédate, la casa es tuya.

La visitante pudo despedirse al comprender que su presencia resultaba inoportuna, pero, su anfitrión había dado la orden de que se le preparara una buena taza de café con leche, un trozo de pan traído la víspera de la panadería, y una tortilla con tres huevos. Se lo merecía. Era como una madre para él. En sus recuerdos de niño, las veía todavía yendo juntas al campo a diario con su madre, a los duelos, a las fiestas, al mercado. Se turnaban en las porciones de las plantaciones de sus maridos respectivos que cultivaban.

Por lo tanto, no se ofuscó nada de que el anciano se retirara con su *hijo* y mandara llamar a la madre y no a ella, como si fuera una extranjera en la familia. No había necesidad de que estuviera presente para adivinar de qué iba todo aquello. Si por casualidad no fuera lo que pensaba, se lo diría su amiga en su momento.

«He llamado a tu madre para que me sirva de testigo —dijo a modo de introducción a la entrevista—. Yo soy viejo. Se me puede trabar la lengua sin que me dé cuenta».

Y volviéndose hacia las hermanas que había convocado también para la circunstancia, puntualizó que estaban allí porque aun perteneciendo a la familia de sus maridos, tenían que acordarse siempre de que habían salido de alguna parte, y que «esté una mujer donde esté, *el olor del «lélouh» no se disipa nunca por completo del utensilio que lo ha contenido.*»

Deja pasar un minuto de silencio, durante el cual vuelve a poner fuego a su larga pipa que amenazaba con apagarse, y aplasta vigorosamente con el dedo pulgar la pizca de tabaco que ha añadido. Prueba soplando dos o tres veces para asegurarse de que ha prendido.

—Tengo un encargo para ti, de parte de mi amigo —pasa a continuar—. Tú bien sabes que cuando lo veían, sabían que me habían visto, y cuando me veían a mí, todo el mundo sabía que estaba viéndolo a él. Si digo una cosa que no salió de su boca, me estaré engañándome a mí mismo y que Dios me castigue por eso.»

—Ôôôh, *Mo'ôh*, ¿qué dices? ¿Por qué crees que eso va a ocurrir hoy cuando nadie en el pueblo ha oído decir nunca que lo hubieras hecho un día en tu vida desde que naciste?

—Lo digo por decir. No se sabe nunca. Pues escúchame bien: tu padre no esperó la última hora para confiarme lo que te voy a decir. No hay secreto que él y yo no removiéramos en todos los sentidos varias veces, casi diariamente... Según parece, de pequeño quisiste ser *fala*. ¿Es así o no?

—Así es.

—Pues hiciste bien en renunciar porque tu padre ya había comprado una hoja de afeitar para rasparse la cabeza, caso de que te hubieras empeñado y te hubieras marchado a ser sacerdote. Luego fue el Blanco el que te llevó, y él comprendió que nada podía hacer para impedirlo. Esperaba verte volver o, al menos, verte antes de morir y hablar contigo, pero no ha tenido suerte y se ha quedado con ganas hasta el final.

«Dile eso a Mbôñin —me ha pedido a mí—, que yo le dejo mi casa. Le vuelvo la espalda. Que haga de mi casa lo que quiera... Si quiere que se convierta en guarida de ladrones o en una ratonera, le tocará decidir... Dile que me voy dolido de una cosa: he esperado vanamente que tomara otra mujer y la dejara aquí para que yo tuviera a mi lado con quién hablar, a quién decir cosas. Si no lo ha hecho, tendrá sus motivos. Acabé por entender que su época no era la nuestra y que me equivocaba queriendo *comer taró nuevo con vieja salsa de melan*... Dios le ha dado varones, y se lo agradezco infinitamente. Pero dudo que alguno de ellos acepte venir a vivir aquí, por lo cual me temo que es igual que si no los hubiera tenido, tal y como veo las cosas... Sea cual sea el caso, él sabrá qué hacer para que no se borre mi nombre y que mi familia no vaya a extinguirse, para que mi concesión no se vuelva una selva de malezas...»

Entre otros muchos detalles que transmitió en su largo monólogo, le dio a conocer, siempre por parte del amigo ausente para la eternidad, el siguiente detalle: «Dile que no tengo deuda con nadie. Solventé las dos que tenía con el dinero que me envió. Me siento ligero. Las deudas perjudican terriblemente la salud moral. Son muy mala cosa, que quita el sueño a cualquier persona respetable. Antes no comer, pero estar tranquilo. Que nadie vaya a decirle que le debía esto o aquello.»

—¡Ven! —llamó a Pequèmoh, quien se acercó sin saber de qué se trataba. Sintió que le agarraba por ambos brazos. Obedeció y se dejó manipular, un poco aturdido. El anciano lo empujó suavemente y lo sentó en un escaño cuidadosamente esculpido que había mandado colocar allí con antelación, y que ni siquiera le había llamado la atención. A continuación, le dijo: «Toma esto.», y diciéndolo le pasaba al hombro izquierdo el machete de su padre metido en su vaina de piel de pante-

ra, que le enganchó al cuello, y luego le hundió en la cabeza su quepis tradicional, lo ajustó hasta quedar satisfecho con su posición. La última operación consistió en entregarle en la mano derecha la cola de caballo que utilizaba el padre en las ceremonias de mayor solemnidad, cuando ponía sus atavíos de gala. «He terminado. Ahora puedes marcharte.» —concluyó con voz gravísima. Y volviéndose hacia su madre, preguntó, fingiendo modestia:

—Maá, si he olvidado algo, dilo.

—«*Ngán mé Ndi*». No has olvidado nada.

—Lo que estoy haciendo hoy debió de hacerse ya el día del entierro, tomando el pueblo entero por testigo, pero tu alejamiento no lo permitió. Vete, y que el espíritu de nuestros padres y el de tu padre estén contigo. Ya puedes irte. He cumplido mi cometido. Una cosa: no te cambies todavía; tienes que salir así para que te vea la poca gente que merodea fuera. Si dos o tres personas te ven con tus nuevos atributos, todo el pueblo te ha visto. Si puedes, cómprales una botella de cerveza, y se acabó. Ya hicimos todo lo que había que hacer a ese respecto.

Embôñin salió al patio en su nuevo atuendo. Se oyeron gritos de júbilo. El patio casi se volvió a llenar en un abrir y cerrar de ojos. Agachó hábilmente la cabeza, en plan guerrero, para contemplar el machete cogido en su axila izquierda entre el brazo y el costado, durante unos segundos, con un ligero temblor de emoción. Luego agarró el puño y desenvainó el arma con teatralidad, volviéndose hacia los espectadores que estaban allí, a quienes arrancó unos aplausos acompañados de *wúlilili* de las mujeres sobreexcitadas. Dio algunos pasos danzarines cabalgando alrededor del patio. Después de esa demostración de su hombría, volvió a envainar el machete, y se metió de nuevo en la casa de su padre —debiera decir *su* casa— entre las felicitaciones ininterrumpidas de los testigos. Desde tantos ángulos como intuía oportuno, un joven filmaba con su teléfono móvil para darle una sorpresa luego, y esperar algún dinerillo de él en recompensa. Se trataba de una ocasión única en la vida, y merecía immortalizarse. Embôñin supo traducir su agradecimiento en euros.

La madre se había deslizado en dirección a la cocina. Apequëñin se quedó pensativo durante un instante, luego dio las gracias al confidente de su padre que había salido a presenciar el espectáculo fuera antes de reintegrarse en la casa. Le dijo que esperara un momento. Entró en su dormitorio, y volvió con una botella de güisqui enrollada en papel de periódico.

—«Toma. No es nada.»

—Gracias. ¿Cómo puedes decir que no es nada? ¿Cuántas personas lo han hecho como tú?

Diciendo lo cual agarró la botella y, alojándosela en la axila, debajo de la chaqueta, salió mirando a izquierda y a derecha, como temiendo que le viera un intruso y se la quitara. Mandó llamar a una de sus mujeres cuya voz había oído fuera, y le entregó discretamente —como si no lo hubiera merecido ampliamente— su paquete, indicándole que tuviera cuidado de no dejarlo caer. Ella lo enrolló a su turno en su pañuelo, y fue corriendo a guardarlo en casa —no sin antes desenrollar el papel para enterarse del contenido, luego volver a empaparlo.

A sus propias hermanas, Apequèmoh no dio nada. No era necesario. Les había dado cosas y les daría otras más —siempre con la debida discreción— para no suscitar los celos de las que no gozaban de la misma suerte que ellas: la de tener a alguien en el país de los blancos, que puede ir y volver a su antojo, como quien va de paseo a un barrio vecino.

El nuevo sucesor no midió inmediatamente el alcance de sus numerosos compromisos hasta que, tiempo después, supiera que su padre, en su calidad de notable del pueblo, estaba involucrado en reuniones secretas, que él creía ir más encaminadas a proporcionarse comida que a causar perjuicio; que su madre había tenido que endeudarse para comprar un cierto número de cabras, tinajas de aceite y sacos de sal para la sociedad en la que su padre militaba, para conseguir el permiso de su entierro; que él mismo, en cuanto sucesor, era miembro de oficio de dicho grupo, y que a tal efecto tendría que pasar una temporada iniciática de un mes en el *Láhakem* y, por último, que su estancia allí iría acompañada de ritos que no venía a cuento explicar en las conversaciones ordinarias.

Evidentemente todo aquello le pareció tan estrafalario que no pudo menos que sonreír. El paso siguiente fue la rebeldía. Se rebelaba con descaro contra esas prácticas que consideraba pasadas de moda y, sobre todo, esotéricas. No solo le parecían anacrónicas, sino que, peor todavía, resultaban inoperantes. No veía para qué servían. Había cultivado el cartesianismo en sus estudios y en el ambiente donde se desarrollaba su vida profesional, y todo cuanto se sustrajera a la razón objetiva lo exasperaba sobremediana.

Aun cuando residiera en el pueblo, no veía cómo podría comprometerse en una cosa tan absurda. «Tal y como la describen, me suena a sociedad de explotación de los ingenuos a base de chantajes», llegó a pensar. Le aseguraron que andaba equivocadísimo, y que había cosas

positivas muy por dentro, aunque reconociendo que las había que escapaban sinceramente a quienes no pertenecían al grupo.

«No estoy dispuesto a meterme en una cosa que no pueda hacerse a la vista y conocimiento de todos». Lo que sí merecía la pena eran los funerales, en que los pueblerinos hacían alarde de su *savoir-faire* patrimonial.

En la pared del salón de su padre, detrás del sillón donde solía sentarse, Apequèmoh colgó, montado en un taburete, el reloj de péndulo recién comprado que acababa de traer en su equipaje. En su último viaje, se había dado cuenta de que aquel otro por el que su padre tenía tanto cariño había empezado a funcionar de modo discontinuo, solo por intermitencias. Entró en la habitación. Fue lo primero que le llamó la atención. Yacía encima de la mesilla de noche. Se acercó, y comprobó que estaba definitivamente parado. En cambio, el mechero, aunque atacado por el orín, se encontraba todavía en estado de funcionamiento.

En adelante, todo sería suyo.

6. EN BUSCA DEL CÓDIGO GENÉTICO...

Poquito a poco surgió en el grupo de extranjeros al que pertenecía Mbôñin la necesidad de solidarizarse para tratar temas de común interés, para buscar medios de capear las multifacéticas cornadas de la vida, con el loable y noble objeto de rastrear sus raíces, de «volver a las fuentes». A dicho efecto crearon una asociación de «compatriotas», que abarcaría a todos como si fueran del mismo país. La vida de todos sin excepción —cuando la tenían—, se reducía a ir corriendo todo el santo día, yendo de la casa al autobús o al metro, o en su propio coche en la mayoría de los casos, para trabajar sin descanso bajo alta presión, sin parar apenas para tomarse un café, y volver a casa por la noche muertos de fatiga, para echar algo en el estómago e intentar mirar la tele un cuarto de hora antes de caerse, rendidos de sueño, en la cama.

La educación de los niños corría a cargo de unos desconocidos, a quienes se confiaban en el colegio, donde pasaban la mayor parte de su jornada. Resultado: salían más parecidos a sus acogedores que a sus propios genitores, y la expresión *su cultura* carecía de sentido para ellos. Sus padres no encontraban suficiente tiempo material a dedicar a los críos. Por eso, las contadas veces que iban de vacaciones al país, para todo el mundo eran «*pômelèque*», o sea «hijos de Blancos». Los abuelos, de su lado, trataban de *waitizar* en plan de broma, cuando se dirigían a ellos, para intentar echar un ridículo puente entre ellos y sus nietos. Todos eran considerados más o menos como extranjeros. Aunque su torpeza en todo para unos era motivo de gentil mofa, en el fondo para la mayoría de la gente esos niños eran —paradójicamente— objeto de admiración mezclada con pesadumbre y preocupación.

En la recién creada asociación, cuyos encuentros se celebraban los últimos sábados de mes, instituyeron una *tontina*. Cada miembro ponía una cantidad de dinero —la más nutrida que permitían sus ingresos— y se turnaban en cobrar el importe reunido. Con lo recogido, cada beneficiario procuraría realizar proyectos de cierta importancia en su casa, pero, sobre todo, en su país. En caso de tener urgencias en el país, cada uno contribuiría espontáneamente algo en concepto de apoyo para viajar y solucionar los problemas que los fueran a interpelar. A menudo se imponía la cantidad que cada miembro del grupo pondría.

Las mujeres hacían comida africana, si bien el entorno climático deterioraba con frecuencia la calidad de los alimentos básicos y, por consiguiente, su gusto también. Todos disfrutaban a tope. Bailaban hasta la madrugada, y de regreso a casa, se pasaban el domingo roncando en casa. Contaban recuerdos del país, pero nada serio, en definitiva, a menudo solo aquello que les permitiera reír a carcajadas.

Entablaron una reflexión sobre cómo podrían contribuir a rescatar algo de su acervo cultural. Pero la cosa se quedaba, casi siempre, en agua de borrajas. Pensaban en alardear su maestría en danzas folklóricas, pero tuvieron que reconocer que no pasaban de ser espectáculos para divertirse, absolutamente intrascendentes. La diversidad de sus procedencias respectivas no favorecía reflexiones profundas. Dado que el sustrato de la cultura es la lengua, les faltaba en qué fundamentar los verdaderos valores buscando el común denominador que pudiera identificarlos y ser presentado como el orgullo de su raza.

Así y todo, resolvieron organizar una mesa redonda sobre el tema de *«Las señas de nuestra identidad cultural»* en la cual intervendría un representante de cada gran área cultural: África del Oeste, África Austral, África Central, etc. Desbrozaron esa temática en varias reuniones preparatorias, trataron de determinar cuáles serían los puntos sobresalientes, algo así como su línea editorial, como quien dice. Surgió una amplia gama de cosas, desde cómo se saluda hasta consideraciones metafísicas. Escogieron para ser el punto de referencia el contraste entre lo que veían y oían y la vivencia de sus padres tal y como cada uno la había conocido. Solo se aceptarían los elementos de mayor relevancia.

El primero en intervenir adelantó —si les pareciera de interés a los demás—, que hablaría de la forma de saludar que era tal por parte de nuestras madres —según explicaría siendo lo más concreto posible— que llenaba el corazón de alegría y de confianza en la vida, cualesquiera que fueran las preocupaciones de la persona saludada. «Los besos, y sobre todo los besuqueos teatrales que se distribuyen sin ton ni son por aquí —argüiría— además de ser ridículos y carecer de la naturalidad de los abrazos, exponen a la gente a rozarse innecesariamente, y apretar manos de las que se ignora qué han tocado».

Un estudiante de agronomía pidió la palabra y prometió que hablaría de las comidas y articularía su propósito en torno a dos puntos esenciales: por un lado, opondría la peligrosidad de unas comidas infladas artificialmente con productos químicos y llenas de sustancias nocivas a otras respetuosas del medio ambiente y muchísimo menos dañinas para

la salud. De paso señalaría los estragos de los dulces sobre los dientes de los niños y el sobrepeso en los mayores. Por otro lado, insistiría en la sociología de la comida, para mostrar que era una pena tener que comer entre los solos miembros de una familia nuclear y no compartir con los demás, incluyendo a los transeúntes. «Me limitaré a eso, pero profundizando en su carácter de aglutinante comunitario.»

Otro potencial conferenciante, enardecido, tomó la palabra para comunicar su intención de examinar la cuestión de la poligamia. «Lo de la poligamia resulta bastante espinoso. Sin embargo, la plantearé para preguntarme si es cosa deseable o si nos dejamos victimizar inoportunamente por una práctica secular a todas luces anacrónica. Si soluciona una vez por todas el problema de los hombres que están siempre *encontrando la hierba más verde en el jardín ajeno*, o si son preferibles las triquiñuelas y testarudos devaneos de los maridos monógamos a espaldas de sus esposas legítimas. «Tenemos que examinar el porqué de cada decisión que tomamos, para asumir nuestras opciones, en vez de dejarnos arrastrar por la corriente de una cultura que no siempre es justificable.

Para concluir, propondré el amor platónico como actitud mediana, a mitad de camino entre una y otra vía (risitas de incredulidad sofocadas; uno, más atrevido que los demás, aventuró sin esperar que de aquello no se saciaría él jamás), y trataré de mostrar cómo no se confiscaba el amor en nuestra sociedad —con la salvedad del aspecto carnal—, pero se distribuía de un modo sutilmente satisfactorio entre el paterno, el materno, el fraternal y el amor al prójimo que la Iglesia ha venido a reforzar. No va a ser nada fácil, pero lo intentaré.»

Pisándole los talones, otro afirmó que le hubiera gustado estudiar el problema de los cráneos ancestrales que han dado origen a tanta polémica, pero que no tenía la suficiente preparación. Se proponía agacharse sobre el caso en su próximo viaje al país, para indagar, interrogar a la gente, tomar apuntes, con una seriedad que nada tendría que ver con la artificialidad de las investigaciones que se hacían para redactar tesis doctorales o artículos en revistas especializadas...

Sobre la marcha, salían tantas sugerencias que decidieron instituir un comité *ad hoc*, y hacer que la empresa no fuera solo puntual. La idea fue aprobada como luminosa, y quedaba por ver la cuestión de la periodicidad de los encuentros y del perfil de los intervinientes potenciales. En todo caso, dotarían la institución de un carácter solemne y la aproximación, en adelante, debía impregnarse del mayor rigor posible sobre el camino de la verdad.

Dos otras conclusiones encontraron la adhesión de todos los concurrentes: uno, la primera mesa redonda, que correría a cargo de personas todavía por identificar, se hilvanaría en torno a las lenguas vernáculas, el vector más fiel de cultura. Alguien apoyó oportunamente la idea aduciendo que «cuando uno quiere salir a bailar en una danza tradicional, luce el traje adecuado, cuidadosamente elegido para la circunstancia, lo adorna como es debido, se pone el sombrero que corresponde a su categoría social, y sale suntuosamente al patio bajo los aplausos y la admiración de los espectadores... Pero la cultura no es ningún espectáculo. No es ninguna plataforma de exhibición. Es algo así como una corriente eléctrica incrustada en el cuerpo de una persona de los dedos de sus pies a los pelos de su cabeza, que lo recorre acompasando con sus vibraciones la vida de todos los días, de todos los momentos, de todos los segundos, imprimiendo a su corazón su ritmo vital.»

Dos: en adelante, cada familia debía apropiarse el reto de no hablar otra cosa más que la lengua del pueblo en su casa, y reservar exclusivamente para fuera el inglés, el francés, el alemán, el italiano, el chino, el japonés... según el caso. Como la lengua que uno habla deja una impronta innegable en todo su ser, nuestros hijos dejarán de hablar y andar y portarse como los personajes de los dibujos animados. Todos, sin excepción, se han constituido presos sin posible rescate de su cautiverio...

La conclusión a la que llegaron unánimemente fue que era preciso convencerse cada uno de que debían quitar validez al dicho según el cual hay que bailar —a la fuerza—, al son que tocan otros. «*In Rome, we shall no longer do as Romans do*», alguien lanzó, desafiante, y recalcando en la negación. La ecuación se complicaba para los matrimonios mixtos, aquellas parejas procedentes de etnias distintas y alejadas. ¿De quién se hablaría el idioma? ¿el del marido o el de la mujer? ¿O de los dos? ¿Y si, como en el caso de Pequèmoh, él no hablaba el idioma de ella y viceversa, exceptuando las fórmulas de cortesía? El planteamiento del problema era el primer paso que, una vez dado, podía alumbrar la ruta de posibles soluciones.

Pusieron sobre el tapete la posibilidad de crear una línea expresa de abastecimiento en víveres frescos, para tener siempre a disposición productos alimenticios de su solar. Podría incluso ser una buena manera de dar empleo, a su modo, a dos o tres compatriotas sin estudios, sin tener que redactar una solicitud específica a quien fuera, simplemente a base de propuestas, exentas de todo afán de enchufe.

Uno de los pocos literatos del grupo, el que lideraba la asociación —siendo la gran mayoría de las ramas científicas, dado que procuraban que fueran representados todos los gremios, aquellos que no tenían empleo fijo inclusive— tomó la palabra para anticipar a sus compañeros la línea argumentativa de su futura intervención:

«Con tal de ser lo más concreto posible, me apoyaré esencialmente en tres lumbreras africanas:

«Yo convocaré al Cheikh Anta Diop de *Nations nègres et Culture* para mostrar cómo describe magistralmente la astuta alienación de nuestra cultura, y por otra parte denunciaré bajo sus auspicios la denegación de nuestra contribución a la civilización universal. Como consecuencia de esas injusticias históricas, recomendaré que no nos dejemos aplastar más tiempo.

—Luego, junto con otro Cheikh, el Hamidou Kane, reconoceré que «no hay cabeza lúcida entre dos términos de una elección sino una extraña naturaleza desesperada de no ser dos». Haré hincapié en la ambigüedad de nuestra situación, pero mirando las cosas con positividad, para concluir con un Aimé Césaire esperanzador en su *Retour au pays natal*.

—El Chinua Achebe de *Things fall apart*, otra elocuente obra magistral, vibrante espejo de nuestra cultura, además de ser una joya estilística, me permitirá mostrar que el novelista nigeriano acertó al cien por cien en el diseño del planteamiento socio histórico de la problemática existencial, pero que sería un ridículo y vergonzoso error contentarse con lamentos. La historia del hombre es repetitiva, independientemente del color y de la geografía. Los romanos conocieron el declive y habían sufrido la colonización griega que los fortaleció. Los indios de América fueron pisoteados y humillados, los surafricanos padecieron el apartheid, pero en cada caso buscaron el medio de salir a flote y seguir adelante, engrandecidos. Lloriquear no soluciona nada.

—Subsidiariamente, aludiré rápidamente a Camara Laye para afirmar que la poesía de nuestra tierra y de su vida cotidiana, pese al dramatismo del choque de culturas, ocupa un puesto preponderante en nuestra dinámica vivencial, según ha demostrado con nunca igualada fortuna en *L'Enfant Noir*. Propondré que alguien se encargue de organizar un censo pormenorizado de nuestras señas de identidad, como tan oportunamente alguien ha sugerido.

—Una vez sentadas estas bases teóricas, filosóficas, históricas, estaré en condiciones de proponer pasos concretos a dar para recuperar lo que puede serlo de nuestra tan cacareada cultura ancestral. Y a tal efecto

me volveré hacia otro gigante de nuestra intelectualidad africana juntamente con nuestros llamados *ancianos-bibliotecas* para invitarnos a sentir orgullo por nuestros idiomas maternos o vernáculos —no importa— para rehabilitarlos dándoles la vida y el dinamismo que la malicia de otros o nuestra propia desidia o distracción nos han quitado de manera tan lamentable.

—Ninguna lengua, ninguna de las culturas que conocemos hoy han guardado su pureza original. No por eso han renunciado a la lucha por mantener aquello que los singulariza hoy. Contaron con altibajos, pérdidas e incorporaciones, antes de estabilizarse más o menos tal y como se conocen en su estado actual. Lo más interesante son los períodos de resurgencia, cuando se ponen en marcha estrategias encaminadas, no solo a sobrevivir sino también a afirmarse como entidades históricas originales. Los ancianos constituyen una referencia obligada, un arca llena de tesoros de lengua y dichos, proverbios y sabiduría... que urge explotar a fondo antes de que se haga demasiado tarde.

—Sacaré a colación ejemplos precisos de lo que llamo nuestro orgullo. Recomendaré una actitud positiva, de invencible optimismo en la vida...»

Citó a Chateaubriand, diciendo que «*Un sauvage tient plus à sa hutte qu'un prince à son palais*», y se proponía declamar unos bellos versos de un poeta francés del siglo xvi que le parecían venir como anillo al dedo, pero no le dejaron.

—¡Para allí, para ya, hombre! ¡Guarda el resto para cuando se organice la charla! Entonces elaborarás todo lo que quieras.

—Espero que convenzas a tu auditorio como me has convencido a mí con la seriedad de tu argumentación.

Habían notado que su compañero ya empezaba a confundir a sus oyentes con estudiantes, y tuvieron que detenerlo porque iba lanzado por la vía de la perorata. Concluyó diciendo que abrigaba el convencimiento de que eran ellos las personas idóneas, unas de las pocas en condiciones de emprender cosas atrevidas capaces de contribuir a recuperar la esencia de su cultura. Pero ¿qué concretamente? Ahí estaba la verdadera pregunta.

—«Será preciso examinar con tiempo y detenimiento la cuestión.» Y ahí se quedaron.

—Oye, ¿por qué no ponemos en marcha todo un ciclo de conferencias sobre ese apasionante tema del acervo cultural para ir viendo concretamente qué es recuperable y qué ya no? Te pongo un ejemplo:

«*I love my country*» u «*Hogar, dulce hogar*» ...

—A partir de ahora tienes el encargo —sentenció otra persona.

—¡Un tema de grandísima trascendencia podría ser «¡Fuera de peligro»! —interviene otro, medio serio y medio guasón.

—Por favor, hermano, no lo tomes a broma. ¡Tenemos que darle toda la seriedad que merece!

—No estoy tomando nada a broma. Solo que depende desde qué perspectiva se considera nuestra situación —¡digo yo!

Siguió debatiéndose la problemática de cómo amueblar ese importantísimo espacio cultural ya no con el folklore, demasiado anecdótico y esquemático, sino con el habla, que consideraron unánimemente y con insistencia como la más castiza marca distintiva de su auténtica identidad.

—Tengo una idea —se aventuró un partidario de esa visión del asunto, en el marco de ese comité de intelectuales—. Si llegamos a invitar aquí a un anciano dos veces al año, organizamos las cosas de tal modo que jóvenes, padres e hijos nos congreguemos en torno suyo, y le inducimos a contar su vida y la de su pueblo. Al cabo de unos años, habremos granjeado algo.

—Y sobre todo que lo haga exclusivamente en su idioma.

—¡Por supuesto!

—Porque si no, ¿qué necesidad tenemos de invitar aquí para alienarlo a alguien que viene como icono y como depositario de lo más distintivo?

—A aquellos que no podrán enterarse se les resumirá lo dicho.

—Y como se turnarán los pueblos o países invitados, nadie se sentirá frustrado.

—¡Así es! Nadie tiene por qué quedarse a la zaga.

Cada concurrente aportaba espontáneamente su piedra para construir el nuevo edificio de recuperación de la identidad cultural. Y no andaban cortos de ideas.

—La idea me parece espléndida, pero dudo que lleguemos a vencer a los ancianos con tanta facilidad. Ya sé con qué reticencia y circunspección —cuando no aprensión— consideran ellos todo aquello que los mantiene alejados de su tierra y de sus costumbres ancestrales. ¡Pero bueno! Nada perdemos en probar.

—El mayor problema que yo veo es el de la financiación del proyecto. ¿Cómo reunimos los fondos?

—Efectivamente, el coste no es moco de pavo. Excepto el alojamiento —puesto que el anfitrión se encargaría de oficio— hay que sacar el billete de ida y vuelta, darle bastante dinero para que se sienta

a gusto si le apetece comprarse algo, y preparar regalos que él mismo escogerá para cuando vuelva al pueblo.

—Me temo que vamos a atraerlos en la misma trampa en que caímos nosotros, si hay que tomar todas las disposiciones para hacerles probar todas las cosas ajenas.

—Quizá apreciarán mejor así las diferencias que no percibimos nosotros con la misma nitidez, y nos ayudará precisamente sacándolas a relucir.

—En cuanto a mí, la empresa me parece poco realista, debido a su carácter de artificialidad. El mejor medio para aprender un idioma y la cultura que conlleva es el ambiente natural. Por eso hablan los entendidos de «inmersión lingüística». La mejor fórmula es sumirse en el ambiente donde se habla con la naturalidad que es característica de todo hablante nativo. Así no se corta nada a la medida del aprendiz. Todo lo demás es traído por los cabellos.

Pareció reflexionar y, como repentinamente iluminado por los destellos de un relámpago, prosiguió proponiendo:

—¿Por qué no nos organizamos para que, en cada periodo de vacaciones, en vez de enviar los niños a los campamentos de escutismo o esquí, los mandemos sistemáticamente al pueblo para un mes o dos durante el verano, de tal forma que cobren afición y empiecen a pedirlo ellos mismos? Así aprenderán, espontáneamente, sin necesidad de que nadie se lo recuerde, juntando lo útil con lo agradable. Su tierra dejará de parecerles extraña, de ser un apeadero. Tienen que saber que el nido es para que el pájaro vuelva al cabo de cada día de volar. No es exactamente lo mismo, pero da igual. La casa de uno es insustituible. Cobrarán naturalmente gusto a lo suyo, viendo vivir a la gente, escuchándoles hablar, e imitando después. Se les contarán cuentos oralmente, durante esas mágicas noches que vosotros y yo hemos conocido. Se cultivará su capacidad de retención, la memoria auditiva, etc. Junto a las abuelas y los abuelos, los tíos y las tías, los primos, los vecinos. Así se forjará sólidamente su personalidad, esa vena sutil, ese vector de vida auténtica que andamos buscando.

Los oyentes parecían admirativos. Sonaba tan justo y acertado, comparado con todo lo dicho anteriormente. Aun así, alguien tomó la palabra y solicitó la atención de los demás:

«Una cosa son las ideas brillantes, y otra, más difícil, su factibilidad. Del mismo modo que no se pueden trasladar nuestros pueblos y su gente aquí, tampoco pueden transportarse a todos los críos allí cada año, porque resulta poco práctico, demasiado costoso, y más aún si los man-

damos como se despachan paquetes postales, quedándonos atrás para disfrutar de nuestra soledad, no habremos salido del atolladero. Hay una dinámica de conjunto que no deja nada ni nadie aparte. La calabaza de nuestra cultura se ha caído y se ha roto. ¿De qué servirá recoger los fragmentos? ¿Para recuperar una agua derramada y perdida para siempre?

Estamos en medio del mar... Imposible retroceder, imposible avanzar... Lo hecho, hecho está. Ahí va nuestra historia... Nos guste o no nos guste, tenemos que asumirla. Tarde o temprano, todo caerá en el olvido, y nuestros idiomas y nuestras culturas se convertirán en piezas de museo...

—Sí, pero todavía tenemos el futuro por delante. No seas tan negativo. No conseguirás desanimarnos. En el agua derramada había cristales, y ¡nos inventaremos la necesaria alquimia para despertar las gotas que encierran! ¡Si se razonara como estás razonando, sabiendo que un día moriremos, nos cruzaríamos de brazos pura y simplemente para aguardar la muerte! Existe una Jauja que buscaremos, no en la geografía, sino en nuestras cabezas, en que tenemos toda la pericia y el material aptos para construir la verdadera riqueza que nos hace falta, y la paz interior que tanta falta nos hace.

—¡Esas son palabras de sabio!...

Iban a dar por concluida la sesión cuando una de las pocas mujeres presentes pidió la palabra. Se la dieron, y todas las miradas se focalizaron sobre su figura, y sobre todo sus labios:

«Se os ha olvidado un aspecto para mí capital. Soy de los que creen que Senghor no andaba descaminado con lo de la emoción negra. Sus detractores pretenden que el decir que la razón era helena implicaba que el negro no la tenía. Además del sentido común que es *«la chose du monde la mieux partagée»*, como dijera Montaigne creo —¡jojo, que puedo equivocarme!— el Negro es un ser que vibra con el alma y con todo su cuerpo. El *Negro Spiritual* es su alma viva en el vértice del trance, pero le falta otra cosa que el hermano negro trae en las venas. Os propongo que montemos un coro en el cual combinaremos la música religiosa y el baile tradicional de nuestro continente. Tenemos algo esencial, algo vital que aportar a la tierra que nos ha acogido, explosionando como volcanes de risas para fertilizar el mundo alrededor». La concurrencia quedó enmudecida durante un largo rato, mirándose unos a otros, antes de soltar gritos de júbilo y aplausos de aprobación...

Casi todo el mundo se levantó y palmeaba con estruendo, separándose cada uno de su silla para arrimarla a la mesa, pero un concurrente

que no había abierto la boca durante todo el encuentro hizo una señal de que no se marchasen todavía, y tomó la palabra:

«Perdonadme el frenazo dado a vuestra fogata, pero tengo algo que decir antes de que salgamos de aquí. Si no conoces tus orígenes, si no sabes de dónde saliste para estar donde estás, podrás no saber lo que te pierdes. Puede ser una ilusión el sentirte a gusto allí donde te ha tocado vivir. De lo contrario, si te escapaste del infierno, sabrás apreciar la suerte de vivir donde vives. Ahora, si como nosotros todos, sabes que eres un tráfuga de la historia, mientras no hayas vuelto a tu cuna como el pájaro a su nido, con una ramilla en el pico, su felicidad será ilusoria. La verdad de nuestra vivencia es la de ovejas descarriadas. Basta con abrir los ojos y prestar oídos, y notaremos que el mundo entero —abiertamente o con disimulo— nos pega esa etiqueta. Disculpad, pero para mí, lo que estamos haciendo no pasa de ser folklore. La oveja despistada tiene que pensar en volver al redil, tras vagar y vagar por el campo en busca de pasto. No tenemos más remedio que mariposear, mariposear toda la vida por el mundo, pero... un día de estos habrá que volver...»

7. EL ANTÍDOTO

Una tarde después del trabajo, Émbôñin empezó a tener sensaciones rarísimas. Le recorrían el cuerpo entero como un hormigueo. Además, se sentía invadido por un extraño hastío... Después, el malestar fue concentrándose, en forma de cosquilleo, en las piernas. ¿Qué le estaría pasando? Recién regresado del país, lo primero que se le ocurrió fue conectarlo todo con la eventualidad de haberse llevado un virus o haberse dejado picar por anofeles. Lamentó no haber tomado las medidas preventivas clásicas. Pero así no se manifestaban los síntomas del paludismo. No tenía cefaleas, no padecía fiebre ni tenía agujetas, no reconoció en sí ninguna de las posibles pistas de diagnóstico por las que el médico tanteó, multiplicándole preguntas. Y tampoco padecía ese tipo de paludismo larvado que ataca más bien los huesos, y no se manifiesta de forma fácilmente detectable.

Lo único cierto era que no se sentía bien del todo; algo cercano a la náusea le producía unas desganas inexplicables. Decidió no comentárselo a su madre. Debía cerciorarse de que no se preocupara o, a decir verdad, como era imposible que no cayera mala de preocupación nada más enterarse —puesto que, hasta esa edad, cualquier problemilla tocante al bienestar de su hijo la alarmaba en extremo—, que al menos el efecto de la noticia quedara minimizado.

Por desgracia, una malvada siempre al acecho de lo sensacional, enterada de la situación no se sabía cómo, acudió a insinuárselo. Enseguida salió de casa, y al día siguiente —muy de madrugada porque no había pegado el ojo durante la noche,— para ir a investigar las causas posibles de tal malestar, así como de los muchos infortunios que acosaban a su familia últimamente. Como era de esperar, la adivina consultada le hizo preguntas sobre los difuntos de la familia, le reveló que los cráneos de unos parientes, del lado de su madre, distantes de dos generaciones, estaban aquejados de haber sido olvidados. Y de repente, como si descubriera algo interesante, preguntó la anciana:

—¿Tienes a alguien muy lejos de aquí?

—Sí —contestó secamente, con una sonrisa admirada y una mirada inquisidora a la vez, impaciente de saber la verdad que se le iba a revelar.

—Porque lo estoy viendo —continuó, con los ojos fijados en las dos hojas de cierto árbol que había echado al suelo desnudo de su cocina

tras rociarlos con una llovizna de salivazos—. Es que estoy viendo mucha agua por en medio.

—Sí. Así es. (A cada paso que daba crecía su emoción y se acrecentaba la confianza en la vidente. Su corazón latía, porque tenía la invencible esperanza de que aquella *maá* fuera enviada por los dioses para resolver su enigma y salvar a su hijo cuya vida peligraba tan lejos de ella).

—Pues ¿por qué esa persona no sabe ser agradecida? Cuando te dan a ti, tienes que dar a otros también. ¿O no es así?

—Por supuesto que es así...

Además, dio a entender que se negaba a desvelar unos secretos delicados que mediaban entre unos miembros de su familia, puesto que podrían comprometer a personas de su entorno.

—Yo no soy ninguna niña. Sabré cómo manejar la información. No te preocupes.

—Entonces confío en ti. No todo el mundo está contento de ver que medran otros y no ellos. Hay una persona en tu familia que viaja de noche hasta allí donde está esa persona que estoy viendo, para causarle un daño irreparable. La conoces muy bien. Está tan cerca de ti que no podrías ni siquiera sospecharla de lo que sea. Por fortuna, has venido a tiempo, y todavía es posible interponerse antes de que sea demasiado tarde, para cortar el proceso y limitar los estragos que ya ha empezado a causar. No deberías tener necesidad de que yo te dijera su nombre. Sabes a quién me refiero.

La visitadora abrió la boca para decir que no sabía a quién se refería, pero mudó enseguida de parecer y refrenándose, aguardó. En el fondo, no se extrañaba nada, dado que efectivamente andaba en dimes y diretes con la segunda mujer de su marido, y en no pocas ocasiones estuvieron a punto de venir a las manos. Su marido la había recibido como herencia de su padre cuando este falleció. Así lo quería una tradición secular: que el heredero desposara las mujeres del difunto padre todavía en edad de procrear. Era la más joven de las tres viudas, la única que cumplía el susodicho requisito.

Llevaba el embarazo de su primer hijo cuando murió el marido. Llegó —una vez concluido el duelo— el momento de usufructuar dicho derecho, y ella cambió de estatus para convertirse en la segunda esposa de su nuevo marido. Se sintió y se portó sencillamente como *coesposa* al lado de la primera. Los conflictos no tardaron en aparecer entre ambas mujeres. Una trataba de esgrimir su derecho de primacía en todo momento, mientras que la otra sacaba a relucir las ventajas de su edad y su

belleza natural todavía intacta. Se instaló paulatinamente un odio que el marido en adelante bigamo procuró desactivar en vano, siendo la joven por naturaleza pendenciera y rencorosa.

Pero sus hijos, que venían naciendo a un ritmo casi anual, eran muchísimo más jóvenes que los de Míamoh, o salían malos alumnos en la escuela, cabezones en casa o ladronzuelos, en todo caso desastres, lo cual inducía naturalmente celos en su madre. Las realidades estaban cambiando radicalmente. Todo, en adelante, se medía con el rasero de la escuela. No bastaba con tener hijos o hijas como antiguamente. Si no les daba bien en la escuela, no les quedaba más alternativa que ser «cazadores de ratas», y los padres no se perdían la oportunidad de echárselo en cara y prevenirlos de que en el futuro serían criados de sus compañeros estudiosos de hoy, para lavar platos en su casa y comer las sobras de sus comidas. Nadie ya ignoraba la importancia de hacer estudios para ponerse en condiciones de abrirse su propio camino en la sociedad de lucha que se asomaba.

—Ya lo sabes —continuó la vidente—, nuestros peores enemigos son los que duermen con nosotros en la misma cama, porque nos conocen más que cualquier otra persona. Por eso se dice que *el machete doméstico es el que más corta*. Si el peligro está lejos de ti, sabes cómo evitarlo. Pero si lo tienes en tu bolsillo, es probable que ni siquiera te enteres.

La madre de Pequëñin necesitaba confirmación de su sospecha cuanto antes, para saber definitivamente a qué atenerse. Pero la adivina seguía dando vueltas interminables que la mantenían en vilo y la desesperaban. No pudiendo aguantar más tiempo, se atrevió a preguntar:

—Para que yo lo tenga claro, necesito que confirmes la persona que yo sospecho.

«H'hiih» —echó a reír, como divertida.

—No me vas a coger en tu trampa. Yo no estoy aquí para atizar fuegos en las familias. Lo importante es que hagas lo que te voy a señalar para solucionar el problema. Si alguien con quien tienes que compartir la vida todos los días te pinchas, no soy yo quien te diré «Pínchalo tú también para que quedéis empatados». No. De nada sirve. Lo mío es dar un soplo a la herida para tratar de quitarte el dolor. Ahí están las calaveras de los antepasados para hacer justicia cuando alguien te ha perjudicado gratuitamente.

El razonamiento tenía resonancia de verdad. Y aunque llegó a dudar de su sinceridad y de si realmente veía cosas que no veían los demás, tuvo que contentarse con lo dicho y quedarse con las ganas. Pero no

dejó de despertarle la atención lo último que profirió —en clave— la vidente, para cerrar su propósito:

—Existen bancos donde pueden sentarse dos o varias personas, pero hay también tarimas para una sola persona, que no pueden compartir dos personas, y la culpa no es tuya.

—Te entiendo, Hoo —reconoció Míamoh, considerando esta última insinuación de la anciana como un motivo suficiente para odiar a muerte a su hijo que acababa de heredar al recién fallecido padre.

Resolvió creer en lo que ya sospechaba, con ahínco, porque le hacían falta convicciones personales también para adelantar en el proceso entablado. Esa vidente tenía fama de ser fiable. Además, no ponía condiciones para prestar sus servicios. No decía «Dame esto o aquello antes de que yo *trabaje*». No. Decía más bien: «Los dioses me han puesto aquí para ayudar a la gente necesitada. Ahora, si tú estimas que yo también puedo sonreír, haz lo que quieras para mí, pero sintiéndote libérrimo. Lo que se da con buen corazón tiene más valía que lo que se arrebató con fuerza. ¿Qué favor te estaría haciendo alguien, tras darte algo, si en tus espaldas se quedara maldiciendo y rezando que se te revolviera el estómago y te causara una diarrea mortífera?» Estaba clarísimo que ninguno.

Pese a sus dudas, experimentó cierto apaciguamiento. Pensó: «Esta mamá no me parece el tipo de persona que tiene una boca de oro pero es en el fondo un demonio». Desde entonces su adhesión fue total. Hurgó en su bolso de mano y sacó un billete flamante de dos mil francos. Lo desdobló con cuidado, y lo depositó con un gesto de deferencia con la mano derecha sostenida por la izquierda, a poca distancia de sus pies. Lo tenía guardado celosamente desde la última visita de su hijo. Era muchísimo dinero, pero no era nada comparado a la causa que estaba en juego. «El dinero es para usarse. Si la vida de mi hijo costara todo el dinero del mundo, estaría dispuesta a vender todas mis pertenencias para mantenerlo en vida. Esto no es nada» —se decía en su fuero interno, agradecida. La iniciativa que había tomado de ir a investigar esa situación preocupante paralelamente con su hermana *Ngon*, con toda seguridad, iba a llevar sus frutos...

La vidente no dio las gracias. Hizo como si no hubiera notado nada, y sin embargo lo había visto perfectamente con el rabillo del ojo y se regocijaba interiormente. Explicó una vez más, con bastantes detalles, los pasos que había que dar, las gallinas que hacía falta comprar en el mercado, el aceite rojo, el saco de sal, las comidas que preparar, los plazos que respetar y las personas que involucrar. Míamoh escuchaba religio-

samente y lo apuntaba todo en la cabeza. Era preciso evitar cualquier error de procedimiento —por muy pequeño que pudiera ser— porque podría comprometerlo todo o invalidar pura y simplemente el conjunto del proceso. Estaba convencida de haber dado con la causa de la misteriosa enfermedad, y por lo tanto no iba a volver de su expedición con las manos vacías.

La salud de Mbôñin seguía deteriorándose. Su rendimiento en la empresa bajaba drásticamente. No quería aparentar nada anómalo, pero pronto llegó a un punto tal, que ya no había manera de ocultar sus inquietudes. Habló con su jefe, y consiguió darse de baja por enfermedad durante una semana. Aprovechó para volver a ver a su médico personal. La primera vez, le había recetado algo parecido a un placebo, para ver de levantarle el ánimo, en la imposibilidad en que se encontraba de identificar el mal. Claro que la receta no surtió ningún efecto.

—¡Hola buenos días! ¿Qué tal?

—Pues... vengo desesperado, la verdad. No ha habido mejora alguna. Al contrario, tengo la sensación de ir de mal en peor.

—Yo no entiendo lo que le está pasando a usted —le replicó su médico laboral. Vamos a tener que coger al toro por los cuernos. —dijo, dándole amistosas palmadas en la espalda para ponerlo en condiciones.

Cogió mecánicamente un papel mientras que pensaba qué intentar, se agachó y redactó una larga lista en la que pedía para su paciente un reconocimiento, lo más completo posible.

—Vamos a hacerle un chequeo general, a ver si nos permite entender algo o al menos nos orienta un poquito.

Y le entregó el papel.

Émbôñin pasó los días siguientes en el laboratorio de la clínica, tratando de respetar escrupulosamente las instrucciones que recibía, de tal modo que ninguna distracción por su parte falsificara los resultados. Sin embargo, a la sorpresa del médico, no revelaron nada en absoluto.

Al día siguiente, y para despiste del pobre médico, empezó a hincharse la pierna derecha, casi a ojos vistas, y a tal velocidad que, la segunda noche, ofrecía el espectáculo de una espantosa elephantiasis muy avanzada. No había quien lo viera y no se alarmara en sumo grado. Volvió a pedir radiografías de la pierna, que no señalaron ningún tipo de anomalía conocida en la medicina occidental, excepto esa desproporcionada hinchazón. El especialista convocó a sus colegas de servicio, y nadie pudo dar explicación a lo que ocurría. La medicación que

recetaron era por ponerle algo. No correspondía, en rigor, a ninguna terapia lógica. Estaban lejos de sospechar lo que había ocurrido realmente.

Durante su último viaje en el pueblo, después de que desafiara a los notables casi abiertamente, un grupito de ellos se concertó para vengarse de su osadía «por haber querido mostrar que era blanco y ellos nada más que *frúsipipi*». Entonces colocaron en su paso durante la noche un fetiche muy poderoso. Lo pisó, y cruzó por encima, simplemente —¡quién le dijera!— el pobre acababa de abrir la puerta a la muerte para que se metiera dentro de su cuerpo. Lo arreglaron de tal manera que sus manifestaciones dejaran transcurrir algún tiempo antes de asomarse, porque si hubiera salido a flote inmediatamente, hasta un niño habría podido relacionarlo enseguida con su estancia en el pueblo.

Al tercer día aparecían ya bolsas de purulencia. El equipo médico se volvía loco de extrañeza. Ni sus concertaciones ni los tratamientos administrados provisionalmente producían los resultados esperados. El paciente seguía con sus testarudos insomnios. Peor aún, la otra pierna sin infectar se puso más bien a adelgazar, al revés de la que cobraba proporciones cada día más horribles.

La turbación de Pequèmoh cobró también proporciones que ya no admitían demora cuando, durante los pocos minutos que el sueño lo raptó, vio que su madre le instaba de volver enseguida al pueblo, que su padre —¡sí, su difunto padre, y no era buena señal!— lo llamaba urgentemente. No solía dar mucho crédito a los sueños, pero esa vez, lo creyó fidedigno. Cada minuto, cada segundo era precioso. No había tiempo para vacilar. Sacó un billete para viajar urgentemente al día siguiente. Su madre había tenido casi el mismo sueño, con la diferencia de que le hablaba su abuelo, diciéndole, sin más precisiones, que qué hacía allí sentadita cuando el incendio estaba devastando su única casa. Salió temprano y fue a la ciudad para tramitar una conferencia telefónica con la ayuda del amigo de su hijo, pero la llamada llegó cuando ya estaba en el aeropuerto, y fue esta la respuesta que Khadija, su mujer, dio a la madre.

Optó por viajar a su país contra la voluntad de sus médicos, quienes, sin decírselo, empezaban a barajar la hipótesis de una amputación para —según estimaban— salvar el resto del cuerpo. En cuanto a Míamôh, la madre, salió en un autobús nocturno —acompañada por el curandero de circunstancia requisado a golpe de súplicas y de lloros (Narrando ese episodio de su vida más tarde diría que apenas si le dejó al hombre el tiempo de lavarse la cara)— para ir a esperarlo en el aeropuerto, distante de unos trescientos kilómetros del pueblo. La carretera estaba en tal es-

tado, que el avión llegó antes de ellos. Habían tardado unas ocho horas, y llegaron molidos de cansancio. Pensaban tomar un baño antes de ir al aeropuerto. Pero Apequèñin ya había llegado y se había hecho acompañar a la estación de autobuses para viajar inmediatamente, sin perder un solo minuto, al pueblo, sin saber que su madre estaba en camino para venir a esperarlo.

—No creo que haga ya media hora desde que cogieron el taxi —les explicaron.

Míamoh pidió consejo al amigo que los acogía sobre qué podía hacerse para alcanzar a su hijo. Se colocaron delante de la casa y él la recomendó a un *bénsiquín* de confianza que conocía. «La moto es la única manera de llegar a tiempo. Con un taxi, dudo que llegues allí antes de mañana». Los atascos ahora son infernales. Era exacto, y llegaron tan solo unos minutos antes de que fuera demasiado tarde, pues harto de esperar, y viendo que el autobús no estaba a punto de llenarse, Apequèñin optó por alquilar un taxi —al precio que fuera—, y, finalizadas las negociaciones, el chófer estaba llenando su depósito de gasolina. Puede imaginarse la mezcla de alegría y de angustia que se encontraron en ella en aquel momento. Todos volvieron en el taxi alquilado, como unos héroes de regreso de una batalla decisiva.

El curandero traía elaborado un poderoso antídoto para iniciar la cura. Había entendido enseguida lo que le explicaba la madre de Pequèñin, porque tenía fama de «ver muy lejos en materia de enfermedades místicas». Por fortuna, en casa guardaba todo lo que debía entrar en el protocolo de su tratamiento. Reunió lo necesario de prisa y corriendo —pese a su carácter de persona flemática— de tan fuerte presión como le metía Míamoh.

El amigo del difunto padre de Pequèmh en cuya casa iban a alojarse y a quien la madre explicó la urgencia de la situación vivía en un barrio no muy lejos del aeropuerto. El curandero administró al conspicuo paciente su primer tratamiento tan pronto como llegaron, incluso antes de que acomodaran el equipaje y se instalaran. El curandero se había negado a deshacerse de sus atuendos ordinarios y poner vestidos más adaptados para viajar. Lo único que hizo fue echarse un sobretodo por encima de lo que llevaba puesto. Por lo tanto, solo sintió la necesidad de quitarlo antes de empezar, ya que hacía un calor infernal. Como todos los integrantes de su gremio, daba la impresión de actuar bajo órdenes dictadas desde un lugar astral, un más allá sin identificar, de modo que no se podía razonablemente argüir con él sobre nada tocante a *su trabajo*.

Rechazó la oferta de tomarse primero una cerveza que le dirigieron, sin creerse obligado a dar una justificación.

Empezó por cumplir abiertamente unos ritos previos bastante sencillos. A continuación, sacó de su bolso de fibras de bambú unos polvos de varios frascos de colores distintos. Dio tres centímetros de la corteza de dos árboles (una olorosa y otra neutral de la anchura de dos dedos juntados), a la madre, y mandó majarla sobre una piedra de cemento fabricada en la ciudad en sustitución de la piedra natural procedente de las canteras que se usaba en el pueblo. Así obtuvo el último componente de los polvos. Pidió agua y los mezcló, midiendo las cantidades con una añosa cucharita que permanecía sumida en uno de los bolsos contenedores. Después, sacó unas hojas verdes recién cortadas, y las hizo flamear. Antes de iniciar el tratamiento, masculló unas palabras en el fondo de su garganta, pidió una servilleta y llamó al enfermo, quien se sentó enfrente en un banquillo traído de la cocina.

Volviéndose a un lado, Mbôñin se santiguó furtivamente e hizo una rápida plegaria mental antes de ponerse a la disposición del curandero. Durante los primeros minutos, recitó un poco menos precipitadamente el credo de los apóstoles en la cabeza, antes de prestar toda su atención al desarrollo del acto. Tras lavarle el pie —hinchado hasta tal punto que para desplazarlo había que transportarlo con ambas manos— con la poción calentada, de la que iba a darle un llenazo en el cuerno de una vaca más adelante para tragar, el curandero lo secó tanteándolo un poco brutalmente, apretando con una vieja toalla grasienta que por lo visto llevaba tiempo sin tocar agua. Hizo siete veces siete cortes agrupados, en varios puntos del miembro enfermo, de arriba abajo, y todo alrededor. Sajaba con un movimiento nervioso, y a cada incisión su mano pegaba un salto como repelida por el contacto de una corriente eléctrica.

Cuando el enfermo vio la hoja de afeitar enmohecida y con toda probabilidad ya utilizada, con la que se disponía a trabajar, le dio un sobresalto, y quiso protestar. Viéndolo, el curandero le hizo una contundente señal de la mano que no abriera la boca. Algo desesperado, porque imaginaba los riesgos que corría, no podía callarse, así como así, aunque era una cuestión de vida o de muerte. Por suerte llevaba encima un frasquito que compró por si acaso lo necesitaran, y lo único que consiguió fue suplicar al hombre para que le dejara limpiarla con algodón empapado en alcohol. Cerraba los ojos, apretaba los dientes y procuraba no gritar, pero se veía muy bien cómo se retorció de dolor. Salía abundante sangre negruzca, que el hombre limpiaba con un án-

gulo de la toalla. Luego frotaba las llagas vigorosa y largamente, con una pizca de la pasta preparada anteriormente, cogida entre el pulgar y el índice derecho, que aplicaba sin demasiados miramientos. Remataba la operación con el pulgar izquierdo, untado con la segunda composición pastosa, más ligera. Quieta en el rincón donde se había apartado, Míamoh lloriqueaba sin abrir la boca.

Al cabo de una hora de triquiñuelas, jadeante entre el calor y el estrés del tratamiento que necesitaba concentración y cierta memoria, el curandero dio un suspiro, como si acabase de librar un combate contra titanes. Reveló a los testigos de su actuación (era la primera vez que hablaba desde que emprendió el trabajo):

—Dios no duerme. Faltaba muy poco para que cruzara el puente. Por poco no lo alcanzamos ya.

Y, volviéndose hacia la madre, añadió:

—Menos mal que estabas allí para acudir a interpelarme. Tu diligencia ha sido salútfiera. Está a salvo. Ahora podemos continuar con mayor serenidad. No puede acercarse al pueblo de momento. Aquellos que no quieren verlo acechan. Aguardarán en vano. Pero el tratamiento va a tardar cierto tiempo.

—¿Cuánto, por favor? —arriesgó la madre. —Sabes que se ha marchado sin despedirse. Sin pedir el permiso de sus patronos. Y los Blancos no son como nosotros, digo yo. Tengo entendido que son muy exigentes.

—Al menos dos semanas.

—No te preocupes, *Hoo*. Esperaré el tiempo que haga falta. Lo importante es que vuelva sanado. Me entenderán.

El héroe de esa operación de rescate preguntó por la hora.

—Es medianoche —se le fue contestado, porque en un bar de al lado sonaba la sintonía de las informaciones en la radio nacional—. El avión había aterrizado a las seis de la tarde; los trámites de salida tardaron unos tres cuartos de hora, y los atascos se llevaron dos horas preciosas. Dios *había puesto la mano*, y todo se realizaba incluso mejor de lo que se había previsto.

Sonrió, más que satisfecho. Se apretó las manos, dobló y retorció los dedos en todos los sentidos. Luego los estiró uno tras otro, acabando con un apretón que produjo crujidos secos. Acababa de cumplir victoriosamente una misión histórica.

—¿Qué se puede comer aquí? —preguntó por fin. —Estaba al borde del precipicio —volvió a insistir, como hablándose a sí mismo.

Sudaba la gota gorda. Estaba acostumbrado a un clima frío, y de repente, sin transición, estaba aguantando una temperatura que se aproximaba a los treinta y cinco grados en la sombra. Trataba de ventilarse de cuando en cuando con ambas manos, pero era como hacerle cosquillas al calor. Se desabrochaba la camiseta que le habían entregado, y después la sustituyeron por un amplio *T shirt* para ver qué le resultaba más apropiado en la lucha contra el bochorno, según le explicaron al ofrecérsela. Así y todo, no dejaba de quejarse de estar sofocando. Al día siguiente, Émbôñin mandó comprarle un ventilador, con lo cual se sintió un poco más aliviado. Manifestó su agradecimiento, comentando además que, si hubiera otro tipo para dar más bien calor, se lo llevaría de regreso al pueblo.

«Sí, pero no aquí, porque no hace falta. Para ver lo que se llama frío, hay que ir al país de los Blancos. ¿O estoy mintiendo?» —se interpuso alguien que se las daba de enterado.

—No. Así es —confirmó Mbôñin. Allí, de hecho, el frío mata. Lo que es matar. De modo que se viene solo para recoger los cadáveres e ir a enterrarlos.

—Traedle algo de beber, mientras que yo prepare la comida. Va a ser poca cosa. He tenido varias visitas imprevistas hoy. La olla estaba llena, pero cuando llegasteis estaba vacía —se disculpó el ama de casa, una mamá de cierta edad, que llevaba tres décadas viviendo allí con su marido, venidos a buscarse la vida en la ciudad. Tras asomarse a ver el principio del tratamiento, se había retirado para dedicarse a lo suyo, porque llegado el momento, todos se volverían hacia ella. Y una madre digna no decepciona nunca a ese respecto.

Hace tres décadas, su marido tuvo que marcharse del pueblo por una historia de brujos —que entonces pululaban allí—, a raíz de un altercado con uno de ellos, cuya verdadera razón se desconoce hasta ahora. Se han adelantado varias hipótesis, sin nunca llegar a ponerse de acuerdo sobre la verdad de cosas que encubren los misteriosos clubs esotéricos. La mayoría de ellos estaba ya muerta en la época de nuestros acontecimientos, pero la pareja había cobrado gusto a la vida ciudadana, y se había apañado como podía para adquirir una parcelita donde, mal que bien, se había construido una chabola con los escasos medios de que disponían entonces.

Sus hijos crecieron, fueron a la escuela, llegaron a mayores, consiguieron cada uno un trabajo y las chicas un marido, salvo una que tuvo un hijo estando en casa de sus padres, y cuyo genitor nunca se llegó a conocer, porque señaló a un hombre, luego se retractó para acusar a

otro distinto, quien amenazó con ajustarle la cuenta si seguía señalándolo como padre del desdichado crío, y la familia acabó por perder confianza en lo que contaba. (¡Qué más da! ¡Un niño es un niño, venga de donde venga!) Entre todos aunaron el dinero necesario para hacer esa casa de relativa modernidad —¡pero moderna en comparación con las del pueblo!— donde cabía holgadamente la familia reunida, y quedaba todavía una habitación «para los extranjeros».

Da la casualidad de que, si ese amigo estaba todavía vivo y con tanta bendición, era gracias al mismísimo curandero. Y de su salvífica intervención se había derivado una amistad perenne, como lo demostraba la circunstancia presente. Lo trataron como a un amigo, un padre, un marido, cada cual contribuyendo lo que ideaba de lo más original. No se podía perder una oportunidad como esa para manifestar un agradecimiento que no conocerá un término jamás.

En el momento de salir para volver al pueblo, le regalaron un conjunto *Tergal* de segunda mano y, aun sabiendo que era igual que ir a visitar a un familiar a *Bu'ndóh* y llevarle aguacates —que así es como decían *ir a vendimiar y llevar uvas de postre*—, le compraron también una *gandurá* tradicional de esas que se hacían en Pomenda, en la más pura tradición de los *Grassfields*.

Para darle remate, le deslizaron una botella de buen vino en el bolso de viaje que insistieron para comprarle. Si de él solo dependiera, hubiera preferido que le diesen dinero contante y sonante. Lo tranquilizaron y le compraron un maletín para el hatito arrugado y grasiento de ropa que trajo al venir, así como algún dinerillo para sus gastos menudos. Se fue más contento que una pascua, diciéndose en su fuero interno: «¡Lo bueno que es viajar!».

A explícita petición suya, le habían comprado una botella de *Kiraví* para aquella comida especial, y para completarla, el único hijo que vivía todavía en casa salió a hurtadillas, después de cuchichear al oído de su padre, y media hora después volvió con unos enormes pescados fritos, con dos cucharadas de pimienta picante triturado y cocido, al lado, junto con unos larguísimos *bâtons* de mandioca. Se los colocó delante, en una mesa patizamba. Coincidió con el momento en que la madre traía cuscús con salsa de pistacho en una sopera llenada a medias que —¡pura coincidencia también!— resultaba ser su comida preferida — en una bandeja en trance de deterioro, cuyos bordes presentaban grietas oxidadas y peligrosas, que afortunadamente no restaba validez al sabor. Le invitaron a la mesa.

«¡Ma muala!» —exclamó viéndolo todo allí dispuesto—. Se restregó los ojos vigorosamente, se rascó la cabeza como un mono, luego hizo esta pregunta retórica: ¿Queréis acabar conmigo, o qué? Los enemigos no lo han conseguido jamás —añadió con cierta malicia. ¡Debéis devolverme enterito a mi pueblo, que me necesitan todavía mis enfermos! A ver por dónde empiezo yo —dijo acomodándose de nuevo en su silla, como si se negara a moverse, antes de levantarse para ir a la mesa— y, sin hacerse de rogar, acometió enseguida su opíparo festín, tras arremangarse y arrimar estrepitosamente la silla a la mesa. Comió glotonamente, sin preocuparse por el qué dirán. Daba gusto ver su apetito de lobo famélico. Se lo merecía ampliamente. En realidad, se celebraban dos cosas concomitantes: la victoria sobre la muerte y la amistad.

Comió y bebió y eructó como un puerco, varias veces, e hizo los comentarios de circunstancia, contando anécdotas de numerosos enfermos rescatados de la muerte *in extremis* por una pericia incuestionable, cuya fama ya había cruzado las fronteras del pueblo. Infringía, haciéndolo, el principio de humildad según el cual *es inconveniente llevar un sombrero en la cabeza y señalarlo uno mismo con su propio dedo*, cuando lo ve todo el mundo. Pero a falta de tener presentes conocidos para testimoniar sus hechos de armas, era comprensible que así se lo permitiera. Habló del hormigueo de la ciudad, de sus maravillas, de los Blancos, etc. Apequémoh se había disculpado y descansaba en la habitación que le habían enseñado. No había ningún tipo de comodidad, pero se conformó. Tenía preocupaciones más graves, si bien la confianza en la curación parecía restablecida en un noventa por ciento.

Míamoh miraba al curandero, a la vez divertida y agradecida. Se preguntaba qué más podría hacer para resarcirle del sacrificio consentido por el admirable hombre, que rara vez aceptaba abandonar su feudo para viajar a otro sitio. Solo Dios podía premiarle. «¿Qué tengo yo para compensar tan insigne favor?» —comentó en el momento de la despedida. Cuando regresara al pueblo y lo comentara con su hermana, podría reivindicar con razón el mérito de haber olfateado la mejor pista para solucionar el rompecabezas.

Por no abusar de la generosidad de la familia acogedora importunándola más tiempo —puesto que según la regla social le hospedaba sin esperar ninguna contrapartida—, pero también por ponerse un poco más a gusto, y gozar de cierta independencia —fue a tomar una habitación en un modesto hotel cercano, que le permitía entrenarse en la rehabilitación de sus pies dando un paseíto entre los dos puntos. Bajaba

dos veces al día, por la mañana y por la noche, para recibir su tratamiento. La última razón por la que prefirió recluirse era que habían acertado a ocultar su presencia en la ciudad a gran parte de la familia; era una medida querida por la madre. Pero tal discreción no podía prolongarse indefinidamente. Ahora que el cielo se había despejado y que la confianza en la supervivencia estaba restaurada, todo el pueblo se acercaría, ineludiblemente, para curiosear, traerle «algo de comida», apiadarse de él, lamentarse sobre su situación, conjeturar, maldecir, burlarse interiormente, insinuar cosas... Vendrían incluso reuniones enteras de hombres o mujeres de su barrio en el pueblo o, en el mejor de los casos, delegaciones de unas cuantas personas... Eso, no lo quería. No quería esa dramatización casi ritual, contaminante.

Exactamente dos semanas después de su llegada, su médico tradicional le dio el alta, no sin antes darle otros medicamentos de relevo e instrucciones precisas relativas a su consumición, y hacerle prohibiciones tales como lavarse el cuerpo los siete primeros días, tomar alcohol durante un mes, o compartir la cama con su mujer. Así pudo volver a Lámelèque y reincorporarse a su trabajo sin dificultad. Le recibieron sus colegas con una alegría teñida de un recelo que trataban de disimular; en cuanto a sus médicos, le vieron como un aparecido, por lo cual se sobresaltaban antes de recuperar, un poco confusamente, su aplomo. Las escarificaciones adornaban todavía su pie —que enseñaba a los más allegados corriendo los pantalones para arriba. Empezaban a quitarse por sí solas las últimas escamas de serpiente que habían sobrevivido a los malos tratos de los frotamientos repetitivos. Pero, por lo demás, su aspecto era de lo más normal. El otro pie había recobrado igualmente su tamaño anterior, como fruto adicional de la curación.

Para luchar contra el aburrimiento, Apequèmoh contemplaba la calle desde su habitación del tercer piso, apoyado en el ventanal, o bien callejeaba de cuando en cuando, sin rumbo. «El mundo lo gobierna el dinero», —filosofaba mientras observaba, sorprendido, el barullo de la calle kilométrica que se extendía ante él hasta perderse la vista—, como si no lo hubieran notado y dicho ya todos los que saben mirar la vida, como si a la misma conclusión no hubieran llegado ya tantas generaciones del llamado mundo moderno...

Los bocinazos de coches apenas si se oían entre los millares de motos que circulaban a todo gas en calles hormigueantes, colándose anárquica y peligrosísimamente entre ellos por todos lados (¡y preferentemente por la derecha!) —¡qué más da el lado, el código de la carretera es para

quien tiene tiempo que perder!— torciendo los riñones en gestos teatrales o haciendo planear la moto como en una exhibición de circo, no obstante la peligrosidad de su tontería. Cuanto más rápido fueran, más dinero alcanzarían antes de llegar la noche. Aquellas eran las horas punta, y ninguno consentiría a perderse un cliente. Por lo general, no hay obstáculo que detenga al *bénsiquín* en esa persecución desenfrenada de la plata.

La mayoría de ellos transportaban a dos mujeres vendedoras al por menor, llamadas aquí *bayam-sellam*, además de su saco de patatas, de zanahorias o de coles, y una cesta colocada por delante, encima del depósito de gasolina. Otros transportaban a hasta cuatro niños camino del liceo, que de otro modo se verían bloqueados por el cierre del portalón de acceso a su establecimiento. Uno pasaba zumbando con cinco niños pequeños arrimados a él como con pegamento, dos por delante, entre sus brazos, sentados a horcajadas también sobre el depósito de gasolina, y agarrados a los manillares, o a los brazos del conductor en busca de equilibrio. Los otros tres iban amarrados entre sí por detrás, hasta desbordar el portaequipaje de varios centímetros. A esas horas, la mayoría de los motociclistas cumplían el contrato de llevar los críos a la guardería o a la escuela primaria todos los días laborables, a cambio de un sueldo mensual fijo.

Un *pousseur* le hizo una zancadilla a un peatón que se apresuraba cruzando la calle a saltos. Rozó a otro, haciéndose insultar por un tercero que, aunque le daba lástima por la cantidad de sudor que despedía su sufrido torso desnudo, le había ensuciado los zapatos en una carrera descontrolada detrás de una carretilla demasiado cargada para sus fuerzas debilitadas de cuarentón con familia y sin empleo, que lo arrastraba más fuerte de lo que hubiera podido empujar él...

Al borde de la calle, pese a los riesgos de todo tipo, una viuda expone un puñado de pimientos picantes, unos tomates medio podridos debido a una semana de edad y tres días de exposición al sol, y al lado unos montoncitos de patatas dulces de a cien, doscientos y quinientos francos cada uno. Mañana van a echar de la escuela a sus huérfanos por los gastos de escolaridad sin pagar, por lo cual debe apañarse vendiendo hasta muy entrada la noche y pedir prestado el complemento necesario.

Desatendiendo los pitos que se multiplican a su alrededor, un taxista recoge tranquilamente los equipajes de varios bultos y su propietario, quien le ha propuesto quinientos francos, multiplicando así la tarifa ordinaria por dos, lo cual, por los tiempos de salvaje competitividad que

corren, por la hora más bien vacía, representa una ganga para el afortunado taxista. Finalizado el cargamento, arranca con la mano derecha, mientras que al mismo tiempo saca la izquierda para mandar a paseo, irritadísimo, a quienes se atreven a seguir dirigiéndole reproches o insultos. Sale sin tomarse la molestia de controlar para ver si puede reincorporarse a la circulación sin ocasionar disgustos suplementarios a los demás usuarios.

Un *opep* se hace también pitar encima porque no quiere liberar el paso. «Pero ¿qué pasa, *jmekde!*, ¡jollín!?» Es que una de sus clientes, al meterse en el coche, no le había prevenido que no llevaba la moneda exacta. Está fuera de sí y vocifera como un condenado. Echa pestes contra la pobre mamá, sin ningún miramiento para sus años ni achaques. «¡Habérmelo dicho cuando entrabas en el taxi! ¿Qué quieres que haga ahora?» La carretera es un concierto de zigzagueos: los peatones zigzaguean para evitar a los peatones; los *bénsiquín* zigzaguean para lucirse, como en un circuito de campeonato; los coches zigzaguean para regatear los charcos y los baches que cubren la superficie de la carretera como llagas purulentas de leprosos. Es runruneo por todas partes.

Émbôñin pasa rozando a un joven veinteañero, porque hay que abrirse paso, muy a menudo a codazos, entre tantos peatones, vendedores ambulantes, eludiendo los coches y las motocicletas. Se vuelve para mirar. Le ha llamado la atención una canción religiosa que estaba tarareando una voz y, fijándose, ha percibido claramente unas palabras: «Yo soy feliz, porque mi vida es una dádiva de Dios». El cantante es un basurero, vestido de verde y amarillo. Está apoyado en el largo mango de su escoba, y canturrea mientras espera que su compañero de equipo acabe de acercar a su recogedor el puñado de papel que ha cazado en su lucha contra el viento. «¡Ojalá todo el mundo pudiera mirar la vida con el mismo optimismo que él!» —piensa, maravillado, Pequémoh.

Las pocas calles asfaltadas someramente en determinados barrios conducen siempre, como por casualidad, a la suntuosa residencia de algún prócer o de alguien que forma —o que formó— parte de los círculos políticos. Las demás tienen por asfalto las basuras que desbordan el excedido cubo que les reservó el alcalde, o el espacio abierto por la habilidad creativa de los usuarios. Papel plástico, botellas aplastadas por los coches, mondaduras de mandioca, patatas y malangas, sobras de comida sobre las que revolotean moscas regordetas, chancletas, zapatos de altos tacones sin vender, harapos tirados por la población o acarreados por los torrentes, etc., todo tiene cabida allí, y a fuerza de pisadas y de ser

apisonados por vehículos, se han incorporado más o menos al suelo de la carretera. Los innumerables baches someten a una inacabable prueba los coches en su baile de San Vito.

Son las cuatro o cinco de la tarde. El ápice de las horas-punta. Inexplicablemente, es la hora que un camión del Ayuntamiento ha escogido para colocarse en perpendicular sobre una de las calles más concurridas de la zona para recoger la basura. Pero, por detrás, la gigantesca máquina piafa, impotente —sobre los detritos que las ruedas quemán quemándose, a medida que el chófer trata de darle el empujón de arranque. Por delante, imposible subir el talud que separa las dos ramas de la calle. El chófer se desespera. Sale a inspeccionar el indomable caballo. Los usuarios se impacientan. La atmósfera se acalora. Pero no cambia nada. Un camión no se empuja. Sigue encabritándose. Los coches vienen amontonándose. Los pasajeros se detienen para mirar el espectáculo. Los comentarios prorrumpen. Los insultos se invitan, y provocan otros, cada vez más virulentos, y se va alargando la cadena de quejas, que culminan en odio.

Desde su cochazo de cristales ahumados, un pez gordo mira impaciente, como todos los usuarios testigos de los atascos, el espectáculo de esas carreteras parecidas a unas llagas que, en vez de curarse se siguen infectando más de un día a otro, en una capital encaminada a emanciparse del subdesarrollo y alcanzar la meta de país emergente en un plazo anunciado a golpe de discursos en la próxima década. Mira su reloj de pulsera de oro y maldice a todos los responsables —reales o supuestos,— de tal estado de cosas. «¡Puñeta! Me voy a perder un mercado de quince millones *como un juego* ¡por culpa de unos imbéciles!» —masculla entre los dientes apretados como para forzar el pasaje en una garganta dispuesta a tragar a todos «esos bandidos» reunidos, de un golpe.

Pasa una madre preocupada, quien se abre camino entre los innumerables transeúntes. Ha venido andando desde su casa. Le queda por recorrer algo así como lo que tiene recorrido desde allí, en uno de los barrios más lejanos del suburbio, para llegar al hospital donde acaban de operársele con urgencia el hijo, de una hernia estrangulada. Alguien le aconsejó a tiempo ese hospital de monjas donde, al contrario de lo que ocurre en los hospitales públicos, se atiende primero a los pacientes antes de presentarles la factura, cuando se trata de casos tan apremiantes. Se pasó la noche precedente recorriendo el barrio para pedir el auxilio de los familiares y amigos, con el fin de reunir la cantidad de dinero que hace falta. Lo que ha conseguido no alcanza apenas la mitad de la deuda,

y ha estimado que sería estúpido por su parte *no tener aceite para cocinar y utilizar el poco que le queda en el utensilio para untarse el cuerpo*. Por eso no se podía permitir el lujo de coger un taxi. Con lo que ha conseguido pagará primero un anticipo para demostrar su buena fe y su gratitud. Luego, verá...

Los pequeños funcionarios recién integrados en la Función Pública cogen los taxis para desplazarse, pero la mayoría circulan en coches personales. Cada cual está echando mentalmente las cuentas del número de citas que se le ha dado en sus despachos respectivos, y hacen estimaciones en torno a la cantidad de dinero con que podrán volverse a casa por la tarde, para invertirlo en sus proyectos de construcción de bungalós en los nuevos barrios periféricos de la ciudad. Con el dinero del soborno cotidiano, cien veces superior a su sueldo mensual, esperan izarse a la altura de los grandes empresarios que apalean millones con sus negocios ya claros, ya sucios, de la noche a la mañana.

En la veranda polvorienta de una casucha que linda con un enorme edificio de cinco pisos, con paredes enladrilladas, una pandilla de jóvenes juega al póquer y disputan acaloradamente entre sí, porque no llegan a ponerse de acuerdo sobre quién es más rico que quién, entre los ministros de la República, el número de coches que tienen cada uno en su parking privado, y el de sus hermanos del pueblo que cada uno tiene enchufados en las sociedades estatales... No se preocupan por lo que comerán, puesto que suelen “trabajar” de noche atracando y desvalijando a los apacibles ciudadanos susceptibles de tener algún dinero en la bolsa o en su casa, o roban coches que desarman para liquidar las piezas con la complicidad de unos encubridores especializados. En los coches de los suertudos, se conforman con llevarse las disqueteras que encuentran, para ir a venderlos a bajo precio...

De repente, por razones ignotas —la chispa podía ser cualquier nimiedad o una ganancia reñida—, estalla una pelea encarnizada. Uno de ellos alcanza una botella que andaba rodando allí, la rompe contra una piedra y, concretando sus amenazas varias veces reiteradas, la arroja contra la cabeza de su contrincante. Evita lo peor gracias a un ligero lado de la cabeza, pero herido por el roce del proyectil, consigue inmovilizar al atacante en el suelo con unas rodillas férreas y las tenazas de sus manos de gorila; antes de que sus compañeros acierten a levantarlo, le ha roto un par de dientes y está copiosamente rociado por la sangre que chorrea de su cabeza. Llegan la policía, y se los lleva a la comisaría.

—«¿Para qué? Eso es folklore. Es tan solo para que no se diga» —comenta un testigo de la escena.

—Mañana ambos estarán fuera. Son cómplices suyos —afirma otro espectador acostumbrado a tales escenas.

—A menudo comparten con ellos el botín de sus hazañas nocturnas —lanza un tercero.

—A veces los mandan ellos, ¡sabes! Incluso entregándoles armas. Eso dice la gente...

—¿Cómo te atreves a decir una cosa parecida? —se indigna otro.

—Te lo juro. Puedes creerme. Así funciona el sistema. Cada uno lo que necesita es dinero, proceda de donde proceda.

—Además, si como dicen, el dinero no tiene color, ¡mira! —se tercia un mirón.

—¡Qué desvergüenza para nuestra sociedad!

Pasa una muchachita de apenas diez años con una cesta de cacahuetes frescos cocidos en la cabeza, tres frasquitos distintos para medir la cantidad que pidan los compradores eventuales y un taco de papel de cuadernos usados de escolares junto con unos papeles impresos procedentes de alguna empresa, para enrollar lo comprado. ¿Qué demonios hace aquí a esas horas, cuando todos los niños y todas las niñas de su edad están en la escuela aprendiendo a leer y contar para abrir su propio comercio mañana?

Un malcriado alarga la mano y coge dos granos que descascara y come alejándose y riéndose como si no tuviera ojos para ver ni corazón para sentir lo dramática que resulta la situación. Las travesuras le han endurecido el corazón. La pobre chica se ha visto en la obligación de tomar el relevo de su madre encamada. El marido la abandonó y se fue con otra mujer tras pelearse con ella y dejarla con la pierna rota y escayolada desde hace tres meses. Las vecinas se cansaron de ayudar al cabo de dos semanas, y la pobre niña no tenía más remedio que sacrificarse para el resto de la familia. Tiene dos hermanitas y el parvulario. Hay que sobrevivir al precio que sea. Ha elegido pagar el que mejor preservará su dignidad.

Un joven que roza los treinta años esboza unos pasos danzarines, con la majestuosidad de un ave en vuelo, desplegadas las alas de sus brazos, planeando en un sentido y luego en el otro, como un cóndor. La música que acompasa sus movimientos sale de un bar vecino, de donde un aparato de los más potentes toca un *magambeu sophistiqué*, para solaz de los vendedores y de los transeúntes, que a veces están tan contentos

que pisan los detritos del asqueroso depósito de basura sin darse cuenta. Entonces despiertan de su distracción y pasan corriendo y pinchándose la nariz, perseguidos por el zumbido de un ensañado ejército de moscas, hasta alcanzar la supuesta distancia de seguridad. Mientras, una gallina escarba a zarpazos las podredumbres a ras del suelo para alimentar sus bonitos polluelos, que ignoran todo del delicado tema de los olores y de la suciedad.

El chico sigue bailando a las mil maravillas, bajo la mirada divertida de unos mirones, el comentario burlón de otros. Da gusto verlo, y se le nota la franca alegría. Se detiene de vez en cuando, si se acerca un potencial comprador, para ponderar las cualidades de sus mercancías: un taco de cerillas, un rollo de papel higiénico baratísimo, una ristra de jabones de lejía en polvo de marca *Madar* y *Blue* (¡a elegir!), bizcochos rancios, unos paquetes de cigarrillos y otras menudencias, el conjunto en una caja montada encima de una carretilla. A veces también, muy atrevido, agarra por el brazo a una mujer que mira con interés sus artículos, con la esperanza de que no se enfurecerá para liberarse violentamente, pero cooperará en el malicioso juego. Una vez sí y otra no, la respuesta es una bofetada que la chica larga torpemente en dirección al atrevido vendedor ambulante...

Se cimbreo, contonea, revolotea como un gallo sacrificial que se ha cogido con las alas, luego planea como un águila, se contorsiona como si unos violentos dolores de estómago le cortaran las tripas. Pero, paradójicamente, silbotea jovial, en espera de que de un momento a otro se acerque un cliente serio.

Es feliz porque el próximo fin de semana viajará al pueblo para pagar la dote de su novia, y se la traerá a vivir con él en la ciudad. Aquí hay más oportunidades que en el pueblo, eso está clarísimo. Piensa iniciarla en las habilidades comerciales, y si salen las cosas como espera, le abrirá una tienda en cuanto demuestre ser apta. Él mismo seguirá aguantando los rigores del sol de mediodía en la estación seca, y los látigos de las lluvias de agosto, septiembre y noviembre durante dos años como mucho. Al cabo del segundo habrá ahorrado lo bastante dinero como para comprarse un taxi y sacarse el carnet de conducir... Ha aprendido desde su tierna infancia que *no se va a Báñuvua corriendo*, sino andantito. El camino de la riqueza es largo, pero también segurísimo cuando uno va pasito a paso. «Eso no lo quieren comprender muchos jóvenes» — se suele comentar. No hay razón para que no medre un día el que sabe sudar y ahorrar. El despilfarro es lo peor para un comerciante como él. A

este la vista del dinero no le vuelve loco, porque sabe que en materia de enriquecimiento va por buen camino. Cuando sale el tema del *famla'h*, prefiere hacer oídos de mercader. No le interesan los clubs de noche. Todo es cuestión de perseverancia en el esfuerzo. Nada más.

Apequèmoh lo ve todo con ojos nuevos y queda profundamente chocado. Escucha, atento, fragmentos de las conversaciones callejeras... Ahí está comprendiendo, muy decepcionado, hasta qué punto se han enajenado sus congéneres, hasta qué punto se han alejado de sus raíces. Nada de cuanto ve u oye puede reivindicar con razón como siendo propiamente suyo, desde las escrituras que enarbolan con orgullo los cartelones de la calle hasta las pantallas de unos edificios que parecen importados, pasando por las palabras que se escuchan por doquier, que suenan tan raras de una persona a otra, entre personas sin embargo que se suponen hermanadas por sus orígenes...

Trata de encontrar una explicación a su decepción. «Atando los cabos, creo que eso se debe a una deshumanización a ultranza. La injusticia se ha erigido en regla. El hombre ya no cuenta o si cuenta, por muy poca cosa. El interés ha suplantado vergonzosamente al ser humano». Y entonces trata de rememorar de lo poco que conoció de la sociedad de su pueblo antes de marcharse, para ver en qué radicaba la diferencia fundamental. Piensa en su edénica infancia, en su adolescencia laboriosa, en los lazos familiares indefectibles. Intuye vagamente una diferencia fundamental entre los dos mundos: el de hoy y el de ayer.

... El secreto de nuestra felicidad habría que buscarlo, quizás, en la ausencia de la escritura, las reglas consignadas en libros, que han momificado la realidad que, como la vida, necesita de un movimiento continuo. Piensa en la aparición del gramófono que se sustituyó al tambor, y en la caja fuerte... Embalsamaban la vida la palabra viva, hablada, los cuentos, imperaba el altruismo y —huelga decirlo— la tan cacareada solidaridad. Ahí van los valores cardinales de nuestra cultura ancestral... La madre era el cemento incrustado en las inevitables fisuras del sistema para mantenerlo lo más compacto posible. «Me emociona todavía el espectáculo de nuestras madres chupando la nariz cargada de sus nenos para luego escupir la cosecha con violencia, como para alejar la diablura de un reúma que los sofocaba» ...

... Otra cosa: la creencia en el más allá, emparejada con la inexpugnable convicción de que los que mueren no mueren, que mantienen lazos indefectibles con los vivos, que el bien es cosa buena y merece cumplirse, que es preferible y muy recomendable huirse del mal como

de la peste —¡bonita perogrullada, verdad! Porque de hecho lo malo y la peste son una misma cosa—, ésa era una herencia sumamente positiva, que merecía incorporarse a nuestro oscuro, decrepito y sin embargo espléndido patrimonio. ¡Una cocción de realidad y mística que huele a vudú, pero bueno!

... La tierra era un don benéfico, con tal que fuera graciosamente ofrecida, no vendida. En la segunda hipótesis, sería un obsequio envenenado, fuente de pendencias odiosas e interminables trifulcas. ¡Qué alegría prestar servicio sin esperar ninguna compensación que sea otra cosa que un cordial «¡Gracias, hijo!» que brota de lo más profundo del ser! Nuestras desgracias se han multiplicado de forma exponencial. Apareció de la noche a la mañana la era de los cálculos de intereses que han mandado a paseo el servicio espontáneo, con todo tan gratificante...

El dinero llegó como la semilla del veneno mortífero que la Historia iría inoculando a nuestra modernizada sociedad, aunque los que lo traían no andaban malintencionados del todo. Son los usuarios quienes han venido diabléandolo de manera irremediable.

Apequëñin dejaba vagar libremente su mente, sin coacciones de ningún tipo, sin imponerse límites en nombre de la conveniencia. No estaba dispuesto a compartir sus convicciones con ningún interlocutor, para que le echaran en cara que sus pensamientos carecían de relieve y de realismo. Sabía muy bien que el primero que se enterara de sus puntos de vista lo tacharía de irrealista y retrógrado. «Pero, ¿qué más da?» Seguiría pensando que el cultivo del respeto a los mayores, que el carácter sagrado de la solidaridad y la dinámica inclusiva del amor algo tenían que ver con aquello que tanta falta les hacía hoy en día. «Seguro que alguien alegraría que el cielo que pinto no es tan cielo. Yo contestaría sin vacilar que tampoco corresponde al infierno en el que nos consumimos en la actualidad».

Mirados con ojos recientes, tales razonamientos sonaban a recetas pasadas de moda, a consideraciones disparatadas, pero Apequëñin quería asumirlo todo. El buen luchador, desafiado, se levanta del suelo y se desempolva los pantalones, las espaldas, los brazos y el camión, para disponerse a tirarse de nuevo en la batalla con todavía mayor determinación y un impulso renovado.

¡Cuánto le hubiera gustado tener la capacidad de dar cuerda al reloj de la vida y desenrollar la película del pasado, para enseñar a todos lo que resulta imposible describir con fidelidad! No se reconoce en ese panorama anárquico que ni era el pasado que dejó al marcharse ni un

presente que había imaginado mejorado desde los puntos de vista moral, social y económico.

Ahora, desde fuera, las cosas parecen fáciles de solucionar. Por dentro, las trabas resultan inextricables, las cadenas irrompibles. Las puertas de acceso a todo cambio saludable para bien de la masa anónima se encuentran bloqueadas con cerrojos inoxidable. No se puede abrir un negocio porque habría que gastar el doble del dinero necesario en sobornos, para conseguir que los papeles acaben por ser firmados y, a veces no por la persona competente, y lo descubres solo más tarde, cuando te los rechazan como siendo falsos. La dejadez y el descuido constituyen la característica principal del servicio, y las excepciones casi inexistentes. La basura no escandaliza a nadie, y su aroma es lo que se guarda del paso por las calles. La mejor voluntad se ve enseguida inhibida por un alarmante dispositivo de fagocitosis. La injusticia no hace sino exacerbarse, y las zanzas de las desigualdades ahondarse más.

Lo único admirable es la hueca retórica política, cuya habilidad es inigualable. Esta es una república de prevaricadores impenitentes hechos maestros en el arte del malabarismo. Aquí no mata lo ridículo. Por lo tanto, que *ladre el perro*. La caravana seguirá tranquilita su ruta. «Los tesoros culturales que fueron nuestros en un tiempo se han inmolado en el triple altar de la codicia, de la idolatría y del atesoramiento salvaje» —sigue escandalizándose. Llega a la desconcertante —sin embargo, obligada conclusión— de que todos sus espléndidos proyectos son pura utopía.

En su equipaje de regreso, esta vez, no llevará víveres del terruño como de costumbre. No cargará con sacos repletos de kilos que le costarán centenares de miles de francos suplementarios, o negociará a duras penas para conseguir una reducción mínima en la facturación. Se pondría nervioso si su madre insiste para darle plátano o ñame o malanga. Cacahuets quizá un poquito sí ahora, por no defraudar a los críos, por llevar algo que *huela al país*. Allá las frutas tropicales, mangos, piñas y tal, que los amigos que vendrán a acogerlo y tener noticias del pueblo suelen encontrar tan maravillosamente distintos de los otros productos ultramarinos.

La víspera de su retorno, como ya empezaba a sentirse ligero de pies, aprovechó también para visitar a unos familiares que vivían allí: una prima hermana recién casada, que hartada por las amenazas quería marcharse de su hogar. Al parecer, el marido la trataba como a una esclava, porque se negaba a darle su escaso sueldo de maestra de una escuela privada, para que fuera él quien decidiera de cuanto le tocaría cada mes;

de resultas, reñían sistemáticamente los días que seguían el cobro, y se indignaba contándoselo a los familiares; Apequeñin decidió ir a verlos, aunque no sabía todavía cómo iba a comportarse, si devolverle la amenaza, en cuyo caso la respuesta podía ser un enfrentamiento abierto. «Podría echarme en cara que no le doy miedo, que me aconseja que vuelva tranquilamente a “mi país”, o una actitud dulce de cordero, de hombre cooperativo, para dejar que me largue y le deje libre el tablado para maltratarla peor aún. Si me dice que en su casa manda él, tendrá razón. No podré acercarme para echar aceite a un fuego que pretendo apagar y luego marcharme. Tendré que hacer uso de mis escasos talentos de conciliador...»

Sea lo que fuere, hay que intentar algo. ¡Quién sabe, quizás podría sencillamente hacerle entrar en razón, valiéndome de mi aura de “blanco” —sin decirlo!, por uno de esos cambiazos que surgen inesperadamente sin que se sepa de dónde. Otra prima segunda —estudiante del primer curso de la universidad— que hace novillos para sacar provecho de su belleza, a quien hay que explicar que la vida debe fundamentarse en valores perennes, puesto que la cara se marchita un día, y la familia entera cuenta con la experiencia de Pequémoh y su diplomacia de entendido para salvarla de la perdición y, si fuera posible, llevarla lejos de los delinquentes que la acosan todo el rato y no quieren dejarla en paz. No la ha encontrado en casa, allí donde vive con su tío; se marchó hace dos días, y desde entonces no se tiene noticia de ella.

Cuando en el pueblo supieron que estaba en el país, lo aguardaban con un montón de problemas, cada uno el suyo. Para tratar de intervenir en unos conflictos de sucesión que habían convertido a los hijos de una familia amiga en panteras domésticas, después de la muerte del padre. Una abuela lejana lo esperaba también como se espera la lluvia al final de la estación seca para comprarle «su último litro de aceite de palma, para ayudarla a despedirse satisfecha del mundo. Ochenta años de una vida de pena la tenían ya fastidiada». Y otros muchos problemas pendientes...

Le hubiera gustado poder encontrar a tantas personas que no estarían dispuestas a perdonarle ese “orgullo” de volver al país tras tanto tiempo, y no buscarlos para que todo el mundo se enterara con admiración de que ellos también estaban atados por algún lazo a un “hijo”, un allegado, a un conocido, o simplemente a alguien allende los mares, en el mítico país de los Blancos, no siempre tan blancos (eran rojos, en realidad; o, al menos, así los veían sus ojos y la palabra con la que los designaban).

Se marchará, decepcionado por todas esas expectativas frustradas, pero seguro de que nada más alejarse, empezarán a roerlo otra vez, minuto a minuto, las ganas de ver a los suyos, de compartir su vida diaria, de darles una manita en esto o aquello, de ir con toda la familia al campo a arar la tierra con la azada y cortar el matorral y los árboles con el machete, para plantar coles, bananos, aguacateros, sembrar cacahuètes, patatas y hortalizas en el mismo surco, y volver a casa por la tarde cargados de provisiones cada uno, ... y aprovecharse de lo poco que ha sobrado del paraíso perdido de su infancia...

Cada vez que vuelve a casa, echa de menos la vida ordenada, de esmerado artificio, trazada con regla y compás, que se lleva allí, donde cada uno sabe claramente a qué atenerse en cada circunstancia de la vida y a qué no, por derecho legal, y con pleno conocimiento de lo que no está en condiciones de mover para cambiarle de sitio. Verosímilmente, su vivencia se resumirá en la oscilación entre su terruño y su tierra de acogida, entre su patria chica y el horizonte incierto, entre la propiedad y la codicia (sin ya saber a ciencia cierta cuál de las dos es la auténtica tierra de promisión), entre el Nuevo y el Antiguo Testamentos, entre el paraíso terrenal y el Cielo venidero, entre el patrimonio ancestral y la Civilización universal... La inestabilidad nunca ha sido la fórmula deseable para nada, pero si no cabe otra solución, habrá que conformarse con ella. «No renunciaré a mis raíces, y no desecharé tampoco la tierra que ha hecho de mí lo que soy a estas alturas. Entre el ombligo y el corazón, ¿de qué puede razonablemente prescindir uno?...»

8. EL COLUMPIO

Había preparado su escaso equipaje... Con el vuelo confirmado, ya estaba figurándose por adelantado nuevamente enfrascado dentro de los cien metros cuadrados de su piso, en el tercer piso del edificio, sin jardín, sin parking propio ni espacio de juego para los críos, sin poder dirigir la palabra a los vecinos con quienes se cruza en el ascensor. Podría calcular con los dedos de la mano el número de personas con quienes intercambia palabras en una jornada. Los hay tan pocos, y cuando por fin das con alguno por ahí, ¡son divinos, la verdad! Y, además, otro puñadito, dos o tres antiguos compañeros de universidad, de la Escuela Central, que lo llaman de cuando en cuando, por motivos profesionales o un encuentro de antiguos condiscípulos; por último, unas cuantas familias, cuyas amistades fueron trabadas al azar de encuentros en la parroquia los domingos o en reuniones puntuales de obras sociales en dirección a los países pobres.

El primer portero de su edificio le odiaba abiertamente; no le dirigía nunca la palabra; volvía la cabeza cuando se acercaba de la portería, y apenas si no brindaba por su ausencia cuando se marchaba de vacaciones. El segundo se portó aún peor, pero Apequémoh decidió forzarlo a contestarle insistiendo para saludar. Fue necesaria mucha paciencia, y ahora le devuelve el «¡hola!» con una sonrisa forzada, casi compasiva, pero sonrisa, al fin y al cabo. ¡Con tanto caudal de amor y de humanidad como tiene esa gente!

Nada más llegar allí, a los dos días será asaltado otra vez por la nostalgia. Vendrán otra vez días en que se preguntará, al borde de la desesperación, qué demonios ha venido a hacer allí, y nadie lo acepta, o casi, «y sin embargo tengo que permanecer en este frío glacial, un frío que te momifica, sin sol durante largos meses, sin mi querida gente, sin sus risas a carcajadas y las lágrimas agazapadas a flor de párpados en espera de ser titiladas, cuando allá espera mi tierra a su hijo pródigo, con los brazos abiertos, su tierra no adinerada, sin máquinas, sin rascacielos, porque sobran los espacios, que se extienden por todas partes hasta perderse la vista, pero con orgía de cariño y convivencia... Compartida, la alegría se expansiona, cobra proporciones, se multiplica... Si se encoge, disminuye hasta morir, se trueca en venenosa soledad...»

Echará de menos el calor de sus innumerables relaciones abandonadas, ya sea en el pueblo o en la ciudad. Naturales, genuinas o fingidas, extensibles al infinito. Los múltiples acontecimientos sociales. Los encuentros familiares, coincidentes o programados, frecuentes, llenos de respeto o calurosos y a veces tormentosos, plagados de broncas o de risas, de improperios y de murmuraciones, pero en cualquier caso pedagógicos. Los funerales tumultuosos. Los regocijos exponenciales. Gentuza borracha. La obligación natural de asistencia mutua. Allí no hay manera de aburrirse. La vida llena como un huevo. Los mercados superpoblados, pintorescos, que ofrecen curiosidades de todo tipo. La espontaneidad en el trato...

«Marchas otra vez, dejando atrás un país por el que sientes ya poco o ningún orgullo, que te da vergüenza, ahora desnaturalizado, en que las iglesias, opio no prohibido, cultivado en plena luz, florecen para fecundar las ilusiones de los desamparados, al tiempo que enriquecen a los astutos pastores, hipócritas, crecen *como sísongo*... (¡Cuidado con los falsos profetas, previno Jesús... obrarán milagros en mi nombre... ¿y qué? Hay que saber aprovecharse de la ingenuidad de los bobos. («*Erreur foh butuku na dame foh ndoss!*») —comentan victoriosos entre sí, en privado, en ese extraño esperanto juvenil de su cosecha local) «¡Allá los que desconocen las reglas del juego! ¡Solo se escarmentarán tras hacerse pelar!» Abrid los ojos y los veréis. Cerrad los ojos para desoír su sirena. Sabed que para alcanzar a los ingenuos sin falta, el nombre de Dios es la mejor pasarela. «¡El verdadero Dios está amenazado!» —previenen los santos pastores.

Las iglesillas se multiplican como una mala hierba. Proliferan. Compite con la cizaña. Las prédicas son tramposas engañifas. Sus ministros reclutan con asombrosa facilidad a unos adeptos que por una razón u otra ya no saben a qué marabuto ir en la vida: edificante ejemplo el de las mujeres deseosas de formar matrimonio, de chicas casaderas, pero que no acaban de encontrar la pareja idónea, una que sea fidedigna. Los hombres que montan un negocio vienen en busca del disparador que faltaba a su despegue. No traen ninguna felicidad que compartir. Lo suyo es envenenarlo todo con su egoísmo, nada más.

La ciudad entera es un hormiguero de misas y cultos ruidosos que producen bastante irritación. Hasta en los pueblos, niños y mayores van endomingados por las pistas que llevan a la parroquia o a la Sala del Reino. Suenan los altavoces, que alternan con la voz estentórea de predicadores que se desgañitan que da miedo. Mientras, los fervorosos fieles despliegan lo que hay de más ardoroso en su impetuosa fe, bailando y

meneando la cabeza, con los brazos alzados al cielo, con ademán extático, que parece que no han roto plato en su vida.

Acuden enfermos desesperados con patologías testarudas que ningún curandero ha podido vencer, que han recorrido todos los hospitales conocidos y por conocer, sin resultado; cristianos aquejados de insatisfacción, decepcionados con las grandes religiones; jóvenes diplomados obligados a vivir eternamente en casa de sus padres, víctimas inconsolables del desempleo, con horizontes de incertidumbre como único futuro. Hay, asimismo, la asombrosa ansia de un puñado de ricos que padecen sobrepeso a fuerza de alimentarse incontroladamente, bebiendo whisky como si fuera cerveza, y cerveza como agua de un grifo sin cerradura en las fiestas que se organizan para celebrar los galones, los nombramientos, el enésimo mil millones de los archimillonarios declarados, a ver quién es más rico que quién, quién tiene más fama que quién. Aquí el mérito no impresiona demasiado, sino lo justo para descartar a los importunos, y, sobre todo, no garantiza nada, créaseme, porque tienen que quedar fuera de peligro los intereses de los que parten el bacalao en el país.

... Aquí, contra toda lógica, el rojo del semáforo significa: «¡Adelante!», y el que no se lo salta es un ridículo cobarde que pierde tiempo a usuarios respetables y merece copiosos despropósitos. Los más respetuosos se conforman con refunfuñar mientras adelantan peligrosamente a los precavidos que aguardan su turno de verde. Te acordarás como de un cuento chino, de las historias de brujos noctámbulos que viajan de noche en cajitas de sardinas o cerillas, a millares de kilómetros, para ir a perjudicar a algún enemigo (todo el mundo las admite como certeras), como réplica a un ataque nocturno. Su único punto débil es ignorar cómo se mata a la gente a bombazos, por centenares.

... Aquí, en espera de que se demuestre lo contrario, los sabios siguen afirmando y confirmando que después de todo, el blanco es y seguirá siendo el más astuto, y que el negro lo que sabe hacer es causar daño a su hermano, debido a que su corazón es igual de negro que su piel. Y corroboran la aserción con ejemplos, que se multiplican de un anciano a otro, de un joven a otro...y, por tanto, «todo lo más valioso debe acompañarse con la etiqueta «procedente de París», afirman unos señorones con aire de enterados, «eso es muy barato en Londres» —aunque no sea cierto—, o tal artículo debe su valor a la etiqueta «Made in Germany» que lleva por dentro; si no, no merece consideración; cual otro, a pesar de ser de segunda mano, cuesta los ojos de la cara porque lleva escondido en la solapa el nombre de un oscuro modisto francés...

... Atrás «en casa», en todas las prédicas se machaca hasta la náusea que los sacrificios tradicionales no podrán compaginar jamás con el sacrificio supremo de Cristo en la cruz. «Si queréis ir al cielo, mandad a paseo a vuestros dioses y marabutos, ¿o preferís quedaros con el infierno? Entonces allá vosotros... Hay que elegir...» ¡Vale! Basta de amenazas, y por favor, amor, amor, amor... que esa es la enseñanza suprema. ¿Acaso no es eso lo que debe tener prelación sobre el resto? Se acuerda de las elucubraciones de su cura que se cree obligado a dar la vuelta completa a los evangelios cada domingo, como si no fuera a tener otras oportunidades para echarles en cara sus fallos repetidos e incorregibles a los oyentes, y sermonea a los feligreses a modo de introducción a la celebración, y hace otro sermón durante la eucaristía y otro antes de la despedida (¡quizá porque, pese a la escolarización masiva, seguimos siendo muy duros de mollera! El truco es saberlo, acercarse a misa bien preparados, y armarse de paciencia)... pues enseñan que un cristiano digno de llamarse cristiano —o sea discípulo de Jesucristo— no tiene por qué tratar con los adivinos ni visitar a las videntes ni dar crédito a lo que unos desconocidos les predicen en su camino, o que las pitonisas les cuentan para sacarles dinero. Hay que agarrarse férreamente a Dios, y todo lo demás ya no le dará miedo al cristiano verdadero.

... A pesar de todo, no renunciaré a querer mi tierra, no dejaré de regalarle mi afecto, de la misma manera que me tiene reservadísimo el suyo, aunque mirándola se me asoman lágrimas imposibles de reprimir. Por mucho que la desestime, por muy odiosa que se haya vuelto por culpa de una pandilla de cretinos (¡con perdón!), me cumple apegarme a ella y no denegarla jamás. Así funciona la historia del hombre: debemos asumir el pasivo de nuestros antecesores o la fullería democratizada de nuestros coetáneos. Si la moda ambiente de gansterismo es la regla, no pudiendo nada por ti mismo, solo tendrás que rezar y esperar. El tiempo tantas cosas acaba solucionando un día de estos...

... Ahora, confiesa sinceramente que aquí en casa echas de menos tu trabajo. Aquello mediante lo cual te has hecho un puesto indiscutible en el mundo de la ciencia en el que ahora tienes voz y voto. Donde te sientes más a gusto por estar verdaderamente en tu elemento: útil, servicial y, hasta cierto punto indispensable. Allí donde gracias a tu inteligencia y tu trabajo te has quitado de encima todos los complejos raciales que tanto daño causan a la raza humana. Donde fuerzas el respeto de todos los demás y los obligas a reconocer que no por ser negro es uno menos hombre que los demás. Donde te sabes partícipe en la construcción

del mundo, allí donde se ha dilatado tu personalidad en toda su amplitud... Donde circularás a gusto por autopistas confortabilísimas, donde escasean las carreteras sin asfaltar hasta en los pueblitos más lejanos, y los pocos baches preocupan en extremo a las autoridades encargadas de su mantenimiento, y en el aire se respira la civilización a pleno pulmón (con las inevitables salvedades características de la condición humana, que no viene a cuenta mencionar aquí).

... Sí, si has de ser sincero, con toda evidencia resulta más grato vivir allí donde la denuncia es autorizada y tenida en cuenta, donde la ley no es solo para la gentuza y no para otros, los ricos y los poderosos, y tiene prelación la del embudo, donde el estatus social no se cuelga como un cartelón en la cara, para que nadie pretenda no haberlo visto, y por lo tanto no tenga excusa para no respetarlo. Donde los que gozan de una parcela del poder no pisotean —con una sonrisa apenas disimulada— los derechos ajenos, y encima se mofan descaradamente de ellos. Donde la arrogancia no es la norma y no la reprimen las autoridades... Allí siempre se pensó en todo para bien o para desgracia de todos... ¿Por qué se imita todo salvo los buenos modelos? No se regatean impunemente los dineros del Estado, con la complicidad de cualquier testigo que acepta cobrar una cuota «razonable», concertada con antelación, y que se acoge a la ley de los porcentajes. Conviven pacíficamente lo mejor y lo peor al mismo tiempo y uno tiene que ir mirando siempre donde pone los pies y qué pisa, para no quedar atrapado en las trampas sembradas en ese edén, donde existen garantías de salir bien en casi todo, si observas las reglas fundamentales establecidas.

... Sin embargo, una vida de perros que salen corriendo de la urbe como gatos escaldados cuando llegan los fines de semana, o las vacaciones de Semana Santa, o por Navidades, o al asomarse el verano, porque es un caldo de cultivo para un estrés permanente, donde a diferencia de aquí hay que tomar antidepresivos constantemente. Aquí los constituyen la gente que nos rodea por todas partes y mete la nariz en todos nuestros asuntos, y nosotros la nuestra en los suyos, y el empate hace sonreír a cada uno, y así se puede hablar tranquilamente de la sogá en casa de Fulano, Mengano y Zutano porque no hay apenas ahorcados...

... Vete entonces. Vuelve allí para enclaustrarte de nuevo en la soledad de tu estrecho piso, en el reducto de tu familia nuclear. Vete a desperdiciar lo que te quedaba de tu capacidad de amar y sembrar cariño a los cuatro vientos... Vete allí para que te confinen a la introversión. Así, al menos, quizá busques y te encuentres a ti mismo, a tu propio ser.

Quedándote aquí, quizá te equivoques siempre de identidad, y alimentes el engaño de los demás. Vete a cuestionar el instrumento de antropometría del que se vale la Humanidad. A aprender cómo se relativizan todas las cosas, todos los pensamientos, todas las miradas, pero también cómo se elaboran los fingimientos... Escapa a esa cárcel salvífica para no comprometerte en círculos satánicos. Vete allí para que te miren por la calle con compasión, como si te faltara algo esencial, como un objeto de curiosidad (¿de quién será la culpa: de los medios de comunicación, de los libros de historia, de su cortedad de vista, ¿o simplemente del Creador?) ¿o dejarás un día de ser contemplado como un extraterrestre? Empéñate, obliga a que te acepten. Comprate un pedazo de terreno si puedes. (¡¡¡Ja, ¡Ja, Ja!!! Van a decir que ya quieres transportar allí tus costumbres de invasor, de judío versión africana...) ¿O no te dejarán? Intenta a ver. No pierdes nada en probar, oye. Acércate al espejo de la lejanía. Así te verás mejor a ti mismo, tal y como eres. También ellos llevan a los hombros su cuota de rompecabezas insolubles, pero los torea con muchísimo mayor dignidad y suerte, sin pisotear impunemente las reglas del juego.

... Procurarás alcanzar tu plenitud, montar proyectos perennes, realizar tus sueños, sacar a relucir tus capacidades intelectuales. Así y todo, tendrás que ir preparándote para volver a tu tierra algún día, afincarte y recuperar lo que puedes del patrimonio que te han dejado tu padre, tus padres y tus ancestros, y disfrutar de ser lo que naciste para ser en lo que te quede de vida. Y si se niega a seguirte tu mujer, ¿qué? Cada cosa en su tiempo. Si cuando empieza la lluvia no llevabas paraguas, aprecias enseguida si es un chaparrón o una lluvia menuda, y decides si te abrigas o cortas una hoja de banano para cubrirtte. Si por acaso se incorporaran criterios nuevos, datos adicionales, entonces habría que reconsiderarlo todo desde la base, desde otro enfoque. Entonces, por lo pronto, esos van a ser mis planes...

... Huye. Húyete, aunque sea momentáneamente. Aléjate de esa brujería real o supuesta, siempre tan emblemática, tan existencial, que envuelve la vida en ese temible paño de misterios. Tienes suerte, porque en principio los brujos, según se cuenta, no hacen daño a quien no se haya metido con ellos. Aléjate de los celosos que andan por ahí, furiosos de que tú no seas un hijo suyo. Es mejor no tener que comprobar la realidad de su crueldad por ti mismo. Es preferible no verse involucrado en una experiencia peligrosa...

... Aléjate de los funerales, grandiosos pozos sin fondo de dinero, escenarios teatrales carentes de todo sentido de homenaje a los muertos como la gente se empeña en pretender para justificar su exhibición, a base de deudas astronómicas; son tablados de engaño a gran escala. «Las pagaré el resto de mi vida (ya sea en las tontinas o en el banco), pero al menos la ceremonia me ha salido de maravilla. Es que no quería entrar en la historia como la vergüenza de mi familia.» «La prueba era durísima, pero me he salido airoso. Todo el pueblo me da la enhorabuena». «No he visto cosa igual desde que asisto a los funerales» —comenta la gente por doquier. «Hasta Fulanito me ha dado un sombrerazo»... Y luego, ¿qué?

... Aléjate un rato de esa tierra tuya donde las catedrales se llenan a tope el miércoles de cenizas, esa cosa gris que cobra ese día un poder mágico de salvación, junto con una connotación supersticiosa, y antes de finalizar la celebración, una vez marcado el precioso sésamo en la frente, los beneficiarios, que no han precisado de un sacramento previo, se marchan satisfechos a sus quehaceres. Por suerte, la palabra divina se ha leído y comentado con antelación, y han entrado, a la fuerza, una o dos, para hacerle la Santa Pascua durante el resto del año...

... En esa tierra tuya se conoce la fórmula que induce sin falta la alegría y electriza a la muchedumbre infundiéndole la emoción: es el tantán. Que toda pena ajena es de suyo un poderoso aglutinante, y aunque la sinceridad es la norma, hay quien reza para que ocurran infortunios para *pescar en río revuelto*, claro que sin decirlo...

... Aquí no hay elevadores eléctricos y los cargadores se valen de sus espaldas para llevar sacos enormes de patatas de cien kilos hasta los camiones para ganarse la vida —y no tener que robar para sobrevivir y hacerse meter en la cárcel—, a riesgo de atrapar la maldita hernia inguinal que los acecha en la profesión, o a cualquier hombre no precavido...

... Todavía hay pueblos en que se obligan a las viudas de las notabilidades que forman parte del *grupo de los siete* o *de los nueve* a observar meses de viudez tumbadas en una estera someramente amortiguada, sin la posibilidad de dar la mano a quien sea para saludar, vigiladas de cerca por una anciana que desempeña la delicada función de guardaespaldas...

... El vino de rafia y el vino de palmera se están poniendo anacrónicos. ¡Vergüenza! Son sustituidos por la cerveza (en adelante convertida en centro nervioso de la vida) y unos whiskies de muy mal cuño, pero whisky iguala a whisky, y para de contar. Donde el dinero sirve, ya no para solidarizarse frente a la miseria, como con no poca razón —digo

yo— se ha venido cacareando, sino para lucirse, y los cabronazos del gobierno (¡perdonen, que me horrorizan los tacos!) del gobierno y sus acólitos se golpean el pecho con exasperante arrogancia diciendo «¡Somos nosotros quienes hacemos y deshacemos, y no puede ser de otra forma!» o «¿me estáis viendo o no?, ¿por qué no decirlo, entonces?», y saberse admirado y envidiado, y no satisfacerse hasta que se rinda un verdadero culto a sus persona, riqueza y poder económico y político, sin querer darse cuenta de que «todo pasa» (lo afirma la Biblia y se canta en los entierros cristianos, oye. No hablo de Machado, por descontado).

... Ese continente tuyo, repleto de misterios, donde sería azaroso querer deslindar la frontera entre la veracidad de la curación del curandero, la brujería puramente folclórica, sus gesticulaciones engañosas que dan risa y la locura del mal llamado *marabuto*. Todo en un escenario pintoresco. Donde no vale una película si no se construye en la roca del fetichismo y de la brujería, y lo han entendido los nigerianos muy bien.

... Irás y volverás una y otra vez, pues ese es tu nuevo destino. Enfrentalo con valentía. Nada fácil, ¿verdad? Seguro que la paz interior no es para mañana. Durante mucho tiempo seguirás oscilando —no cabe la menor duda— entre tu mujer Khadija y *la madre de tus hijos*, la otra, que no sabes cómo llamarla, ya que tiene un estatus borroso para todos e incierto para ti, entre tu pueblo y tu otra patria, entre dos continentes, entre tu trabajo allí y el descanso aquí, entre la fidelidad a Dios y el respeto debido a los lares de tu casa, entre la dignidad y la humillación, entre la perfección que te interpela y el infierno del pecado... Date cuenta que una vida demasiado llana puede resultar más peligrosa, como lo es una agua estancada. La cosa, quizá, esté en saber mantenerse a flote... Pero ¿cómo? Precisamente...

... Aquí la delincuencia juvenil crece a un ritmo exponencial no solo en las grandes metrópolis, sino también en los pueblos más lejanos, porque las películas western o las pornográficas ya no son patrimonio de nadie, y, oiga, ¿por qué quieren que seamos *más papistas que el papa* en unos sectores y en otros no? No hablo de los teléfonos portátiles... Te duelen y decepcionan esas cosas, pero pasas por la calle y oyes un reportaje en Pidgin English en una radio privada, y te embalsama el corazón y te saca una sonrisa, ¡qué gozada de lenguaje! (*Dan pípi wè dè sabi for tori, wè dè fit shidon so tok kan kann palaba wè hi di tchakalak kontri sa ba sai, afta go tonn tonn, tchop soya, drin matango, afta go fo njangué, how wu go do...*) «Quizá te suene tan gracioso porque eres incapaz de hablar» ...

... Cuéntales a tus pocos amigos de allí —a aquellos que se dignan prestarte su atención (¡qué buenos son —esa minoría— para ser franco!)—, y con cierto orgullo, que aquí tu gente es tan emotiva que aplaude, jubilosa y agradecida, cuando el predicador dominical cierra su homilía, tras perorar larga y tranquilamente en la lengua del Blanco, únicamente porque ha hecho alarde de gran elocuencia... Que los feligreses no pueden evitar bailar cuando la emoción alcanza su colmo, en plena celebración, sentados o puestos en pie, al final de la misa, como colofón, para clausurar... y que resulta imposible separar las fiestas tradicionales de las celebraciones de la Pascua de Resurrección o de las festividades navideñas. ¡Bendito Concilio el de Vaticano Segundo! Si se les hubiera seguido prohibiendo más tiempo desfogarse, todos los negros se habrían muerto de sofocación. Por eso las iglesillas —como las denominan los curas— que se reclaman del milagro de Pentecostés, amontonan sus adeptos con tanta facilidad...

... Pero díles también —pegándoles así una pequeña muestra del virus de ese *congosá* que impera en tu tierra— que por desgracia (y de eso no hay quien se enorgullezca) la borrachera está en trance de convertirse en regla. Ha dejado de ser una vergonzosa excepción; se han multiplicado los prevaricadores, e igual que *los dineros del sacristán cantando vienen y cantando se van*, los dineros robados se despilfarran sin contar en los bares con las rameras, y el resto en los juegos de azar... porque no les ha costado nada más que la pena que los ladrones encapuchados se tomaron en reflexionar sobre la manera de quitar la mayor cantidad posible a sus víctimas, el pueblo llano, que aunque lo han bautizado despectivamente «*l'homme de la rue*», no tiene derecho a salir a la calle para manifestar su descontento, menos aún su hartazgo, so pena de ser acusado de subversión, y tratarse brutal y severamente como tal.

... No te ofendas sobremanera (la culpa es de la cultura, pues *¡genio y figura hasta la sepultura!*) si tus amigos se enteran de que en las oficinas estatales de tu país podéis contar tranquilamente vuestras vidas privadas, las historietas del barrio o de la calle, las aventurillas extraconyugales, todo tipo de bromas, aquellas que por lo normal solo se hacen en torno a una botella de cerveza en los bares, y que las mujeres pueden pintarse las uñas y reír entre sí a carcajadas mientras los usuarios esperan con el corazón hinchado, todo eso en perjuicio del ecosistema del desarrollo y de la humanidad. ¿Te escandalizas? Pues, nada. Así son las cosas aquí y así tienen que quedar, para bien de unos condenados mafiosos constituidos en imperios indestructibles.

... Diles, si te dejan, que en tu tierra no se lee, aunque uno sepa leer, que tenga estudios, carrera y todo. Para leer, hay que ensimismarse, huir de la sociedad y del ruido. En cambio, se habla y se requetehabla, se habla a tiempo y a destiempo, mezclando verdad y mentira, realidad y fábula, ciencia y misterio... Se habla más de la cuenta, se habla hasta la náusea, pues eso permite evacuar toda clase de bilis. Si no, nos sujetamos la mandíbula y permanecemos pensativos y descorazonados o, peor aún, nos tornamos iconoclastas y lo rompemos todo a nuestro paso, vociferando, gritando como endemoniados, y hasta podemos acabar llorando a lágrima viva. Nosotros no nos refugiamos en las novelas y los periódicos. La vida al aire libre. Los libros y la prensa mienten. Engañan sobre la realidad cargando las tintas o quedándose por debajo. Preferimos seguir siendo humanos que necesitan de otros humanos para compartir la vida entre todos —así cada uno puede enhebrar lo suyo a su antojo despegando en el terreno de una noticia de poca monta, así la etiqueta de la creación literaria no se reserva para un puñado de cuentistas que cincelan humanoides mediante la imaginación, el arte y el jugueteo. Tú mismo te habrás dado cuenta de que esa peste del *congósá*, con todo, libera más de lo que daña. Y veréis quiénes se llevan la razón, si los de los libros o los del habla-bla-bla-bla... Quizá también mitad libros mitad habla, ¿no? Reitérales a tus contadas amistades que tu África les manda muchos saludos, muchos abrazos efusivos y les agradece mil veces la acogida magnánima que te reservaron, así como tu integración (¿forzada?, ¿cordial? —¡qué más da!—), en su sociedad.

Llévalas —si acaso se te hubiera olvidado— un puñado de nueces de *kolá*. Ofréceselas asegurándoles que, pese a su sabor amargo, es el emblema del amor, el más dulce amor, lo mejor que puedas traer. Con ella se admite la compañía del que viene a visitarnos, como señal de cordial bienvenida. Con ella se solicita la confianza del visitante o de la persona con quien nos cruzamos por la calle, hasta tal punto que, si desconfiamos de alguien, no la aceptamos por parte suya. Con ella se entablan y sellan las negociaciones que conducirán a las bodas... Trae paz, y sobre todo traba amistad, con vocación de perennidad, aunque, naturalmente, a veces las cosas se estropeen.

... Allí gozarás de mayor tranquilidad (¡Como quien dice, todo es relativo!). No te despertarán al amanecer con la noticia de que Fulanito ha fallecido y hay que personarse en la casa del duelo para que mañana no tengas que volver la mirada al campo, o incluso torcer tu camino si topas con la viuda o un hijo o cualquier otro allegado suyo en la calle,

porque no fuiste a compadecerte con la familia afectada por «tan mañana desgracia» («¡Oye, no se te vio por ahí! ¿Qué pasó?»), aunque tu presencia no hubiera variado la situación ni en lo más mínimo, y nada específico tuvieras que hacer allí, aparte de suspirar «¡Yooooih! ¡Qué pena!»). Y entonces es cuando recuerdas haber oído lloros dramáticos por la noche, y te han dicho que no, que no se trata del anciano cuya muerte esperaba todo el mundo, sino un joven que se ha metido en no se sabe qué tipo de sociedad sospechosa para tratar de enriquecerse de la noche a la mañana, y por lo visto, según se cuenta, ha llegado su turno de pagar según las reglas del juego... ¡con su propia vida!... (y tú a sublevarte porque no ves en qué eso concierne a los demás, porque si pones un pleito, tienes que personarte tú mismo ante el tribunal para responder, lógico, ¿no?)

... No te vas a cruzar con un vecino quien te dice que precisamente venía a verte para contarte lo que le ha ocurrido: que es una cuestión de vida o de muerte y si no le ayudas, está muerta. Y yo ¿qué? ¡Cada uno en su casa y Dios en la de todos! Hay que prestarle dinero como sea, porque si no, «el banco va a quedarse con mi casa». (Oye, ¿de dónde crees tú que voy a sacar tanta pasta?... ¡Como si tuviera en mi alcoba una máquina de acuñar dinero! Esto último no lo pondría así, pero es lo que pensaría.) «La dejé hipotecada —explica para persuadirte de meter la mano en el bolsillo— para reunir el dinero necesario para las bodas de mi hijo, y resulta que el amigo que me debía dinero y que me lo prometió para este final de mes sin falta acaba de ser operado en el hospital provincial de un cáncer de algo y ahora lo que me dice es «¿Qué quieres que haga? Tú que yo, ¿qué harías?» para desarmarme, y remata su alegato precisando que le ha dado vueltas al asunto durante toda la noche, «y la única persona en la que he pensado para salvarme eres tú. Por favor...»

... La última vez que estuviste en el pueblo, uno llamó a puñetazos a tu puerta, a las dos de la madrugada, (como quien es perseguido por un ladrón) diciéndote que su mujer estaba a punto de dar a luz en casa, y tú mismo tenías que deducir que la grave y urgente responsabilidad de llevarla sin demora al hospital más cercano recaía en ti; no estudiaste para comadrona, ya lo saben, y tampoco has asistido nunca a un parto. A tan altas horas y en tales circunstancias no te daba tiempo ni siquiera a lavarte, a lo sumo una palma mojada pasada por la cara, justo lo necesario para separar los párpados y quedarte lúcido antes de coger el volante de tu coche. (¡Por lo demás, no te preocupes, el regalo que te tienen reservado será ponerle al recién nacido tu nombre de pila! La cosa cae

por su propio peso, y no hay necesidad de pedirlo». Lo más apremiante era que todo saliera bien, en conformidad con la voluntad de los dioses tutelares de la casa, quienes siempre vigilan desde su inalcanzable mirador ubicado en un lugar desconocido. Quisieron que estuvieras allí, tú y no otra persona, en aquel instante preciso, para salvar la vida a dos seres humanos en peligro...

... Aquel otro día, habías salido de tu hotelito para bajar a tomar el fresco en la calle. Llegó un mensaje. Había cundido la noticia de tu presencia en el país. El recadero era un amigo tuyo: «El jefe de nuestra comunidad invita a las élites de su territorio a una reunión en la cual se aunarán los fondos necesarios para la construcción de su nuevo palacio, y cuenta especialmente con los de la diáspora. ¡Bella coincidencia que estés aquí en este momento preciso!... ¿Cómo se habían enterado de que estabas aquí, si solo llevabas unos días? Ese era un detalle impropio. «¿Estás o no estás? Esa es la cuestión. Imposible zafarte. Tienen que aprovechar y coger al vuelo lo que de otro modo no se alcanzaría, o difícilmente. Además, llevarás la noticia allende el mar, pero ya puedes empezar a manifestar tu buena voluntad aquí y ahora».

... Pero ¿quizá, con todo, valgan mejor esos quebraderos de cabeza que encontrarse entre gente que vive en una tranquilidad ilusoria, exagerada, en la soledad de un desierto poblado de mudos recelosos, mortalmente introvertidos? Hay algo mágico que oculta celosamente el terruño. Algo entrañable, indescriptible pero inconfundible, inequívoco, revitalizador, algo así como la fuente surtidora de la vida, irreplicable en otro lugar. La palabra viva puebla las relaciones entre la gente de todas las edades. El aire reconoce las narices por donde se mete en el cuerpo, el cuerpo es cómplice del calor y de las gotas de lluvia que se infiltran en las pajas de los techos o golpean el zinc de las casas modernas, las gallinas cacarean, los gallos cantan, las aves seculares de los bosques sagrados no varían su modo de silbar, y los búhos siembran el mismo terror ululando, los dioses vigilan sin pestañear, y la vida sigue su curso.

... Vuelve allí a padecer la psicosis irremediable de las facturas que te chupan la cuenta bancaria con maléfica voracidad, de impuestos tan elevados que te dejan al borde de un ataque de corazón. ¿Qué remedio, después de todo? Al menos, con los dineros que recogen así se ven los trabajos ya realizados o en vías de serlo, con el nobilísimo objeto de amenizar cada vez más la vida de todos los ciudadanos sin exclusión. Si hay ladrones, como creo que habrá unos cuantos, no arrojan insolencia, porque la ley vigila y, llegado el caso, flagela...

... Comerás productos tropicales engañosos vaciados de su sabor por el cruce de los mares y temperaturas extremadas. En Saint-Cyprien, en Mont-Rouge —quizá me esté inventando nombres, pero ¡qué más da!— en las tiendas de ultramarinos (¡Gracias, hermanos latinoamericanos!, ¡Gracias, amigos chinos!), en los barrios suburbiales de París, Bruselas, Aachen o Freiburg, Birmingham o Torino, con un poco de suerte encontrarás aguacates, *ndolè*, mandioca, malanga, pescado fresco y qué sé yo, en tiendas muchísimo menos abastecidas que el Mfundu, Sandagá o Kolulún, que *a falta de pan buenas son tortas*... A la lengua y las papilas gustativas, lo único que les queda es ¡acomodarse!

... Vuelve para quedarte meses, años quizás, una eternidad, privado del hálito de los tuyos, de la amistad de los antiguos compañeros de colegio, de la compañía de tus amigos de la misma generación de edad, de las múltiples celebraciones que agrupan a todo el pueblo. Echarás de menos los encuentros fortuitos, las visitas inopinadas, la idílica ingenuidad de tu gente... Te quedarás sin pláticas en tu cariñosa lengua materna —te resulta repelente el término *vernáculo*, por ser causante de rebeldía su etimología— tu lengua tan bonita, tan insustituible, tan pintoresca, tan tuya como un guante cosido a la medida de tu mano... tan original, tan rica, tan preñada de proverbios y rebosante de dichos populares, tan impenetrable, tan poco comunicable, tan metafórica, tan anecdótica, en fin tan esotérica, y que —¡horror!— está en proceso de perdición... por inanición... ¡Vete a retar con tus anfitriones en la suya y en lo suyo!... Y, sobre todo, ¡no tolere que nadie te anatematicé!

... En buena lid te has enemistado a muerte con un par de familias de entre tus allegados (o si se toma en cuenta una tercera con quien os citasteis, pero no pudiste volver hasta pasado medianoche, y se desanimaron, y volvieron a su casa refunfuñando y prometiéndose regresar a primera hora, sin saber que te marchabas al día siguiente a las cinco de la madrugada, para coger tu vuelo desde otra ciudad). Todos andan diciendo que qué te crees tú, que no eres Dios, que sus hijos pueden perfectamente marcharse también al país de los Blancos sin la ayuda que tú les niegas (eso lo dicen a tus espaldas, ¡claro!, ¿quién se atrevería a ser tan arrogante contigo frontalmente?), y que están dispuestos a vender todos sus bienes para alcanzar la meta que se han fijado... que te resulta tan cómodo echarles en cara que el consejo que puedes darles por lo pronto es que los hijos se empeñen en los estudios —así de fácil, ¿verdad?—, porque tú piensas que todo el mundo goza de las mismas facultades que tú para aprender... que sí ahora el verdadero padre son

los estudios, y que con eso se les abrirán todas las puertas (¡tan seguro de tus afirmaciones!), y así no habrá que suplicar a nadie para conseguir el visado para viajar a Suráfrica, o a Dubái, o a Estados Unidos a buscarse la vida dondequiera que sea, con tal que se salga de aquí... ¡vaya modo de quitársela a la gente de encima!...

... Te prestan la errónea y absurda pretensión de querer ser el único en el pueblo en ser «blanco», «¿no sabe que es una buena cosa cogerle la mano a otro para cruzar un río?, es el tipo de personas que, cuando les salen oportunidades, solo piensan en colocar a los suyos, no les faltan pamplinas que contar a los demás; si aquellos misioneros no le hubieran tenido lástima, ¿qué diablos habría hecho para cruzar los mares? —(¡desconocen la verdad del caso, pero bueno, da lo mismo!)—, y eso que, de tener la más mínima voluntad, podría llevarse a todos los jóvenes de este pueblo allá, que no le cuesta nada, son los Blancos amigos suyos...» que si tal que si cual...

... Te compensará ampliamente —de eso también estoy segurísimo— la belleza de tus cosas de intelectual, la satisfacción de pertenecer al círculo de los que labran la dura roca del mundo, para gobernar su ingobernable barco (pero cuidado con los límites que no hay que franquear, a riesgo de estropearlo todo pensando que se llegará un día a saberlo todo). Vete a contribuir en la emergencia de la raza humana (¡la auténtica!) en el resbaladizo y nunca satisfecho terreno de la investigación. Al menos, entretanto no te roerá hasta la médula de los huesos el quebradero de cabeza de los papeles que se cierne sobre tantos extranjeros, terrorífica espada de Damocles, porque entonces la vida se torna infierno, y tienes que moverte como un ratón que se mete en la primera alcantarilla que se le ofrece en el curso de su carrera desesperada, huyendo de la policía, para esperar la próxima ocasión de dar un salto más e ir avanzando. No habrá ningún riesgo de que te repatrien como un paquete postal que se devuelve al remitente, con esposas en las manos cruzadas detrás, en la espalda, a empujones. Extremada humillación esa... que no faltaría más...

... Huye de nuestros cotilleos tan preciados que, aunque supuestamente son cosas de mujeres, a veces ocurren entre los hombres (¿será por inevitable contaminación, quizás?), pues divierte y relaja, rellena la vida a tope, da gusto oír esas historietas de todo tipo construidas sobre el zócalo del buen humor, pero que, llegado el caso, no se privan del malevolto placer de romper lazos familiares, de llevar parejas a divorciarse, de enemistar a los hermanos entre sí, sembrar cizaña por todos lados...

... Llévate en el equipaje esa mirada sedienta de amor, tierna, de perdón, de reconciliación, de servicio, de humildad, de respeto. Desecha el orgullo que acecha a todos cuantos se han hecho un nombre en la sociedad. Habrá que pensarlo todo nuevamente, ponderándolo con la balanza del amor, rechazando la dictadura de la ganancia salvaje y a todo precio que gobierna el mundo de los tuyos ahora, alocados por el ansia del enriquecimiento, la codicia, la fascinación de poseer. Con ojos filosóficos, que abren horizontes de confianza en sí, pero también de duda, de relativismo. Con esa mirada de humana complicidad. Habrá que reorganizar las fichas de tu juego de damas, pero con terco optimismo. En tu próxima visita, les dará mucho gusto oírte contar que, en esos países llenos de sorpresas, ya no se abren las puertas con las manos. Las puertas han aprendido a oler a las personas que se acercan, y se abren por sí mismas enseguida. Los baños están educados para saber que necesitas lavarte las manos después y secarlas, y no esperan que pidas nada para proporcionarte todo lo necesario... Tú serás su aventurero Ulises para contar, y ya sabes que no les disgustan las hipérbolés...

... Vete, así descansarás durante algún tiempo del peso abrumador de una sociedad carcomida por un nepotismo enfermizo, y podrás ahorrarte esas historias escandalosas de injusticia erigida en norma. Gente que trabaja duramente y no cobra al final del mes, y sigue bregando esperando que *mañana será otro día*, mientras que otros se comen regiamente el poco dinero que les iba destinado. Tú ¿qué vas a hacer? ¡Si no eres ningún cacique ni tienes a nadie bien colocado! Sin don Dinero —aquí dicen que *el dinero llama al dinero*— ni una parcelita de poder para pisotear la ley y aplastar a los débiles... Sin apoyo de ningún tipo. Solo la conmiseración de aquellos a quienes andas contando tus miserias para desfogarte. Pero compadecerse no sirve para gran cosa —«*Asiah no di helep*», que se dice— ¡y lo sabe todo el mundo! Apiadarse no sirve para nada, no proporciona pan y no les paga el colegio a los críos hambrientos, ni sustituye sus harapos por vestidos decentes. A los que ya tienen —según está escrito— se les quitará lo poco que tenían para dárselo a aquellos que ya tenían de sobra. Así es, y así permanecerá. Círculo vicioso. Nada de reivindicaciones, a riesgo de ser mirado como un alborotador perseguible por la ley. Enseguida te tildan de subversivo, y mira que andas fichado. Amenazas no las falta. La paz es sagrada. Es delito imperdonable arañarla. Las cosas como están, y punto. Ningún argumento, hambre, desempleo, quejas, ningún pretexto es bueno para

despertar a un *león dormido*... No cuestionar nada, no poner nada en tela de juicio. ¡Así de claro!

—Y la prensa, ¿qué hace? —pregunta el vecino que comparte el asiento con él en el avión de regreso. Este ha notado extrañado que su compañero hablaba solo de vez en cuando, sin razón aparente, y ha acabado decidiéndose a preguntar si tenía problemas, y para ponerlo en confianza, ha añadido «Perdone usted, pero es que soy médico.» Y así se ha iniciado entre los dos una conversación con el corazón en la mano.

—¡Y tú que lo digas! Tienen que andar con pies de plomo, y procurar no sobrepasar los límites de lo tolerable. Y, de todas formas, *el perro puede ladrar, pero no por eso se detendrá la caravana*. Los que se niegan a ser cautelosos acaban en la mazmorra, en espera de que las organizaciones humanitarias alcen la voz para denunciar su abusiva detención, a menudo sin éxito.

—Lo peor de todo, lo más escandaloso, lo absolutamente inadmisible desde mi punto de vista —según he oído contar por ahí, porque soy nada más que un expatriado— es el tema de la educación. Una corrupción endémica se ha desarrollado hasta en el ámbito escolar. Ahora todo es pagadero: el ingreso en los institutos públicos, con tarifas oficialmente «oficiales»; el resultado de los exámenes, que no se publica mientras hay alguna probabilidad de que queden todavía clientes atrasados susceptibles de acercarse con un soborno; las colocaciones en las empresas estatales... Perdone usted mi franqueza.

—¡Pero si usted tiene razón, hombre! Los enchufes supongo que los hay en todos los países, pero lo que me parece estúpido es que personas incompetentes, o con perfil inadecuado, se metan en cualquier puesto de los que algunos son a veces hipersensibles. Y es tan escandaloso que hasta los usuarios ciegos ven claramente que son todo salvo aquello que los Ingleses llaman *the right man in the right place*, como debe ser el caso para que todo funcione bien. ¿Te das cuenta? (Se percató de que estaba tuteando a un desconocido), y rectificando, prosiguió: fíjese usted que nosotros, de niño, estudiábamos para ser piloto, azafata, médico, o ingeniero, o sacerdote, o catedrático de universidad... Ahora lo que contemplan los jóvenes es la ganancia, los cochazos, los castillos (¡castillos de verdad, y no «en el aire»!). A ninguno le preocupa ya el mérito, la capacidad real de estar en condiciones de ocupar altos cargos, de conseguir algo grande, porque tienen a Fulanito en el llamado *círculo*, en los

círculos del poder... El favoritismo ha venido a ser la ley fundamental del servicio...

—Un amigo como usted me contaba que los empresarios encargados de obras públicas como por ejemplo la construcción de caminos procuran que nada sea definitivo, porque de otro modo, cierran ellos mismos el grifo del que se beben el dinero del Estado. ¿Es cierto eso?

—¡Más que cierto, se lo juro! La idea es arreglárselas para volver a empezar, al cabo de un tiempo no demasiado largo, con la complicidad de los responsables. Nada debe ser definitivo. Y las excusas para ello están siempre al alcance de la mano, listas para desplegarse: insuficiencia de los fondos asignados, el número de personas que hay que «ver» para que se firmen los contratos, precariedad de la logística, supuesta insuficiencia o desbloqueo tardío de los fondos, etc. Es inacabable la lista. Volviendo a lo del mérito, es un concepto puramente verbal, que puede tranquilamente esperar el día del juicio final, ya que los únicos que podrían provocar un cambio verdaderamente positivo hacen la vista gorda. Son ellos los primeros cómplices. A mí no me extraña porque no son tan estúpidos como para cortar *la rama en la que están tan confortablemente sentados*. Están dispuestos a demostrar su inocencia en todo momento o, llegado el caso, con la característica arrogancia, esgrimir el consabido argumento de que *«la cabra pace allí donde está amarrada»*, y sanseacabó. En tales condiciones, ¿quién va a culpar a quién? Y ¿con qué derecho?

—¡Vaya!... ¿O sea que ya se perdió la apuesta, quizás?

—¡No creo! Somos muchos los que guardamos esperanza, aun no teniendo la menor posibilidad de mover ningún peón del ajedrez. No queremos desesperar, y si no conseguimos ahora lo que buscamos, habrá que seguir la lucha. Aunque la de las independencias no fue nada comparada con la que nos toca sostener ahora, tarde o temprano, las cosas deberán cambiar positivamente. Es una mera cuestión de tiempo.

—Y que surjan héroes dispuestos a jugarse la vida para inducir dicho cambio...

—¡Exacto!

Más tarde, cuando se habían despedido y Mbôñin estaba en la larga fila de pasajeros esperando su equipaje, seguía reflexionando:

... Procurarás nadar entre dos aguas; es posible, y estoy confiado en que no te hundirás, por mucho que se bambolee tu barco en el tormentoso mar en que estamos navegando en la actualidad, tan movediza... Es la única puerta de salida. Te veo cada día más condenado a vivir luchando entre el deseo de afirmar las ataduras de tu cordón umbilical y

la necesidad de ganarte la vida lejos del terruño, en una constante batalla para no ser expulsado en todo momento, traicionado —quizás por tu color, quizás por otra causa—. Tu vida va a transcurrir arrullada por ese balanceo permanente entre un término y el otro. A falta de elegir, vivirás a nado entre tu ingenua Intuición primaria y la soberbia de la Razón Pura. No hay manera de desprenderte de la primera, ni modo alguno de desentenderte para prescindir de la segunda. Ambos términos van a configurar desde ahora en adelante tu personalidad definitiva. Has de ir abriéndote como una flor otoñal un día, y al siguiente encogerte dentro de una concha invernal. Según la temporada, ambos lados podrán desempeñar ese papel susceptible de ser benéfico o resultar destructor, cada uno en una forma originalísima...

... Cuando te sientas a punto de reventar a causa del estrés, contra el cual no hay más remedios que el trabajo o la evasión, vuelve a tu pueblo en busca del desahogo, a respirar ese aire regenerador que se juntan la santa naturaleza y los cráneos de tus antepasados para proporcionar. Y cuando te canses de la tranquilidad de ese paraíso terrenal que está siendo adulterado por la perversa mano del hombre y se ve sometido a la desesperanzadora desertificación, vuelve a Lámelèque, el otro paraíso, artificial, mirífico, tan magistralmente diseñado y edificado por el ingenio humano para competir con la obra divina, o complementarla, a fin de que ambas cosas se turnen en el esfuerzo por desagraviarte del manteo que te impone la vida continuamente, por amenizar las asperezas del recorrido del hombre que recibió la delicada y arriesgada misión de «someter y dominar la tierra».

... Volviéndote, te pierdes el noventa por ciento de la paz social garantizada de la que gozas aquí, no teniendo miedo de carecer de tu alimento cotidiano. Te vas a perder un dinero seguro, bien ganado, bien merecido, tranquilizador. Pero en cambio, recobrarás lo más precioso que echas de menos aquí, en todo momento: el cariño y la convivencia, lo más precioso de una vida de familia... Así que vuelve, vuelve a esa patria chica, donde la juventud entera se queda pasmada ante el Occidente y quiere exiliarse cueste lo que costare. Nadie, nada, la desanimará; no se dejará asustar por el espantajo de ningún peligro, hasta que llegue allí y toque con el dedo la mitigada realidad para reconocer que en casa es donde uno se siente mejor.

... Si te quedas, morirás enajenado, sin ser verdaderamente aceptado jamás por tus acogedores a la fuerza. Te matará a fuego lento la morriña.

Tus sueños se amasarán con remordimiento y pena. Y te extrañará el sentirte como atado. Te pasarás el tiempo preguntándote qué te pasa.

Por lo tanto, déjate mantear por la vida, entre Aquí y Acullá, convirtiendo el balanceo en saludable deporte. Quizá sea la única opción, seguramente la menos dañina, la más acomodaticia. Tienes profundamente enraizadas algunas fibras de tu corazón en esta tierra que, curiosamente, ya es tuya de alguna forma, a pesar de tercos rechazos bilaterales. Sin tratar de cortar tus ataduras ancestrales —¡eso, lo doy por descontado!— La Ciencia ha acortado todas las distancias. Con dinero en el bolsillo, todo el resto se subsana. La Historia ha hecho de nosotros meretrices culturales. Asímelo. Dudo que quepa alternativa alguna...

... Pero una vez de vuelta, cuéntales a los tuyos que ese paraíso no es tan paraíso como creen todos, que ir está bien, pero que se equivocarían pensando que es el fin de todo sufrimiento. ¡Al contrario! La diferencia radica solo en que sufres, y no te engañan, te dan la compensación que tu trabajo merece, y eso no es poca cosa. Y si te sientes frustrado en tus derechos, buscas a un abogado, pones un pleito, y tienen la obligación de atenderte sin preguntar de quién eres el hijo, ni a qué tribu perteneces. Que las denuncias no son objeto de mofa. Que las reclamaciones de derecho no acaban en los cubos de basura al pie de los despachos. No te humillan porque no sabes cómo funciona el país, y tu ingenuidad la pagas con un rechazo apenas velado, «Vete a preguntar y te lo dirán. Pregunta qué hacen los otros.» Si no estás al tanto de cómo funcionan las cosas, será a costa tuya...

... Ya saliste de tu concha. Ya estás volando. Vete. Ábrete como la flor silvestre que eres, flor de los trópicos. Flota como una relumbrante mariposa en busca de salvación en el aire cósmico. Desplégate las alas. Vuelve a lo tuyo, y te vuelcas otra vez, cuerpo y alma, en tu curro. No te darás cuenta del tiempo. Es que pasa volando. Y que allí los lares de tu familia os amparen, que bendigan vuestros sudores y los sacrificios consentidos en ese alejamiento, donde os quedáis privados de su compañía tan calurosa. Que el haber optado por arrancarte de tu ombligo resulte ser la mejor entre todas las opciones que se te ofrecían. Tienen los ojos puestos en ti como en el futbolista de más clamoroso renombre (mala imagen, pero la requiere la moda). Cuentan contigo y saben que no los defraudarás. Se están dando cuenta de que, desde ahora en adelante, ya no volverás a tu pueblo sino como un condenado a vivir en la ciudad que viene a la sierra de veraneo, y cuando te jubiles, te habrás acostumbrado tanto a ese ambiente, que te resultará raro y casi imposible acos-

tumbrarte a otro entorno, aunque sea la tierra de tu idílica infancia. Por lo pronto, sé un hijo pródigo a tu manera, quien se marchará orgulloso y regresará arrepentido tantas veces como sea necesario.

... Saben todos aquellos que te conocen que, desde tus días de colegio, siempre descollaste en todo. Sigue haciéndole honor a tu arranque. Pero ¡jojo! Protesta si tildan tu raza de fetichista con el pretexto de que «adoras las calaveras». No eres para nada traidor de tu fe cristiana. Pregunta si sería justo renegar de tu ascendencia. ¿No necesitan respeto y veneración? ¿O es que las tuyas son diabólicas reliquias? No tengas reparo en reconocer que te comunicas con tus padres y tus ancestros mediante los sueños, que te señalan los escollos que se yerguen en tu camino, te indican qué sacrificios reparadores están pendientes de hacerse a los dioses para zanjar dificultades testarudas, di que sí comulgas con ellos en busca de la vida que debe absolutamente prolongarse más allá de la muerte.

... En cambio, confesarás lo que más te duele, que te duele hasta las lágrimas. Esa pobre cabra de los sacrificios que se degüella despiadadamente, pese a sus desgarradores estertores. La sangre que salpica... Tienes todavía ante los ojos el cruento espectáculo. ¡Qué asco! ¡Qué crueldad! ¡Qué barbaridad! ¡Cuánto nos cuesta entender que la sangre de Cristo se sustituyó una vez por todas a la de las pobres cabras! Esa sangre inocente que chorrea, y el gemido sofocado que se apaga de un golpe para siempre. Y el cordero inerte. Pero, te dicen —y todos los espectadores lo confirman con comentarios que se atropellan!— que así lo dispuso Dios (hay que ver, ¡hasta en la Biblia!) Te sigue persiguiendo sañudamente la imagen de las manos asesinas del verdugo como la mordedura de una sanguijuela, como la picadura de una terrible avispa, y la sangre que el oficiante pasea por el santuario bajo el árbol, para rociar el Gólgota familiar de varias generaciones de calaveras celosamente guardadas, el emblemático aceite de palmera que se desparrama religiosamente, hecho para sustituirse a la sangre expiatoria, la carne repartida a los concurrentes para comerse —tostada de prisa y corriendo— cada gesto acompasado con palabras de justificación... «para rescate de los hombres»... «según la voluntad de Dios»... «que la enfermedad no vuelva a encontrar cabida en tu cuerpo, tú que nos tienes congregados aquí, que tus enemigos reales o virtuales queden confundidos por los dioses, que los derriben estrepitosamente...» (Aprobaciones que alternan con sonrisas de triunfo sobre el mal).

... Pero ¿cómo desolidarizarse de tus antepasados, de la tradición ancestral, aparte esa lamentable barbarie —que por lo demás no es patrimonio suyo—, sin ofender a Dios ni a tus semejantes? Se le partía el corazón... terriblemente. ¿Qué sería de ti y de tu identidad si pisaras a tus dioses y sus exigencias reveladas? —solían argüirle ante su desesperada resistencia, su reiterada reticencia. ¿Crees que Dios dormitaba cuando te hizo nacer donde naciste, cuando te colocó en el entorno que te corresponde en el mundo? Quizás, mientras no le cause daño a nadie, puedas asumir con cierta serenidad esa cultura tuya y sus problemas. Al fin y al cabo, ¿no es esa la regla suprema del Amor, que busca el bienestar por todos los medios, pero tratando de no perjudicar a nadie?

Esta sugerencia de su conciencia le proporcionó cierto alivio, por desgracia solo pasajero. Pero nada, en realidad, conseguirá disipar definitivamente la complejidad de sus preocupaciones. Para su mayor confusión y enloquecedora perplejidad, fue a la misa del domingo, y mira que leen el pasaje en que Josué planteó la siguiente alternativa al pueblo de Israel diciéndole «Una de dos: o te quedas simple y llanamente con los dioses de tus padres, o eliges, pero francamente, a nuestro Dios». ¿Interpelación calculada, advertencia divina, tortura del diablo o pura coincidencia sin consecuencias? ¿De dónde, de quién vendrá la respuesta definitiva?...

... Agradéceles, de paso, a los misioneros —o a sus hermanos fallecidos, en tus oraciones, así como a los que los han reemplazado— el haber traído los hospitales y sus médicos blancos, aquellos de blusa inmaculada, que siempre surgen como un *deus ex maquina* en casos desesperados de enfermedad, recordándoles que, pese a la pericia de los curanderos, su aporte y la complementariedad fenomenal que supuso su llegada fueron providenciales. Antes, nuestros padres traían a la vida tantos hijos como podían, con el empírico convencimiento de que dos de cada cuatro venían destinados a la muerte. Hoy en día, gracias a ellos y bajo ciertas condiciones, las dudas relativas a la supervivencia de un niño se han reducido a su mínima expresión. ¡Que Dios se lo pague!

... Tendrás mucho que contarles todavía. No te avergüences, habrá que profesar que, pese a sus innumerables taras, tu tierra te da un legítimo orgullo...

... Volverás a ella y le dirás: «He pecado contra el cielo y contra ti...» Y verás cómo te acoge jubilosa. No te abandones a la frustración. No te desanimes jamás. Así seguirás fuera del alcance de la droga destructora y de los antidepresivos. Superarás caballeramente los lances racistas. Haz

de la etiqueta de *persona non grata* que se te pegare en la frente o en la espalda un bumerán. Socialízate siempre. No consientas que el mundo en donde vivas sea de otro modo. Escucha. Discute. Bromea de buen grado. Sonríe. Ríete a carcajadas. Y como dijera el buen Sartre, siéntete «*enfin délivré du péché d'exister*»; para algo debes servir. Dondequiera que vayas, haya o no problemas, despacha a toneladas y con magnanimidad *tu alegría de vivir, ta joie de vivre, la tua gioia, your wonderful joy, deine Lebensfreude*... En una palabra, comparte con prodigalidad ese «*gaudium et spes*» que te tocó en el divino reparto de las riquezas, divirtiendo al mundo entero con tu prodigiosa risa a carcajadas...

9. ¡MENUDA EXPIACIÓN!

De vuelta del país, se encontró con que su mujer se había fugado a un paradero desconocido, llevándose a su benjamín. Los dos mayores habían preguntado a dónde iban sin su papá y por qué, y se opusieron a la propuesta de su madre de dejarse embarcar en la aventura. Prefirieron esperarlo apañándose como podían dos mozalbetes despabilados para comer algo e ir a clase. Acusando a su marido de brujería, la madre había decidido unilateralmente una separación de facto a sus espaldas, y había tomado las disposiciones necesarias para buscarse un abogado defensor, por si acaso él la atacaba en justicia.

Ante ese mordaz latigazo, Émbôñin se quedó atolondrado como a consecuencia de dos bofetadas inesperadas, seguidas y repentinas, que tuercen la cara de un lado, luego de otro, sin dar tiempo a entender qué ocurre. Pero, pasados los primeros momentos, decidió no entablar ninguna acción judicial como se lo aconsejaban los amigos. Pensándolo bien, se preguntaba si la verdadera razón de la fuga no era el espectáculo de su espantosa pierna infectada —(que le había obligado a llevar pantalones *pattes d'éléphant*, cosa que no acostumbraba hacer porque le parecía una moda pueril), pues aquella era la última imagen que su mujer había guardado de él en el momento de despedirlo en el aeropuerto— o si había otro motivo que él desconocía. No habían tenido disputa ni problema particular. Nada por el estilo. Y eso que Khadija no estaba todavía al tanto de lo peor: lo de Èfah. Al pensarlo le daba ganas de mear.

Le pareció muy raro todo aquello. La veintena de años de vida común que habían compartido se aniquilaban así de un golpe. Le daba vergüenza pensar cómo lo miraría la gente, unos guasones, «te está bien empleado», otros compadecidos, todos sorprendidos, quien más quien menos. ¿Qué les iba a contar? ¿Que esos años pasados juntos habían sido una pesadilla encubierta, o ese paraíso que los enamorados se prometen hilvanar, o bien que desde un principio se engañaron uno a la otra y viceversa? Durante el resto de su vida, se interrogaría sobre el valor de esa comedia que se llama amor. «¡No me lo puedo creer!» ¿Y si de veras fuera porque no compartían la misma cultura? En su pueblo todas las mujeres sabían, al casarse, que si, por lo que fuera, su marido se hiciera una podredumbre de gusanos blancos, ni siquiera habría que pensar en abandonarlo. ¡Y era precisamente lo que estaba pasando! con la salvedad

de que ahora había recobrado la casi normalidad de su aspecto, de su pie y todo lo demás. ¿Quizá fueran sus padres quienes tenían razón? «¿Qué me está pasando con esta avalancha de infortunios?

—«Me mareo en medio de todo esto. La perplejidad me vuelve loco». Necesita ancla para agarrarse. Ninguna solución milagrosa a la vista... Sus escasas fuerzas se han agotado... Pero seguirá la lucha. Tiene que seguir la lucha, contra viento y marea. Queda terreno por conquistar. Algo de lo perdido puede todavía recuperarse. «Aun atado de pies y manos, forcejaré, lucharé armado de la convicción de no ser nunca desalojado del fondo de mi cabeza ni de mi ser profundo. Acorralado, ¡sí!, pero derribado y vencido una vez por todas, ¡de eso, nada! Vencido por fuera, seguiré la lucha por dentro, allí donde el enemigo no me podrá alcanzar ya» —se animaba.

En busca de un remanso de paz en la tormenta que le sacudía, de un reequilibrado mental y de fuerzas nuevas para enfrentarse a una realidad cada vez más pasmosa y agotadora, pensó en ofrecerse un viaje a Tierra Santa, Fátima o Roma... *El olor de las especias no se va nunca totalmente de la calabaza en que se llevaban conservadas* —como reza un dicho de su tierra. Mucho se le había quedado de su vocación de los años de enseñanza media, cuando tanteaba su camino en la vida. En el fondo, había conservado lo esencial de la fe cristiana. Dios no se había marchado de su vida, aunque *una vez que se ha derramado el contenido de una cesta, ya no puede llenársela recogiendo los granos esparcidos*. La quintaesencia del mensaje cristiano de la salvación permanecía enraizada en su fuero interno, inexpugnable. El ¿destino?, ¿la intuición? ¿la Providencia?, o ¿la Virgen de los Dolores? orientaron sus pasos hacia Francia... hacia Lourdes, para aprovechar de la intermediación de Bernadette. Pudo también ir a Fátima, Compostela, o Tierra Santa. Elegir es siempre difícil. Quizá entrara en juego, en un momento del proceso interior, el factor de la distancia o el del coste...

En la romería, había de todo: forzudos que se desplazaban con la magnanimidad de una imagen a cámara lenta; obesos que luchan cual asmáticos para no ahogarse; mongólicos en sus camillas, de edades difíciles de determinar; tetrapléjicos mirando tranquilos, de los que unos contaban ya con décadas de resignación frente a la intransigencia del destino; un pigmeo acompañado que se colaba entre las patas de los demás, imantando la curiosidad de todos los mirones; un boquitorcido en su silla de ruedas, incapaz de controlar el chorreo de su saliva, que tiene el mismo derecho a la felicidad que los más guapos, endomingados

o sobriamente vestidos conforme a las exigencias del verano, que circulaban sin poder acallar su altivez natural; turistas deseosos de comprobar qué secreto fetiche atraía a los cristianos desde hacía tantas décadas a Lurdes, con un aparato fotográfico al hombro y la señora agarrada por el brazo en medio de una concurrencia apretujada; multitud de tullidos conducidos por familiares que bien podrían ser sorprendidos por una conversión milagrosa incluso si no tenían fe antes de venir; alemanes, griegos, sudamericanos, judíos, etíopes y zulúes, chinos, marfileños, rusos, japoneses, austríacos y australianos, todas las razas de la tierra, ciento cuarenta y cuatro mil... —como en el Apocalipsis de San Juan, si se exceptúa la ausencia del color blanco del vestido de todos los santos—, setas de paraguas desplegados, políticos de vacaciones, agotados por su equilibrismo entre la verdad, sus intereses propios y el mal llamado interés superior de la nación—, grandes industriales cansados de las playas miríficas y de sus hoteles de lujo insolente, de la Costa Brava, de Benidorm y de safaris por las selvas de África, de anglosajones, de yanquis, de algún antiguo campeón desengañado; desesperados para quienes las cosas se habían puesto cada vez peor en la vida, y querían probar suerte aquí, en realidad, experimentar una última tentativa haciéndole un guiño a la tan entusiastamente celebrada misericordia divina; guías turísticos que lo saben todo; religiosos que encabezan asociaciones de feligreses de su parroquia o jóvenes cristianos pertenecientes a un grupo; caminantes procedentes de Santiago de Compostela, con un secreto afán de comparación, o encaminados a santificarse acumulando gracias por todas las vías posibles; enfermos en busca de curación, con cantimploras para recoger agua bendita y traerla a casa, junto con postales de suvenires; personas malas, quizás satélites de Satán, habitadas por el espíritu demoníaco, empujados por el atrevido empeño de desafiar o poner a prueba las invictas virtudes de la fe en Cristo y el poder de intercesión de su Madre, o visitados por el Espíritu Santo, camino de la transfiguración, unas familias de personas negras como la noche que andaban mirando de hito en hito no se sabe qué, porque todo era espectacular y llamaba la atención de todos. Algún investigador tomando discretamente notas en un cuadernillo, un historiador comprometido y apasionado, quien se fija en todos los detalles artísticos de la capilla... Total, salvo unas cuantas excepciones, un ambiente de familia y tolerancia mutua de quienes —pese a sus enormes diferencias— miraban en la misma dirección señalada por Dios Padre, maravillados por los mismos insondables caminos del Señor. Exceptuando también a unos simplones

que eran incapaces de decir qué pintaban ahí, todo el mundo se dejaba llevar por la contagiosa corriente de esperanza...

Por un rato se apartaban las críticas protestantes relacionadas con la Virgen María y la supuesta adoración de que son acusadas la Iglesia y los feligreses que rinden un culto a la Madre de la Humanidad. Seguro que había gente malintencionada entre aquella muchedumbre respetable. Vete a saber quiénes eran y qué les pasaba en la cabeza. Los creyentes rogaban por todos, ellos inclusive. Sin embargo, siempre existen también paseantes que no se preocupan por la atmósfera de recogimiento prevaleciente, y no se sienten, ni mucho menos, concernidos por el mensaje que supone una concurrencia tan masiva en esos lugares.

En el momento de santiguarse, no falta entre quienes pasan delante de la gruta un niño distraído que hace una señal de cruz enrevesada, se embrolla en el recorrido de la mano haciéndola arrancar en el pecho, o la hace con la izquierda, dibujando una cruz rota por un lado porque queda sin finalizar la figura geométrica que la conforma, y ni siquiera se da cuenta de su error. Los entendidos que lo notan esbozan una sonrisa, y saben que Dios se lo perdonará. Los consuela la esperanza de que los culpables mejorarán su conocimiento de la regla que rige toda presencia aquí para, en adelante, tomar las cosas con mayor seriedad...»

Ahí está Pequémoh, solitario, indigno representante de su pueblo, entre esa marea humana, a los santísimos pies de la Madre Santa, con toda su carga cultural de centenares de divinidades tutelares, de adivinaciones, de supersticiones empedernidas, de tótems, de anacrónicos sacrificios de purificación, su lote de incertidumbres y vacilaciones a cuestas, recién hundido hasta el cuello en el lodazal de sus pecados... «amenazado como vengo por nuestra ridícula poligamia con que pretendemos asemejar a Abrahán, a quien su Dios amó tanto y colmó tanto, con sus innumerables mujeres y sus hijos como la arena de la playa al borde del mar... allí decimos *tan numerosos como niguas*, pero da igual, no choca a nadie» ...

No le suena ninguna cara, y sin embargo a él lo identifican enseguida con su color destacado, inconfundible. Viene con angustias propias, sus temores y esperanzas, a derramar sus cuitas personales y patrimoniales respecto de la Palabra y de las promesas de Dios, ante la que dijo con incuestionables confianza y abandono, «Hágase Tu voluntad».

Con testaruda confianza, de día como de noche, confiará en el Padre Todopoderoso, eterna Fortaleza de Amor y de Misericordia sin parangón, así como en la perspicacia de sus ojos —que por fortuna no

pueden apreciar ni errónea ni malamente, como los ojos humanos— a cuya sana inspección nada puede escapar. Rezará por los suyos también. Rezará junto con esa muestra de la raza humana impregnada de pecado, aunque sea un solo rosario, y dirá una plegaria para completarlo, a sabiendas de que la Virgen hará el resto mejor de lo que él mismo puede acertar a imaginar.

Por lo pronto, alzando la vista a la gruta, «Madre, héteme aquí, tal y como soy. Tú eres mi otra madre. Ya lo sabes, que en mi África no nos conformamos con una sola madre. Tú eres mi otra Madre, y entre todas la Suprema. Vengo como un nene hambriento, sucio, llorón, con ropa desgarrada en las luchas cotidianas con los compañeros, confuso, perplejo, necesitado de asidero, que ni los ancianos ni las hermanas y los hermanos mayores, ni los transeúntes..., ni siquiera mi primera madre —¡tan amante!—, nadie ha sabido entender. ¡Fuera de ti, no sé ya a quién dirigirme!

Míamoh, Meñi Suúmeñi —nombre que se había acostumbrado a pedir prestado para pensar en su madre, en los momentos más emocionantes, porque así la llamaban las madres deseosas de tributarle lo mejor de su afecto— me ha dado cuanto ha podido ofrecerme de alimento, cuidado y cariño, y sin embargo me falta algo esencial. ¿Qué? No lo puedo decir, porque no lo sé. A partir de este momento, tú me señalarás el camino que tendré que tomar. Me encuentro en una encrucijada de tormento, y ando despistado hasta perder la cabeza. Pero confío en el último recurso que eres Tú, Madre. Agáchate al oído de tu divino Hijo, y susúrrale que me atienda de modo especial, que me eche una mano. Buena falta me hace. Si no, me quedará acorralado en la calle sin salida por la que me he metido. Que se digne decirme cómo puedo asumir mi identidad propiamente, pero sin ofender a Dios, a la Trinidad Santa, y sin mandar a paseo a mis antepasados. Ahí va mi tormento. Es un auténtico rompecabezas... Solucióvalo como Dios manda. Apáñate con Tu divino Hijo, dispensador del único Amor auténtico, ¡oh Mater Dolorosa! Me diréis Él y Tú hasta dónde puedo aventurarme sin cruzar el umbral de la alienación, porque si no, dejaría de ser quien soy, sin poder llegar a ser otro. Me da miedo la idea de poder pisar la línea roja, que me parece más que borrosa, debido a la calidad de mis ojos brumosos... ¿Tengo o no razón de pensar que Dios no me puede medir con el rasero de otro? Dime que no ando descaminado, que Él es Justicia por antonomasia...»

De repente, se siente como inundado por una paz beatífica, sumamente bienhechora... ¿Realidad o alucinación? Desde luego, no esto último. Un aroma de paraíso de flores de procedencia desconocida lo envuelve, invadiéndolo como una nube de felicidad, como un nene díscolo que la madre sume en un agua de baño a la temperatura ideal. Esa sensación extática dura unos minutos y entra en un proceso de extinción. Así y todo, se siente revitalizado.

Piensa en el episodio bíblico de la transfiguración: «¡Ojalá pudiese uno permanecer aquí y mandar a por el resto de la familia, de los amigos, de los paisanos y del pueblito entero, que cada uno se acerque para comprobar personalmente ese cambio a ciento ochenta grados, a ver con sus propios ojos, a disfrutar, a aprovecharse por su propia cuenta! En nuestra tradición, cuando paseas por el campo y topas con un parterre de champiñones, ¿no es el primer reflejo que vuelvas corriendo a llamar a los tuyos enseguida? Es impensable que descubras tal tesoro y te lo quedes solo. Hay que compartir y compartir y compartir siempre, para que lo bueno disfrutado juntos libere profusamente sus virtudes en ti y en los demás, comunicando así su energía vital a todos».

Se arrodilla... sin preocuparse por las miradas que tratan de explicarse ese gesto a destiempo. Se pone a rezar. Reza desplegando las alas de su renovada fe. Reza profundamente. Está tan absorto en su comunicación con el Ser Supremo, que el mundo alrededor se esfuma por un rato. Reza en su idioma materno, «así Dios oírás y sabrás que soy verdaderamente yo, entre la multitud de sus hijos aquí congregados».

—Es hora de que yo vuelva para afrontar de nuevo los múltiples retos de mi vida diaria. Madre Santa, fortalece mi fe. Considera mi confusión, y ten piedad del hijo perdido que soy. Sé que me quieres, a pesar de todo, y no cabe el menor hueco para deslizarse la duda. Ven a mi socorro con tu Hijo. ¿Lo harás? ¡Vaya una pregunta! No. No contestes. Lo más urgente es más bien que actúes. Obra, obra, Mamá. No eres charlatana para nada. Más bien, eres parca en palabras; lo sabemos por intermedio de Bernadette. Pero las pocas que sueltas pesan toneladas de amor y de afecto maternos. Nadie más que Tú es generoso a la hora de derramar las gracias. Confío en que atenderás mi súplica, que me irás acompañando a partir de este momento crucial, con todavía mayor solicitud que antes.

Déjame confesar que el tamiz con el que trato de sortear lo bueno de lo malo, lo tolerable de lo absolutamente inadmisibles, de medir la distancia que separa lo autorizado y los hechos, está gravemente agu-

jereado y anda despistándome, porque deja pasar enormes grumos. Me consta que no me dejarás tirado, precisamente porque estoy a punto de ceder bajo el peso de mis pesares, que las lacras de mi sociedad no hacen sino complicar cada día más. Cuando más problemas tiene es cuando el nene necesita a su amante madre para atenderlo y limpiarlo de su caca frunciendo la cara, pero sin escupir de asco, porque sus ojos están puestos en lo mejor, que no se ve. Cuando anda por ahí jugando, no piensa mucho en ella. Eso es lo que ha pasado conmigo. Ya lo sabes.

Estoy a punto de regresar. No permitas que mi presencia aquí haya sido vana, un simple fulgor engañoso, una abortada veleidad de mejoramiento, una empresa inútil. ¡Ven conmigo! ¡No me dejes solo! ¡Precédeme a donde voy! ¡Acompáñame, aunque sea con la mirada! ¿Qué digo? ¡Ya estás allí, esperándome! ¡Madre, dile a tu Hijo que por favor, si no me agarra, volveré enseguida a las andadas, a caer rodando! Mi otra madre me espera con una mujer. Ella también sabe de sobra, por intuición, que a la Naturaleza la horroriza el vacío. Y sin compañera mi vida sería como un trípode al que le faltara una pata. La madre de mis hijos que yo creía ser mi mujer para bien y para mal, me ha dado la espalda. No tengo noticias de ella. En mi entorno me echan la culpa. Dicen que no debí de haberme casado con ella, que la exogamia es demasiado arriesgada, y que la probabilidad de que la cosa funcionara era nula, o casi. Ya tengan o no razón, el caso es que me encuentro en pleno medio del agua, sin saber hacia dónde remar, ni dónde sacar fuerzas para hacerlo. A estas alturas, no sé ya qué pieza del ajedrez de mi vida mover, y ¿en qué dirección? Mi desconcierto es total. ¿Acaso seguiré desorientado, exactamente como antes de venir aquí? ¿Y a quién más iría, entonces? ¿A los dioses de mi pueblo otra vez, quizás? ¿O a los cráneos de mis antepasados? No quiero ningunearme y no quiero tampoco ser impío. ¿Verdad que no hay necesidad de que me enajene para alcanzar la salvación que Tu Misericordioso Hijo me ofrece? Quiero seguir siendo quien soy, pero transfigurado por vuestra presencia en mi vida. Sí, Maá. Sí, señor Jesús. Tú eres el Camino. Tú eres la Verdad. Tú eres la Vida. Tienes Tú las palabras de vida, las únicas que salvan. No lo dudo. No me soltaréis. No me soltéis. ¡Nooo! Muy amante Maá, ¡a que mi color no te asusta! La madre perfecta que Tú eres no puede rechazar a ninguno de sus hijos, aunque sea negro como el pecado. A los más pequeños de Tu prole los rodearás —intuyo— de mayor cariño y ternura, porque son más delicados, más frágiles, más deficitarios, más vulnerables, porque te necesitan más que los fuertes que saben desenvolverse por sí solos. En

Ti confío desesperadamente. Me voy serenado, porque conociendo las dimensiones incalculables de Tu cariño, *te doy la espalda como el pájaro da la suya al cielo*. Por favor, quítame la astilla que llevo incrustada en la planta de mi pie, que me impide moverme. Polariza toda mi atención y me vuelve inútil, por distraerme de todo compromiso vital.

Al amanecer, el tren salía de la noche para entrar en la estación más cercana a su casa como si saliera de un largo túnel. Los rayos del sol se adivinaban detrás de las neblinas matutinas, cuya incierta blancura iba despejándose progresivamente. En otro tiempo, venía a recogerlo su mujer. Pero aquel era el pasado. Los tiempos habían cambiado, y lo constató con cierta amargura. Había preferido dejar su coche propio para dedicarse entero a su meditación durante el trayecto de ida y vuelta, liberado del estrés de la circulación. Cogió el autobús número 3 en dirección a su casa. De repente, en el camino, le sorprendió un inexplicable rayo de esperanza que le alumbró el corazón. El viaje tardó un cuarto de hora, y estuvo andando otros diez minutos antes de llegar a casa.

Era un sábado. Avisados por una llamada telefónica, sus hijos esperaban en el umbral de la puerta, con una sonrisa enigmática, y los dos mayores llevaban en los brazos convertidos en caballete un cartelón con las siguientes palabras, minuciosamente caligrafiadas por una mano experta: «BIENVENIDOS A CASA».

¡Papá, adivina quién está aquí, esperándote! —le dijeron en coro a modo de saludo.

Naturalmente, estaba intrigado por esa acogida ceremoniosa, así como por el número plural de la inscripción. Lo cogieron por la mano y lo condujeron ante su habitación procurando mantenerlo a cierta distancia de la puerta. Uno hizo como que abría, pero la puerta estaba cerrada. Entonces llamó tres veces, *cua'cua'cua'*, con el nudillo de su diminuta mano, y desde el interior se abrió. Antes, habían tomado una precaución: el penúltimo en edad había mandado agacharse al padre y le había vendado los ojos con un pañuelo alrededor de la cabeza, que le ocultaba la vista, como en el juego de la gallina ciega.

Se acrecentó la confusión de Pequênin, y su curiosidad se avivó todavía más. Sintió que le habían preparado una jugada, y empezó a sospechar quién podía ser, pero sin creérselo, puesto que un desconocido cualquiera no podía metérsele, así como así, en la alcoba. Luego, los hijos le ayudaron a cruzar el umbral sin tropezar contra nada, lo empujaron suavemente hasta el centro de la habitación. Allí, mantuvieron el suspense durante unos segundos, que le parecieron interminables.

Por fin, el benjamín se destacó del grupo, se volvió y, dando la espalda a su madre, se hizo aupar del suelo. Entonces miró al primogénito y recibió, mediante un simple meneo de la cabeza, la orden de actuar. Quitó delicadamente el velo de la cara de su padre. Este se frotó los ojos y, llevándose las manos a la boca como había aprendido a hacer de sus hijos, exclamó:

—¡Wáaa-uuuh! —sin poder decir más.

Allí estaba su mujer, su Khadija, sentada en la cama elegantemente armada, más bella aún que el día de su boda, resplandeciente como un sol matutino. Sonreía, confusa y un poco avergonzada, algo divertida por la acertada puesta en escena. Se levantó. El pequeñín permaneció agarrado al cuello de su padre un instante, cubriéndole de besos, antes de consentir a bajar. Entonces el dichoso marido se acercó a la madre ahora de pie, que lagrimeaba tranquilamente. Todos los críos se agarraron a los pies de ambos manifestando un júbilo recuperado. Formaban un magnífico ramo de flores destinado a la diosa Amor.

Mucho más tarde se permitió esta pregunta el padre:

—¿Y lo de bienvenidos en plural?

—¡Pues a papá y mamá juntos, aunque por separado, cada uno en su momento!

Estas aclaraciones mostraban que la acogida había sido planeada con todos los pormenores previsibles. La madre había llegado la víspera, y habían tenido todo el tiempo necesario para montar su bonita obra teatral, deshacer y rearmar ella la cama nupcial. Las sábanas eran flamantes, de seda de grandísima calidad, recién compradas por ella misma. Encima de la almohada se encontraba un sobre a nombre, también caligrafiado, de Pequèmoh, llamado, para la circunstancia, sencillamente «Papá». Estaba colocado de tal modo que llamara enseguida la atención. Pasado el golpe de emoción, estaba dando la vuelta a la habitación con los ojos, inconscientemente, y toparon con el sobre. Antes de coger y abrirlo, miró a su mujer y sonrió, adivinando su procedencia. La carta, redactada con sumo esmero, en letra bastarda, rezaba:

«Cariño:

Tè pido perdón. Tè pido perdón de rodillas. Tè pido perdón desde el fondo de mi corazón. Ha sido una crisis lamentable, por fortuna pasajera, de la que gracias a Dios salgo robustecida, fortalecida, engrandecida. Ya sé que por lo mucho que me has querido, no me vas a confundir más preguntándome dónde he estado durante todo este tiempo. No vas a hurgar en esa dolorosa herida y, sabiéndolo,

quiero agradecerte de antemano, porque de hecho sería un suplicio suplementario inaguantable pedir a una pobre idiota —que además de ingenua se ha mostrado indigna—, que describa la ruta de su vergonzosa vagancia.

Perdona mis desvaríos. La verdad es que me he portado como una niña espantada por la mención del coco, olvidándose de que está en brazos de un adorable ángel custodio, dispuesto a todo para protegerla y, llegado el caso, incluso a dar la vida por ella. Ahora vuelvo a la realidad como quien sale de una pesadilla, reconfortada de que solo haya sido una desastrosa mentira. No hay razones, ni siquiera probabilidades de que la vida sea siempre un camino de rosas, cosa que yo desconocía absolutamente.

Permite que te confiese una perogrullada hoy: hasta que hubiera perdido el tesoro que llevaba entre las manos, yo carecía de la clarividencia necesaria para darme cuenta de la suerte que me había tocado, y apreciar certeramente hasta qué punto era yo una mujer afortunada. Acaban de abrirseme los ojos sobre el verdadero sentido de la vida entre dos personas llamadas a vivir juntitas, «aunque te vuelvas podredumbre», como dice la bonita fórmula. Ahora estoy en condiciones de afirmar con todo conocimiento de causa que fuera de casa, todo es vanidad, incertidumbres, precariedad y arenas movedizas, invierno de tristeza y de soledad terrorífica.

Lo he pensado mucho, y achaco este sombrío episodio de nuestra vida a mi educación y mi juventud que transcurrieron exentas de pruebas formadoras, al hecho de haber nacido y crecido lejos de ciertas realidades en que se arraiga nuestra cultura. Eso, por un lado. Por el otro, la naturaleza humana es por esencia tornadiza. Sin ánimo de soberbia, creo poder afirmar por lo pronto que me siento armada para afrontar valientemente cualquier reto venidero. Ahora entiendo cómo pueden los viajes contribuir al apego a la casa de uno o de una. Lo importante —vuelvo a decir— es que quedo escarmentada. Te ruego que te convenzas de ello.

Ahora paso a decir lo siguiente: me había resistido hasta ahora, pero es tiempo de que se cumpla aquello que venías deseando desde hace tanto tiempo: que nos casáramos por la Iglesia, que quedara sellada nuestra unión, pública y definitivamente, ante los hombres, pero sobre todo ante tu Dios. Merece toda nuestra gratitud por habernos dado hasta aquello que no le habíamos pedido. Tenemos hijos, casa, empleo, familia y todo. Con mi fechoría he estado a punto de comprometerlo todo. Perdonádmela, ellos y tú.

No se me ocurre nada capaz de desagraviarte. Quizás —me atrevo a pensar—, otra vez mi pobre amor, ahora acendrado por esta prueba, ¡ojalá purificado ya para siempre! Si por acaso he adulterado el que me tenías —cosa que no me extrañaría— si es que das razón, como es de esperar —al dicho de que una cesta cuyo contenido se ha derramado por el suelo es imposible que se vuelva a llenar como antes, al menos, te lo suplico, no me aborrezcas. Sin embargo, confío en que

tal aserción resulte inexacta en nuestro caso. Vuelve a pensar en todo aquello que sacrificaste cuando me conociste, y reanudemos nuestra emocionante promesa de amarnos para siempre.

Tu mujer, que te quiere querer como el primer día. Y más aún.»

La carta dejó anonadado a Pequémoh, como lo había hecho la fuga imprevisible de su mujer. No llevaba fecha. Fue el destinatario quien iba a fecharla después de leer y releerla. Nada le había preparado a parecida eventualidad. ¿Qué estaba pasando? ¿Estaría soñando? ¿Era una pesadilla de la que iba a despertar más adelante para sufrir la resaca de la borrachera que sentía actualmente? ¿Se había tornado personaje de una novela rosa por arte de magia, u objeto de un número de prestidigitación, quizás? Y ¿quién, pues estaba manejando el tinglado? ¿O se trataba realmente de Mbôñin y de su esposa tan inesperadamente arrepentida como lo había avergonzado su fuga? No sabía qué pensar, ni qué decir, ni qué hacer. Le cruzó por la mente, como un fogonazo, con un resplandor singular, la imagen de la Virgen de Lourdes. «¡O sea que los milagros siguen existiendo!» —él pensó. «¡Alabado sea nuestro Dios, el Todopoderoso!» —rezó interiormente, en conclusión. Toda la familia se atareaba en montar un festejo circunstancial para celebrar lo que sonaba como todo un evento. Era una victoria a varios niveles: los familiares y las amigas, al enterarse de su fuga, la habían razonado, cada uno por su lado y sin consultar con nadie, unos de viva voz y otros por teléfono, alegando, aquí puestos juntos, los argumentos decisivos:

«¿Qué te ha pasado? ¿Te has vuelto loca, o qué? ¿Dónde has visto una persona que no hubiera tenido un problema, algún día, en su vida? Mira la suerte que has tenido con ese hombre, muy majo, amante —me imagino—, superdotado y responsable. ¿Qué ave de mal agüero te ha mentido que tu marido estaba involucrado en cosas oscuras? ¿Quién te ha inducido en tan lamentable error? Es una persona buenísima, a todos los respectos. No te dejes engañar. ¡Tantas mujeres serían felices de encontrarse en tu lugar! Tenéis los dos hijos estupendos, inteligentes, guapos. Una enfermedad es una cosa normal en la vida humana. No es la muerte. Y aunque fuera la muerte, en ocasiones de desesperación es cuando en una pareja se necesitan uno a otra y viceversa. Vuelve. Vuelve a tu casa y atiende a tu marido y a tus adorables hijos. ¿No dicen siempre que cuando nos casamos es *para bien y para mal*? Todo acabará arreglándose, ¡ya verás! ¡Anímate! No es el fin del mundo. Una mujer fuera de su casa es como un polluelo desamparado, a la merced de las

águilas y de los buitres. Vuelve a casa. Lo que lamentarías será no haber regresado, y no lo contrario...»

Abogaron tanto y tanto que se dejó convencer a medias; quedaba mucho por hacer para que regresara a casa de verdad...

Émbôñin estaba totalmente devastado por la vergüenza y el sentimiento de culpabilidad. Lo de Èfah estaba todavía pendiente, y no sabía cómo arrostrarlo. Había esperado que todo se quedara en la sombra de sus dos corazones, pero por su parte, ella rezaba, al contrario, para que el mundo viera que se habían querido. Y la única prueba irrefutable la constituía aquel fruto de su vientre.

Apenas si él no se puso de rodillas ante Khadija, y le pidió perdón «de todo corazón». Al cabo de una semana larga de incansables suplicas, ella mostró señales de poder acceder a la reconciliación, a condición de que su marido organizara, en el mejor plazo posible, sus bodas con ella por la Iglesia, pues era la única garantía de que no fuera a pensar en contraer otro matrimonio en su país —opción que no había que descartar porque, desde entonces, convenía considerar que todo era posible— porque la *condición sine qua* non para un cristiano de celebrar sus bodas era firmar el compromiso de monogamia.

10. LÁGRIMAS ENJUGADAS

Apequëñin y su mujer Khadija quisieron que todo fuera una sorpresa. La abuela supo de la llegada de su hijo con toda la familia solo la víspera, a la hora de irse a la cama, de modo que no le dio tiempo a preparar la acogida como le hubiera gustado. Aun así, *removió Roma con Santiago* para que cada uno tuviera preparadito algo de lo que más le apetecía: cacahuets y maíz fresco para todos, puesto que cuando llega la temporada de cosechas cada uno tiene ganas de probar un poco de todo; puede ocurrir que no le sienta bien a alguien, y entonces renuncia para el resto de la temporada porque le produce dolores de estómago, o picoteos, o sabe demasiado dulce, con la consecuencia de darle náuseas.

Hubiera aliñado cuscús con *mpfũh* para Khadija, pero será para otra vez —¡qué gustos más raros tienen las mujeres! —que cogió el virus nada más pisar el pueblo por primera vez—, y *koquí* para Pequëñin (su madre sabe desde su tierna infancia que sigue siendo su comida-fetiché). Sin embargo, se levantó de la cama a las cuatro de la madrugada para entrar en la cocina. «¡Qué rico!», reaccionaron todos, entusiasmados, al probar el taró con salsa de cacahuete que les había preparado, aliñada con champiñones en lugar de carne o pescado frito. Cada uno por su lado comía y se lamía los cinco dedos, a excepción del más pequeño que hacía muecas de disgusto porque todo lo probaba casi por primera vez. A ello dedicó una buena parte de la jornada, y aun así, no lo hubiera conseguido de no haberse dejado ayudar por unas nietas suyas. Los «extranjeros» llegaron al anochecer, tras viajar toda la tarde por una carretera polvorosa.

Dos días después de su llegada, Apequëmoh fue invitado a una boda que se celebraba el fin de semana en la sala de fiestas de la ciudad cercana, en la que cabían holgadamente trescientas personas, a diez kilómetros de allí. Se casaba el hermano pequeño de uno de sus antiguos compañeros de colegio, con quien se llevaba bastante bien, aunque la amistad que los unía no tenía un carácter muy especial. No era frecuente que volviera al país, y el honor de tenerlo entre los invitados, para «realzar con su presencia» el nivel de la ceremonia, como dicen diplomáticamente aquí, y que todos los concurrentes supieran que la familia podía contar con la amistad de gente procedente de muy lejos, en tierra de los Blancos, no podía desaprovecharse.

Al ver los impresionantes cambios que había sufrido el concepto de fiesta, fue multiplicando las preguntas para tratar de entender tantas innovaciones, que desde su punto de vista no encajaban con la miseria ambiente y el poder adquisitivo de la gente, al menos por lo general. Supo así que lo que ya le habían contado, a saber, que muchos pedían prestamos en el banco o en las reuniones para organizar recepciones gigantescas y sonantes, y se comprometían a devolver el dinero con tasas de interés prohibitivas, a veces durante años, era la pura verdad.

Pensó en los platos que les ofrecían sus madres del pueblo, de pequeños. Eran platos únicos, sencillos, no constaban ni de entrada ni de postre; de una sobriedad monástica, y sin embargo completos, muy a menudo sin carne, rara vez pescado. No eran nada extravagantes, pero en cantidad razonable, «pues nuestras madres se saciaban con saber que estábamos saciados». No arrojaban la soberbia que caracterizaba las fiestas actuales, con bufés escandalosa e innecesariamente variados. La plaga del orgullo estaba contagiando a toda la población, alcanzándola en los poblados perdidos más insospechados.

Se fijó con asombro en todo cuanto estaba ahí dispuesto, en ollas especiales, encima de hogares cuyas llamas parecían fingidas, de puro ornamento —pero se afirmaba que eran llamas de verdad, para conservar la comida calentita en todo momento— sobre inmensas mesas como en una exposición mercantil.

Como era de esperar, encabezaba la lista el arroz, que recordaba las bodas antiguas que conoció de niño, en las que ellos no necesitaban de cucharas para servirse. Los cinco dedos de la mano hacían las veces de cucharones y tenedores, y con eso tenían bastante. Aquí, había platos en montones, y de lujo ¡por favor! —alquilados para la circunstancia. Al lado venía una jofaina llena de pan troceado, porque se ha aprendido una vez por todas que el pan —antes que la malanga— es sinónimo de alimento. Vital. Ineludible. Los cacahuetes tostados servían como pinchos, albóndigas en platillos en medio de cada mesa, para distraer el apetito de los convidados en espera de que el «*impresario*» se dignara anunciar, por fin, en su altavoz tan chillón, la apertura del bufé, que fue presentado magistralmente por un cocinero titulado.

Plátano frito, fritangas o como quiera que se llame, junto al plátano con carne», (orgullosamente llamado «*kondré*», uno de los tantos platos típicos, señas de identidad de su área cultural (aunque el nombre era un prestamo, tomado del inglés *country* que transitó por el pidgin English, esa *lingua franca* que permitía moverse por el todo el país haciéndose

entender por casi todo el mundo). Estaban presentes también el «*mbongó tchobí*», el «*nnám wondoh*», el «*mióndoh*», etc., para cerciorarse de que nadie en la fiesta se sintiera totalmente extraño. Verduras (en gran cantidad, por expresa recomendación de los médicos, en lugar de comidas harinosas), ¡pero cuidado!, que deben cocerse con especial esmero y a punto, para anular el efecto de los pesticidas (¡magnífico invento para revolucionar la agricultura, pero por desgracia muy dañino para la salud!); un plato de «*ndoléh*» (que no puede faltar, pese al riesgo de retortijones que acecha a todo el que lo consume, pues parece ser que reconoce para discriminarlas las manos que lo preparan; es un plato inteligente que no presta sus virtudes secretas a todas las cocineras. ¿Por qué? ¡Nadie lo sabe!). «Caldo de patatas con carne de cerdo» (muy preciada de los conocedores, con tal que no tenga grasa, y que sea bien condimentada). «Pistacho» (destinado especialmente a los invitados de cierta edad, y a aquellos que no cogen unos trozos en su plato, un gentil conocedor les cuchichea al oído que es muy bueno para prevenir la «enfermedad de los hombres de cierta edad» —entiéndase la próstata—). «*Taró con una buena salsa amarilla*», siempre exigido por los entendidos que saben cuál es su emblemático valor tradicional (¿qué secreto tendrá eso que se reserva de modo especial a los varones si no es porque encierra propiedades afrodisiacas?); «pollo asado» y, para rizar el rizo, «huevos pasados por agua», para que al fin y al cabo no importe qué del huevo y de la gallina salió primero, y otras muchas cosas más...

Y —¡cómo no!— bebidas, bebidas y más bebidas, cervezas para todos los gustos —¿no se aprecia el acierto de las fiestas precisamente por el número de botellas de vino que le han tocado a cada uno y la cantidad de borrachos que se ven por el camino de regreso después, tambaleándose y buscando dificultosamente el camino hacia su casa, o que duermen sobre el volante de su coche porque carecen de fuerza en las manos para agarrarlo y poner las marchas, ni en los pies para pisar el pedal?; luego, whisky, whisky escocés, vino tinto de los mejores caldos de Europa y de América del Sur, algo de zumo para los recién pasados por el quirófano (esta es la fórmula de menosprecio que dirigen los socarrones a quienes se niegan a envenenarse con alcohol) o que aceptan aparentarse con las mujeres, si bien las hay que ya compiten olímpicamente con los étlicos más empedernidos. ¡Pobres mujeres!... Chivos expiatorios para la eternidad...

Y para rematarlo todo, macedonia de frutas. De las más ricas. No por nada somos una república frutera: piñas, papayas, naranjas, mangos, man-

darinas, aguacates dignos de industrializar e importarse —pero no lo piensa nadie, y venga desperdicios...—, lechugas, zanahorias ralladas y salsa de mayonesa para coronarlo todo... ¡Todo a lo blanco! ¡Que luego no nos vayan a machacar que solo somos negros! ¿Qué pruebas más se necesitan, ¿eh? Es un título que hay que ganarse a todo precio, aunque sea a trancas y barrancas. Que el que quiera se ría de que estemos tratando de competir con los Blancos, que nos agarramos a sus costumbres más que ellos mismos y vamos a conocer su país *como nuestro bolsillo*. ¿Qué nos importan esas campañas de desánimo? No necesitamos el visto bueno de nadie para emanciparnos. ¿O no queréis que seamos como vosotros?

No faltó el tema de aquella fiesta fuera de proporciones en ninguna de sus conversaciones posteriores. Quería comprender, pero no le cabía en la cabeza, sobre todo cuando supo de la condición social de los novios, aunque los encuestados puntualizaban unánimemente que era imposible que nadie de ellos costeara tanta comida y tanta bebida solo, que los allegados, los amigos e incluso su patrono, todos habían contribuido algo. ¡Otra fórmula de tontina, vamos! ¿Qué cosa hay que no se pueda mancomunar en el mágico molde de las tontinas? Si te ayudan, tienes que devolver la deuda si no fuiste tú de los primeros en poner la ayuda. Nadie se detiene para cuestionar la relevancia del compromiso. «Así se hace, eso lo hace todo el mundo», y punto. ¡Pero la moda, indiscriminada y ciegamente seguida, puede arrastrar a cualquiera en el fondo de un precipicio! Eso era lo malo de todo. Pero no hay quien disienta en que la tontina fue un magnífico hallazgo para solidarizar a la gente en todo momento. ¡Con qué ruborizarse los banqueros!

Por la noche de aquel primer día de vacaciones en el pueblo, la abuela Míamoh —por otros nombres Hoo, o Maá— había llamado aparte a su hijo y a su esposa para comentarles el proyecto que llevaba cierto tiempo rumiando, y que no podía esperar más:

—¡Qué coincidencia más providencial! *Mis hortalizas se han caído dentro del aceite por sí mismas*. Mira que yo me disponía precisamente a invitaros todos aquí. Urge organizar a favor de estos críos una ceremonia de gemelos («falsos gemelos», ya que lo eran solo por el nombre), ya antes de que finalicen estas vacaciones y vuelvan a la escuela para la reanudación del curso próximo. Están necesitados de la protección de las divinidades de su pueblo, y lo tengo aplazado desde hace ya demasiado tiempo, porque me asustaban la distancia y el dinero que os iba a costar veniros todos a la vez. Pero no puedo postergarlo más. Ahora que

Dios os ha traído aquí, ved entre los dos cómo podemos cumplir con ese apremiante requisito antes de que regreséis. Yo misma he preparado ciertas cosas, y lo demás lo podemos mirar juntos. Pero, por lo pronto, lo que os hace buena falta es descanso. Solo quería que lo supierais ya para ir pensándolo con serenidad.»

—Maá, escúchame —contestó Pequenhin después de reflexionar un ratito—. Lo que pasa es que tenemos poco tiempo aquí, y prefiero que, si hay que hacer algo, que se haga cuanto antes. Tú me dirás cuándo es el próximo día de mercado y empezamos a ver qué hace falta, para ir comprando ya lo necesario.

—¡De acuerdo! Unos días serán suficientes para avisar a las meñis del pueblo. Yo me encargo de movilizar a las que están facultadas para protagonizar las ceremonias, así como a aquéllas que van simplemente a tomar parte activa en alguna fase del proceso para que vayan preparándose también. No hay necesidad de llamarlas dos veces. Responden enseguida, porque siempre están a disposición.

Apequenhin había decidido que nunca más tendría choque de ningún tipo ni con su madre ni con su mujer, como tampoco lo había tenido con nadie en su vida anterior antes de las desavenencias narradas en esta historia. «La vida es demasiado corta para andarse con pleitos y discordias, sobre todo cuando nos vemos tan poco y escasean las ocasiones de enmendarse. No se gana nada más en riñas que no sean dolores de cabeza inútiles».

Antes de separarse, la mujer dijo a su suegra:

—Yo también quería hablarte, Maá.

—Dime, hija. ¿Qué pasa?

—Hemos venido todos para que tú veas que formamos de nuevo una familia unida. Además, yo vengo para pedirte disculpas. He aprendido de la sabiduría de vuestra cultura —que ya es la mía también—, que *si un bebé mancha el regazo de su madre con la caca, lo que se tira no es al bebé sino la suciedad*, limpiada con esmero, o sea sin brutalidad. Por otro lado, se dice que, *tras zurrar a un niño culpable de alguna tontería, es preciso tirar la férula*. Ese bebé soy yo. Yo soy esa niña que ha hecho una guarrería. Te ruego que olvides lo que te han contado de mí y que, por lo demás, era exacto. ¿Para qué negarlo? Si tienes reproches tocantes a mi conducta, estoy dispuesta a aceptarlos de antemano, pero mejor aún si son consejos. Tú también eres mi madre. Quiero que lo sepas. Tenía razón quien decía que la sabiduría que se adquiere en los libros que estudiamos

difiere de la que nos proporciona nuestro patrimonio cultural y filosófico, aunque —yo pienso— ambas cosas tienen mucho en común.

—Descuida, hija —replicó Míamoh, tras escuchar atentamente a su nuera—. Si alguien reconoce su error y se arrodilla para pedir perdón, hay que ser un diablo para ahorcarlo después. Yo te entiendo perfectamente. Un tropiezo es la cosa más humana que exista. Equivocarse es como deslizarse sobre el barro y caer al suelo; te das cuenta solo después. Si te has metido por un camino erróneo y te has dado cuenta por ti misma, y has dado marcha atrás, me alegro mucho. Si te quedas siempre en tu casa con salud, no te darás cuenta de nada. Pero si das una vuelta por el hospital, entonces entenderás lo que es gozar del privilegio que consiste en no enfermar.

Khadija había escuchado religiosamente, pendiente de los labios de la que se había convertido, más que en suegra, en algo parecido a una amiga en quien una confía. Se levantó y se acercó, hizo como que la alzaba del suelo, delicadamente, a lo cual respondió Míamoh levantándose, y ambas mujeres se abrazaron efusivamente, bajo la mirada satisfecha de Pequémoh. ¡Qué escena más emocionante!

Para rematar esta recomposición de la fractura que había ocasionado, Khadija había traído a su suegra-madre regalos especiales: un vestido de gran valor y un par de zapatos adaptados a su edad, pero que ninguna otra mamá podía poseer en el pueblo. La última sorpresa era la siguiente:

—Maá, prepárate para venir con nosotros cuando se haya terminado nuestra estancia en el pueblo.

—Dime, ¿a dónde? ¿Hmm? ¡Dime, hija!

—Quiero que tú vayas a ver dónde vivimos. Porque nuestra casa es la tuya también, y si no fuera por la distancia, viviríamos siempre juntos.

—No me digas que quieres llevarme a vivir en tierra extranjera en perjuicio de mi casa.

—Algún tiempo, sí. Siempre, ¡desde luego que no! Conociéndoos como os conozco, sé muy bien que equivaldría a meterte en una cárcel que no mereces. No has hecho nada condenable. ¡Al contrario! Yo podría ser cualquier cosa excepto verdugo para ti —añadió en plan humorístico.

—Y ¿quién regentará mi casa? ¿quién se quedará para cuidar de mis cosas durante todo ese tiempo? ¿Quién cultivará mis fincas? ¿Quién velará sobre mis *hijos*? (con este término se refería a los nietos que vivían con ella).

—Te necesitan tus otros *hijos* en otra parte —contestó Khadija, riéndose—. No, no te preocupes. Tomaré las disposiciones necesarias. Todo se puede arreglar. No hay problema que no pueda encontrar algún tipo de solución. Hay que aliviarte la conciencia de cuando en cuando de esas preocupaciones inacabables, para descansar un poquito, ¡oye!

—Sabes que me es imposible dormir con dos ojos mientras no haya solucionado esos problemas. Y esos críos que ves, no sé si sabrían apañarse solos. Aparte de tostar el maíz, ¿quién de ellos es capaz de poner una marmita al fuego?

—Ya lo sé. Tampoco se trata de obstinarte y trabajar hasta el punto de desplomarte entre los caballones. Dios nos ha creado con límites, pues si no los tenemos en cuenta, vamos a caernos muertas, y el trabajo seguirá después de nosotros. No te obstines, por favor.

—Bueno pues, como tú digas. Pero no me guardes allí más de una semana, porque si no, vuelvo andando a mi casa. ¿Me oyes? ¡Mira, te lo juro! —concluye alzando los dedos: mayor, anular y meñique juntos. Durante este diálogo y los otros, Apequèmoh desempeñaba el papel de intérprete entre las dos mujeres, cuando no había una hermana u otra persona que supiera francés para hacerlo, generalmente de buen grado.

Ambas mujeres sabían muy bien que siempre cabría un margen para, eventualmente, transigir en un sentido u otro. Por eso, Khadija prorrumpió en risas porque esa reacción era previsible, y su formulación también. Así que la tranquilizó como a una nenita, con palabras de afecto y caricias en la espalda. La abuela la tenía perdonada, pero lo que no podía confesar era el resabio de la decepción que su hijo produjo en ella contratando ese matrimonio fuera del pueblo, y en cierto modo, se sorprendió pensando que pudo ser una oportunidad de oro para dejarla marchar definitivamente. «Por fortuna, no todo lo que piensa una sale a la superficie.» Ella también intuía que el perdón, aunque difícil de conceder, era una poderosa sutura que se necesitaba siempre dentro de una familia.

En los meses de julio-agosto, muchos jóvenes procedentes de todas partes y sobre todo de las grandes ciudades del país coincidían en el pueblo. Era una oportunidad áurea para conocerse entre sí. Héctor, el hijo primogénito de Pequèmoh —con su mayoría de edad recién cumplida—, fue, aquel año, el más suertudo. Sin haberlo premeditado, se enamoró de una chica venida de la capital, quien acababa de aprobar el bachillerato, con una buena calificación. *Dios los cría y ellos se juntan*,

¿verdad? Al parecer el amor se despertaba entonces más precozmente que antes, debido a los libros que los jóvenes leían y a las películas y seriales que veían en la televisión.

Sus padres la mandaron con sus hermanos y hermanitas a vivir un mes con su abuela paterna. Esa temporada era la más propicia para descubrir el pueblo y conocer a la familia, pero también para conocerse entre jóvenes, y evitar el riesgo de uniones incestuosas entre hermanos —¡oh, tan feas!— a las cuales expone los jóvenes la dispersión por las ciudades y los países exteriores, y a las que no debe dejarse la menor probabilidad de ocurrencia. El flechazo fue recíproco, aunque no faltó quien afirmara para fastidiar que la chica lo que contemplaba era viajar a Lámelèque y no el verdadero amor, aun sin tener la capacidad de determinar en qué consiste eso que llaman «auténtico amor»...

Pero a la que no le cabía el corazón de contento era a la abuela de Héctor. Al enterarse —en todo caso todo el pueblo estaba pronto al corriente— se mostró tan agradecida y entusiasmada que sugirió que los dos se casaran antes de que volviera él, para asegurarse de que las cosas no fueran a estropearse entretanto. «Quién sabe, él puede cambiar de opinión, o una vez que se haya marchado, una chica de allá puede volverle la cabeza. Siempre acechan las malas lenguas y los celosos, siempre están dispuestos a inventar historias descabelladas para aguarles la fiesta a otros»... «Gente que se alegra de *meter arena en la tapioca de otros*, gratuitamente.» —la apoyó una joven madre a quien lo comentaba. —Por pura maldad. Una se pregunta qué mórbido placer sacan de ver sufrir a los demás, *quitándoles de la boca lo que no pueden comer ellos*».

La abuela aseguró que tenía sus propios medios —sin especificar nada— para pagar los estudios de la joven y guapísima Ángela —con quien hizo enseguida buenas migas—, y sufragar los primeros gastos que requiere la tradición para «*atar la cuerda*», modo muy pintoresco de expresar la idea de garantizarse la propiedad de algo. Lo decía muy en serio, para desestimar el falaz argumento de que al niño le faltaban todavía dos años de estudios en la universidad, y que no podía razonablemente esperar de él dinero, ya que no tenía empleo. Era para ella la ocasión soñada de alejar el espectro del palimpsesto de su padre, que había caído en la trampa de la exogamia. No podía dejar brecha para que tal experiencia tuviera la posibilidad de repetirse. «*Cuando a una la ha picado una serpiente, desconfía hasta de los ciempiés*» —pensó para justificar sus temores.

Pese a la advertencia varias veces reiterada de que ella no admitiría, bajo ningún concepto, un matrimonio con una blanca, la mala suerte quiso que —ciertamente muy a su pesar— el padre de Héctor se hubiera enamorado precisamente de una chica que, sin ser blanca, no era negra tampoco, menos aún del pueblo, como ella esperaba. Por desgracia, *olivo y aceituno, todo es uno*, según reza el dicho. Le dio mucha pena contravenir a los deseos más enraizados de su querida madre, pero nada pudo hacer en contra. ¡«*Le cœur a ses raisons...*»! Solo notó que había cruzado la raya trazada. La pulsión había sido incontrolable. No podía explicar lo que había pasado, pero era como si un ejército enemigo le hubiera dado un empujón irresistible por detrás para precipitarlo en los brazos de la que su corazón había elegido nada más verla. La pasión era tan violenta que, cuando despertaba sobresaltada de su sueño nocturno, le extrañaba cómo había podido dejarse vencer por el sueño, cómo había podido desviársele la mente de la trayectoria de ella, cómo había podido olvidarla, aunque fuera un minuto, hasta tal punto que él mismo llegó a temer una perturbación mental, preguntándose si no estaría traspasando los límites de la normalidad sin darse cuenta (¡quizás embrujado por una sirena, una *mamí watá* invisible!).

No podía olvidar la promesa firme varias veces reiterada en su corazón de no contrariar nunca a su madre. Y menos mal, para matizar, añadía, probablemente para dejarse un margen de maniobra eventual, «dentro de lo que cabe». Pensó en esto precisamente tras caer herido por el flechazo.

Cuando, al enterarse de los pasos que estaba dando su hijo, la madre de Héctor intervino para argüir que su hijo era todavía demasiado niño para el matrimonio, la abuela se opuso:

—No te creas.

Y aduciendo el ejemplo de un joven, lo retrató con profusión de detalles, su estatura, su peinado punk —ella decía «con el pelo como si se lo hubieran arañado los cuervos»— junto con su familia, los padres, la casa ubicada al otro lado del río, la hermana que echaba una mano de vez en cuando a Míamoh en el campo para tener con qué comprarse un litro de aceite, y acumuló los elementos descriptivos hasta que la nuera afirmó ver de quién se trataba.

—No pasa de los veinte años y ya tiene tres hijos —para que veas. —¡No puede ser!

—¡Que sí! Te lo digo yo. Y puedes preguntar a cualquiera aquí si tienes dudas.

—Maá, dime una cosa. Y ¿qué hace para sacar a su familia adelante?

—¡Ah! ¿Cómo voy a saberlo? Supongo que se apaña. Además, está su madre con ellos. Naturalmente, se siente feliz de tener nietecitos de que cuidar. Poco importan los innumerables sacrificios que le cuesta mantenerlos. La mayor va ya al parvulario. Y la madre es muy espabilada. Lleva a los dos pequeñitos —un varón y una chiquilla— consigo a dondequiera que vaya (la niña en la espalda y el varón andando a su lado, cogido de la mano), si no encuentra a una persona dispuesta a vigilarlos. Su suegra suele hacerlo. Ayuda cuando puede. Lo que sé es que él tiene una motocicleta con la que transporta a la gente, y le sale bien, creo. La suerte que tiene la joven pareja es que los críos no son enfermizos como ciertos niños enclenques que conozco, que han elegido domicilio en el hospital, y la pobre madre no puede salir a ninguna parte.

El intríngulis de la historia era que, en sus aventurillas de jovenzuelo presuroso de meterse de lleno en la vida, dejó embarazada a la chica, y los padres de ella lo obligaron a desposarla, bajo amenaza de encarcelación. Playboy —que así le habían apodado sus compañeros— se quedó con la primera opción, con todo la más sensata. Siempre cabía la posibilidad —había razonado para sí mismo—, de echar a la chica algún día, de divorciarse de ella en caso de imponérsele el matrimonio civil en la alcaldía como se había forzado el vivir juntos, o de abandonarla para fugarse a una ciudad lejana, o incluso de tomarse otra mujer si se aburriese con la primera...

Los forzados padres políticos habían justificado su intransigencia diciendo que *cuando un hombre sale de caza y en la selva mata con su flecha un animal, no es para dejar tirada la presa*. Y, pensándolo bien, tenían razón de sobra, porque un cazador que vuelve a casa con la mochila vacía cuando ha matado animales carece de coherencia en su actuación.

Tocante al noviazgo de Héctor, la abuela no pasó adelante en su alegato. Se calló, pero por callar, sin haberse dejado convencer. No quería ser molesta. Había recobrado el afecto que había perdido a la mujer de su hijo por razones que no venía a cuento rememorar en un momento tan bonito, porque como quien dice, *cuando se revuelve la basura, huele mal, y huele peor que antes*, y entonces era preciso armarse con paciencia para esperar... Héctor deseaba ardientemente estar con Ángela, eso sí. Sin embargo, había que dar tiempo al tiempo, se cartearían semanalmente, o incluso a diario, ¡quién sabe!, y de vez en cuando la llamaría, y se alimentaría del pensamiento puesto en ella día y noche.

La abuela no desveló sus eventuales planes a nadie, pero estaba dispuesta a vender una de sus plantaciones si fuera necesario, para ver de no *atrapar un pez y dejarlo deslizársele entre los dedos*. Su hijo no le había dado tocaya hasta entonces por tener solo varones, y los dioses estaban *saliendo a andar*, al permitir que su nieto se pusiera en condiciones de colmar su deseo. La primera hija que diera a luz, aunque no podía llevar su nombre —que le correspondería automáticamente al padre de su madre— iba a ser su heredera. No tenía testamento escrito para dejarlo sentado; se lo diría cuanto antes a su amiga íntima y a su propio hijo, antes de salir de viaje.

«En el fondo, es buena cosa que yo pueda ir con ellos. Allí veré con mis propios ojos por qué mi hijo se empecina en contentarse con una sola mujer, y se niega a tomar disposiciones para dejar otra en el pueblo que pueda vigilar sus cosas durante su ausencia, y velar sobre los cráneos de sus antepasados, para que la casa esté siempre caliente, que los ratones y las ratas no la invadan, que las hierbas no la conviertan en selva, que se sepa que el dueño está presente, aunque no se le vea. Si es que tiene razones valederas que se lo impiden, me enteraré. De lo contrario, trataré otra vez de convencerlo. Si no lo consigo, cada uno sabe cómo se siente por dentro, y no podré forzarlo indefinidamente, porque *a fuerza de insistir para que la cabeza de la cabra cupiera en la olla de barro, esta acabó por romperse*.

Pero todo el mundo debe saber, todo el mundo tiene que ver que, aun muerto, su padre está más vivo que nunca, a través de él. Vaya adonde vaya, debe tener el otro pie aquí. Así no traicionará la confianza que depositó en él hasta el último momento, escogiéndolo entre todos sus hijos y nietos, (porque hay padres que eligen a su heredero y luego se dan cuenta de que se equivocaron y lo cambian antes de marcharse para la eternidad). El padre de Pequémoh no quedó nunca decepcionado, al menos no de forma duradera...» —reflexionaba Míamoh, muy satisfecha y optimista respecto de su hijo.

Esperaba, con toda la fuerza de que era capaz, convencer a su hijo. Se acordaba, en todos los pormenores —si bien no en orden— de la argumentación que él había desarrollado la primera vez que le había dirigido la propuesta. No la consideraba como un obstáculo insuperable. Se rememoró de cada palabra: «Para empezar, Dios reprueba la poligamia. Él es el que creó al hombre y a la mujer, y sabía muy bien por qué razones ordenaba que un hombre se casase con una sola mujer. Una

sola. Él sabía que desposar a varias mujeres es *excavar su propia tumba uno mismo para meterse dentro*. Tú conoces mucho mejor que yo las familias polígamas que nos rodean por todos lados». Calla un ratito y piensa para sus adentros: «Eso sí que es un caldo de cultura para los celos». Luego sigue rememorando los detalles del alegato:

«El marido no puede ofrecer nada a una mujer sin despertar la envidia mortal de las otras. Aun cuando hace a escondidas un favor a una, está seguro de granjearse la enemistad de las demás, que tarde o temprano se enteran de todo, y están siempre al acecho de oportunidades de venganza. Y sabes muy bien que es imposible que satisfaga los caprichos de todas de igual modo. Por lo poco que yo he observado y los comentarios que se oyen acá y allá, es un verdadero infierno, concédemelo. Si lo que se busca al casarse es vivir felices, entonces es andar en busca de una cosa y encontrarse con todo lo contrario. En parecido ambiente, la felicidad es una utopía.» Trataba de hablar con palabras fáciles, y para esto último, por ejemplo, decía «no te pueden dejar dormir tranquilo, ni un solo día».

Sin ningún afán de filosofar con su madre que no sabía leer ni escribir, estuvo así razonando con ella durante más de media hora, basándose meramente en la realidad circundante, trayendo a colación los múltiples ejemplos de problemones y de los sonados fracasos que se registran en los matrimonios donde hay más de una mujer. No estaba al tanto de una sola excepción. Las esposas no se pierden nunca la ocasión de recriminar contra el pobre marido y meterse con las otras.

«¿No sois vosotras quienes soléis contar la legendaria anécdota del polígamo que se murió de hambre por quedarse sin comer durante días y días, porque una infausta coincidencia quiso que, por su lado, cada una de sus numerosas mujeres estuviera diciendo en su casa: «¡Que le den de comer sus mujeres!»? ¡Y acabó falleciendo de desnutrición! Ya sé que vas a preguntarme como todo el mundo, «y ¿cómo se engrandece la familia, entonces? ¿Cómo se perpetúa la raza? Tú dime, Maá, ¿qué es mejor entre hacer un montón de hijos que luego resulta imposible educar como es debido, y cuya moralidad es negativa porque nos escapa el control de todos, o conformarnos con los pocos que nos da una mujer y que estamos dispuestos a seguir dignamente? Hoo, mira: los tiempos han cambiado mucho. Ha dejado de ser un motivo de orgullo ni de admiración el tener cinco o diez mujeres a la vez («¡Pero, hijo, si lo que te pido es que te tomes una segunda y te conformes con ese número!

¡No digo ni siquiera tres! ¡Solo dos!») Maá se obstinaba: «¡Veo que no nos vamos a entender nunca!».

—Es un calvario innecesario, créeme. No vas a querer que *sabiendo muy bien dónde está mi problema, yo vaya a consultar con un adivino*, ¿no? Lo que es posible aquí no lo es forzosamente en otro lugar. Porque incluso me pueden echar de mi trabajo si se enteran. Ellos desconocen esa práctica, aparte de que, desde mi punto de vista, como acabo de decir, está demostrado que es una mala opción... No quiero ofenderte. Ya lo sabes. Pero si acepto solo por complacerte, me comprometeré en algo que no me convence y, al fin y al cabo, fallará porque no me apetece entrar en conflicto conmigo ni engañar a otra persona, menos aún si eres tú. Te dolería todavía más, y saldríamos perdiendo tú y yo...»

Después de todo —Maá reflexiona, tras separarse de su hijo, una vez concluida la discusión— quizá no ande tan descaminado como parece. ¿Por qué voy a obligarlo a *comer taró recién majado con salsa vieja*? Quizás sea mejor dejarlo tranquilo. *El que ha dormido al lado del enfermo es quien sabe cómo pasó la noche*. Él sabrá mejor que cualquiera qué es lo que le conviene más... Si alguien, voluntariamente, se tira al fuego, es responsabilidad suya, y no es lo mismo que si otra persona le empujara adentro. No soy yo quien voy a sacrificar a mi hijo a una tradición que está siendo vencida y definitivamente superada. Carecería de sentido. Los tiempos han cambiado, y por lo visto seguirán cambiando, irreversiblemente...

II. ¡ALBRICIAS! ¡SON MELLIZOS!...

«Se llamará Perpetua. Si es un varón, le pondré como nombre Cesar, porque ¡he atravesado el Rubicón! Ni más ni menos...» —Apequèñin empezaba a reflexionar— «aun sin haberlo querido, una nueva rama del árbol familiar florecerá así, y llevará quizás frutas centuplicadas». Haya sido o no un error, *no hay mal que por bien no venga*. El apellido será —jeso, por descontado!— el de mi madre, si es una chica. No hay quien se lo dispute. La veo felicísima al repetir *Tsu'ha* todo el santo día, con el menor pretexto, y engreírse de la dádiva que constituye el bebé. La ha deseado ella. Visceralmente. La ecografía determinará el sexo. La ha querido, deseado, ansiado, suplicado ella. Ha rezado, llorado, hostigado, y lo sabe Dios. Y he ahí que los dioses han atendido sus incansables ruegos».

Ya está en marcha el proceso. Ahora, el primer sorprendido es él. No es que quiera descargar su conciencia sobre los hombros de otra persona, como un irresponsable. No. Más bien, le han dado la lata, acosado con porfía las súplicas ensañadas de los parientes y, sobre todo, el sin par cariño de su madre, pura y simplemente irresistible. Su hijo le ha regalado el dinero que pudiera necesitar y aun más, le ha traído cosas preciosas y originales, le ha reservado lo más emocionante de su afecto. Pero eso faltaba siempre. Para compensar todos los sacrificios que ella ha venido consintiendo desde que le dio la vida a Pequèmoh. Nada podía equivaler a la dicha que le proporcionaría tener una tocaya que la sustituyera, llegado el momento.

El futuro padre es incapaz de decir cómo ocurrió todo. Lo que entonces apareció como un idilio es ahora una pesadilla. Anda más que desconcertado. No sabe a qué atenerse. ¿Qué fuerza arrolladora le ha empujado, atontado, perdido así? A esa pregunta no podría contestar. Ahora no puede decir si estaba en sus cabales o no, si la culpa es de la insistencia de su madre o de un deseo metido en lo más profundo de su corazón y que no quería confesar, o de la presión social irreprimible que ejerce la llamada cultura ancestral como una despiadada apisonadora... Él nunca había sido mujeriego, ni dado a los devaneos. Al contrario, le daban asco los tenorios. Entonces, ¿qué había pasado? Misterio que quedará eternamente sin dilucidar...

Tampoco es que se hubiese propasado con ella. Nada de eso. Siempre le había escandalizado la idea de andar haciendo el tonto por ahí. Al

contrario, él era lo más cauteloso y respetuoso que se pueda imaginar, y ella se sentía infinitamente agraciada y agradecida que se le hubiera dignado acercar (¿peligrosamente, quizás? ¡Qué va! ¡Nada de eso!) Se sentía tan afortunada, todo ocurrió tan oportunamente. Era como si ambos estuvieran recíproca e irresistiblemente imantados. Como si hubieran sido creados expresamente ella para él y él para ella, para fundirse en el mismo crisol, para la eternidad. Entonces, ¿qué pasaría para que así se sintiera tambalear, desestabilizado y desconcertado? Lo cierto es que había claudicado ante alguna especie de presión arrolladora, ya interna, ya externa.

«¿Acaso sea amor, auténtico amor, aquel que —flechazo o no— aunque correspondido, es tan repentino y brutal que no se da tiempo para crecer criando insomnios recíprocos, dudas, aprensiones y tercas esperanzas, que no inquieta, y quizá llegue a desesperar, hasta que un día alcanza su punto de saturación, que si no se concreta se convierte en veneno destructor, en regalo envenenado? ¿Es viable, acaso, o es mortinato, un amor que se construye, no a base de sueños, sino de pulsiones instantáneas y catastróficas? ¿Acaso puede justificarte el bien inaudito que vas a hacerle a esa chica dándole una adorable hija, un precioso hijo, si bien no la podrás educar en las condiciones idóneas? ¿Es pues una ley natural que no pueda dar flores un terreno que no se abone con detritos? Has bailado al borde de un precipicio. Te has asomado al despeñadero. Te creías un héroe invencible, ¡y mira! Te ha dado el vértigo —como era lógico— y te ha tragado el vacío, sin posibilidad de remisión... ¿O hay algún mago capaz de subirte de nuevo a la superficie? ¿Y cómo, mediante qué juegos malabares?»

Cuando, por persona interpuesta, llegó a saber —como todo el mundo acaba sabiéndolo todo algún día por medio de las poderosas ondas del cotorreo— que la chica que su madre destinaba a su marido y que él pretendía rechazar de modo terminante estaba embarazada por sus obras, Khadija quedó profundamente traumatizada. Apequèmoh estaba petrificado por la vergüenza, cuando la cuestión se puso sobre el tapete. El remiendo recién conseguido no serviría ya de nada. Su matrimonio iba a dirimirse de nuevo, y esta vez para siempre. Intentó todo cuanto pudo para aquietar a su esposa y restaurar la confianza ya gravemente dañada desde hacía solamente unos meses, pero tuvo que darse cuenta de que había definitivamente caído en desgracia. ¿Para siempre? Se obstinaba en creer que no.

Una quincena larga de quebranto, es la dura prueba que le tocó vivir. Cualquier nimiedad se convirtió, de la noche a la mañana, en motivo de irritación y riña. De la noche a la mañana, a Khadija se le había metido el diablo en el cuerpo. «¿Para qué me necesitas tú? ¿Hein? ¡Dime! ¡Si no cuento para nada! Sobre todo, no pretendas lo contrario. *Bla bla bla...* Palabrería y más palabrería, el rollo habitual, y luego ¿qué? No eres más que un mentiroso, un traidor sin vergüenza. Vete a mariposear, ¿me entiendes? ¿A qué has vuelto aquí? A fastidiarme, nada más. ¡Haberte quedado donde te encontrabas! Pero me imagino que no te faltarían pretextos para marcharte otra vez. ¡Venga! ¡Embustero! ¡Miserable! ¡Pezdazo de desvergonzado! ¡Qué astuto! ¿Verdad? No cuentes ya conmigo para hacerte la comida. Allí te la hacen igual. ¡O mejor aún! Por Dios, no te me acerques más» —llegó a espetarle a su marido, al principio de esta guerra sin cuartel, mirándolo con el rabillo de un ojo hinchado de odio y desdén—. Había creído erróneamente que con las súplicas se le pasaría, que llegaría a templar su rabia, y osó posarle la mano en la espalda, y el gesto resultó contraproducente y desencadenó más bien esa racha de insultos que la hacían parecerse a una loca.

A ratos sollozaba para no sofocarse, porque sentía el pecho abombarse hasta el punto de querer reventarse. Apequémoh nunca había visto a su mujer tan agresiva. Tan huraña. Volverse tan detestable. Estaba fuera de sí, incontrolablemente histérica. La atmósfera se fue volviendo inaguantable. Era como si un ejército enemigo de mosquitos, uno tras otro, en fila india, se acercara a zumbarle alrededor de los oídos. Continuamente. ¡Adiós el sueño! ¡Adiós el sosiego!

La desaforada agresividad de su mujer acabó por asustar a Mbônin, pero estaba inerme, paralizado por el sentimiento de culpabilidad. La revancha le parecía desproporcionada, mientras que su mujer la encontraba muy por debajo de lo que merecía. Así y todo, una vez que se hubo copiosamente desfogado, antes que pronunciar el anatema contra él como esperaba el culpable, *poniendo a mal tiempo buena cara* Khadija trató, mal que bien, de rearmarse contra la desesperanza, «en nombre del amor». El pobre marido estaba convencido de que le iba a tener ojeriza para el resto de su vida, si le hacía el hipotético honor de no despedirse de él con un portazo. Ella se había retirado en un monasterio durante el fin de semana que seguía, aconsejada por un amigo de su marido, muy cristiano, a quien se había confiado. La providencial estancia surtió su efecto y, al volver, esforzándose por superar el disgusto que le inspiraba su marido, se prestó estoicamente al penoso ejercicio de discutir con él.

Apequèmoh creó buena idea asumir su fechoría planeando enseguida un viaje al país, para estar unos días con la futura madre, y asegurarse de que se tomase cargo debido de su salud, fragilizada por el embarazo y la soledad, y ver de traerle la asistencia material que seguramente necesitaría. Aparte de eso, ¿en qué consistirían sus conversaciones? ¿Iban a constituirse de temas impersonales, de meras palabras o de promesas firmes? ¿Y qué iba a prometerle? O bien: «¿Has conseguido lo que querías y adiós, si te he visto no me acuerdo»? ¿Dónde se sentarían? ¿En su casa de él o en la de ella, y con qué derecho? Todo era de verse. Ya casi totalmente recuperada del golpe, fue Khadija quien hizo la propuesta a su marido de hacer un giro postal para ayudar a preparar la canastilla y todo lo necesario para el parto. Al principio rechazó la idea del viaje, pero pensándolo bien, le dejaría alejarse para darle a ella más tiempo de rumiar y digerir su enfado. Ya estaba sentada de cabeza. Una nueva vida se estaba iniciando, y su visión del mundo estaba tomando un nuevo rumbo. Así y todo, dirigió una clara advertencia a su marido:

—Escúchame bien: «Vete, y no-oo vuel-vas a empezar», recalcó sin más, citando a Jesús frente a la mujer adúltera, y recalando en la negación—. Êmbôñin no contestó nada. Se quedó cabizbajo durante un buen rato, avergonzado y confuso. Era su forma de asentir, reconociendo la ignominia de su pecado. Pensó en levantarse y dar un beso a su mujer, pero se quedó corto, porque el gesto le apareció demasiado teatral, y dado el cariz que las cosas habían tomado, no era imposible que ella le propinara una buena bofetada si se atrevía a hacer tal gesto. Lo aplazó para más tarde.

Hasta ahí se obligó a sí misma a llegar Khadija, en nombre del amor y por la milagrosa virtud del perdón divino. Su marido podía darse por afortunado. Las peores ideas de venganza habían cruzado por su mente, pero luchó por dominarse, y vio que la solución del ojo por ojo y diente por diente era anacrónica ya. Había contemplado la hipótesis de una segunda y definitiva fuga. Pero se había encerrado en su habitación, de la que había expulsado previamente al marido —y procurando que no la vieran los niños, porque la vergüenza la había enmudecido—, rezó y lloró, lloró y se abandonó a sus inconsolables sollozos. Iba por buen camino cuando perdonó a su marido la primera vez, porque se había demostrado posteriormente que la habían inducido en error pretendiendo que, si su marido cayó enfermo, era porque después de la muerte de su padre, había desafiado las sociedades secretas en que había militado y había caído en su trampa. Pero ahora, ¿qué?

Las frutas de su retiro tardaron en producirse. Al fin y al cabo, se deshabilitó como quien había soñado y despertaba y, al percatarse de que su pobre marido era víctima de una cultura que se le pegaba a la piel, y que tardaría cierto tiempo en deshacerse de sus aspectos negativos, fue calmándose progresivamente, y superó el inenarrable dolor que la había atormentado día y noche desde hacía dos semanas. En todo caso, su marido no debía esperar de ella que tolerara una vez más cualquier otra metedura de pata. Que ella le permitiera otro extravío extramatrimonial y fuera más allá de lo que ya le había concedido. Sobre aquello estaba terminante. No estaba dispuesta a retroceder un paso más. Hubiera sido pedirle demasiado. Sobre todo, que no fuera a contar con que le dejara concertar otro matrimonio con Èfah. Era una pesadilla en la que ni siquiera aceptaría detenerse, pero quién sabe, algo le dijo que previniera a su marido, y se lo recalcó, y lo dejó sentado con la mayor claridad posible. A lo sumo —y esto lo guardaría para más adelante, esperando el momento más oportuno— podrían arreglar los papeles para adoptar a la niña como se adopta a una huérfana, ¡y nada más, na-a-da-na-a-da, pero na-a-da-más! Tocante al viaje de circunstancia al pueblo, se echó atrás al día siguiente de conceder su visto bueno, y ordenó que lo olvidara.

La noticia del embarazo le había llegado a Pequëñin por intermedio de su madre. Cuando se marchaba del pueblo, nadie, ni siquiera la chica, podía sospecharlo, aunque, como queda dicho, esta última rezaba día y noche para que así ocurriera. La madre también desbordante de alegría, *se pinchaba de satisfacción*, pero sin tomar el riesgo de comentarlo a quien fuera, excepto a su confidente, a la que ya hemos aludido. Son temas delicados, que hay que coger con pinzas, y no propiciar la divulgación a destiempo de una noticia tan importante, tan delicada y por el momento estrictamente confidencial.

La contrición había alcanzado su colmo, y el remordimiento atenazaba al desgraciado Pequëñin, que había comprometido una vida ajena, y al mismo tiempo originando otra en condiciones azarosas. Resolvió ir a confesarse tan pronto como pudiera, aunque dudando que la absolución quitara la mancha de su pecado nefando y borrara la culpabilidad en un santiamén; la tortura psicológica iba a perdurar. «La llaga se curará. Lo creo. El corte se cerrará, pero la marca de la cicatriz permanecerá para la eternidad. Y está bien así. Para que quede un indicio perenne de mi flaqueza, de mis titubeos, de la tormenta que me ha sacudido y aterrado, como en un combate desigual». Su culpa era equiparable con un

mango podrido caído al suelo en el campo, cuya podredumbre, tras ser colmena para un ejército de moscas devoradoras, iba a servir de abono a la flor surgida del mal... Vivía ensimismado, meditabundo, hablándose a sí mismo, consigo mismo, de sí mismo, tratando de encontrar soluciones morales capaces de rescatarlo en el rompecabezas de su nueva vida, hecha de contradicciones de todo tipo.

Estaba comprendiendo ahora —demasiado tarde quizás—, que él mismo acababa de pisotear todas las reglas de la conciencia existencial que se había elaborado a lo largo de los años: morales, sociales, cristianas, personales, e incluso filosóficas. ¿Qué rumbo iba a tomar su vida después? Entraba en una zona de apuros, de turbulencias incontrolables y de imprevisibles tamaño e impacto. ¿Para cuánto tiempo? Imposible determinarlo tampoco. Necesitaba de la ayuda del Ser Supremo para no ir a pique en la tempestad. Los referentes que constituían su asidero se habían desvanecido. Había que inventarse otros nuevos.

Pero, bien pensado, no tenía derecho a dar la situación por definitivamente fuera de control. Habría que encontrar, costara lo que costase, motivos para mantenerse a flote, razones para ir avanzando en la vida con optimismo, nuevos valores de rescate, que integraran sabiamente todos los componentes supuestos y reales de su nueva personalidad. Una caída no era ninguna condena al fuego eterno, según nos animan a creer la fe, el optimismo y la sabiduría. Un arrepentimiento franco y sincero era, por cierto, lo que le hacía falta por lo pronto. Luego aferrarse de nuevo a los preceptos divinos. Debía reconsiderar con la misma fe el código moral que se había asignado, como un puritano decidido a no abandonarse nunca tras un descarrilamiento.

Bastó con que él se «viera» con ella una sola vez para que Eva —o Èfah— quedara embarazada. Hasta que recibiera la noticia, no se dio cuenta de la barbaridad de lo que había hecho. Por fortuna, no se quedó en el pueblo para sufrir la humillación de comentarios sarcásticos, de murmuraciones cáusticas, de pellizcos al verle pasar, de insinuaciones de todo tipo, y una vergüenza de la que no podía salvarse un antiguo pretendiente al sacerdocio... ¿Las circunstancias? Absolutamente fortuitas.

Una reflexión instantánea, pronto barrida por la pasión, unas convicciones obnubiladas de repente, unos momentos de vacilación... Se acerca a un barranco, se asoma, imprudente, como si tal cosa, le atrae el abismo, el vértigo..., y venga la caída al vacío, previsible pero inevitable... Y la paradójica sensación de éxtasis consiguiente. El recordar esas circunstancias le dolía en extremo. ¿Para qué desmultiplicar ese te-

rrible sentimiento de culpabilidad? «Un patinazo es un patinazo. Has salido de la carretera, ¡de acuerdo! ¿Y te quedarás allí, lamentándote, atormentándote inútilmente, para el resto de tu vida, o qué?» ¿No era lo importante tratar de asumirlo todo valientemente ahora? Para bien de todas las partidas implicadas. Juntamente con sus responsabilidades de heredero, una de las primeras consecuencias de su descuartizamiento era que su corazón oscilaría «entre Allí y Aquí» en un incesante balanceo, un forzoso ir y venir permanente. Se sentía dividido para siempre...

Desde que la noticia atravesó la etapa del cuchicheo en el seno de la familia nuclear, Míamoh se mostraba cada vez más elogiosa cuando hablaba de Èfah. Acechaba cada uno de sus movimientos, y la encumbraba sin cesar, sacando a relucir sus incomparables virtudes, sus dotes sin par, su singularidad comparada con las chicas de su edad conocidas en la comarca. Se alargaba la lista de los calificativos: «Es calmosa, modosa, trabajadora, servicial, respetuosa y solícita». No se privaba de hacer un guiño a Pequẽnin en las cartas que le enviaba con mayor frecuencia de lo que había hecho hasta entonces: «Mírala bien: no se comporta como la mayoría de las chicas de hoy, que al verlas no puedes saber si van para arriba o para abajo.» Fue apenas si no felicitó a su hijo. De todas maneras, alababa sin cansarse a «*Aquel-que-no-olvida-a-nadie, Aquel-que-no-infravalora-a-nadie*» ..., perífrasis con las que resumía su gratitud respecto al Supremo Ser.

El único punto en que no coincidió con las pretensiones de su colmada madre fue en la identidad de la elegida. No era la que ella había escogido, preparado y predispuesto para su hijo. La elección de este recayó en una chica —del pueblo también, menos mal— en la que, si bien la madre no había detenido la mirada para examinarla y luego catalogarla, tampoco era una desconocida para ella. Resulta que era demasiado tarde para pararse a considerar los preliminares clásicos, las averiguaciones usuales relativas a la estirpe, a la conducta y los antecedentes de la pretendiente o de la presentida. Por suerte también, nada escandaloso ni verdaderamente inhibitorio encontró en su historial que pudiera invalidar el proyecto de unión ni perjudicar el nombre de la familia, ni la profunda alegría de la abuela. En realidad, Èfah se beneficiaba de la transferencia de sentimientos que, en un primer tiempo, no le iban destinados.

La preocupación por su hijo se había agravado cuando, después de casarse él con Khadija, la madre había esperado en vano dos meses que le anunciaran o al menos evocaran la probabilidad de un embarazo.

Se exacerbaba a medida que la espera se hacía más larga y, cansada de acechar, ella misma empezó a escribir para inquietarse. («¿Qué pasa para que no tenga noticias de tu mujer?» —se alarmó). Entonces se había puesto a temer que fuera estéril, y en vez de proponer que viniera al pueblo para que juntas consultaran con algún curandero como se le ocurrió, empezó por preguntarse si no era un arreglo divino, y se disponía ya para aprovechar la ocasión y persuadir a su hijo de soltarla para probar suerte con otra chica. No le dio tiempo a gestionar tal posibilidad, porque el primer embarazo sobrevino entretanto, y aunque se saldó por un aborto, ya no tenía razones valederas para suponer que fuera una mujer inútil. Luego, gracias a Dios, las cosas se fueron arreglando favorablemente por sí solas. Ignoraba que la tardanza, en un primer momento, era voluntaria porque Khadija tenía exámenes que acabar en la universidad, y una maternidad no calculada hubiera sido un grave impedimento para su feliz acabamiento.

El viaje de Míamoh a Lámelèque fue todo un éxito, aunque se quedó solo lo justo para no defraudar a sus anfitriones. Tenía el pensamiento constantemente vuelto hacia su pueblo y su gente. Según los había prevenido, se negó a prolongar su estancia más allá de dos semanas, y si finalmente llegó a un mes entero, fue porque le habían explicado que el billete se había sacado ida y vuelta, pretendiendo que resultaría imposible cambiarlo. Mas, la verdad es que le tomaron un poco el pelo, a sabiendas de que no habría estado de acuerdo con el plazo que ponían, de habérsela consultado. La idea de volver a su casa le hizo tanta ilusión como la de viajar, unas semanas antes. Su vuelta no podía aplazarse indefinidamente. Eso lo hubiera estropeado todo.

Prepararon su equipaje como Dios manda, teniendo en cuenta a los familiares que estarían pendientes de su vuelta, con una carga abrumadora de regalos, y bolsillos llenos del dinero de allá. Ella misma había acumulado una consistente provisión de curiosidades que contaría a la vuelta: las máquinas que hacen la comida, otras que se encargan de la limpieza, venden cosas por sí solas; existen en los aeropuertos unas cosas parecidas a tiras como de máquinas de triturar el maíz, pero muchísimo más anchas, pegadas al suelo, que solo tienes que subir encima y te transportan; unos trenes que pasan volando como culebras entre la maleza, una especie de frío que cuando viene, despiertas por la mañana y te encuentras con unos campos uniformados de blanco, que dan la sensación de haberse desparramado como una nube de polvo de *kukum* sobre la campiña, sobre los techos, los patios, las carreteras, en fin, sobre todo,

todo sin excepción, sobre los coches, que ya no se ve nada al través de los cristales. «A que no sabéis que tú puedes correr como de aquí a Tzan, digo lo que es correr, pero sin moverte de allí donde estás. —¿Cómo es posible? ¿Y no es magia? —Te lo digo yo. Y se pondrá a contar su propia experiencia de los pasillos rodantes... He visto edificios que existen desde la creación del mundo, que suben hasta el cielo; una los mira y se pregunta cómo ha podido el hombre realizar tales cosas y en cuánto tiempo»...

... Contará que ha visto tantos coches desparramados por todas partes que preguntó si no podían regalársele uno a una, que qué hacían con todo eso tirado allí, y sus hijos se torcían de risa y explicaban, divertidos, que eran coches de gente, que regalar no se regalaban, así como así, porque pertenecían siempre a alguien, y cuando no, podían estar fuera de uso...

... Contará, escandalizada, cómo la llevaron «al borde del agua, una agua como este país entero, que se extiende hasta perderse la vista, difícil de saber hasta dónde llega», y descubrió, con ojos desorbitados, que tanto las mujeres como los hombres paseaban casi completamente desnudos por la arena; mientras que unos se bañaban, otros estaban tumbados sobre esteras o paños en la arena fumando o leyendo periódicos, y las mujeres que llevaban apenas una cuerda para sujetarse los pechos y una tira de *mbilá* para ocultar su sexo, y se veía la totalidad de las nalgas de esas mujeres, «*Men-dzon-ô-zih!*» «y yo pregunté que si ahí donde nacieron no se conocía la vergüenza, porque nadie parecía ofuscarse. Y, para colmo, iban acompañados de sus hijos y de sus hijas, que lo veían todo. ¡Un horror, vamos!» ... El espectáculo la dejó tan chocada, que pidió que se la llevara de allí enseguida, y que no se les ocurriera llevarla si iban otra vez a un lugar como aquel. Los enterados entre los oyentes reconocerán la playa...

Los hijos mayores habían viajado un poco más tarde, en un vuelo distinto al de los padres y el benjamín, por *no meterse todos los huevos en la misma canasta*, por si las moscas... Eso, por una parte. Por la otra, lo que quedaba de los dos meses de vacaciones había que aprovecharlo a tope, hasta el último momento, para aprender algo auténtico de la vida en el terruño. Este periodo permitió hacer el pasaporte de la abuela, pedir y obtener el visado en un dos por tres. Antes de marcharse, Apequeëmoh lo había encargado a un comisario, a quien fue recomendado por un amigo común. Con un manojo de billetes locales, todas las barreras cedían fácilmente. Por lo tanto, se perdieron —afortunadamente— ese

nuevo episodio de la vida de sus padres recién reconciliados y nuevamente reñidos, pero en versión peor. No les tocó presenciar el principio de la —para todos— exasperante prueba: presenciar, una vez más, el repentino e intempestivo enfriamiento de las relaciones entre la pareja.

A su padre lo encontraron haciendo en solitario planes para incorporar todos los componentes de su nueva vida e integrar cada uno de los criterios. En pleno medio de su tormenta íntima, tuvo un paréntesis reconfortante, una sorpresa buenísima (Así es la vida: hecha de altibajos, de episodios maravillosos y de temporales patógenos): acababan de elegirlo director adjunto de una sociedad científica internacional recién creada en su disciplina, y por tanto sería preciso reestructurar radicalmente su compleja vivencia. La madeja de sus intrincados retos no hacía sino seguir enredándose. Quizás fueran a enturbiar aún más las perspectivas de la incógnita de su nueva vida o, al contrario —por qué no—, a facilitar su manejo.

Su pueblo, junto con los suyos, lo esperaban al cabo de su larga estancia fuera, con los brazos abiertos, ávidos de saber qué les traería a la vuelta; los cráneos de sus antepasados lo habían bendecido para que se fuera, pero que volviera cargado —(¿de qué? ¿de abono para sus propias raíces o de extraña vestimenta que desfigura), —por cierto, de aquello que los más suertudos entre los jóvenes iban a buscar allende los mares, buenas cosas, presumiblemente. Allí se encontraba Èfah, encantadísima con el bebé que llevaba en su seno, aunque preocupada por el porvenir, deseosa de saber cuál era su destino, si podía o no pretender casarse con su enamorado en el destierro; allí contaban con él para propugnar la ciencia, echar un puente que los enlazara con todo un continente, y un caudal de riquezas culturales que preservar y perennizar, a su lado estaban pendientes Khadija y los críos y una familia que reconstruir, contrarios que conciliar...

En su tiempo Míamoh había manifestado el deseo de conocer la familia de Khadija, pero ¿cómo? ¡a tantos millares de kilómetros de su casa! Hoy el reparto de las cartas ya no es el mismo: «El trámite que debimos emprender mi marido y yo, si no lo hago sola ahora, ¿quién lo hará en nuestro sitio? Se quedará sin cumplir.» —había pensado. «Más vale tarde que nunca. La dote es una cosa imprescindible en nuestra tradición. *Lo que no se puede rechazar hay que empujarlo dentro del saco.* Esa chica, no sabíamos nada de su procedencia, ni de su familia ni de ella misma. Pero la trajo mi hijo y dijo que era Dios quien se la había señalado, que no pensaba soltarla por el motivo que fuera. No tuvimos más

remedio que aceptarla. Dios le ha dado la razón y los ha bendecido con hijos sanos e inteligentes, y la pareja se lleva muy bien, al parecer. ¿Qué más voy a pedirle a Dios?»

Dio la casualidad de que Mbôñin y su mujer habían conseguido un visado de estudios para que el hermano pequeño de ella se reuniera con ellos, y fue Khadija quien sugirió que hicieran coincidir la visita de su madre que vendría a acompañar al mozo con la de su madre de él. Cada una de las dos madres vería así su recorrido cortado en dos. Se encontrarían para conocerse y despachar los asuntos pendientes, en esa tierra de nadie para las dos, para que nadie llevara ventaja sobre la otra. Podrían hablar y arreglarlo todo entre las dos, a falta de tener a todo el pueblo involucrado en el proceso, como hubiera sido lo ideal. La propuesta le pareció estupenda a Pequênin, y empezaron a arreglar los papeles conjuntamente. Pero cuando la sugerencia alcanzó a la madre —que la circunstancia obligaba a viajar de nuevo—, puso como condición que la acompañara el tío del hijo, el hermano menor de su difunto padre. Irse solita hubiera constituido a sus ojos una enorme traición, nada aceptable. Asuntos de tanta trascendencia los trataban preferentemente los hombres. Ella podría acompañarlo de modo subsidiario. Pero desde luego no al revés. Apequênin reconoció enseguida la sensatez del razonamiento, disculpándose de no haberse dado cuenta del fallo antes.

En el comité que habían creado unos años antes en el afán de investigar sobre sus raíces, y que bautizaron con el sugestivo nombre de «*Quête Identitaire Diaspora*» —que para acortar llamarían, en una afortunada extrapolación, «*Quid*»—, Émbôñin quiso renunciar a su puesto de secretario general para cederlo a otro compañero, aduciendo el peso abrumador de sus cargos, pero el favor le fue negado unánime y rotundamente por todos los demás. «¿Quieres que nuestra piragua se vaya a la deriva nada más echarse al agua?» —sonó, cual toque de alarma, el comentario que se aprobó como el más relevante.

—¡Madre mía! —exclamó una vez que volvió a casa, dirigiéndose a su mujer, tras recapitular con ella todas sus responsabilidades —¡Vamos a tener que tomar en consideración todos esos parámetros en la argamasa de nuestra nueva vida social, profesional y cultural, y sin restar nada a la envidia de felicidad que nos corresponde! Todo deberá encaminarse a preservar celosamente el ecosistema de nuestro Amor. ¡Ahí va el verdadero reto!

—¡Lo conseguiremos, amor mío, cueste lo que costare! —le animó ella, abrazándose a él, con toda la carga de cariño de que era capaz.

«Tenemos que conseguirlo. A la fuerza». Él no era hombre para escurrirse el bulto, y para mayor confianza, se lo hizo saber:

—No veo cómo podríamos dar marcha atrás, ni allí ni aquí. Hay que ir andando. ¡A lo hecho, pecho! ¿verdad? Mi padre gustaba de decir que «los problemas andan en busca de los hombres, ¡no de los árboles!».

—Pues otra vez a caballo... y ¡adelante! —remató Khadija con una complicidad recuperada mal que bien.

«¡Se llamará Jacob!» —pensó, como si se le hubieran abierto repentinamente los ojos. Pero no Yaacop, como dice la gente aquí— rectificó para sí mismo. Aquella mañana, había leído, menos de media hora antes, la historia de los gemelos Esaú y Jacob. Terminaba siempre su oración matutina leyendo un pasaje bíblico, sobre el cual meditaba un ratito con su mujer y sus hijos antes de empezar la jornada (los acontecimientos recientes habían menoscabado esa loable práctica, que trataba de recomponer, a duras penas). Eran ya lejanos los tiempos en que asistía al oficio de los Laudes sistemáticamente, cada madrugada.

Se había detenido un buen rato sobre «Salomón», por su leyendaria sabiduría. Quiso profundizar en su historia, y descubrió en un glosario bíblico que pidió prestado en la biblioteca de la parroquia, que había roto su alianza con Yahvé, para volverse hacia la diosa Astarté. Además, leyó pasmado que en su harén contaba con setecientas mujeres y trescientas concubinas. (¡O sea una, dos, tres, cuatro, diez... noventa, ciento una, ciento dos... doscientas... quinientas... setecientas... y... hasta mil!) Dio un resoplido de incredulidad. ¡El ordenador debió de haberse inventado en aquel entonces, para ayudarle a llevar sus cuentas! —pensó. Para un modelo, no podía proponérselo a nadie. Una poligamia abrumadora, fuera de toda proporción. Y para colmo —según llegó a saber investigando—, ¡Salomón intentó asesinar a su hermano Jeroboam! Todo bien mirado, el balance de su vida resultaba desastrosamente negativo, pese a la fama que se ha granjeado a través de los siglos: nada menos que una especie de monstruo pagano; así que su nombre fue definitivamente rechazado y quitado de la lista de los competidores. Como tenía que correr para arriba y para abajo desempeñando sus mil y un cometidos, se vio obligado a postergar la investigación.

A la noche siguiente, tumbado en la cama, reanudó su peregrinación por el país de los nombres elegibles. Cuando se borra, hay que escribir algo en su lugar, como quien dice. Rechazado «Jacob», eliminado «Salomón», había que encontrar nombres más idóneos: uno de varón y el

otro de chica, por si acaso. Empezando por el mismo Jesús, recorrió mentalmente la Biblia (¡Yoóoih!, ¿cómo puede uno atreverse a dar el nombre del que lleva en sus hombros la Humanidad entera a un pobre ser humano? Sería demasiado osado; un peso insoportable. (Además, sabiendo en qué circunstancias la criatura fue concebida, sería una blasfemia).

¿Tobías? (Su fidelidad era admirable, pero yo no he sido fiel. Esa es la pura verdad); ¿Judas? (¡¡¡que no, que no, que no!!! Deploró que, probablemente empujada por el espíritu satánico, su imagen maldita hubiera rozado su delicada mente ...), ¿Moisés? (A mí no me corresponde decidir si mi hijo va a liderar el mundo o no), ¿Jonás, Neftalí, Manolo? (quizás sí) ¿Lázaro? (Es como si sus llagas fueran a pegársele a uno cuando se menciona el nombre) ¿Job, entonces? Aunque son absolutamente admirables su obstinación y su perseverancia, pese al acoso del diablo tentador, sería como dar pábulo a la desgracia. No me atrevo. ¿Uno de los Reyes Magos? Baltasar... ¿Por qué no Melchor o Gaspar? ¿Peter, quizá? (Los ancianos iban a metamorfosarlo en Pítrò. ¡Entonces no!) El vagabundeo llegó a su término cuando aterrizó sobre «Zaqueo» (¡seguro que lo van a adulterar en «Saquíoh», jeso, seguro, pero bueno!).

No era de los más bonitos, pero lo eligió por nombre de pila (prescindiendo de su estatura que por cierto no podría contagiar al bebé, sabiendo que tanto su madre como él mismo eran altos de estatura). Jesús había leído el deseo del hombrecillo de conocerlo cuando trepó al sicomoro, y aunque era pecador y que todo el mundo lo señalaba en la calle y aludía al condenado recaudador de contribuciones con retintín, había decidido alojarse en su casa, trayéndole así guardadas, la salvación y la vida verdadera. Instantes después, se volvió a retractar. «Perdóname, Zaqueo. Si dependiera de mí solo, me hubiera quedado contigo, ya lo sabes. Sí, porque se puede adivinar dónde te encuentras ahora, y gozando de ciertos poderes...»

A medida que iba sorteando los nombres, se colaban nombres profanos. Unos le hacían gracia, otros le sonaban floridos, poéticos. En ninguno encontró motivación suficiente para adoptarlo. Hubiera sido una vergüenza caer en el ridículo tópico de los nombres y de los apellidos de jefes de estados europeos, americanos o africanos, de cantantes anglosajones, de boxeadores o de estrellas de cine como venía viéndose en la sociedad circundante de entonces. O los motivaban razones absurdas, o no tenían motivación del todo. Nombres que darían vergüenza a los niños que los llevaban cuando crecieran y tuvieran que comentarlos en alguna ocasión.

Al tercer día, como seguía experimentando cierta sensación de insatisfacción, desandando lo andado, volvió a ponerlo todo en tela de juicio. Iba y venía entre los nombres de pila femeninos y masculinos. Empezó otra vez a examinar minuciosamente algunos más: ¿María o Marta, las dos hermanas? (una se echó a los pies de Jesús para saciarse de sus palabras, y la otra se dedicaba a preparar la comida del cuerpo para los demás, propósito magnánimo, pero errado). Difícil elegir entre las dos cosas. Eulalia y Miguel Ángel le gustaron francamente, pero tuvo que rechazarlos, dolorido, porque le parecían no reflejar nada en su caso.

Al fin y al cabo, consciente de que Dios conocía su lengua vernácula más que nadie, que no necesitaba de ningún intérprete ni comentarista, y que conocía la historia personal y los secretos del corazón de cada hombre, decidió llamar *Tu'kem* al bebé si era una niña y *Mbôñin* como su padre, si salía varón. Se quedó, más que satisfecho, colmado, porque así pagaba su deuda de gratitud «*al-propio-creador-de-cada-uno*» (ese era el significado de *Mbôñin*, algo así como «divinidad personal»), y ella era la metonimia del recipiente que contenía el «*vino-de-negociación*». Al mismo tiempo cumplía el noble papel del hijo que remueve, para reactivarlos, los rescoldos de su cultura ancestral. «Es tu niño, no el mío. Llámalo como te parezca» —le había replicado, con humildad y franqueza— Èfah, a quien *Mbôñin* había querido asociar en su ejercicio para proponer nombres. Como todas las mujeres, ella rezumaba modestia.

No le tocaba escoger los apellidos. La tradición tenía sus esquemas. Sabía, por ejemplo, que obligaba a dar a los mellizos los nombres de los jefes del pueblo. Entonces ambos iban a tener automáticamente *Fôh* como prefijo. La segunda partícula, cada conocedor de la tradición podía determinarla, y de eso se encargaría su madre, la abuela. Sin embargo, derogaría añadiéndoles otros dos: el de su madre y el suyo propio. Hasta entonces, no se sabía si se trataba de un varón o de una chica.

Anumedem —que significa «todo depende de Dios», fue la última y definitiva opción con la que se quedó Pequeñín— y *Tu'kem* nacieron en el hospital de la Misión Católica, al cuidado de Sister Mary Caroline of The Merciful Heart of Jesus, alias Simaca entre sus compañeras. Ella se acordaba muy bien de su padre por el nombre —¡tanto la había impresionado su historia!— y de la madre de este, desde que vinieron a verla veintitantos años atrás. Recibió a Èfah como a cualquier otra mujer embarazada a punto de dar a luz, pero al atenderla en la sala de parto, notó que le sonaba su cara, pero no sabía de qué. Supo después que había entablado una formación que le proporcionó unos rudimen-

tos de costura y labor de punto bajo los auspicios de otra Hermana de la misma Comunidad, Sœur Marie—Thérèse de l'Enfant—Jésus. Pero después de un mes y medio de aprendizaje, no la vieron más.

Cuando las buenas Hermanas se enteraron más tarde de su historia, les dio un vuelco el corazón. Evaluaron con asombro y decepción la increíble distancia que media entre el ideal de vida cristiana y la realidad de este bajo mundo. Los comentarios amargos que se permitieron a puerta cerrada se concluyeron, sin embargo, sobre una nota de esperanza: «¡Es una pena, verdad! Pero ¿quiénes somos para juzgar a los demás? Dios, el Juez Supremo, sabe lo que habrá pasado, y es un Padre de Misericordia... Después de todo, Jesús vino al mundo, no para los justos sino para los pecadores —concluyó la Hermana del Misericordioso Corazón.» Y, sin concertarse rezaron, cada una en su habitación, un rosario para toda la familia, arrodilladas ante un icono de la Virgen de Los Dolores.

«Sita Caló» —como gustaban de designarla los familiares— se hizo cargo, con admirable espontaneidad, del seguimiento de los dos bebés, y prescribió con autoridad una conducta muy clara a la madre que debía traérselos en caso de la más mínima preocupación tocante a la salud. Fue la primera en regalarles unas ropitas de niños preciosas, así como un collar de color marrón para la madre, cuyo diseño remataba una hermosa crucecita chapada en oro.

Sonó el teléfono fijo. No lo atendió enseguida. Tardó en ponerse, porque estaba mirando un documental sobre unos pueblos primitivos de África, que cautivaba toda su atención. Después de unos segundos larguísimos de un molesto *krin-krin-krin-krin...*, puso la tele en modo «Pausa» y se levantó perezosamente, casi arrastrando los pies atrapados en unas zapatillas que, por quedarle un poco grandes, lo incomodaban. Su mujer se había ido ya a la cama, con violentas jaquecas. Los niños, con el pretexto de estudiar, jugueteaban con el ordenador en su cuarto. Êmbônin oyó una voz desconocida, desde *el país*, que decía a alguien, entregando el auricular, y ajustándoselo a la boca y el oído: «Coge. Así. Habla ya. ¡Venga!» Agarrando el teléfono desmañadamente, la voz interpelada empezó:

«¡Ndah mé Téní! —oyó que alguien decía.

Creyó que era una confusión y quiso disculparse, pero la voz, grave, insistió, riéndose: «Soy yo, tu padre de *Tueh*. Digo que soy yo, *Mô'otueh*.» Entonces se fijó bien y reconoció a su tío materno. A su lado

Míamoh urgía que le pasaran el teléfono para saludar. Todos los concurrentes saludaron y felicitaron cada cual a su turno al nuevo «*padre de mellizos*», que esa iba a ser la nueva manera de nombrarlo, en adelante. Para otro puñado de personas, sería *Bued'ndá*, que significaba lo mismo.

Casi toda la familia de Teñi Mbôñin se había desplazado al belvedere de su amigo, que era la única casa del pueblo con teléfono, para poder hablar en directo con su hijo. El dueño los autorizó, muy excepcionalmente, a hacerlo como su contribución personal a la alegría del nacimiento de los críos de su amigo. En medio de la excitación compartida por los que esperaban para coger el teléfono, una de sus hermanas se empeñó en meter baza: «Ya decía yo. ¡Cuando vi el largo de su vientre, sospeché que no era por nada!» Llegó enseguida la confirmación de las demás mujeres. «Yo también lo había visto igual». «Lo contrario me hubiera sorprendido mucho.» Los hombres se conformaban con sonreír, porque mientras que la histeria les es ajena, resulta consustancial a las mujeres. Los más jóvenes presentes también estaban eufóricos, a su modo. Los pronósticos habían circulado sobre el sexo del bebé, pero no el número. La sorpresa era casi total. Por razones diversas y personales, unos pensaban en una chica, otros deseaban un varón. En los comentarios anteriores, los hombres pretendían ser los más fuertes, y afirmaban que se llevarían el trofeo, mientras que, enfrente, las mujeres ya se enorgullecían, convencidas de que no desmerecían e iban a salir vencedoras.

Después de esa comunicación histórica, volvieron a casa de Meñi Èfah y se apretujaron otra vez en torno a la cuna flamante. *Méñi*, o *Máañe* —daba igual, según la procedencia de los locutores que habían acudido a ver a los recién nacidos—, la dichosa madre, contemplaba, radiante de felicidad, maravillada, sus dos angelotes, y buscaba todas las excusas posibles para agacharse sobre ellos y limpiarles suave, cariñosamente, el traserito o acariciarles el pelo todavía fragilísimo y la mejilla con sus delicados dedos inmaculados, susurrándoles algo inaudible —ya corrigiendo su postura, ya ajustándoles los *pull-overs* enviados por una tía suya para protegerlos del frío, mientras esperaba con emoción el momento de darles la teta por primera vez.

En los primeros meses del embarazo, Émbôñin había querido empezar a tomar tempranamente las disposiciones que requería la situación. Lo primero que hizo fue mandar llevar a Èfah al Hospital de Distrito para pedir que le hicieran una ecografía. Le contestaron a la madre que la acompañaba, sin más explicaciones, que el aparato estaba averiado. Trató de insistir vanamente, porque insistía el padre desde Lámelèque,

preguntando cuándo podría estar arreglado, y la respuesta que recibió fue «Vete a arreglarlo tú misma si quieres. ¿O tienes a alguien para hacerlo? No lo hago yo. No me gusta que se hable a la gente y que se niegue a escuchar lo que se le dice» —refunfuñó la enfermera solicitada para proporcionar la información, con un tono burlón, y alejándose. Volvieron a casa, ambas muy decepcionadas. Y repercutieron fielmente los detalles del fallido recado. Aquella reacción no extrañó del todo a Mbôñin, que conocía bien su país. «Con tal que nada grave ocurra a consecuencia de ese fallo» —rezó.

Ahora el acontecimiento tenía su lado positivo: el sabor de la sorpresa total. La ropita de bebé no se había preparado por duplicado, puesto que, hasta que Dios no hubiese desatado el paquete que venía confeccionando desde hacía nueve meses, nadie sabía a ciencia cierta que se trataba de un embarazo gemelo. Una mamá del vecindario se afanaba ya en lavar los panales, otra estaba en la cocina para aliñar el plato de cuscús con *mpfũh* destinado a Meñi, a la que acompañarían gustosas las mujeres de turno a su lado. El inmenso cariño de Teñi iba a oscilar también entre los mellizos, el varón y su hermana, los dos términos de la humanidad, entre ambos y sus otros hermanos, como entre la legitimidad y la nocturnidad, entre sus dos países con sus dos culturas de las que no podía desechar ninguna, entre sus tesoros ubicuos...

Al día siguiente de recibir la noticia, Émbôñin, en su despacho, se acordaba de que, en varias ocasiones, varias abuelas, en circunstancias diferentes y a veces no conocidas de él le habían profetizado, para agradecerle un servicio prestado espontáneamente: «¡Dios te regalará gemelos!» ... Había sido gratificado con innumerables bendiciones en su vida. «Hoy —él pensó— todas culminaban en esta». Y sonrió, feliz, muy feliz, aunque todavía flotando por los aires, de turbación, en busca de un campo de aterrizaje definitivo, nada menos que aleatorio.

GLOSARIO

Algunas ortografías bastante raras que se encuentran en el texto responden al deseo del autor de ajustar ciertas palabras locales —dentro de lo que cabe— a la naturalidad con que se pronuncian, al menos para aquellos lectores que puedan reconocerlas. En tales condiciones, resultaba imposible atenerse a las leyes fonéticas del español o del francés exclusivamente, pero ambas han contribuido a acercarse más a ese ideal.

El lector se dará enseguida cuenta de que se usan indistintamente *Apequèmoh* y *Apequèñin* o sus formas acortadas de la primera sílaba delante de sonidos vocálicos (*Pequèmoh* y *Pequèñin*), que son dos variantes del mismo nombre, el del protagonista de este relato, además de (*É*) *Mbôñin* y *Gueup'ih*, sus verdaderos apellidos. Esto obedece a un rasgo cultural muy emblemático que el autor ha intentado salvaguardar. La mayoría son nombres hipocorísticos.

Por otra parte, los nombres de marcas de productos tales como *Kiraví*, *Madar*, *Blue*, no aparecen aquí.

Assiah no di helep: pidjinismo. He formado esta palabra sobre el modelo de «galicismo», «anglicismo», americanismo, etc., porque el llamado «pidgin English» es una lingua franca derivada del inglés que se habla entre la población no escolarizada, por ejemplo, en los mercados. Significa «contentarse con apiadarse de nada sirve», lo cual sobrentiende que deben hacerse acciones concretas si se pretende echar una mano a alguien.

Atso'òh-ndédeu: especie de fruta salvaje parecida a un estuche, cuyos granitos son comestibles, y se supone tiene virtudes protectoras.

Bayam sellam: mujeres cuyo negocio consiste en comprar víveres al por mayor para venderlos al por menor.

Bénsiquín: pidjinismo, literalmente 'agachar el cuerpo', término que se utiliza para designar a los transportistas cuyo modo de locomoción es la motocicleta con la que transportan a los clientes.

Bigdèh-Maliah: pidjinismo, significa «fiesta de María» (Asunción) *Boboloh*: se dice también «bâtons» (de manioc).

Bubú: especie de camisa masculina bastante amplia.

Búshiman: pidjinismo, significa literalmente 'hombre de la selva', por contraposición supuesta a 'hombre civilizado', 'hombre de la ciudad'.

Coesposa: galicismo (*coépouse*). Así se llaman entre sí las mujeres de hogares polígamos unas respecto de otras.

Congosá: camerunismo para referirse al cotilleo.

Coquéccoooh: onomatopeya que imita el canto del gallo.

Cuerè-cuerè: especie de enrejados tejidos con laminillas de corteza de bambú, que tenían varios usos; podían usarse como cortinas, o para secar los granos, o como en el texto, carteles para pegar las fotos en vez de meterlas en un álbum.

Èfah: corrupción local de la bíblica Eva, la mujer de Adán. Por otra parte, al cambiar la acentuación, pasa a significar «cometer una culpa».

«*Erreur for butukuh na dame fo ndoss*»: lenguaje de los gamberros de la calle (en sustancia, significa que en la sociedad, los más astutos están siempre al acecho para pelar a los ingenuos en cuanto cometen un error). Este tipo de lenguaje se ha bautizado «camfranglais» porque es un cóctel en que entran el francés, el inglés y las lenguas locales de Camerún.

Fafaquelok: de «five o'clock».

Fala: de «Reverend (father)»: sacerdote, cura.

Famla'h / mukuañe: sociedades secretas peligrosísimas, que tienen fama de quitar místicamente la vida a los que integran sus sectas perniciosas a base de promesas de enriquecerse de la noche a la mañana, o de familiares inocentes.

Fômekuk'uh: palabra despectiva; literalmente, persona cuyos pies están desfigurados por las niguas, y por tanto se vuelve «rey de las niguas».

Frúsipipi: pidjinismo, corrupción del inglés «foolish people». Término peyorativo para designar a aquellas personas que se quiere tachar de tontas; personas sin escrúpulos, que hacen cosas descabelladas.

Gandurah: vestido masculino típico

Hap-pas-sik: de «half past six (o'clock)»

«*In Rome, do as Romans do*»: corresponde a «Bailar al son que tocan».

Kāh: animalito acuático anunciador de la presencia en un lugar de una capa freática.

Kapañangóh: vestido femenino muy amplio. Según la leyenda, nació en Duala diseñado por los pastores protestantes recién llegados que lo impusieron a las mujeres africanas para protegerse los ojos de cuerpos desnudos provocadores.

Koquí, mbongó, tchobí, mióndóh, mpfuh, ndolè y kondrè: nombres de comidas locales.

Krin-krin-krin-krin: ruido del teléfono que suena.

Lah'kam: lugar de iniciación de los jefes recién designados

Lékuèt-Sessa'h: nombre de una montaña célebre por su cantera de piedras.

«*Le coeur a ses raisons que la raison ne connaît pas*». Célebre cita del filósofo francés Blaise Pascal.

Lélo: especia típica que solo se podía comprar en un pueblo lejano llamado *Bañwíla*.

«*Ma muala*»: exclamación de sorpresa: ‘*Madre mía*’ (Véase «*My mother*»).

Maasè: deformación de «*Ma Soeur*», denominación genérica de las religiosas.

Mamí watá: hada marina.

Mangambeu sophistiqué: un baile típico de la región Oeste de Camerún.

Mbilá: equivalente del «*cache-sexe*» francés, que se utilizaba en los pueblos antes de la vulgarización del porte de los vestidos.

Mbitakola: variedad de *kolá*, de menor amargor que el de la llamada «*kolá roja*».

¡*Mekde!*: (Véase la palabra francesa “*merde*”) exclamación que traduce la sorpresa.

Mèghoômoh: apelación afectiva muy utilizada por las abuelas.

Mendam: deformación de «*Madame*».

Mendzon: clase generacional a la que pertenece un hombre o una mujer por su edad. Sirve también como exclamativo que marca la sorpresa.

Méñi(sí): madre de gemelos con las dos primeras sílabas, pero con las tres sílabas, designa a las mujeres dotadas para presidir las ceremonias de apaciguamiento de los gemelos.

Mpfíh: especie de salsa viscosa que se hace con la corteza triturada de cierta planta comestible, con la que se come el cuscús.

¡*Ndá mé Téñi!*: ¡*Hola Téñi!* (en el habla *yemba*).

Ngan: Adverbio de negación en la lengua *yemba* (No).

«*Ngan mé Ndi*»: «No señor» (en la lengua *yemba*).

Nguik’áh: vocativo para interpelar a un joven o una joven mayores que el hablante.

Nts’éah: «mi padre político» en vocativo.

Opep: prestamo que se utiliza para designar los coches de transporte de víveres y personas, por contraposición a los taxis regulares que circulan por la ciudad.

Paá: padre.

Paá Méquiquih: ‘padre de fulanito de tal o cual’.

«*Pattes d’éléphant*»: moda de pantalones bufos de los años setenta.

«*Píple wé dé sabi/fit shidon...*: gente que se pasa el tiempo sentada...

Pómelequeh : hijos de blancos en *yemba*.

Pousseur: persona que trabaja en los mercados con un carrito portaequipajes.

Quèsan: persona de la tribu bororo.

Sáraka: ceremonia en la que se ofrece comida y bebida a la gente sin discriminación, para compartir su bienestar con los demás.

Sokosokofí, *sokosokofi*: supuesta onomatopeya humorística que pretende imitar la manera de hablar de los Blancos, incomprensible para los indígenas que no entienden su lengua.

Taxis de brousse: taxis de línea que transportan a la gente hacia la periferia de las ciudades o los pueblos cercanos; por lo general, van sobrecargados y, por lo tanto, son mucho más incómodos que los taxis urbanos.

Tráquelok: véase «three o'clock» en inglés.

Tsiaz'éh: nombre propio, que quiere decir 'el-que-pasa-su-camino' (transeúnte).

Tsu'ha: vocativo, significa 'tocayo mío'.

Tueh: punto cardinal correspondiente a «norte».

Waassi: cf. inglés «watch».

Waitizar: camfranglicismo procedente de *white*. Verbo que significa hablar con el tonillo de los Blancos, por razones de complejo de superioridad, para lucirse ante los demás.

Wè missié: pronunciación aproximada de «Oui, monsieur».

¡Wulililili!: exclamación, que expresa escándalo.

¡Wuuuh!: exclamación, que expresa desesperación.

EL AUTOR

Germain METANMO, nacido el 1 de marzo de 1953 en Bafou, a 10 kilómetros de la ciudad de Dschang, en la región Oeste de Camerún.

Estudios primarios y secundarios en el colegio católico Saint Laurent de su pueblo.

Luego, estudios universitarios en la Universidad de Yaoundé, con estancia de capacitación lingüística de un año en Leeds (Gran Bretaña). Licenciatura bilingüe Francés-Inglés, en 1977.

Estudios para traductor en el Instituto Universitario de Lenguas Modernas y Traductores de la Complutense en Madrid. Master en Traducción en 1987.

Master y DEA en Estudios Ibéricos en la Sorbona en París (1987).

Doctorado en Estudios Ibéricos en la Universidad Cheikh Anta de Diop de Dakar en Senegal. (2004) Tesis doctoral sobre “El vocabulario del sufrimiento en la obra poética y dramática de Federico García Lorca”.

Profesor de Español en tres liceos de Camerún (Manengouba, Mfou, Lycée Bilingüe de Yaoundé).

Luego profesor no numerario en:

- Facultad de Letras de la Universidad de Yaoundé
- Escuela Normal Superior de Yaoundé
- Universidad de Dschang.

Jubilado como funcionario desde 2008.

Ahora, Director de Estudios en el Instituto Superior de Traducción, Interpretación y Comunicación de Yaoundé (ISTIC).

Publicaciones:

- Novela corta: *El hijo varón* (1985)
- Poemario: *Voces de mi tierra* (1999)
- Relatos: *Diario de Hoo* (2009)
Criada en el Paraíso (2014)
- Libros didácticos:
 - *Curiosidades de la lengua española* (respecto del francés)
 - *La traduction par l'exemple* (inédito)



El protagonista es un joven intelectual africano muy brillante que, tras estudiar en un país de occidente con una beca, se ve obligado a vivir a caballo entre su tierra natal y la tierra de acogida, en una oscilación no solo física, sino también y sobre todo moral y psicológica, jugándose así todas las opciones vitales que eran suyas hasta entonces, entre tradición y modernidad, entre la religión cristiana y el culto de los ancestros, entre la poligamia heredada y la monogamia de moda, la sempiterna cuestión identitaria, entre múltiples contradicciones que se entrecrocaban dramáticamente entre sí...

Germain Metanmo (Bafou, Dschang, Oeste de Camerún, 1953) lleva décadas dedicando sus esfuerzos a la enseñanza y promoción de la lengua castellana. La seriedad de su compromiso le condujo a aventurarse en el mundo de la escritura en una lengua que no es la suya. Su pasión investigadora ha culminado en la creación, hace tres años, de la asociación literaria *Ateneo de Yaundé*, el primer número de cuya revista, *Cuadernos del Ateneo*, salió a la luz hace unos meses. Hizo pinitos como escritor con *El hijo varón* (1985), y después de una interrupción de quince años, reanudó la experiencia, enriqueciéndola con poesía y fascículos didácticos. Pero fue a partir de 2009 cuando se comprometió de nuevo con el género del relato corto. Hoy vuelve con la que el académico Miguel Sáenz Sagaseta de Ilúrdoz, quien fue profesor suyo en la Complutense, llama «una novela en toda regla», confesando a continuación: «Sinceramente, me interesó mucho (es de una temática frecuente en francés, pero rara en español)...».



Universidad
de Navarra

GRISO



instituto



de estudios



auriseculares